Siempre estaré a tu lado



YGRITTE BERLANA

Siempre estaré a tu lado
Serie Siempre #3

Ygritte Berlana

© Ilia Berlana Martínez

1ª edición, marzo 2025
ISBN: 9798312216004
Sello: Independently published

Purple Rose Design (@purple_rose.design)
Corrección por: Románticas corrección (@_romanticascorreccion)

Reservados todos los derechos.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizados ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

A todas las personas que se toman la molestia de conocernos y, aun así, se quedan a nuestro lado.

«Nunca permitas que nadie te haga sentir que no te mereces lo que quieres».
10 razones para odiarte

Índice

Suscríbete y lee un relato exclusivo
Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Nota de la autora
Novelas de la Serie Siempre
Mis libros de Romántica contemporánea
Mis libros de Romantasy
Ygritte Berlana

Suscríbete y lee un relato exclusivo

¿Puede un error cambiar tu vida para siempre?

Imagina a una estudiante brillante, un jugador de hockey, un billete de tren incorrecto, ocho horas de viaje por delante... y un paisaje navideño como telón de fondo. 🎄🏒

Si te gustan los sport romance y las historias que te dejan el corazón calentito, tengo algo para ti. Solo por suscribirte a mi newsletter, podrás leer este relato navideño totalmente gratis. ❤️✨

Además, gracias a ello, serás la primera persona en enterarte de todas las novedades sobre mis libros.

Escanea el QR y empieza a disfrutar ahora mismo:

Sinopsis

Juanma

¿Conoces esa sensación de haber encontrado a la persona perfecta para compartir tu vida; esa persona que sabes que va a contestar un «sí» a cualquier plan que le propongas? Pues siempre pensé que era una chorrada sacada de los libros de romance que tanto le gustaban a Maite, hasta que la conocí a ella. La chica a la que soy incapaz de localizar por haber estado tan alucinado por conocerla que olvidé pedirle su número de teléfono. La chica que me iba a llevar a Marte.

Fer

¿Se puede cambiar una primera opinión de alguien? «Sí, pero…». Siempre hay un «pero» que me frena o me hace ir con pies de plomo; un «pero» que imagina todas las peores opciones posibles. Ese «pero» que hace que mi vida, a veces, sea un puto infierno. Pero, por suerte, Sofía decidió darme una oportunidad de cambiar esa primera opinión y no pensaba desaprovecharla. Pero…

1



Respiro hondo una vez más para tranquilizarme y vuelvo a revisar que todo esté perfecto. Me he venido arriba, lo admito. Puede, y solo puede, que me esté ilusionando de más con todo esto, pero no puedo evitarlo. Bueno, la realidad es que no quiero evitarlo. Bego ha vuelto a mi vida después de tantos años, siendo una persona totalmente diferente a la que me rompió el corazón, así que he decidido que me debo a mí mismo volver a intentarlo. Intentarlo, no. Hacerlo.

Admito que me sorprendió cuando se acercó a saludarme el día que nos cruzamos por la calle, pero me alegré de que lo hiciera. Me pidió perdón por todo lo que pasó, recordamos viejos tiempos y, sin que estuviera previsto, acabamos en mi casa haciendo algo más que hablar para recordar. Hacía más de trece años que no nos veíamos.

Hoy será la cuarta vez que quedemos en mi casa desde ese día, por lo que he decidido ir más allá del sexo y preparar una cita. Siempre pensé que formaríamos una familia juntos, por lo que me estoy tomando este encuentro como una segunda oportunidad de lo que una vez pudo ser y no fue. Nunca volveremos a ser los de antes, claro, pero podemos empezar una nueva versión mejorada y adulta.

Mis hermanos aún no lo saben. Sé que los tres le guardan rencor desde que cortamos, pero tengo la esperanza de que entiendan que ya no somos aquellos chiquillos de dieciocho años y que todos hemos madurado desde entonces. Si algo hemos aprendido con todo lo que ha pasado entre Maite y César es que, a veces, perdonar es lo mejor que puedes hacer para avanzar.

Vuelvo a acomodar el mantel, aunque sé que no hace falta, y alineo un tenedor que no está lo suficientemente recto para mi gusto. Todo por no mirar el puto reloj, que parece que se está riendo de mí y, en lugar de avanzar, retrocede. Me dirijo a la cocina y compruebo, una vez más, que el pollo en salsa está como debe. Lo he cocinado a fuego lento durante todo el día y huele tan bien que me rugen las tripas cada vez que abro la tapa, aunque no las culpo, a causa de los nervios no he ingerido nada en todo el día. Maite dice que este es mi plato estrella y, teniendo en cuenta que cuando salía con Bego no sabía ni freír un huevo, espero sorprenderla para bien.

He pensado tantas veces en cómo habría sido nuestra vida si no hubiéramos terminado o si yo hubiera decidido irme a la universidad con ella, que jamás imaginé que se presentaría otra oportunidad entre nosotros. Bueno, para ser fiel a la verdad, los primeros meses tras la ruptura sí tenía la esperanza de que volviera y me pidiera perdón por todo el daño que me había causado, suplicándome una segunda oportunidad. Pero nunca sucedió, y asumí que era un capítulo cerrado de mi vida, por mucho que me doliera pensarlo. Teníamos un plan de vida juntos y me tocó reconstruirlo solo.

Cuando oigo sus delicados dedos llamando a la puerta, sonrío. Me pidió que no le contáramos a nadie lo que pasaba entre nosotros hasta no tener dudas de hacia dónde íbamos, asegurándome que sería más fácil saberlo sin las opiniones de los demás. Tuve que darle la razón: mis hermanos me habrían prohibido quedar con ella, así que nos vemos a escondidas en mi casa. Incluso la he ocultado de Angelines, mi vecina y casera, la anciana más buena que he conocido en mi vida. No sé qué tiene esa mujer, pero es capaz de sonsacarme mis más oscuros secretos con solo una mirada. La adoro.

Le abro la puerta y, en cuanto la cierro, la rodeo con mis brazos una vez nos encontramos en la seguridad del interior. Tengo las cortinas echadas, así que no hay peligro de ser vistos; aquí dentro podemos ser nosotros mismos. Me envuelve el cuello y me lanzo a besarla como si fuera el agua que necesito para beber. Me encanta sentir que tiene tantas ganas como yo cuando me aprieta contra ella. La apoyo en la pared y rodea mi cintura con sus piernas. En cierto momento, nos separamos para respirar y frunce el ceño.

—¿A qué huele?

—He hecho la cena, pero podemos comer después —le explico besando su cuello.

Por su risa, deduzco que opina igual que yo, así que la agarro con más fuerza del culo para llevarla a la cama. No he puesto ni un pie en el primer escalón cuando lanza una exclamación ahogada e intenta zafarse de mi agarre. La dejo en el suelo mientras intento adivinar qué le pasa, pero no me mira, solo observa la mesa que tan cuidadosamente he preparado.

—¿Qué es esto, Fer? —pregunta con un suspiro hastiado, como si le hubiera molestado mi sorpresa—. Mierda, tendría que haberlo imaginado.

—¿De qué hablas? —Me separo de ella y la observo. Nada queda de las ganas, ni de la sonrisa que tenía al llegar. Su rostro muestra una mueca molesta y de no saber cómo salir de esta. No entiendo nada—. ¿Bego?

—Mira, Fer, esto solo iban a ser unos polvos sin compromiso, para recordar los viejos tiempos. Nada más.

—Eso no fue lo que me dijiste —la acuso.

—Cuando me preguntaste qué significaba esto, te dije: «Nada, ya lo iremos viendo». —Niega con la cabeza—. Tendría que haber imaginado que te ibas a montar tus historias en la cabeza.

—Podrías haber sido clara, pero supongo que hay cosas que nunca cambian, ¿no? —declaro enfadado y me dispongo a recoger la mesa. Me siento estúpido, y lo peor es que todo es culpa mía por haberme ilusionado. Por un segundo, vuelvo a tener dieciocho años en lugar de treinta y uno.

—Me voy a casar.

—¿Qué? —Me giro para encararla, estupefacto por sus palabras. «¿Perdona?».

—Me caso en mayo —dice como si fuera lo más normal del mundo—. Solo quería, no sé, saber cómo habría sido si hubiéramos seguido juntos.

—Esa opción se cerró en el mismo instante en que decidiste ponerme los cuernos con todo el que se cruzase en tu camino, mientras yo me mataba a trabajar para comprar una casa para que pudiéramos vivir juntos cuando volvieras de la universidad —escupo. Toda la ira de entonces vuelve a mí, todas las palabras que no le dije en su momento, todo el rencor que pensé que había olvidado.

—Lo siento. —Baja la cabeza avergonzada, pero la verdad es que no la creo. Ya no.

—¿Por lo que pasó entonces o por lo que ha pasado ahora? —siseo y, cuando alza la vista, tiene puesta esa máscara de niña buena que tanto me engañó en el pasado. Que tanto me ha

engañado las dos últimas semanas.

—Fer, tú siempre serás el amor de mi vida. Es solo que yo…

—Lárgate de aquí.

—¿Cómo?

—¡Que salgas por esa puerta y te olvides de mí! —vocifero y noto como se encoge—. No quiero volver a saber nada de ti en mi vida.

Su gesto cambia y, por primera vez, sé que la persona que tengo delante es la Bego real, esa que nunca muestra; y, sinceramente, lo entiendo. Jamás me hubiera fijado en ella de haber visto cómo era en realidad. Se gira ofendida, coge su abrigo del suelo y sale dando un portazo, como si el malo de la película fuera yo. Aquí la única malvada es ella; a mí me dieron el papel de gilipollas, y parece ser que me gustó, porque he vuelto para grabar la segunda parte, tan nefasta como la primera.

Me dejo caer en el sofá, sin embargo, al segundo me levanto y me dirijo a mi habitación. No quiero seguir con esta ropa, una que me he puesto expresamente para ella. De hecho, me siento tan incómodo que me meto en la ducha para intentar despejar la mente, aunque no lo consigo. Al salir, me pongo el pijama y me tumbo en la cama a observar el techo mientras pienso en lo que ha pasado. Ya no es solo que haya vuelto a confiar en ella y me haya vuelto a engañar, que también, es que me ha usado para ponerle los cuernos a su futuro marido. Y no es por la sensación de sentirme usado, es porque jamás pensé que sería el otro de una relación; odio la infidelidad y nunca aceptaría hacerle eso a alguien. Yo, mejor que nadie, sé lo mucho que duele esa traición gracias a ella.

Mi móvil suena en ese momento y me extraña ver tantas notificaciones de golpe. En cuanto desbloqueo y veo el mensaje de mi hermana, ni siquiera me lo pienso, salgo corriendo con lo primero que pillo. No pienso dejar que Adri se vaya con esa arpía. Por encima de mi cadáver.

2



La cita va bien, aunque tengo claro que se quedará en eso: una buena cita con un buen polvo. Fin. Parece la típica pava empalagosa que necesita que le hagan caso cuando se aburre, y yo no estoy para esas mierdas. Soy tuyo el poco tiempo libre que tengo para hacer lo que prefieras: sofá, peli y manta o escalada en una montaña a dos horas en coche, me da igual. Pero no soy tu niñera; si te aburres, búscate un pasatiempo. Supongo que por eso sigo soltero. Acumulo tantas citas que me da vergüenza admitirlo, y todas salen huyendo cuando les explico que trabajo de ocho a ocho, sábados por la mañana incluidos. Sin excepción. En las últimas citas, he optado por mentir e inventarme un horario laboral más acorde con una persona normal. Total, ninguna va a ser la mujer de mi vida, y así es más probable follar.

La tía no para de hablar sobre lo mucho que se quiere y lo maravillosa que es. He estado tentado un par de veces de preguntarle si todas esas palabras están tan maquilladas como su cara, pero no hay necesidad de ser desagradable con alguien a quien no volveré a ver. Además, la cena está buena y llevo mi camiseta favorita, no tengo ganas de que acabe bañada con el vino tinto de la copa de mi acompañante.

La vibración de mi móvil volviéndose loco me trae de vuelta a la mesa, donde la tía sigue hablando. ¡Joder! He estado asintiendo sin escuchar nada de lo que decía. Igual me estaba explicando cómo pensaba matarme y aquí estaba yo dándole la razón como un gilipollas. Decido ignorar las notificaciones, pero el sonido de la melodía que tengo para mis hermanos, y que siempre suena aunque tenga quitado el sonido del móvil, me pone en alerta. Saben que estoy ocupado, no llamarían si no fuera una emergencia. Me excuso y me acerco a un rincón de la barra para leer los mensajes. Cuando estoy procesando toda la información, me llega una llamada de Fer.

—*Jessica ha vuelto. Mueve el culo y ve a por la pistola de clavos. Nos vemos dentro de cinco minutos* —suelta de golpe y cuelga. No necesito más.

—Perdona, nena —me disculpo con mi cita. ¿Cintia? ¿Carol? No recuerdo su nombre—. Tengo una emergencia familiar que atender. Quedamos otro día.

Ni siquiera me fijo en si le parece bien o no. No me interesa. Saco un billete de cincuenta euros, lo dejo encima de la mesa y salgo por la puerta sin mirar atrás.

Voy leyendo los mensajes de mis hermanos: Lucía, Marcos, el hermano de esta, y Aitana, mientras me dirijo a mi estudio para coger la pistola de clavos, tal como me ha pedido Fer. No he girado en la segunda esquina, cuando me entra una llamada de Maite:

—*No hace falta que vengas, Adri dice que está bien.*

—¿Y os lo habéis creído?

—*Me ha asegurado que lo está.* —Esa es mi prima Aitana, su hermana—. *Puedes volver con tu cita.*

—Ya os vale. La próxima vez no llaméis a los bomberos por un mechero encendido.

—*Yo siempre llamaría a los bomberos, primo, incluso sin fuego.*

Me río antes de colgar y suelto el aire que ni me había percatado de estar reteniendo. Si Aitana está de buen humor como para bromear con bomberos es que Adri está bien, por lo que no tengo nada de lo que preocuparme. Nadie quiere a la exmujer de mi primo cerca, y mucho menos su hermana, así que si dice que está bien, es que lo está. Me despido del grupo antes de silenciarlo, no quiero más sustos.

Por un momento, estoy tentado de irme a casa, pero la verdad es que me he quedado con ganas del postre; hacen un pastel de queso que se te va la olla. Con un poco de suerte, la tía que no para de hablar sigue ahí y me aseguro otro tipo de postre para hoy. Al entrar en el restaurante, mientras pienso en una disculpa, me la encuentro cenando como si no acabara de dejarla tirada. Igual aún hay esperanza.

—Hola de nuevo. —Me siento con una sonrisa de medio lado que suele ser infalible—. Al final, mis hermanos han podido solucionar el problema. ¿Continuamos con la cena?

—¿Tú te piensas que soy idiota?

—¿Perdona? —pregunto flipando. Desde luego, se ha enfadado.

—La excusa de la emergencia familiar está muy vista. Si querías irte podrías haber sido al menos más original.

—Si me hubiera querido ir, lo habría hecho. —Me reclino en la silla cruzando los brazos—. No necesito una excusa para largarme de un sitio donde no quiero estar. Además, si quería irme, ¿para qué volver? —Noto como ese comentario la cabrea aún más. Si fuera un dibujo animado le saldría humo por las orejas.

—No tengo por qué aguantar esto —espeta de golpe levantándose y poniéndose la chaqueta con la intención de irse. La freno cogiéndola del brazo—. ¿Qué haces?

—Lárgate si es lo que quieres, pero mis cincuenta euros me los devuelves, porque no creo que hayas pagado la cuenta, ¿verdad?

—¿Qué cincuenta euros? —pregunta indignada. No me lo puedo creer, ¿en serio piensa quedarse mi dinero?

—Los que te has metido en el bolsillo izquierdo del pantalón —contesta una voz femenina de la mesa de al lado.

Miro a la que ha sido mi cita hasta hace unos minutos con suficiencia, viendo cómo intenta buscar una forma de salir airosa. Bufa indignada, saca el billete y me lo lanza como si fuera un perro. No me muevo, no tengo necesidad, ni pienso darle esa satisfacción. Mi indiferencia la cabrea aún más, y eso que pensé que no era posible. Me alegro, se ha comportado como una gilipollas, por lo tanto, que pase un mal rato no le viene nada mal.

Me gira la cara indignada por no haber conseguido lo que quería y se larga del local. Niego con la cabeza mientras recojo el billete del suelo y me giro hacia la chica que ha hecho que no me roben para agradecérselo.

—Gracias —le indico con una sonrisa sincera que ella me devuelve.

—Un placer. —Sus ojos tienen una chispa de diversión, como si le hubiera gustado poner en apuros a mi cita. Me gusta.

Pedro, el camarero, se acerca y me retira los platos, no sin antes preguntarme si quiero postre. Me conoce lo suficiente para saber que esa respuesta siempre es afirmativa. En ese momento se

me ocurre que puedo premiar el favor a la chica con algo dulce.

—¿Te puedo invitar al postre? —pregunto enseñándole la carta. Debo de haber dicho las palabras mágicas, porque su cara se ilumina y una sonrisa de oreja a oreja aparece en ella. Coge sus cosas y se sienta frente a mí. ¿Qué hace?

—Perdona —se disculpa de golpe al ver mi cara de alucinado—. No quería ser tan directa. —Le da tiempo a agarrar su chaqueta antes de que pueda frenarla con la mano.

—No, no pasa nada. Es que no me lo esperaba. Pensé que estabas en una cita. —Miro al tipo que está sentado en la mesa de la que acaba de levantarse y ni siquiera se ha dado cuenta de que la chica se ha ido, absorto como está con su móvil. Flipo en colores—. ¿Lleva toda la noche así? —Asiente con cara de hastío—. ¿Es tu pareja?

—¡No! —exclama riendo—. Es la peor cita que he tenido. Y mira que pensé que el tipo que apareció con su madre sería insuperable.

—Una vez tuve una cita con una pareja —le explico para que vea que todos hemos tenido citas de mierda alguna vez—, pero no porque quisieran proponerme algo para hacer los tres. La chavala se había reconciliado con él unas horas antes y le supo mal cancelar la cita, así que vinieron los dos a cenar conmigo. Se pelearon de nuevo y rompieron. Terminé de copas con el ex mientras me contaba, borracho, lo bien que la chupaba y que por eso siempre volvía con ella. Me invitaron a la boda.

—Me encantan los finales felices —dice juntando sus manos debajo de la barbilla y pestañeando muy rápido, lo que me provoca una carcajada—. Y ahora, ¿dónde está ese postre que me has prometido?

—Elige lo que quieras, princesa. —Le entrego la carta y su sonrisa se ensancha. No sé cómo acabará la noche, pero desde luego mi cita ha mejorado a niveles astronómicos.

3



Las ganas de liarme a martillazos por toda la ciudad no me abandonan ni siquiera después de haber dado varias vueltas para llegar a casa. Por suerte, me controlo. El impacto inicial por las palabras de Bego ya se ha esfumado y ha dado paso a un cabreo monumental. Uno más que justificado por lo gilipollas que he sido. ¿Cómo pude confiar en ella de nuevo después de lo que me hizo? Y peor, ¿cómo no tuve ni una leve duda al respecto? Estaba tan ilusionado con el reencuentro y su arrepentimiento; tan absorto en esa sonrisa que siempre me había postrado a sus pies, que ni lo pensé. Al fin y al cabo, trece años dan para mucho, incluso para ignorar el dolor que me causó, o camuflarlo tanto como para no pensar en él. Mi madre tiene razón, mi capacidad para perdonar tan rápido es algo bueno, pero hay cosas que no podemos olvidar o volveremos a tropezar con la misma piedra una y otra vez.

En el fondo, muy en el fondo, sabía que existía la posibilidad de que todo fuera una más de sus mentiras, pero la escondí debajo de la alfombra de la esperanza y la ignoré. Sin embargo, si soy sincero conmigo mismo, sabía que existía; si no, se lo hubiera contado a mis hermanos, al menos a Óscar o a Maite. Porque sé que, si Juanma se hubiera enterado, me habría dado de hostias hasta que entrase en razón. Supongo que, en parte, por eso no lo hice.

¡Joder! Con la de veces que les he echado en cara a mis hermanos que nos ocultemos cosas, y ahora soy yo quien tiene que callarse esto. Y todo porque no tengo ganas de ver sus caras de decepción cuando les explique que he vuelto a caer… y con todo el equipo, además.

Cuando paso por tercera vez frente a mi casa, saco el móvil para activar los auriculares y la canción *Scared of the Dark* llega a mis oídos, silenciando, en parte, los pensamientos que llevan desde hace horas en mi cabeza. Aprovecho para enviarle un mensaje a mi prima Aitana para que organice una comida de primos mañana. Creo que todos lo necesitamos, tras del susto que nos hemos llevado, y a Adri le irá genial desconectar después de la noche que, estoy seguro, va a pasar. Solo espero que esté bien y que no tengamos que salir de madrugada a por él. Con el cabreo que llevo, solo me faltaría tener que enfrentarme a alguien hoy.

No soy una persona violenta, a menos que toques a alguien a quien quiero. Aunque, en realidad, solo me he peleado una vez con una persona —bien merecido, si me lo preguntas—, lo cierto es que mis hermanos y yo, a excepción de Maite, tenemos fama de matones sobreprotectores, y nadie se atreve a meterse con nosotros. Y eso que nunca hemos tenido que demostrar nuestra fuerza para conseguirlo; solo tenemos que aparecer para que todos se caguen de miedo. La verdad es que los tres juntos imponemos, no lo voy a negar; los tres pasamos del metro ochenta y tenemos los brazos musculosos de todo lo que nos matamos a trabajar en la

obra.

La primera vez que tuvimos que defender a alguien fue a Lucía, la mejor amiga de Maite y como una hermana para nosotros. Todo Baza se enteró de su salida del armario cuando descubrió que era bisexual, y a algunos parece ser que ese hecho les molestaba por alguna extraña razón que jamás conseguí entender. La increparon por la calle, cerca de casa, así que salimos los tres a enfrentarnos al pobre insensato que no tenía otra cosa que hacer ese día. Se acojonó tanto que extendió el rumor de que éramos unos matones y que era mejor no acercarse ni a Lucía ni a Maite, por lo que pudiera pasar. Quise desmentirlo, lo admito, pero las consecuencias de ese cotilleo fueron dos: que nos tuvieran miedo, por lo que los gilipollas dejaron de molestar a nuestra hermana y a Lucía; y que las chicas descubrieran que existíamos. Juanma me amenazó con una paliza real si se me ocurría contar algo. Le hubiera replicado, pero estaba demasiado ocupado metiéndole mano a Bego. Las hormonas son malas consejeras.

Suspiro cuando atisbo mi casa de nuevo, en la que vivo de alquiler desde hace relativamente poco, pero de la que me he enamorado, pese a ser adosada. Espero que el recuerdo de Bego en ella no me haga tener la necesidad de mudarme de nuevo; no creo que pudiera soportarlo. Llevo siete mudanzas en seis años y son un suplicio. Tanto es así que mis hermanos han dejado de ayudarme. Los entiendo: yo también me odio cada vez que tomo la decisión de dejar atrás un lugar. Sin embargo, no puedo evitarlo. Esta es la primera vivienda en la que he vivido que he empezado a considerar un hogar; el resto solo eran lugares en los que dormía y cocinaba, pero no los consideraba parte de mí. Sé, porque no soy tan idiota como para negármelo a mí mismo, que gran parte de sentirme así es gracias a Angelines, mi adorada vecina y casera.

Desde el primer día conectamos; es como si siempre hubiera formado parte de mi familia. Y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que no soy la persona más sociable del mundo; eso se lo dejo a Juanma. Entré a su casa para firmar el contrato de alquiler, ya que la mujer dijo que no quería desplazarse al despacho de la inmobiliaria, pese a las quejas de estos, y un olor a galletas de canela me invadió. Tanto fue así que, después de despedirnos, volví sobre mis pasos para llamar a su puerta y preguntarle la receta. Me gané una caja entera repleta de galletas y una amiga nueva; aunque me quedé sin la receta.

Cuando estoy llegando a mi casa, la última de la manzana, observo a Angelines salir a tirar la basura y frunzo el ceño. ¿Qué hace despierta? Debe de ser como la una de la madrugada. Saco el móvil para corroborarlo y apagar la música, y me doy cuenta de que llevo horas dando vueltas por la calle con un martillo en cada mano, además del pijama debajo de la chaqueta de cuero y las pantuflas. Desde luego, vaya pintas me gasto, menos mal que tengo confianza con Angelines. Me acerco rápido a su puerta con la intención de comprobar que esté todo bien. Solo espero que no le haya pasado nada y no me haya buscado en casa para pedirme ayuda sin encontrarme, no me lo perdonaría jamás. Como creo que no me ve, la llamo para que se detenga:

—¡Ei…!

Carraspeo al darme cuenta de que soy incapaz de decir nada más y que mi voz ha salido mucho más ronca de lo normal. En ese instante, mi mundo se detiene y todo sucede a cámara lenta. Angelines da un respingo e intenta correr hacia su puerta, pero, al girarse, ha debido de marearse y empieza a caer. Corro, corro todo lo rápido que alcanzan mis piernas y alcanzo su cuerpo justo antes de que colisione contra el suelo. Su rostro pálido me asusta, aunque no me permito dejarme llevar por el miedo.

—Angelines. —Le doy unos golpes en la cara, que poco a poco voy intensificando, hasta que empieza a reaccionar y suspiro aliviado—. Angelines, eso es, vuelve conmigo.

—¿Fernando? —Le sonrío, pese a que odio que me llame así, y acaricio su mejilla—. ¿Has

sido tú el que me ha saludado?

—¡Claro! ¿Quién iba a ser, si no? —intento restarle importancia, no sé si para calmarla a ella o calmarme yo. ¡Qué susto me ha dado!

La ayudo a incorporarse, sin embargo, no la suelto, no soy capaz de hacerlo. Me agarra del brazo y nos dirigimos a su casa, donde nos sentamos en el banco que tiene en el jardín de la entrada. Los dos suspiramos a la vez y apoya su cabeza en mi brazo.

—Me has pegado un buen susto, muchacho —me regaña—. ¿Qué haces con esos martillos? Cuando te he visto con ellos en la mano y luego me has llamado…

—Lo siento. —Me doy una patada mental por no haber pensado en las consecuencias de saludarla de noche y con estas pintas. Realmente pensaba que me reconocería—. Lo siento, de verdad.

—Lo sé, Fernando. —Me da una palmada en el brazo que aún tiene agarrado y me sonríe—. Pero la próxima vez, no me saludes.

—Lo siento —vuelvo a disculparme—. Me ha extrañado verla a estas horas por la calle.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que me tutees, muchacho?

—Las mismas que yo tendré que decirle que me llame Fer. —Le sonrío de medio lado y niega con la cabeza.

—Deja ese encanto para una chica de tu edad; conmigo no vas a conseguir nada.

—Lástima. —Chasqueo la lengua y nos reímos—. ¿Está bien?

—Lo estoy, Fer. De verdad. Cuando me asusto o me alegro mucho me da un pequeño vahído, pero no es nada importante, a los pocos minutos estoy de vuelta. Gracias por salvarme de la caída.

—Por supuesto. Lo siento.

—Deja de pedir perdón, ya está todo olvidado.

—No para mí.

—Pues deberías, muchacho. —Suspira y niega, como si me diera por perdido—. Y ahora, ¿vas a explicarme qué hacías a la una de la mañana en la calle en pijama, chaqueta de cuero y dos martillos?

4



No sé por qué sigo intentando tener citas, está claro que tengo un don para elegir al peor de todos. Siempre. Sin excepción. Y siempre acabo en casa con la misma conclusión: «Mejor sola que mal acompañada». El chico con el que estoy sentada lleva desde que hemos pedido mirando el móvil. Ni siquiera ha levantado la vista ni se ha apartado cuando el camarero ha traído los platos. Odio esto. Y lo peor aún está por llegar, porque estoy totalmente segura de que, cuando salgamos de aquí, encima me propondrá ir a su casa a echar un polvo. O peor, a su coche. Tengo veintiocho años, hace diez que dejé de follar en los coches, justo cuando empecé a tener mi propia habitación fuera de casa de mis padres. Además, con el tiempo descubrí que cuando proponen el coche es porque hay alguien en su casa que los espera para compartir cama. Putos infieles.

Al menos, la comida está buenísima. Llevaba tiempo queriendo venir aquí, así que me quedaré con esto y obviaré la vergüenza de sentirme ignorada. Pasado un rato que se me antoja eterno, me doy cuenta de que el sonido que lleva toda la cena taladrándome la cabeza es la chica de la mesa de al lado, que no ha callado desde que se ha sentado. Su pareja no para de asentir, aunque me da la impresión de que ha dejado de escucharla hace rato. No le culpo, a la chica parece que le hayan dado cuerda y no para ni para respirar. Aunque, en el fondo, me sabe mal por ella. No es agradable tener la sensación de que no te hacen caso, ya sea porque miran el móvil o porque asienten sin más a todo lo que dices.

El camarero nos trae el segundo plato y, tras observar a mi acompañante, me lanza una mirada poco disimulada de «Date cuenta, amiga» que me provoca una sonrisa. Tiene razón, cuando acabe este plato, me iré por donde he venido.

En cierto momento, el sonido de un móvil en la mesa de al lado capta mi atención y veo como el chico intenta ignorarlo, mientras el dispositivo no para de pitar. Se levanta para atenderlo y, después de una llamada corta, se disculpa con cara de preocupación, deja un billete encima de la mesa y se va sin mirar atrás. Suertudo, al menos él ha podido huir de aquí. Solo espero que el motivo no sea grave. Aunque lo mejor de todo es el silencio que le sigue a su marcha, al menos podré acabarme el plato tranquila. La chica se guarda el billete en el bolsillo izquierdo del pantalón y sigue comiendo como si nada. ¿Serán pareja? No, se habría ido con él, ¿no? Madre mía, lo que hace el aburrimiento, ¡y a mí qué me importa!

No han pasado ni cinco minutos cuando el chico vuelve a entrar por la puerta. Y, ahora sí, dejo salir mi lado cotilla. Esto no lo había visto nunca, normalmente si alguien se va de una cita, no regresa. Mi teoría de que sean pareja gana puntos por momentos, hasta que me fijo en cómo

lo mira ella: como si fuera escoria pura. Espero que no sean pareja. Juro que no quiero escuchar o, al menos, no de forma tan evidente, pero me resulta imposible no intervenir cuando le dice que no sabe de qué habla al reclamarle el dinero. ¡No me lo puedo creer! Qué morro tiene la peña, en serio. ¡Y ahora le lanza el billete como si fuera un perro! Por suerte, él la mira como si lo que acabara de hacer no tuviera importancia.

—Gracias —me agradece el chico en cuanto su cita abandona el local. Tiene una sonrisa muy bonita.

—Un placer.

El camarero aparece para retirar los platos de la mesa del chico y me centro en el mío, pero descubro que solo me quedaba un bocado. Me gustaría pedir algo dulce para rematar la cena, pero no quiero seguir aquí con esta persona que ni siquiera se ha percatado de todo lo que ha pasado en la mesa de al lado. Ni de que le he hablado varias veces. ¿Quizás lo pueda pedir para llevar?

—¿Te puedo invitar al postre? —La voz del chico vuelve a filtrarse en mis oídos y, cuando lo miro, me señala la carta. Si me hubiera dicho que me regalaba mil euros, no me habría ilusionado tanto. ¡Que le den a mi cita, yo quiero mi postre! Cojo mis cosas y ocupo el lugar de la chillona con la que ha venido, aunque me arrepiento en el mismo instante en que veo su cara.

—Perdona —me disculpo al momento. Mierda, ¡qué vergüenza!—. No quería ser tan directa. —Noto como me frena con la mano en el momento que ya he agarrado mi abrigo.

—No, no pasa nada. Es que no me lo esperaba. Pensé que estabas en una cita. —Observa al que se supone que es mi acompañante, que sigue absorto con su móvil totalmente ajeno a lo que está pasando a su alrededor, y ahora su cara de estupefacción es por otro motivo—. ¿Lleva toda la noche así? —Asiento con pesar—. ¿Es tu pareja?

—¡No! —exclamo riendo—. Es la peor cita que he tenido. Y mira que pensé que el tipo que apareció con su madre sería insuperable.

—Una vez tuve una cita con una pareja, pero no porque quisieran proponerme algo para hacer los tres. —Me río ante la aclaración, aunque no me deja claro si la hubiera aceptado o no. ¿Será de esos a los que les gusta el sexo en grupo? La verdad es que con el cuerpazo que se gasta, bien podría con tres o cuatro personas él solo. Sigue con la explicación de la anécdota y, no sé cómo, pero me enternece que esté intentando animarme con ella—. Me invitaron a la boda.

—Me encantan los finales felices —bromeo y su carcajada resuena por todo el local. Ahora que me fijo más en él, es guapo a rabiar, con el pelo castaño recogido en un moño, la piel bronceada y los ojos de un tono verde oscuro. Si me dijese que trabaja de modelo, no lo dudaría ni un segundo. Como no quiero babear por la visión que tengo delante, cambio de tema—: Y ahora, ¿dónde está ese postre que me has prometido?

—Elige lo que quieras, princesa. —Me entrega la carta con una sonrisa y le devuelvo el gesto.

Ni siquiera mira la carta. Cuando el camarero llega para tomar nota de los postres, pide lo mismo que yo.

—¿Habías estado antes aquí? —me intereso.

—Sí, la verdad es que es uno de mis restaurantes favoritos. ¿Y tú?

—Es mi primera vez —admito y él asiente, por lo que sigo hablando—: Así que traes aquí a todas tus citas, ¿no? —Suelta otra carcajada mientras niega.

—Normalmente dejo que sean ellas las que elijan el lugar, os sentís más seguras controlando el entorno y, a mí, la verdad es que me da igual un sitio que otro mientras me den de comer. No soy sibarita en ese sentido.

—¿Y en qué sentido sí lo eres?

—En la compañía. —Estoy segura de que la sonrisa de medio lado que está esbozando en este momento le ha abierto más puertas que todas las llaves maestras del mundo. Puertas y piernas—. ¿Y cómo conociste al móvil pegado al hombre con el que estabas cenando?

—En una aplicación de citas que he desinstalado a mitad de la cena. No sé por qué sigo usándolas, la verdad. No me traen nada bueno. —El camarero sirve nuestros platos y esta vez su mirada me indica que he hecho bien en cambiarme de mesa—. ¿Y tú a la ladrona charlatana?

—Lo mismo. ¿Sabes qué? Voy a seguir tu ejemplo y las voy a desinstalar todas.

—¿Todas? —Me río—. ¿Cuántas tienes?

—¿Cuántas existen?

—No pareces el típico chico que tiene problemas para ligar. ¿Tantas taras tienes?

—¡No lo sabes tú bien! —bromea—. Estaríamos toda la noche y no te habría contado ni la mitad.

—No tengo prisa. —Su sonrisa se ensancha ante mi proposición implícita.

—Tú tampoco pareces la típica chica que tiene problemas para ligar. ¿Debería preguntarte lo mismo?

—Yo soy perfecta, nene. —Me retiro el pelo del hombro para acentuar mi payasada—. Solo tengo que encontrar a alguien que sepa verlo.

—Entonces, me alegro de no estar mirando el móvil en estos momentos. —Intento no sonrojarme con sus palabras, aunque fracaso—. Mi peor tara es que trabajo de ocho a ocho. O eso dicen.

—¿Qué dicen? —me burlo—. ¿No trabajas de ocho a ocho o no lo consideras una tara?

—No lo considero una tara —contesta serio y asiento en conformidad—. Sin embargo, si digo eso en una cita, suele acabar mal.

—Entonces, por suerte para ti, esto no es una cita. —Su sonrisa vuelve a ensancharse. ¿He dicho ya lo guapísimo que es? Por si no había quedado claro. Aprovecho para seguir hablando, si él va a ser sincero, yo también puedo—: Yo también tengo un horario completo, así que no lo veo como un defecto.

—¡Vaya! ¿Es verdad o solo intentas impresionarme?

—Eso lo tendrás que averiguar tú solito. —Le guiño un ojo y sus ojos se iluminan.

—Reto aceptado. Oh, nena, no sabes lo que has hecho. —La intensidad de su mirada, unida a una sonrisa pícara, lo hace aún más atractivo. Y eso que no pensaba que fuera posible.

—Vamos a hacer recopilatorio: trabajas muchísimas horas y adoras los retos. De momento, no estoy nada impresionada. La verdad, esperaba más. Menos mal que esto no es una cita o habría perdido todo el interés. —Sonrío para que sepa que es mentira y, por la diversión que percibo en sus ojos, veo que está disfrutando de esto tanto como yo.

—También soy sincero hasta decir basta y… un tanto vengativo. —Esboza una sonrisa de medio lado mientras observa al que era mi cita. En serio, ¿cómo puede no haberse dado cuenta aún de que está solo? Mi nuevo acompañante llama al camarero, que parece que lo conoce, y le insta a acercarse más a nuestra mesa—. El chico de aquí al lado, que debe de estar invirtiendo en bolsa teniendo en cuenta lo atento que está a su móvil, va a pagar las dos cuentas. Y asegúrate de cobrarle todo lo que nos hemos tomado.

—Le pienso cobrar hasta el vaso que ha robado tu cita. —El camarero le guiña un ojo con una sonrisa de oreja a oreja antes de irse a la caja y yo observo la mesa. ¡Joder, es verdad, falta un vaso! Alucino.

—¿No tendrá problemas con su jefe si hace eso?

—Pedro es el sobrino de la dueña —me comenta—, que es la cocinera. Estoy seguro de que ahora mismo le está explicando toda la historia. En fin, ¿puedo invitarte a una copa en otro lugar?

—Es lo mínimo, teniendo en cuenta que no me has invitado al postre. —Esbozo una sonrisa de suficiencia, lo que le provoca otra carcajada. Admito que hacía tiempo que no me reía tanto, y esto solo acaba de empezar.

Nos levantamos para ponernos el abrigo e irnos. Desde luego, no sé cómo terminará la noche, pero mi cita acaba de mejorar a niveles astronómicos.

5



Por suerte, el local que he elegido para tomarnos la copa no está abarrotado hasta los topes, por lo que localizamos una mesa libre al poco de entrar. La camarera nos toma nota y le guiña un ojo para nada disimulado a mi cita. Me río, hay gente que aprovecha cualquier oportunidad para ligar.

—¿Ves como no necesitas una aplicación para ligar?

—Podría estar de acuerdo, pero no me gusta que intenten flirtear conmigo cuando estoy en una supuesta cita. —Se encoge de hombros—. Hay que tener cierta ética.

—Y, sin embargo, le has sonreído —le recuerdo.

—Por supuesto, no quiero un mojito con extra de saliva. —Su expresión de asco me provoca una carcajada y me doy cuenta de que he perdido la cuenta de cuántas llevo ya desde que se ha sentado conmigo—. No conocía este sitio.

—¿No eres de Baza?

—Soy de Guadix, pero trabajo aquí.

—Entonces, me veo en la obligación de enseñarte todos los bares imprescindibles de la ciudad.

—¿No sería lugares?

—No conmigo. —Esbozo mi sonrisa rompebragas, como le gusta llamarla a Maite y a la que mi cita parece inmune, y obtengo justo lo que quiero: una chispa de reto aceptado en sus ojos—. Has dicho que no tenías prisa.

—Y tú que me ibas a explicar todos tus defectos.

—Estoy muy unido a mi familia —le explico—. Si dices algo malo de ellos, estás muerto para mí. Sin excepción.

—¿Incluso aunque sea verdad?

—Con más motivo si es verdad. Yo puedo criticarlos hasta por la hora a la que se van a dormir, pero nadie más puede.

—¿Y qué pasa si alguien de tu familia critica a otro?

—¿Sabes? Eres la primera persona que me hace esa pregunta. Me gusta. —Nuestras sonrisas se agrandan e, incluso con la poca luz que hay, puedo distinguir lo guapísima que es y lo expresiva que me resulta su mirada—. Depende de qué familiar critique a quién.

—¡Oh, venga ya! Esa es una respuesta de mierda —se queja y levanta los brazos para darle más énfasis—. Aquí hemos venido a jugar.

—Está bien —cedo y sus ojos centellean—. Si están los dos delante, voy a por palomitas

para ver cómo se matan entre ellos.

—Soy más de pipas, pero, aparte de eso, me encanta la respuesta. Yo haría lo mismo, aunque reconozco que yo no los defendería nunca, si dicen una cosa que es verdad, suelo darles la razón y fin.

—¿No defiendes a tu familia? —¡Joder! Sinceridad ante todo, así da gusto.

—No, todos somos adultos, cada cual que luche sus batallas, que yo lucho las mías.

—Yo me batiría en duelo por ti —bromeo.

—Y yo comería pipas mientras pensaría lo absurdo de todo.

Me río y justo aprovecha la camarera ese momento para traernos las copas. Debajo del posavasos de mi cita hay un papel muy poco disimulado. Cuando se va, lo saca, lo lee y rueda los ojos de forma exagerada mientras bufa.

—¿Qué pone? —me intereso, más por su expresión que por saber qué dice de verdad.

—«Ningún tío te dará el placer que puede darte una mujer. Llámame y te lo demostraré».

—¡Joder! Directa. Diría que me gusta si no me estuviera insultando.

—¡Ya! Yo también estoy flipando. —Niega con la cabeza—. Además, que no es verdad. —Alzo una ceja—. No dudo de sus dotes para el sexo, pero me he acostado con tíos que me han dado placer durante horas y tías que ni sabían que tenemos tres agujeros.

—¿Durante horas, dices? Creo que debería irme, mi autoestima acaba de sufrir un daño irreparable. —Suelta una carcajada que me hace sonreír, pero no era broma.

—Es una forma de hablar —le resta importancia—. Lo que quiero decir es que es muy pretencioso soltar eso.

—Y muy dañino —añado y se ríe. Se me queda mirando y ladea la cabeza—. ¿Qué?

—Ni siquiera te has inmutado cuando he comentado que me había acostado con tíos y tías. Normalmente suele ser uno de los motivos por los que la cita se acaba. —Pone una mueca de desagrado—. Aunque en realidad sí que has dicho que querías irte.

—Primero, me importa una mierda con quién te acuestes y lo que tenga entre las piernas —le aclaro—. Segundo, si la cita se acaba ahí, ten por seguro que la tara es de ellos, no tuya. Y tercero, no quiero irme a ningún sitio, aunque mi autoestima haya sido dañada, soy adulto, puedo superarlo; estoy disfrutando mucho contigo.

—Yo también —admite y señala mi cerveza con la cabeza—. ¿No te gustan los cócteles o quieres emborracharme? ¿Esa es otra de tus taras?

—No me gusta tener resaca. Ya no tengo dieciocho años, ahora me duran días y no puedo ir a trabajar hecho un trapo. La última vez casi me quedo sin mano.

—No sabía que el trabajo de modelo fuera tan peligroso.

—¿Intentas conquistarme con un cumplido? Porque, nena, no te hace falta. Me tienes fascinado desde antes de salir del restaurante.

—¿Ahora quién intenta conquistar a quién? —Esboza una sonrisa de medio lado que lanza una descarga por todo mi cuerpo. ¡Joder! Es perfecta—. ¿De qué trabajas?

—¿Sabes qué? Vas a tener que adivinarlo. —Bebo un trago de mi cerveza mientras ella pone una mueca entre divertida y disgustada.

—Es cierto que eres vengativo. —Chasquea la lengua—. Voy a descartar todos los trabajos de oficina, no tienes pinta de ser capaz de estar tantas horas sentado.

—¿Perdona? —Finjo indignación.

Tiene razón, me muero antes de pasar una hora sentado. Fer me mandó un día a la oficina con Maite como castigo y Maite me echó pasadas dos horas harta de mí. Y eso que me pasé hora y media ordenando todo el material.

—En el tiempo que llevamos aquí, no has permanecido quieto ni un segundo. —Alza la mano para acallar mi réplica—. Y no, no soy observadora, cualquier persona del local se habría dado cuenta. Eres un culo inquieto.

—En la cama también. —Esbozo mi sonrisa rompebragas y me aguanta la mirada aceptando el desafío. Ni siquiera se sonroja. ¿He dicho ya que es perfecta?

—Perro ladrador… —Sus ojos están llenos de diversión y determinación. Me está retando y yo quiero aceptarlo—. ¿Vamos a otro bar? Los mojitos de aquí son una basura.

Apuro mi cerveza, pago la cuenta mientras la camarera me fulmina con la mirada y la llevo a otro local cercano. Por suerte, en este no intentan ligar con ella. Se va frustrando poco a poco cuando no consigue adivinar mi profesión, pero en el instante en el que le propongo darle una pista o desvelar el misterio, se indigna tanto que vuelvo a cerrar la boca. Yo tampoco consigo adivinar el suyo, aunque ya me ha dicho que es prácticamente imposible que lo haga.

—¡Eres astronauta! —bromeo y suelta una carcajada mientras le sujeto la puerta del tercer bar al que entramos—. Un proyecto secreto del gobierno para poblar Marte.

—No nos pega ser tan épicos. —Derrapa hasta la última silla libre del bar y se lanza hacia ella. Una vez nos acomodamos, ella sentada y yo de pie a su lado, continúa—: Eso mejor se lo dejamos a los americanos y su obsesión por ser los reyes de los extraterrestres. Además, ¡qué pereza! Si ya cuesta encontrar a alguien decente en este planeta lleno de gente, imagina allí en Marte, que tendría una o dos opciones disponibles… y eso siendo generosa.

—Es justo lo que diría alguien que está en un proyecto secreto. Venga, confiesa: estás en esas aplicaciones de citas para encontrar el compañero perfecto con quien poblar Marte.

—¡Me has pillado! —Pone una sonrisa, mirada coqueta y susurra—: ¿Te apetece venirte conmigo a poblar el planeta rojo, nene?

Me acerco a ella sin apartar mi mirada de la suya, hasta que nuestras narices casi se rozan y le susurro en respuesta:

—Contigo me iría hasta Plutón.

6



¿He dicho ya que me encanta mi cita? Por si no había quedado claro. ¡Joder! Me sigue en todas y cada una de las bromas que inicio. No solo eso, sino que encima, ¡las mejora! ¿Dónde habrá estado escondido todo este tiempo? Y, lo más importante, ¿por qué no nos habíamos cruzado antes? He perdido el tiempo toda mi vida sin haber conocido a este hombre, que me mira como si fuera la mujer más maravillosa del mundo.

—Técnicamente, Plutón no es un planeta. —Mi voz suena ronca, aunque, si lo nota, no dice nada. Roza la punta de su nariz con la mía y me roba una sonrisa—. ¿Por qué no Saturno? Me gusta eso de los anillos.

—Un anillo para gobernarlos a todos.

—Un anillo para encontrarlos, un anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas. —Sonríe y mi vista se desvía a sus labios que casi rozan los míos—. ¿Sabes? —Mi tono sigue siendo bajo y ninguno de los dos hace amago de apartarse—. Creo que me gusta más la versión del anillo de J.Lo.

—¿En serio? Esa canción es una mierda, prefiero la de Beyoncé.

—¿Perdona? ¿Estás insultando a la diosa de J.Lo?

—Eres tú la que insulta a Beyoncé pensando que J.Lo podría acercarse a ella.

—No te pega nada escuchar Beyoncé —admito y se ríe—. Me hubiera ido más hacia el metal.

—Linkin Park es mi grupo favorito. —Asiente mientras habla, dándome la razón—. Está considerado un grupo de nu metal, pero no voy a ponerme quisquilloso con eso.

—¿Y Beyoncé dónde queda?

—A mi hermana le encanta y la pone siempre en la oficina. Es abominable, pero lo prefiero al reguetón que suele llevar mi hermano pequeño en el coche, que me hace odiarlo con todas mis fuerzas y desear ser hijo único.

—¿En la oficina dices? —Esbozo una sonrisa de medio lado y maldice.

—¿Qué posibilidad hay de que olvides esto? —bromea—. Es una pista que no querías, tienes que obviarla.

—No, nene, y menos ahora que estoy a punto de ganar.

—Entonces, no me queda más remedio que utilizar la artillería pesada.

Ni siquiera me da tiempo a preguntar a qué se refiere cuando borra la poca distancia que nos separa y estampa sus labios contra los míos. Tardo un segundo en reaccionar y atraer su cuerpo hacia el mío, el mismo tiempo que tarda en introducir su lengua en mi boca. Sus manos vuelan a

mis mejillas y lo aprieto más contra mí, suprimiendo todo el aire que nos distanciaba. No sé cuánto tiempo pasamos así, comiéndonos el uno al otro, pero cuando nos separamos, a los dos nos cuesta respirar.

—¡Vaya! Desde luego, eres único para hacer olvidar algo a una mujer.

—¿Qué? —bromea y los dos nos reímos—. Acabo de darme cuenta de que ni siquiera hemos pedido. ¿Nos vamos? Me gustaría enseñarte algo.

—¿Otro bar?

—No, es otro sitio. ¿Confías en mí?

—No. —La respuesta sale demasiado rápido como para disimular otra cosa. A ver, sí, el tío es espectacular y besa que flipas, pero no lo conozco de nada.

—Me encanta que seas sincera, aunque reconozco que ha sido demasiado rotundo para mi ego. —Se ríe—. Bueno, reformularé la pregunta: ¿te gustaría que te sorprendiera? Si en cualquier momento estás incómoda, me lo dices y damos media vuelta.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro por mis hermanos.

Su comentario me hace confiar, ha dicho que su familia es una de las cosas más importantes de su vida, ¿no? En todo caso, llevo *spray* pimienta en el bolso y una navaja pequeña. Así que asiento y que sea lo que tenga que ser. Entrelaza nuestros dedos y me guía hasta la calle. Una vez fuera, callejeamos un poco antes de pararnos justo al lado de un Saxo blanco que tiene pinta de tener bastantes años. Abre con el mando y se acerca para abrirme la puerta del copiloto. Una vez dentro, arranca y se dirige a la salida de la ciudad.

—Quiero que quede claro que yo no follo en coches —suelto para romper el silencio algo tenso que se había generado. Su carcajada llena todo el espacio—. Es en serio, no tengo dieciséis años.

—Vivo solo. Bueno, comparto piso con mi hermano pequeño, pero lo que quiero decir es que hace mucho que no follo en el coche. No te he metido aquí para eso.

—Prefería aclararlo.

—Y me parece bien. —Niega con la cabeza y me dirige una mirada fugaz.

—¿Qué?

—Me preguntaba con qué clase de capullos has tenido que salir antes para que te diga que quiero sorprenderte y tú pienses que quiero llevarte a algún sitio para follar en el coche.

—Estuve saliendo con un chico durante dos meses —le explico y ruedo los ojos al recordarlo —. Lo dejé la tercera vez que me dijo que tenía una sorpresa preparada y se presentó con un lazo en la polla.

—Debes de tener mucha paciencia si aguantaste hasta la tercera. Yo lo hubiera mandado a la mierda la primera vez.

—Me estás diciendo que yo te comento que quiero darte una sorpresa —empiezo a explicarle con voz seductora— y me presento en tu casa solo con un lazo que me cubra entera, ¿me dejarías? —Traga tan fuerte que hasta se oye—. ¿Y bien?

—Te desenvolvería como el bombón que eres y te comería entera una y otra vez hasta que no recordases ni tu nombre. —Ahora es mi turno de tragar. ¡Joder! No esperaba esa respuesta tan explícita—. De hecho, por favor, hazlo. Todas las veces que quieras. Prometo que no follaremos en el coche, pero hazlo.

—Quizás… Si me convences. —Me hago la interesante, aunque por dentro me muero de ganas de que me desenvuelva. Decido cambiar de tema a uno que no me haga saltar encima de él y devorarlo—. Trabajas para el CNI.

—Joder, nena, ¿de verdad? —El ataque de risa le impide seguir hablando hasta que se tranquiliza—. ¿Tengo pinta de espía? Debo de ser la persona más ruidosa del mundo.

Mi carcajada nos envuelve y volvemos a la carga de adivinar en qué trabajamos. Por un momento, estoy tentada a decirle que casi acierta en una de ellas, porque técnicamente soy profesora, pero aquí hemos venido a jugar, no a ganar, por mucho que me muera de ganas de saber de qué coño trabaja.

El tiempo pasa entre bromas y, para cuando me quiero dar cuenta, detiene el coche en la zona reservada para ello del Calar Alto. ¿En serio acabamos de estar una hora en el coche? ¡Se me ha pasado volando!

—Ya que te gustan tanto los planetas y sus anillos, he pensado que te gustaría observar las estrellas.

—Me encanta, ¡gracias!

Salimos del coche y me abrocho la chaqueta, porque aquí hace un frío que pela. Abre el maletero y, por un segundo, me tenso, hasta que veo que me ofrece una sudadera.

—¿La quieres? Hace bastante frío —dice el tío que va en manga corta con la chaqueta en la mano y no parece ni inmutarse.

—¿Y tú?

—Tengo otra. —Saca la segunda sudadera y se la pone en un momento, antes de colocarse la chaqueta por encima, aunque no se la abrocha. ¿En serio no nota el frío que hace? Me pongo la sudadera que me ofrece y me ayuda a entrar en calor, aunque parezca una cebolla.

—¿Siempre llevas varias sudaderas en el maletero por si traes a chicas guapas al observatorio? —bromeo. O no. No estoy segura.

—Por supuesto que no, también lo hago por si traigo a chicas feas —continúa con la broma, o eso quiero pensar—. La verdad es que hacía años que no subía. ¿Damos un paseo? —Asiento y empezamos a andar. Al poco, resuelve mi duda—: Tengo tendencia a mancharme mucho en el trabajo y no suele importarme mientras estoy en ello, pero, al salir, necesito cambiarme, así que siempre tengo millones de sudaderas por todos los sitios.

—¿En serio? ¿Cuántas sudaderas son «millones»?

—Las compro en ofertas de cinco en cinco. Además, como tengo la misma talla que mis hermanos, aprovechamos.

—¿Y todas son negras?

—*Nah*, a veces nos venimos arriba y las compramos azul marino. A mi madre le encanta. —Suelta una carcajada y tira de mi brazo hasta que mi mano sale del refugio de mi bolsillo. Entrelaza nuestros dedos antes de meterlas en el suyo—. Mucho mejor así.

Caminamos en silencio observando el cielo, que es espectacular, y pienso en la última vez que estuve tan a gusto con alguien que conociera en una cita. No soy capaz de recordarlo. Supongo que al principio de la relación con Jesús, mi exnovio, experimenté algo similar, pero hacia el final me sentía tan asfixiada, que todo buen recuerdo de ese momento quedó eclipsado por los malos. Con las parejas que tuve antes de él tampoco percibí esta sensación, de ahí que duraran tan poco.

Desde que lo dejé, tomé la decisión de no volver a buscar pareja, aunque de vez en cuando lo olvido y vuelvo a instalar una aplicación de citas. Por eso las que he tenido desde entonces se han quedado en eso, en una noche sin más en la que no he vuelto a pensar. Además, por mucho que la persona fuera un encanto, cosa que solo ha ocurrido dos veces, la pesimista que vive en mí no para de recordarme que volverá a pasar lo mismo. De hecho, me repito tanto el mantra de «Mejor sola que mal acompañada», que Irene, mi mejor amiga desde siempre y que ahora vive

en Suecia, me regaló una camiseta con esa frase las navidades pasadas.

—¿En qué piensas? ¿Estás bien? ¿Quieres irte? ¿Tienes frío? Tengo otra sudadera en el coche —interrumpe mis pensamientos frenando en seco, y le sonrío a su ceño fruncido.

—Estoy bien, no quiero irme ni tengo frío —lo tranquilizo—. Pensaba en una camiseta que me regalaron.

—Y seguramente tenga todo el sentido que estés pensando en esa camiseta, pero admito que me peta el cerebro cómo las mujeres hiláis un pensamiento con otro.

—¿Intimidado? —me burlo y bufa.

—Impresionado sería la palabra exacta. Siempre vais más allá, es algo digno de admirar. —Duda antes de seguir hablando—: No estoy acostumbrado a que a las mujeres les gusten los silencios cómodos, así que me he preocupado por si estaba haciendo algo mal.

—Me gusta el silencio —admito—. No suelo tenerlo en el trabajo, —noto la chispa divertida en sus ojos por la pista que acabo de otorgarle—, así que cuando puedo disfrutarlo, lo hago.

—Esas palabras también podría decirlas yo. —Me guiña un ojo y retomamos el camino—. No sabía que en las instalaciones espaciales hubiera tanto ruido, ¿me dejarás visitarlas algún día?

—Solo pueden entrar mis parejas potenciales, ¿recuerdas? —continúo con la broma—. Y tú, nene, no te has ganado ese puesto todavía.

—Entonces, tendré que hacerlo.

Tira de mí y vuelve a besarme, mucho más intenso que la primera vez. Profundizamos el beso y envuelvo su cuello, apretándolo contra mí. Sus manos vuelan a mi culo y suelta un gemido de satisfacción cuando lo agarra con fuerza, provocándome otro a mí. Ya ni siquiera siento el frío que nos rodea, solo noto el calor que su cuerpo emana, que debe de ser muy similar al mío. Me estrecha con más fuerza, lo que me permite apreciar la dureza de su miembro contra mi estómago, que envía descargas directas a mi entrepierna. Cuando nos separamos, sus ojos brillan por la excitación.

—¿Quieres…? —Lo que fuera a decir, se ve interrumpido por la alarma de mi teléfono móvil —. ¿Te están llamando a estas horas?

—No, es la alarma. En una hora y media tengo que coger un bus hacia Guadix. —¡Mierda! Había olvidado por completo que tenía comida familiar y que había comprado el primer bus del día. Menos mal que me programé la alarma ayer—. Tengo que irme.

7



—¿Te llevo a casa o a la estación? —pregunta, acelerando el paso hacia el coche justo después de entrelazar nuestras manos. Me sorprende que no haya intentado convencerme de que me quede o cambie los billetes, aunque lo agradezco; odiaría que lo hiciera. Sin embargo, reconozco que esta vez estoy tentada a hacerlo.

—A la estación mejor —contesto mientras voy trotando detrás de él. Es difícil seguirle el ritmo.

—Tengo un par de camisetas en el maletero, por si necesitas cambiarte y no te da tiempo. Te quedarán enormes, pero ahora se llevan así, ¿no?

—No hace falta. Además, no creo que sea apropiado aparecer con ropa de hombre en una comida familiar.

Se ríe y a mí me sigue sorprendiendo que no haya puesto pegas. Acaba de quedarse sin un polvo asegurado y ni siquiera tiene una mueca de desagrado. Y la verdad, hasta yo estoy cabreada por quedarme sin follar, tenía pinta de que iba a ser épico. Debo de estar soñando, no hay otra explicación para ello. Al llegar al coche, lo primero que hace es abrir el maletero y sacar una camiseta negra bien doblada, parece nueva.

—Cógela, por si la necesitas.

Asiento y nos metemos en el coche. Aprovecho para guardarla en el bolso; la verdad es que no voy tan mal vestida para ir a casa a comer: vaqueros negros, jersey rojo de cuello de pico y botas tipo militar. Y su sudadera encima, la cual no pienso devolverle. Mi madre no pondrá pegas a mi atuendo si quito el complemento extra, así que no tengo por qué pasar por casa a cambiarme. Una vez que tengo esa parte controlada, miro a mi alrededor, pero el coche no se ha movido, aunque lo ha arrancado y ha puesto la calefacción a tope.

—¿Estás bien? —le pregunto, porque su cabeza está apoyada en el antebrazo que tiene agarrado el volante.

—Sí, pero necesito un minuto, no puedo conducir así —contesta girándose para mirarme con una sonrisa tímida—. Pensaba que la noche terminaría de otra manera. Ahora mismo me pongo en marcha, perdona.

¡Joder! Ni siquiera he acabado de pensarlo cuando ya estoy sentada a horcajadas en su regazo. Su cara de sorpresa hace que me arrepienta al momento.

—No es que no quiera que estés así —dice con prudencia, sus manos están tan separadas de mi cuerpo, que hasta ofende—, pero no quiero que llegues tarde.

—Estoy totalmente segura de que vas a ser capaz de hacer que llegue pronto.

Sé que ha pillado el doble sentido de mis palabras cuando sonríe de medio lado y, antes de que pueda volver a poner pegas, estampo mis labios contra los suyos. Una de sus manos va directa a mi nuca en el momento que abro la boca para dejarlo entrar y la otra mueve el asiento lo más lejos posible del volante. La ropa de la parte de arriba vuela mientras nos comemos y gimo cuando noto el calor de su cuerpo en mis pezones. Abandona mi boca para besar mis tetas y mi jadeo nos envuelve cuando me las muerde.

Nos ayudamos a quitarnos los pantalones y, en un momento, estamos desnudos y jadeantes. La punta de su polla brilla por el líquido preseminal que sale de ella, me sorprendería, si no fuera porque estoy más mojada que en toda mi vida. Bajo la cabeza y, de un lametazo, la limpio, provocándole un siseo. Me coloco encima y empiezo a rozarme con él mientras vuelvo a su labios. Un instante después, se separa.

—Si sigues así, voy a parecer un adolescente en su primera vez. ¡Joder! Cómo me pones, nena. Eres incluso más impresionante desnuda.

Se incorpora para abrir la guantera, sin soltarme, y empieza a rebuscar hasta que saca el envoltorio de dos condones. Le da vueltas hasta que localiza la fecha de caducidad y suelta un suspiro.

—Pensaba que no follabas en el coche —me burlo mientras abre uno de los envoltorios.

—Y no lo hago. Pero este coche no es solo mío, por suerte, porque si lo fuera, no habríamos tenido condones.

—Hubiera conseguido que te corrieras igualmente, nene —le susurro al oído y se estremece.

—Joder, nena, no puedes decirme esas cosas, que no tengo tiempo para follarte como me gustaría hacerlo y estoy tentado de que pierdas ese autobús —suelta cuando acaba de ponerse el condón.

Ni siquiera me deja contestar, me alza por las caderas y se posiciona en mi entrada. Poco a poco me deja caer y, cuando estoy llena, gemimos a la vez. Empiezo a moverme, al principio lento mientras juega con mis tetas, hasta que me las aprieta y tira de ellas y pierdo el control. Me agarro del respaldo e incremento la velocidad hasta que el orgasmo más devastador que he tenido nunca me arrasa y nuestros gritos llenan el coche.

Nos quedamos unos minutos en silencio, recuperándonos, yo apoyada en su pecho y él en el respaldo; apenas somos capaces de respirar. Cuando parece que ya podemos movernos, nos vestimos y nos quedamos sentados en nuestro asiento unos instantes.

—¿A la estación? —Rompe el silencio y asiento en respuesta. Vuelve a colocar el asiento en posición y sale de la zona de tierra para incorporarse a la carretera—. ¿Puedo bajar la calefacción? La he puesto alta por ti, pero ahora mismo me estoy asando.

—Bueno, he encontrado otra forma de entrar en calor —bromeo—. Así que, sí, puedes bajarla.

—Cuando quieras, nena. —Me guiña un ojo.

Los primeros minutos los pasamos en silencio, uno cómodo que no nos genera la necesidad de hablar. Aún me estoy recuperando del orgasmo que me ha provocado, alucinada por la intensidad y, sobre todo, por la velocidad. Suelo tardar más, pero es que este hombre es de otro planeta.

—Bueno, nos queda una cosa que discutir antes de llegar a la estación —suelta de golpe, sobresaltándome—. Perdona.

—No, no, tranquilo. A ver, dispara.

—¿Me he ganado o no me he ganado mi puesto para poblar Marte?

Suelto una carcajada y asiento. Durante el resto del camino, discutimos sobre las cosas que

habría que hacer en el planeta rojo, así como personas a las que no dejaríamos venir a visitarnos que, por su parte son muchas menos que por la mía. Aparca el coche y sale de él cuando llegamos para abrirme la puerta. Una vez fuera, se apoya y me atrae hasta él. Me acaricia la mejilla y juro que nunca me habían mirado con tanta intensidad como en este momento.

—La próxima vez no será en el coche, lo prometo.

—Por supuesto que no, nene —bromeo—. No pienso dejarme engañar otra vez.

—Sí, te he visto superdisgustada mientras me usabas para correrte. —Si piensa que sus palabras me van a hacer bajar la mirada o avergonzarme, está muy equivocado. Me sonríe de medio lado—. Que conste que no era una queja, puedes usarme siempre que quieras.

—Es bueno saberlo. Lo tendré en cuenta la próxima vez que mi cita se centre en su móvil.

Suelta una carcajada y me besa pausado, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Ojalá no tuviera que irme. Cuando nos separamos, se nota que ninguno de los dos tiene ganas de que esto se acabe.

—Venga, tira o perderás el autobús. —Me da una palmada en el culo y, a regañadientes, me separo de él unos pasos—. ¿Me avisas cuando llegues? Solo para saber que has llegado bien.

—No mientas, nene. Solo estás intentando ganar puntos para que te lleve a Marte conmigo.

—Por supuesto.

Me guiña un ojo y, con esa última visión suya, me dirijo hacia dentro de la estación. El autobús ya está casi lleno cuando llego, puesto que solo quedan cinco minutos para que salga, así que enseño mi billete y accedo. Me acomodo, me relajo y cuando arranca saco el móvil para escribirle y entonces caigo en la cuenta: no tengo su número. «¡Joder! No, no puede ser, tiene que haber una forma de localizarlo». ¿De dónde ha dicho que era? No lo ha dicho, he deducido que era de Baza, voy a dar eso por válido. Seguro que puedo encontrarlo por redes sociales o puede que Lucía lo conozca… Y en ese momento me percato de algo que me deja congelada: ni siquiera sé cómo se llama. ¿Qué cojones he hecho? ¡Soy imbécil! «Mucho, nena». Poco ha tardado en hacer su aparición la voz pesimista que tanto odio.



Cuando veo al autobús salir de la estación, subo al coche y me voy a casa. Lo aparco cerca de la casa de mi madre para poder guardarlo en el garaje por la tarde sin que mis hermanos se enteren de que lo he cogido. El Saxo era de nuestro padre y, al morir él, no quisimos venderlo, pero para no discutir por quién se lo quedaba, decidimos que sería de todos: es decir, que no es de nadie. Lo usamos cuando nuestra madre necesita que la llevemos a algún sitio y poco más. Fer y Óscar acabaron comprando su propio coche hace un par de años y Maite decidió que era mejor que la llevasen a todos los sitios, como la reina que es, así que solo quedé yo. Como no quería sacar el tema del coche, me compré una furgoneta de segunda mano para el día a día y robo el Saxo los fines de semana. Un plan sin fisuras.

De camino a casa, aprovecho para comprar churros y me como más de la mitad antes de llegar; estoy hambriento. Cuando abro la puerta, me sorprende ver que Óscar está despierto, o mejor dicho, levantado, porque muy despierto no parece.

—¿Llegas ahora? —pregunta sorprendido.

—Te he traído churros para desayunar, mi amor. —Le entrego la bolsa y sonríe—. Voy a dormir.

—Hemos quedado para comer con Adri y Aitana —me informa—, pon el despertador.

—¿Alguna novedad?

—Aitana me ha dicho que Adri está bien y que Jessica se fue por donde había venido. No sé más.

—Genial. Si ves que no me despierto, insiste.

—Tienes cara de recién follado —se burla—. ¿Te perdonó la chica de la cita?

—No, pero me salió un plan mejor.

Le guiño un ojo y me dirijo a la cama, pero cambio de opinión y voy al baño a darme una ducha rápida. Al salir, miro el móvil, me sorprende que no me haya escrito, debería haber llegado ya a Guadix. Busco su número para preguntarle si todo va bien y entonces caigo en la cuenta: no lo tengo, ni ella el mío. Y lo que es todavía peor: ni siquiera sé cómo se llama. ¿En serio? ¡Joder, soy imbécil!

8



Estoy agotada. Esta noche he dormido entre nada y menos, y no puedo ni con mi alma. Aun así, aquí estoy, en el coche camino a casa de mi abuela. No sé la cantidad de veces que le he pedido que se mude conmigo a Granada, pero a testaruda no la gana nadie; y mira que lo he intentado con todas mis ganas. El motivo de mi visita, además de para verla, es que quiero conocer a su nuevo inquilino; mi abuela no para de hablar maravillas de él, así que me temo lo peor. La última vez que empezó a confraternizar con su inquilino, tuve que amenazarlo para que se largara después de que decidiera que, como eran amigos, mi abuela no tenía por qué cobrarle el alquiler. Capullo. Ella necesita ese dinero, con la pensión de mierda que cobra apenas cubre gastos. Bueno, eso no es del todo cierto. Podría vivir muy bien si alguna vez me escuchase, vendiera las dos casas y se comprase algo más pequeño, de una sola planta, o se viniera a Granada conmigo. Pero cada vez que saco el tema me trata como a una hereje.

Suspiro y subo el volumen del pódcast de crímenes reales al que estoy enganchada. En serio, me apasionan, pese a que mis compañeros de trabajo piensen que estoy como una cabra por ello. Piso el acelerador y noto el extra que pagué para que el coche tuviera más caballos cuando paso por el puerto de la Mora. Hoy, al ser domingo, apenas hay camiones, por lo que puedo conducir entre el verdor de los árboles en lugar de las lonas publicitarias que no me interesan. Me concentro en la carretera y las palabras del locutor; para cuando quiero darme cuenta, diviso el cartel que me indica que la próxima salida es Baza.

Aparco el todoterreno reforzado en la calle y no me molesto en llamar a la puerta; mi abuela me ha dicho que estará en misa. Me quito las Martens y me lanzo al sofá después de dejarlas donde la abuela no pueda tropezarse. Sabe que iba a venir y sé que reconocerá el coche, así que no me preocupa que se asuste al llegar. No han pasado ni dos minutos cuando el sueño me vence y me quedo dormida. Por un momento, me da la impresión de que llaman a la puerta, pero no le presto atención: mi abuela tiene llaves y es más probable que me lo haya inventado. Me acurruco y, esta vez sí, me sumerjo en la oscuridad del todo.

—Sofía, cariño, la comida ya está lista. —Me sobresalto cuando noto una mano en mi hombro, hasta que me doy cuenta de que es mi abuela—. Buenos días, mi niña. O mejor dicho, buenas tardes. ¿Trabajaste anoche?

—Hola, abuela. —Me estiro para desperezarme y miro el reloj. Frunzo el ceño—. ¿Has estado en misa hasta ahora? Son casi las tres de la tarde.

—¿Crees que el cura va a perderse su vermú por aguantar a unas viejas beatas sin nada que hacer? —Rueda los ojos y se ríe—. He llegado hace más de dos horas, pero te he dejado

descansar; parecía que lo necesitabas. La próxima vez puedes tumbarte en la cama, que para eso está.

—Lo hice para enterarme de cuándo llegabas.

—Pues no te ha servido de nada —se burla—. Venga, pon la mesa, que la comida ya está lista.

Me levanto con toda la fuerza que puedo recabar en este momento, que es prácticamente nula, voy al baño y me lavo las manos antes de seguirla hasta la cocina. Al entrar, lo primero que veo es un ramo de flores en un jarrón que de normal está vacío. La verdad es que la combinación de colores es preciosa y le da un toque aún más rústico a la cocina, si es que eso es posible.

—Me lo regaló Fer —comenta distraída mientras sirve los platos—. Es un encanto de chico, estoy deseando que lo conozcas.

—Abuela, ya hemos hablado de esto: no puedes hacerte amiga de los inquilinos. —Cojo los cubiertos y los vasos antes de dirigirme al salón. Como mi abuela no me contesta, insisto—: Ya sabes lo que pasó la última vez.

—Es un buen chico. —Ruedo los ojos, ya empezamos.

—Dijiste lo mismo la otra vez.

—Me equivoqué. —Me planta un plato con un guiso que huele delicioso e intento adivinar por qué no es el de siempre. ¿Qué le ha añadido?—. La receta es de Fer. Bueno, de su abuela.

—¿Vive con él? —me intereso. Pensaba que lo había alquilado para él solo, ¿es posible que la cuide? Igual puedo aprovechar la oportunidad para volver a insistir en que venga conmigo a Granada de forma definitiva.

—Ni siquiera está ya en este mundo. —Se santigua mientras murmura que en paz descanse y nos sentamos a comer—. Aprendió a cocinar con ella cuando se independizó. Al menos sus recetas no se quedarán en el olvido.

—Las tuyas tampoco, las tienes todas escritas.

Mi abuela me mira como si hubiera dicho la mayor chorrada del mundo y vuelvo a tener ocho años, cuando me reñía por jugar entre sus geranios y destrozarlos. A la pobre le encantaría que aprendiera a cocinar, pero soy una negada. Hasta ella se rindió y asumió que jamás sería capaz de replicar sus platos. Y eso dice mucho de mi incapacidad para preparar algo comestible, si tenemos en cuenta que su mayor virtud es la perseverancia.

La verdad es que tengo que reconocer que el guiso está buenísimo, aunque prefiero el que suele cocinar mi abuela. Como si me hubiera leído el pensamiento —de hecho, me he planteado muchas veces que es posible que así sea—, me pregunta:

—¿Y bien?

—Está bueno, pero el tuyo está mejor.

—Fer dijo lo mismo. —Chasquea la lengua—. Ahora tendré que prepararle un guiso.

—No tienes que prepararle nada —siseo—. No es tu amigo; es tu inquilino. Tienes que tratarlo como tal.

—Si lo conocieras…

—No, abuela, no quiero conocerlo. Quiero que te pague cada mes y que no te dé problemas. Nada más.

—Vendrá luego —me informa ignorando todas y cada una de las palabras que le he dicho. Si su mayor virtud es la perseverancia, su peor defecto es la testarudez.

—¿Lo has invitado? ¡Hace solo dos meses que vive aquí! ¡Abuela!

Me dejo caer en el respaldo de la silla y me froto la cara con las manos. ¿Cuándo me he convertido en la adulta y ella en la adolescente? ¿Es una venganza? Porque puede que no

apruebe mi ropa o que no tenga una relación seria, pero nunca jamás la he contradicho ni desobedecido. Bueno, esto último sí, pero ella no lo sabe, así que no cuenta.

—No lo he invitado, pero sé que vendrá.

—¿Ahora también eres adivina? —Alzo una ceja y me ignora de forma deliberada, así que insisto—: ¿Abuela?

—Si te lo cuento, ¿me prometes que no te enfadarás?

—¡No! —Moriré joven por su culpa, lo tengo claro.

—Y es por eso por lo que no te lo quiero contar. Fer es un gran muchacho y no quiero que lo juzgues sin conocerlo.

—O me lo cuentas o hablo con los de la inmobiliaria para que le rescindan el contrato. —Es mentira, claro, no puedes echar a un inquilino porque sí, pero mi abuela no lo sabe.

—Ayer me asustó y, aunque se disculpó una y mil veces, estoy segura de que hoy vendrá a pedirme perdón de nuevo.

—¿Cómo que te asustó? En plan, ¿apareció por detrás sin que lo vieras? —En serio, cada cosa que me cuenta de ese tal Fer es peor que la anterior. ¿Se dedica a hacerse amigo de una anciana y a asustarla? Y, si ya se disculpó, ¿para qué vuelve? Solo hay un motivo por el que alguien haría algo así. Resoplo, ¡vamos, no me jodas!—. No fue un susto sin más, te dio uno de tus vahídos, ¿verdad?

No me hace falta que conteste, su falta de expresión facial me lo dice todo. Suelto tal cantidad de palabrotas que hasta un camionero se asustaría, lo que provoca que mi abuela se levante y me apunte con el dedo.

—¡Yo no te he educado para que hables así, jovencita! Fer es un buen chico, va a pagar su alquiler porque es el inquilino más responsable que hemos tenido nunca y voy a seguir intercambiando recetas con él, te guste o no. Si no quieres conocerlo y ver que lo que digo es cierto, tú misma. Y ahora, acábate el plato, que he comprado un brazo de gitano de postre.

Como si fuera ella quien debería estar enfadada por la situación, se gira de forma dramática y se va a la cocina toda digna, dejándome con la sensación de que me estoy equivocando. No, ¡yo no estoy equivocada! También pensó que el otro inquilino era buena gente, y él se fue debiéndole casi seis meses de alquiler. No puedo confiar en ellos. Lo siento, pero no.



Cuando aparco frente a mi casa, suspiro y me doy unos minutos para salir del coche. He comido con mis hermanos y mis primos, y aunque eso me ha ayudado a quitarme la mala sensación con la que me fui a dormir anoche, no ha sido suficiente. Por mucho que lo intente, no puedo dejar de ver a Angelines caer. Mi madre me ha dicho que en unos días se me pasará, pero yo no estoy tan seguro. Cojo el bizcocho de calabaza que me ha preparado y me dirijo a la puerta, la misma a la que he llamado hace unas horas y que nadie ha abierto. Por suerte, Maite me ha recordado que la

mujer estaría en misa y me ha ayudado a aplacar la ansiedad de ese hecho en concreto. Vuelvo a suspirar antes de pulsar el botón del timbre y espero.

En el momento que se abre, aparece delante de mí la tía más atractiva que he visto en mi vida. No es solo el que tenga un cuerpazo que quita el hipo, es el aura que desprende de «aquí estoy yo» lo que me deja sin aliento. Va enfundada en unos pantalones de cuero y un corsé del mismo material, y me mira con unos ojazos negros enfatizados con el maquillaje del mismo color. Joder, es preciosa.

—¿Hola? —Mierda, me he quedado embobado mirándola. Carraspeo y pongo mi mejor sonrisa; esa que Maite dice que es infalible.

—Perdona, es que esperaba que me abriera Angelines. Soy Fer, su vecino.

—¡Abuela! —la llama—. Ahora viene.

—No sé si te ha contado lo que pasó anoche… —empiezo a explicarle y asiente—. Vengo a disculparme.

—Muy bien. —Se cruza de brazos y se apoya en el quicio de la puerta para observarme. Me estoy poniendo nervioso, parece que voy a pasar un examen.

—¿Qué hacéis ahí? —Oigo que se queja Angelines—. Dile que entre, anda.

—Pasa, por favor —ironiza y se aparta para que pase.

—Me extraña que tu abuela se asustase de mis pintas de ayer, no eran muy distintas a las tuyas —bromeo para bajar la tensión que se ha generado en cuanto he cerrado la puerta, aunque no lo consigo puesto que solo rueda los ojos.

—Tu invitado, abuela —dice sin mirarme cuando llegamos al salón donde está Angelines y me doy cuenta de que tiene una voz muy dulce, cosa que hace contraste con su atuendo. Joder, ahora tengo más curiosidad por conocerla—. Me voy.

—¿Ya? ¿No te quedas un poco más?

—No, abuela, tengo un rato de coche y tú un invitado. —No me pasa desapercibido el tono de desprecio con el que lo dice—. Hablamos mañana.

—Ve con cuidado.

—Siempre. —Se despide con un beso de Angelines y cuando pasa por mi lado ni me mira.

—Encantado.

Como respuesta obtengo un portazo y me trago un suspiro. «Joder, ¿tanto le ha molestado mi comentario?».

—No se lo tengas en cuenta, ha trabajado esta noche y es insoportable cuando tiene sueño.

—No pasa nada —miento y le regalo una sonrisa—. Te he traído un bizcocho.

—¿De tu madre? —Asiento—. ¿De calabaza? —Vuelvo a asentir—. Te diría que no hace falta, pero ¿a quién quiero engañar? Quiero un trozo de ese bizcocho. Ve a la cocina a por un cuchillo y dos platos, muchacho. No me hagas levantarme.

Cumplo sus deseos, pero esta vez, cuando paso por el pasillo que une la cocina y el comedor, me fijo en la foto de la niña que tiene colgada. Sigue teniendo el pelo liso y negro como el azabache, y la misma mirada penetrante que me ha fulminado hace menos de cinco minutos; aunque, por suerte, la niña de la foto sonríe. Sacudo la cabeza e intento sacarla de mi mente. Después de este inicio tan desastroso, tengo cero esperanzas de que vuelva a hablarme. No es la primera en salir huyendo y, por desgracia, tampoco será la última.

9

Juanma



Esta semana está siendo una mierda, y solo estamos a miércoles. No consigo concentrarme en nada, no paro de darle vueltas a la cabeza, de pensar si para ella fue igual de espectacular que para mí. Hacía mucho tiempo que no alcanzaba ese nivel de complicidad con alguien, de hecho, creo que nunca lo había experimentado con nadie que no fuera de mi familia. Por suerte, me puedo permitir tener la mente en otro lugar, ya que estamos acabando la obra y solo quedan algunos pequeños detalles finales.

Fer también está raro, más callado de lo habitual, y Óscar no para de observarnos a los dos de reojo. Cualquiera diría que tendría que ser él quien estuviera peor de los tres, teniendo en cuenta de que acaba de salir de una relación, pero, en mi opinión, lo que se ha quitado es un peso de encima. Además, sé que ya se está viendo con Cristo, su follamigo de toda la vida. Si no fuera porque este último no quiere salir del armario, estoy seguro de que llevarían años siendo pareja.

La vibración de mi móvil me saca de mis pensamientos y frunzo el ceño al ver que es un mensaje de Maite, normalmente habla con Fer de todo lo relacionado con el trabajo. No la culpo, Óscar y yo somos un desastre para recordar las cosas.

Maite
Oye, te iría bien pasar mañana a mirar una puerta que no cierra?

Es para la compi de Lucía

Juanma
Claro, sin problema, puedo pasar por la mañana

Hoy acabamos ya aquí

Maite
¡Perfecto! Quedo con ella

Gracias

Vuelvo a olvidarme de todo y me centro en lo que tengo que hacer antes de que Fer venga a darme la chapa con que el trabajo es lo más importante y todo eso. Reviso el dibujo que he hecho de unas ramas de almendro para la habitación de la bebé y sonrío satisfecho por el resultado. Cada uno de nosotros se especializó en una parte de la construcción, aunque los tres sabemos hacerlo todo, para dividir fuerzas y poder ofrecer servicios de mejor calidad a nuestros clientes.

Yo me decanté por la carpintería y, aunque me encanta, mi pasión es la pintura. Por eso le ofrecí a la pareja decorar la habitación, espero que les guste el resultado.

—Esta vez te has superado. —Estoy tan acostumbrado a que mis hermanos entren y hablen sin que los vea que ya ni me sobresalto. Sonrío a Fer y apoyo mi brazo en su hombro cuando se pone a mi altura—. Es precioso.

—Gracias.

—Estoy convenciendo a mi vecina para que reforme una habitación que tiene en la planta baja y se instale en ella para que no tenga que subir y bajar tantas escaleras. Creo que lo conseguiré si le prometo que le harás una pintura de las tuyas.

—Mi tarifa es cara —bromeo—. ¿Esa es la mujer a la que casi matas de miedo?

—La misma. —Niega con la cabeza—. Aún no he conseguido quitarme el susto del cuerpo.

—¿Te lo sigue echando en cara?

—¡Que va! Si fuera por ella, me daría en la cabeza hasta que se me quitase la tontería. Literalmente me ha dicho eso.

—Ya me cae bien. —Sonrío, aunque no me llega a los ojos.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. —Suspira—. Vaya mierda de otoño estamos pasando los cuatro.

—Bueno, yo no veo a Maite tan mal como en verano. Y Óscar ya ha encontrado un sustituto.

—Les tengo mucha envidia —confiesa en un susurro—. No esperaba seguir soltero a estas alturas.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas. Las analizas al detalle tantas veces que, cuando te quieres dar cuenta, el tiempo ha pasado. Deberías dejarte llevar de vez en cuando.

—¿Alguna vez piensas en las consecuencias de tus acciones?

—No soy un sociópata, Fer, claro que lo pienso —bufo—, pero no me recreo en todo lo que puede salir mal. Hay muchas variables que no podemos controlar y, al final, las cosas nunca salen como esperamos, ni para bien, ni para mal. Te pierdes en todo lo que ocurre en tu cabeza en lugar de disfrutar de lo que ocurre delante de ti.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Lo tenía claro.

—¿Vamos a comer? —interrumpe Óscar desde la puerta—. Joder, Juanma, te has superado. Es precioso.

—Como tu culo mimoso —suelta Fer y se me escapa una carcajada.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? —bromeo mientras niego.

—No tanto como tú.

—Niños, dejad de pelear. —Óscar rueda los ojos y Fer y yo sonreímos—. Por cierto, hemos quedado con Lucía para cenar.

—Guay.

Por desgracia, mi tono demuestra que no me hace ninguna ilusión lo de la cena. Al menos, mis hermanos lo pasan por alto y nos vamos en silencio al restaurante a comer. La verdad es que tengo ganas de ver a Lucía, pero me hubiera gustado quedar con ella un día que estuviera de mejor humor. Aunque, teniendo en cuenta que ahora se ha mudado de nuevo aquí, tendremos más oportunidades para quedar y, es posible que incluso pueda presentarle a la morena de ojos marrones que me ha robado el corazón. Una a la que no paro de buscar en cada esquina que giro, pero que nunca aparece. Empiezo a pensar que nunca lo hará.

* * *

—¿Estás bien? —me pregunta Lucía preocupada cuando nos quedamos solos. Pese a que se mudó a finales de agosto, no habíamos coincidido los cinco juntos en ningún momento hasta hoy. Claro, como se pasa todo el día con mi primo Adri, no tiene tiempo para nadie más—. Es raro verte tan callado.

—Sí, se me pasará. No tiene importancia.

—¿Quieres hablar? —me insta. Siempre nos hemos llevado bien, es como otra hermana pequeña para mí; una mucho más dulce que mi hermana de verdad—. Prometo no contárselo a nadie.

—Lo sé —afirmo con una sonrisa y decido desahogarme con ella—: Conocí a una chica el sábado y congeniamos muy bien. Hacía mucho tiempo que no conectaba con alguien a ese nivel, pero, cuando me despedí de ella, me di cuenta de que no le había pedido el número de teléfono, así que no tengo forma de localizarla. Y ahora me siento como un idiota y no paro de pensar en si para ella fue igual o no.

—Mi madre siempre dice que si tiene que ser, será, pero a mí siempre me ha parecido que eso no es consuelo ni es nada. Así que si necesitas algo o puedo hacer algo, me lo dices.

—Gracias. —Sé que puedo contar con ella, el problema es que no hay nada que pueda hacer —. Saldré este sábado a ver si la encuentro de nuevo y si no, pues tocará pasar a otra cosa.

—Espero que tengas suerte. Yo tengo cena de Navidad y mis compañeras quieren buscarme un ligue. —Su cara de hastío me hace reír.

—A mí me parece un gran plan —bromeo—. Si ves que te molestan mucho, me llamas y me acerco a donde estéis para fingir que ligo contigo. Como en los viejos tiempos.

—Pues estate atento al teléfono, porque no lo descarto, ¡gracias!

Seguimos hablando un rato más sobre los problemas que tiene con el sobreprotector de su hermano. Marcos no entiende que Lucía ya es una persona adulta y, al final, solo va a conseguir alejarla de su lado. Me despido de ella y giro en la siguiente esquina para escaparme al estudio que tengo alquilado en lugar de irme a casa. Pintar me relaja, así que cuando salgo de trabajar me voy a mi refugio y me envuelvo de colores con los que crear imágenes.

Cuando me fijo en lo que he estado trabajando desde el domingo, me doy cuenta de que he abusado de dos colores en concreto: el marrón y el rojo. Dos colores que me llevan directos a la chica que no me puedo sacar de la cabeza. ¡Joder! ¿Qué coño me pasa? No me dio su número de teléfono ni me dijo su nombre, seguramente me haya olvidado ya… Aunque, por otro lado, yo tampoco lo hice y eso no hace que no quiera volver a verla. Esto es una mierda.

10



Cuando me canso de dar vueltas en la cama, decido que ya es hora de levantarme; total, son las seis de la mañana, una hora de sueño no me va a solucionar nada. Me enfundo las mallas, la camiseta térmica de deporte y la sudadera de mi perfecto desconocido, como he decidido bautizarlo a partir de ahora, y salgo a correr. El frío de la mañana me ayuda a despejar la cabeza y dejar de pensar en si lo del sábado fue real o solo fui una estúpida que cayó en su juego. «Sí, lo fuiste». Pero, si ese fuera el caso, ¿para qué decirme que le escribiera al llegar? «Para que supieras que todo se acababa ahí», contesta la voz malvada que vive en mi cabeza y que no se ha callado desde el domingo. Joder, eso sería cruel. Además, siempre se me ha dado bien entender el lenguaje corporal y ese hombre tenía tan pocas ganas de separarse de mí como yo de él. «O era muy buen actor», replica.

Suspiro cansada e incremento la velocidad. No sirve de nada seguir revolcándome en la mierda, pasó y no tengo forma de localizarlo. Fin. Así se acaba la mejor cita que he tenido jamás. Y que tendré. Porque estoy totalmente segura de que nadie va a superar el nivel de complicidad que viví el sábado, lo tengo claro. Espero, con el tiempo, dejar de fustigarme por imbécil y volver a la normalidad. Tantas ganas tengo de volver a verle que hasta le pedí a Lucía, una compañera nueva del colegio que se ha convertido en amiga y que es de Baza de toda la vida, que buscase el coche. Sabía que era como buscar una aguja entre un millón de agujas, porque claro, en este caso no podía prenderle fuego al pajar, así que cuando anoche me confirmó que no sabía a quién pertenecía y que podría no ser de Baza, me vine abajo.

Ese ha sido el motivo de mi insomnio de esta noche, bueno, y de toda la semana. Ese y que Lorena, mi compañera de piso, la cual no puede dormir con la puerta cerrada por culpa de un trauma infantil, ronca mucho y muy fuerte. De normal, cerraría mi puerta, claro, si no fuera porque el domingo, al llegar a casa, pegué un portazo frustrado y tomó la decisión de no cerrarse más. Lo peor es que no toda la frustración venía por ser imbécil, sino por tener que ver a Jesús en la comida familiar, pero no quiero perder ni un solo segundo pensando en él. Las desgracias nunca vienen solas, ¿verdad? ¡Vaya domingo de mierda!

Por suerte, Lucía tiene unos amigos que pueden venir esta semana a arreglar la puerta. No me gusta que entren a mi habitación sin estar yo presente, pero en este caso, confío en la palabra de Lucía; me dijo que eran de fiar y la chica del teléfono, Maite creo que se llamaba, me comentó que, si no era hoy por la mañana, tendría que ser la semana que viene, así que no tuve más remedio que tragar. Espero no tener que pagar una puerta nueva, solo me faltaba eso.

Cuando llego a casa, Lorena ya está sentada desayunando y con la mirada perdida, odiando el

mundo. El olor a café inunda mis fosas nasales y mis tripas rugen, así que decido ducharme lo más rápido posible para complacer a mi cuerpo. Una vez estoy lista para irme a trabajar, me dirijo a la cocina para prepararme un café y cereales, y me vuelvo a cruzar con Lorena.

—Recuerda que luego vendrá el carpintero a mirar mi puerta.

Asiente como respuesta y se pierde tras la puerta de su habitación para ponerse a estudiar. La verdad es que, pese a que no es una chica muy habladora, llevamos un año y medio conviviendo sin incidentes. Una de las primeras cosas que me advirtió fue que por las mañanas odiaba a la humanidad, por lo que no debía esperar de su parte más que gruñidos o monosílabos, pero que por las tardes sería una persona normal. Pensé que bromeaba hasta que pasó la primera semana y descubrí que era verdad. No somos amigas, ni sé nada de su vida, como sí ha pasado con otras compañeras que he tenido; sin embargo, es limpia y su horario es el opuesto al mío, por lo que cuando llego a casa ella no está y puedo disfrutar del sofá sin remordimientos. Aun así, a veces es tedioso compartir piso y preferiría vivir sola en mi propio piso. «Algún día», me prometo.

* * *

Cuando hago el parón para comer, después de toda la mañana yendo de arriba abajo, reviso el móvil para saber qué ha pasado con mi puerta. Se nota que tenemos hambre, porque de normal estaríamos comentando algo, pero hoy no, a todas nos parece de lo más interesante nuestro plato. A la primera persona que leo es a Lorena:

Lorena
Ya ha venido y se ha ido el carpintero. Dice que te ha escrito.

Por cierto, puedes romper la puerta todas las veces que quieras.

¡ÑAM!

Ruedo los ojos ante su comentario, cualquier persona con pene es un «Ñam» para Lorena, no tiene criterio alguno. Los siguientes mensajes son de un número desconocido con una foto de una pistola de clavos:

Desconocido
Hola, Mar. Soy Juanma, el carpintero y también amigo de Lucía.

¡Hola, Lucía!

Suelto una risa que llama la atención de mi compañera de trabajo y le enseño el móvil para que vea el mensaje. Sonríe feliz y sigue comiendo como si nada.

Me he llevado la puerta para arreglarla, mañana por la mañana la tendré lista.

Tu compañera me ha dicho que estará en casa, así que por eso no te preocupes. Ya pasarás por la oficina a pagar, Maite es la que se encarga de esas cosas.

Por cierto, recuérdame que nunca te cabree. Como me pegues igual que a la pobre puerta, me quedo sin cara y es mi mejor cualidad ;)

¿Debería decirle esto a una clienta? No, seguramente no.

Olvida el último mensaje y, sobre todo, no se lo cuentes a Maite o me dará el sermón de que no soy profesional.

¡Ah! Y dile a Lucía que me llame el sábado si necesita a alguien que la salve de sus compañeras de trabajo.

Ups, puede que esto tampoco tuviese que haberlo dicho. TÚ eres una de ellas.

Tratadla bien, que no tengo ganas de sacarla sobre mi hombro cual cavernícola que reclama a su presa.

A todo esto, ¿crees que tu compañera de piso intentará violarme mañana? Me ha mirado de forma muy extraña cuando se ha despedido.

Da igual, me llevaré a Fer conmigo, no podrá con los dos. ELLA no ha roto la puerta.

Porque no ha sido ella, ¿verdad?

Confírmame este tema, por favor.

Saludos cordiales,

Juanma

¿Ves? Puedo ser profesional cuando quiero. Chúpate esa, Maite :D

Ni siquiera soy capaz de controlar la carcajada que sale de mi garganta cuando leo sus mensajes. La primera desde el sábado noche, no está mal.

—Juanma es genial. —Lucía interrumpe mis pensamientos—. Seguro que te ha puesto un montón de mensajes sin sentido, pero que en realidad lo tienen. Es su don.

—Tal cual. Mi compañera me ha escrito para decirme que está muy bueno, pero no tiene ningún criterio en cuanto a tíos, así que necesito tu valoración. —Le guiño un ojo y se ríe.

—Juanma es de los hombres más atractivos que conozco. —Su comentario llama la atención de nuestras compañeras y rueda los ojos—. Sin embargo, no es un hombre para cualquier mujer. Para un polvo sí, pero para algo más, no. Además, ya ha encontrado a la indicada.

—Lástima —suelta Sabrina con un suspiro y continúa hablando con Feli.

—Lo siento —me dice ante mi cara de decepción—. Creo que haríais buena pareja.

—No es por eso…

—Sigues pensando en el chico del sábado, ¿verdad?

—Sí —confieso—. Aunque ya lo doy por perdido. Fue bonito mientras duró.

—Igual os encontráis otra vez este sábado cuando salgamos.

Su esperanza me contagia, aunque por poco tiempo. No quiero sucumbir a buscarlo, no quiero estar pensando todo el día en si me lo cruzaré cuando gire una calle o si para él fue igual que para mí o tan solo un polvo más. «Fue un polvo más, nena». Aparto mis pensamientos y me centro en mi comida, aunque, antes de eso, contesto a Juanma:

Mar

¡Gracias por arreglarla tan rápido!

¡Os debo una!

En cuanto a tu pregunta, sí, fui yo quien rompió la puerta, estás a salvo con ella en ese sentido

Sobre lo de violarte, no voy a decir que no lo vaya a intentar… ¡Lo siento! Yo también llevaría refuerzos

Lucía te manda recuerdos

Juanma
¿Qué posibilidad hay de que mañana estés tú en lugar de ella en el piso?

Realmente me da miedo

Mar
-1000

Ya lo siento

Juanma
¿Somníferos en el café? Nadie tiene por qué enterarse

Mar
¿Y cómo quieres que te abra la puerta?

Juanma
Bien visto

Tendré que pasar por el aro

Que no su aro

Dios, los nervios no me dejan ni escribir

Olvida todo lo que he dicho

Y, por favor, NO SE LO CUENTES A MAITE

Me mataría

Ni a Lucía, claro, es su mejor amiga, se chivaría

¡Hola, Lucía! No se lo cuentes, ¡porfi! O no te salvaré de tus compañeras el sábado

Me giro hacia ella y pienso en qué clase de tarado es su amigo.

—Juanma está un poco loco, ¿no?

—Sí. —Se ríe Lucía—. En realidad es un amor, pero a veces se le va la pinza.

Se encoge de hombros y guardo el móvil. No pienso quejarme, me va a arreglar la puerta en un tiempo récord y, total, será Lorena quien lidie con él. Yo lo habré olvidado la semana que viene.

11



Esta semana está siendo una mierda en general. Juanma está distraído y serio, Óscar más callado de lo normal y yo no tengo ganas de estar con nadie. Hasta Aitana lo ha tenido que notar, porque me ha mandado menos mensajes de lo habitual. Aitana y yo siempre nos hemos llevado bien, pero nos unimos mucho más después de su divorcio. Era de los pocos que entendía a la perfección cómo se sentía y todos los procesos por los que pasaría. Desde entonces, hablamos todos los días y nos vamos de vacaciones juntos.

Óscar aparca la furgoneta con la que hemos ido a buscar material para la obra que empezaremos mañana en la zona reservada de un restaurante al que solemos ir a veces a comer, para el motor y se baja. Chasqueo los dedos para que Juanma se dé cuenta de que hemos parado, absorto como estaba con su móvil, y frunce el ceño. Su expresión no debe de ser muy distinta a la mía.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto a Óscar, bajando del asiento del copiloto—. ¿No vamos a descargar?

—No —sentencia cerrando el coche una vez Juanma está fuera—. Os invito a comer. Tenemos que hablar.

—¿Por fin vas a contarnos a quién te follas? ¡Ya era hora! —bromea Juanma. Lleva con el tema varios días, pero creo que solo es un intento de evitar hablar de lo que le pasa. Óscar niega con la cabeza, resignado por lo pesado que puede ser nuestro hermano—. Lástima.

Entramos al local, esperamos a que nos acomoden y pedimos sin hablar de nada importante, aunque noto la incomodidad de Juanma por esta encerrona. No le gusta sentirse vulnerable, y mucho menos expresarlo. Es más de guardárselo dentro y hablarlo cuando lo ve necesario. En el momento que la camarera nos toma nota, sé que nuestra tregua se ha acabado y Óscar decide enfrentar el tema que nos ha traído aquí hoy:

—Ayer os librasteis de un interrogatorio porque estaba Lucía, pero no podéis seguir así. Tenéis una cara que os llega a los pies y la estáis cagando en el trabajo por culpa de no tener la cabeza donde toca. —Agacho la cabeza, dolido, porque tiene razón, pero no me gusta que mi ánimo afecte al trabajo—. Menos mal que estábamos con los últimos retoques, os pasa con una radial en la mano y no me quiero ni imaginar cómo podría acabar. No quiero preocupar a Maite, que bastante tiene reconstruyendo su vida, pero ¡empezad a soltar por esa boca o la llamo!

Se apoya en la silla con los brazos cruzados y nos mira a los dos, expectante. Sé que solo se está preocupando por nosotros, al igual que haríamos nosotros si fuera al revés. Tal y como le abordamos cuando acabó su relación con el idiota de Eloy, por lo que cedo. Mi padre siempre me

decía que no podía exigir a los demás algo que no estuviera dispuesto a dar. Tenía razón. No puedo pretender que se abran si yo no lo hago.

—Mi vecina tiene una nieta de nuestra edad. Yo no lo sabía, pero eso no tiene importancia —les cuento—. El caso es que cuando fui a disculparme me abrió ella la puerta y… deciros que es preciosa es quedarse corto. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer y me sentía atraído de esa manera. El problema es que le hice una broma y no le gustó. Después de eso, la cosa estuvo bastante tensa hasta que se fue. Y eso no sería un problema si no fuera porque no es la primera vez que me pasa algo parecido, siempre digo o hago algo que las distancia. —Suspiro, porque ese no es el verdadero problema ni lo que me tiene las noches en vela, es lo que digo a continuación—: Tengo la sensación de que no volveré a tener pareja nunca más; y me jode, porque me encantaría formar una familia y tener hijos. Pero no quiero cambiar para vivir en pareja, así que llevo rayado desde entonces. Eso es todo.

—Y ¿no puedes pedirle perdón y empezar de cero? —pregunta Juanma y veo por el rabillo del ojo que Óscar se pinza el puente de la nariz. Juanma no entiende lo que me pasa porque a él nadie le ha roto su plan vital nunca. Él improvisa, fluye y enfrenta las cosas cuando vienen y como vengan. ¿He ofendido a alguien? Me disculpo, lo olvido y paso a otra cosa. Esa es su forma de ir por el mundo. Le he envidiado por ello toda la vida.

—Claro que puedo, pero esa no es la cuestión. Ella no es el problema, soy yo —trato de explicarle, aunque su expresión me dice que no acaba de entenderlo.

—Fer, no tienes ninguna tara —suelta Óscar exasperado. He perdido la cuenta de las veces que habré escuchado esta frase de él—. Entiendo que pienses que la has cagado y tu cabeza te haya jugado una mala pasada pensando que te vas a quedar solo de por vida, pero encontrarás a alguien que se ría con tus bromas de mierda y tenga una paciencia infinita para aguantar a Juanma.

—¡Oye!

—Y siempre puedes pedirle a mamá una cita con las hijas de sus amigas —continúa, ignorando la interrupción de Juanma—. No serán el amor de tu vida, pero te subirán el ánimo.

—Paso, o mamá empezará a organizar la boda. —Ruedo los ojos recordando la última vez que pasó eso. La chica se ilusionó tanto que comenzó a buscar piso para irnos a vivir juntos incluso antes de la cita. Tuve que romperle la ilusión y lo pasé fatal. No estoy hecho para ese tipo de cosas. Miro a Óscar y fuerzo una sonrisa—. Gracias, sé que es solo un bache, pero es que de verdad parecía una tía superinteresante.

—E igual no lo es. —Juanma siempre me rompe los esquemas con sus comentarios, aunque no le falte razón—. Igual que ella ha pensado que eres un capullo y no lo eres. Si es la nieta de tu vecina y no vas a mudarte, cosa que dudo, habrá más ocasiones.

¿Se puede cambiar una primera opinión de alguien? «Sí, pero…». Siempre hay un «pero» que me frena o me hace ir con pies de plomo; un «pero» que imagina todas las peores opciones posibles. Ese «pero» que hace que mi vida, a veces, sea un puto infierno.

—Bueno, te toca. —Óscar se centra en Juanma y, en el fondo, lo agradezco. No quiero seguir torturándome.

—Conocí a una chica el sábado y congeniamos muy bien. —Se le dibuja una sonrisa tonta en la cara y Óscar y yo nos miramos sorprendidos. No suele ilusionarse con sus citas—. Hacía mucho tiempo que no conectaba con alguien a ese nivel, pero, cuando me despedí de ella, me di cuenta de que no le había pedido el número de teléfono, así que no tengo forma de localizarla. Y ahora me siento como un idiota y no paro de pensar en si para ella fue igual o no. Probablemente no.

—¿Cómo se llamaba? Podemos intentar buscarla —propongo. Es raro ver a Juanma tan rayado por algo, esa chica tuvo que ser especial.

—Ese es el problema, que no lo sé. La única información personal que tengo es que vive aquí y su familia en Guadix.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar. —Óscar me lee el pensamiento.

—Lo sé. No pasa nada, este sábado saldré por ahí a ver si la encuentro, y esta vez no seré tan gilipollas de no preguntarle el nombre ni pedirle el número. —Y así es mi hermano: tengo un problema, busco una solución y aprendo de mi error. Actúa, puede que le dé vueltas a lo que hizo mal, pero actúa en lugar de quedarse en el sofá.

—¿Y si para ella no fue igual? —pregunto cauteloso.

—Pues pasaré unos días mal y luego volveré a ser yo. —Se encoge de hombros como si no tuviera importancia, pero los tres sabemos que no será así. No esta vez. Cuando fija la vista en Óscar, sé que no piensa hablar más del tema—. Ahora que nosotros nos hemos confesado, te toca. ¿Por qué no nos lo quieres contar? No te digo que nos digas quién es, sino por qué no lo haces.

—Nadie sabe que es gay. O casi nadie —contesta un poco abatido por ello—. Es un *follamigo* que tengo desde hace años. Cuando estoy soltero nos divertimos sin más. Eso es todo.

El misterioso *follamigo* de Óscar. Bueno, no es tan misterioso, Juanma me confesó el otro día que sabe a la perfección quién es cuando le dije que parase de insistirle a nuestro hermano. Dice que solo quiere que se lancen de una vez. Como siempre, Juanma actúa primero y pregunta después, sin pensar en las consecuencias. Es posible que no puedan estar juntos, no es que no quieran.

—¿Tiene pareja? —pregunto, y me mira confundido—. Quiero decir, si es de esos que salen con una mujer para disimular, pero luego se escapan contigo.

—No, no sale con nadie, ni hombre ni mujer. Y, antes de que lo preguntes, nunca ha tenido pareja en las ocasiones en que nos hemos acostado.

Bueno, un problema menos. Aunque mi mente, como siempre, ve más allá.

—Ten cuidado —le digo—. Parece muy divertido eso de ocultarle al mundo que os acostáis, pero suele ser una excusa para mentir a todas las partes.

Juanma y Óscar intercambian una mirada y sé que han notado que les estoy ocultando algo. A veces odio que nos conozcamos tan bien.

—¿Nos lo quieres contar? —interroga Juanma con la ceja alzada.

—No, esto no. Os lo explicaré cuando deje de fustigarme por gilipollas. —«Y cuando sepa cómo explicaros que me lie con Bego, volví a creerme sus mentiras y volvió a hacerme lo mismo otra vez», pero esto me lo callo.

—Entonces, no lo hará nunca —bromea Juanma con Óscar y me relajo. Sé que respetaran mis palabras y no volverán a sacar el tema.

—Solo queda una cosa por aclarar —dice Óscar llamando nuestra atención—. Juanma, ¿cuándo piensas decirnos que quieres quedarte el Saxo de papá?

—¿Nunca? —responde encogiéndose de hombros—. Decidimos que nadie se lo quedaría, así que lo he respetado.

—¿Lo quieres? —le pregunto de forma directa y asiente—. Pues para ti.

—¿Así?, ¿sin más? —Suelta un suspiro cuando Óscar y yo intercambiamos una mirada y afirmamos—. Joder, llevo años pensando que no podría quedármelo.

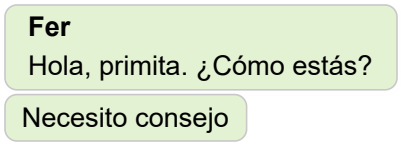
—Nadie quería el coche, Juanma —le informa Óscar—. Pero nos daba pena venderlo porque era de papá y buscamos una solución. Si lo hubieras dicho en ese momento, te lo podrías haber

quedado.

—Bueno, no pasa nada. Llevo años usándolo igualmente. —Esboza una sonrisa de medio lado y nos reímos. Por supuesto que lleva años utilizando el coche sin decir nada, y por supuesto que Óscar se ha dado cuenta. En esta familia, por suerte y por desgracia, no existen los secretos.

* * *

Cuando llego por la tarde a casa, me tumbo en el sofá y pongo la tele, donde aparece un programa de esos de reformas estadounidense. Siempre me han parecido muy divertidos, aunque me sigue alucinando que hagan las casas de madera. ¿Allí no llegó el cuento de *Los tres cerditos*? Cuando el reloj marca las ocho, aprovecho para mandarle un mensaje a Aitana, que estará saliendo de la tienda justo en este momento. Sonrío al ver que los dos tenemos la misma foto de perfil; nos la hicimos este verano en Malta, cuando fuimos de vacaciones.



Un segundo después, su nombre aparece en la pantalla y descuelgo:

—*Sí, los preliminares son importantes* —suelta con un tono serio—. *No, no puedes saltártelos hasta que estéis bien sincronizados. Y no, quince minutos no es un buen tiempo, con eso no tienes ni para empezar. ¡Hola!* —Su cambio de voz para el saludo me hace reír.

—¿Por qué asumes que la pregunta iba sobre eso? Sé muy bien cómo complacer a una mujer en la cama.

—*No me cabe duda, pero nunca está de más recordarlo.* —Se ríe—. *Además, hace mucho que no estás con una mujer, igual estás oxidado.*

—No tanto —murmuro y me doy una patada mental por el desliz.

—*¡Eh! Eso no me lo has contado, muy mal, primito.* —Chasquea la lengua—. *Pero no me apetece hablar de tu vida sexual ahora, no quiero que se me atragante la napolitana por culpa de la envidia.*

—Deduzco que la cita de ayer no fue bien. ¿Otro polvo de mierda?

—Nah*, lo mandé a la mierda en mitad de la cena. Mi tiempo es muy valioso para perderlo con un gilipollas.* —Suspira exasperada—. *En fin, ¿qué quieres saber?*

—Mi vecina me ha dado el número de su nieta por si pasa cualquier cosa.

—*Sí, escríbele.*

—¿Me puedes dar tiempo para hacer la pregunta antes de responder?

—*No seas tan lento* —se mofa y niego con la cabeza.

—Mi pregunta era cómo enfocaba la conversación.

—*Fer, cariño, es la nieta de tu vecina y te ha dado el número por si pasa cualquier cosa: dile exactamente eso, pero con palabras bonitas. Es un mensaje, no le estás pidiendo matrimonio.*

—¿Le escribo o la llamo?

—*Le escribes* —exige—. *Nada de llamadas incómodas.*

—¿Y si le molesta?

—*Entonces, es imbécil.* —Bufo ante su respuesta—. *En serio, Fer, sé que el otro día estaba enfadada, pero te recuerdo que su abuela te dijo que tenía sueño. Es solo un mensaje, no le des*

tantas vueltas.

—Está bien, voy a escribirle y me lo quito ya de encima.

—*¡Así me gusta!* —Hace una pausa y, cuando vuelve a hablar, su tono es mucho más serio —. *Oye, ¿y con quién has follado tú?*

—Con Bego —susurro acompañándolo con un suspiro y noto cómo retiene la respiración—. ¿Aitana?

—*Voy a tu casa.*

12



En cuanto entro en casa, el olor a comida me envuelve y pienso en la suerte que tuve de que Magda decidiera alquilar la otra habitación que hay en el piso. No solo porque es un amor de persona, que también, sino porque sabe cocinar y me deja táperes en la nevera cuando nuestros horarios no coinciden. En serio, si me gustasen las mujeres, ya le habría pedido que se casara conmigo. Me apoyo en el quicio de la puerta y la observo mover el culo mientras remueve algo en la sartén.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero? —Me río cuando pega un salto del susto que le dan mis palabras y me fulmina con la mirada—. Un día llegarás al techo.

—Un día me moriré por culpa de lo sigilosa que eres. En serio, ¿quién te enseñó a caminar así? Llevas unas Martens, por el amor de Dios, debería notar cuándo entras en casa.

—Y escuchar los cascabeles de las llaves —me mofo. Me los regaló hace dos navidades para que no le ocurriera esto. *Spoiler*: no ha servido de nada.

—Hablando de sustos, ¿cómo está tu abuela?

—Enfadada porque no quise conocer a su inquilino.

—¿Aún? —pregunta extrañada y asiento—. Pero a él sí lo ha perdonado por casi matarla. Yo veo un doble rasero ahí. ¿Estás segura de que no se acuestan?

—Joder, tía, ¡qué asco! ¡Que es mi abuela! —Me froto los ojos para olvidar esa imagen mental que me ha generado.

—Es una mujer preciosa para la edad que tiene —suelta como si fuera algo obvio.

—Y él tiene nuestra edad.

—Peores cosas hemos visto.

—Gracias por crearme pesadillas innecesarias —escupo y se ríe—. En fin, ya se le pasará.

—¿Vas a ir este fin de semana a verla?

—Seguramente, sí. ¿Por qué?

—Me lo imaginaba —canturrea y alzo una ceja—. Eres incapaz de soportar que tu abuela esté enfadada contigo. Hazle una foto al vecino, anda, que tengo curiosidad por saber cómo es.

—Eres lo peor. No sé por qué sigo siendo tu amiga.

—Porque sé cocinar, y lo sabes.

Nos reímos, ya que, aunque es mentira, un poco de razón tiene. Va a decir algo, pero el sonido de mi móvil la interrumpe. Frunzo el ceño al ver que es un número desconocido.

Desconocido
Hola, Sofía. Soy Fer, el vecino de tu abuela, nos conocimos el otro día. No quiero molestarte. Tu abuela me dio tu número de teléfono por si pasaba algo y quería que tuvieras el mío por el mismo motivo. Si alguna vez necesitas algo, puedes llamarme o enviarme un mensaje. Un saludo.

—Qué tierno. —Ni siquiera me había dado cuenta de que Magda estaba leyendo mi móvil—. Me gusta. Agranda la foto, que quiero ver cómo es.

—¿En serio?

—Me preocupo por el bienestar de tu abuela. —Se encoge de hombros y hago lo que me pide. En la foto sale Fer con gafas de sol y una chica, supongo que su novia, subida a su espalda sacando la lengua, parece hecha desde el suelo. La complicidad que tienen es asombrosa—. Ya no me gusta, le pone los cuernos a tu abuela. Eso está mal.

—¡Tía, vale ya!

—Es broma, idiota. —Se ríe y vuelve a centrarse en lo que está cocinando. Guardo el móvil —. ¿No vas a contestarle? Es guapo, aunque tenga novia.

¿Guapo? Guapo se queda corto para describir lo atractivo que es. La verdad es que no lo imaginaba así para nada. Los inquilinos de mi abuela solían ser personas de mediana edad, por lo que, aunque me avisó de que era más joven de lo habitual, en mi mente no hice el cambio. Sin embargo, eso no puede eclipsarme, si mi abuela no es capaz de ponerse firme con él, tendré que hacerlo yo. Saco el móvil, guardo su número y le respondo rápido.

Sofía
Hola, Fer. Agradezco el detalle, pero no eres el vecino de mi abuela, eres su inquilino. Me gustaría que vuestra relación se quedase en ese sentido. Gracias

Inquilino Abuela (Fer)
Bueno, en realidad soy las dos cosas, ¿no?

De todas formas, si te incomoda nuestra relación, creo que deberías hablarlo con ella

Sofía
Lo he hecho, no me hace caso

Inquilino Abuela (Fer)
Ya, bueno, no me sorprende

Es una persona muy tenaz

Sofía
Y cabezota

Inquilino Abuela (Fer)
¿Puedo preguntarte por qué no quieres que me relacione con tu abuela?

Hago una mueca y Magda se acerca para cotillear. Le enseño la conversación y me mira a los ojos. Sé lo que va a contestar antes de que lo haga:

—Dile la verdad, no tienes nada que perder. Y sabrá a lo que atenerse si lo hace.
Suspiro mientras tecleo.

Sofía
El antiguo inquilino se hizo amigo de mi abuela. Dejó de pagarle el alquiler porque consideró que entre amigos no se cobran esas cosas. Me costó seis meses echarle.

Fer deja de contestar, aunque sale «Escribiendo…» en varias ocasiones. Pasados unos minutos, en los que aprovecho para poner la mesa, el móvil vuelve a sonar.

Inquilino Abuela (Fer)
No sé cómo contestar al mensaje anterior sin decir muchas cosas poco bonitas del antiguo inquilino. Pero sí puedo decirte varias cosas de mí: la primera es que nunca jamás le haría eso a tu abuela (bueno, ni a nadie). Es una mujer maravillosa que se merece todo lo bueno que le pase, y sé que no alquila la casa por gusto, así que puedes estar tranquila con eso. La segunda es que, para mí, tu abuela solo es mi vecina. El alquiler sale de mi cuenta cada mes de forma automática, y no pienso en a quién se lo pago. Y la tercera es que si vuelve a pasar lo mismo, me avises, mis hermanos y yo te ayudaremos a invitar al inquilino a marcharse de allí.

Siento mucho la experiencia de mierda, pero te garantizo que no pasará mientras yo viva en la casa.

Por alguna razón que no logro entender, le creo.

13

Juanma



Lucía
SOS

Sácame de aquí, esto está siendo un suplicio

Suspiro al ver el mensaje de Lucía. ¿Su noche está siendo un suplicio? La mía es mil veces peor. He recorrido casi todos los restaurantes, bares y locales abiertos de Baza, y no he encontrado a mi chica misteriosa. Incluso he vuelto al restaurante donde cenamos por si se le había ocurrido ir, pero Pedro me ha asegurado que no la ha vuelto a ver. También me ha explicado que el chico de su cita pagó la cuenta sin revisarla y, solo cuando iba a salir del local, se percató de que la chica se había ido, aunque no parecía muy afectado por ello.

Cuando Lucía me indica dónde está, cojo el coche y me dirijo hacia allí. Es una de las personas con más paciencia que conozco, si ha acabado harta es que han tenido que ser muy intensas. Me explicó que sus compañeras querían buscarle un ligue. Supongo que no saben que Lucía solo tiene ojos para Adri y, aunque no sean pareja, solo él ocupa su corazón. Igual que ella ocupa el de él. Tenía mis sospechas, pero en cuanto Maite dijo que Adri se había ido a casa de Lucía después de que volviera la tóxica de su exnovia, lo tuve claro. ¿Cuánto tardarán en dejar de fingir que son amigos y darán el salto? Solo ellos lo saben. Yo no voy a meterme. Su vida, su problema. Solo me meto cuando afecta a mis hermanos.

El que me preocupa es Fer; darle tantas vueltas a las cosas le está pasando factura. ¿Su vida no es como se imaginaba? Pues como la de todos, a ver si se cree que yo esperaba estar viviendo con Óscar a los treinta. Entiendo que le preocupa haber causado una mala primera impresión, pero es solo eso, una impresión. Si no te gusta, pues te esfuerzas en que te conozca y sepa que no eres así —sea como sea lo que piense la chica que es Fer—, y si te da igual, pasas a otra cosa. Simple, rápido y efectivo. ¿Puede salir mal? Claro, y también puede salir bien o puede ser algo que de aquí a un año hayas olvidado.

Reconozco que yo mismo antes también le daba muchas vueltas a todo, hasta que murió mi padre. Llevaba meses posponiendo la idea de comentarle que quería pintar y ofrecer ese servicio, por si no le parecía bien o si afectaba a cómo nos organizábamos, y, de golpe, un día ya no pude decírselo. Algo se rompió dentro de mí aquel fatídico día y, desde entonces, decidí que no pensaba callarme ni dejar de hacer algo por pensar demasiado. ¿Que a veces hay consecuencias? Claro que las hay. ¿Sabes cuándo no las hay? Cuando no haces nada. E incluso entonces, no hacer nada también tiene consecuencias, quieras o no. «Adaptarse para vivir», ese es mi lema.

Me trago un taco en cuanto entro al local donde está Lucía con sus compañeras. Esta música estridente y con el mismo puto ritmo me mata el cerebro, así que decido que voy a hacer una extracción rápida. Diré alguna chorrada que deje a sus compañeras tan atónitas que no sepan reaccionar y me largaré por donde he venido.

Localizo a Lucía casi al instante, solo tenía que buscar a un grupo de mujeres de fiesta, con edades dispares y liándola mucho. Fácil y sencillo, sobre todo porque la gente que tienen a su alrededor no para de salir huyendo de allí. Pongo mi sonrisa quitabragas, cuadro la espalda y me muevo como si fuera el puto dueño del local. Lo sé, me va la puesta en escena, pero en estos casos es importante. Esta gente se tiene que creer que Lucía es mía y este es mi mejor papel.

El problema viene cuando me percato de quién está a su lado, que tarda un segundo entero en verme. Un segundo en el que ocurren varias cosas: dejo de escuchar la música, todas las personas a mi alrededor desaparecen —incluida Lucía— y mi corazón se salta un latido. Justo cuando sus ojos se encuentran con los míos, suelto al aire que estaba reteniendo y me obligo a seguir caminando, pese a que me retumba el pecho por lo fuerte que está latiendo mi corazón. La he encontrado. Está justo al lado de Lucía, aunque ni siquiera soy capaz de ver a mi amiga. Y lo mejor de todo: ella me mira con la misma intensidad que lo hago yo.



Odio los locales abarrotados de gente y con la música tan alta que no se puede hablar. O los odiaba, hasta que unos ojos verde oscuro me han enfocado como un faro y me han paralizado en el sitio. Ahora mismo, me siento como un cervatillo que ha cruzado una carretera y han estado a punto de atropellarlo. Aprieto tanto los puños que noto como me clavo las uñas en las palmas, aunque, lejos de molestarme, me aseguran que lo que estoy viendo es real. Que no es mi imaginación burlándose de mí.

Se detiene a un metro de distancia, pese a que no ha apartado su mirada de la mía en ningún momento. Creo que los dos estamos evaluando si lo que estamos viviendo es un sueño. «O puede que esté buscando una excusa de mierda para librarse de ti». Gruño a la voz pesimista de mi cabeza y doy un minipaso en su dirección. Como si eso fuera lo que necesitaba, coge mi mano, entrelaza nuestros dedos y empieza a andar hacia la salida. Ni siquiera me lo pienso, lo sigo hasta donde quiera llevarme. Hasta Marte, si hiciera falta.

14



Nada más salir al exterior, una ráfaga de viento me golpea la cara, pero soy incapaz de sentir el frío. La mano que se aferra a la mía me calienta el cuerpo entero. Visualizo el Saxo blanco y mi perfecto desconocido se frena justo frente a él. Por suerte, ya no hay música de fondo que nos impida hablar ni escuchar. Me encara, me acaricia la mejilla con los dedos y sonríe. «¡Joder, he echado de menos esa sonrisa!».

—Hola, nene. ¿Te vienes conmigo a Marte? —rompo el silencio. Ahora mismo quiero decirle muchas cosas y, a la vez, ninguna, porque está aquí, no ha desaparecido.

—Hola, nena. Te he echado de menos. —Baja la cabeza y me besa.

No hay prisa en su beso, es pausado, lento, sensual, como si quisiera que el tiempo se detuviera en este mismo instante. O puede que solo sea un reflejo de lo que yo estoy sintiendo. Por desgracia, lo interrumpe antes de lo que me gustaría. Se ríe de mi mueca de desagrado.

—Me llamo Mar —suelto, porque no pienso volver a cometer el mismo error que el sábado pasado.

—Vamos, ¡no me jodas! —vocifera. Empieza a reírse a carcajadas mientras se lleva las manos a la cara, hasta que me mira y se da cuenta de que no sé qué está pasando—. Soy… ¡Joder, por eso Lucía buscaba el Saxo blanco! ¡Se lo pediste tú!

—Sí —confieso un poco avergonzada, porque sigo sin saber de qué habla—. No tenía forma de localizarte, así que pensé que el coche podría llevarme a ti.

—Y yo no le pregunté más porque pensaba que me buscaban para ponerme una multa. —Niega con la cabeza—. Hola, Mar. Soy Juanma y trabajo de carpintero.

—¡No! —Ahora es mi momento de reírme—. ¡No puede ser!

¡Joder! No puede ser verdad que sea él. Ayer volvió a escribirme para decirme que había conseguido salir ileso de la casa y que mi puerta estaba bien. También me dejó un bombón encima de la cama con una nota que decía: «Por favor, no se lo cuentes a Maite. Esto no es nada profesional ;)» que me hizo reír. Tendría que haberme dado cuenta de que lo había conseguido, igual que durante la noche del sábado.

—Tienes una habitación preciosa, nena. Estoy deseando volver a verla.

—Lo siento, nene, no tengo intención de volver a romper la puerta —bromeo y se acerca para cogerme de las caderas, así que rodeo su cuello—. ¿Así que ese es el trabajo tan misterioso que tenías? No estoy nada impresionada.

—Entonces, menos mal que esto no es una cita. —Me guiña un ojo—. Sin embargo, creo recordar que yo sí dije lo de profesora. ¿Me intentabas engañar, nena?

—En realidad soy profesora de educación especial, así que no, no te engañé. No fuiste específico. —Nos reímos—. Lo bueno es que ya tengo tu teléfono. Lo malo es que no sé si quiero hablar con alguien tan poco profesional.

—¡Joder, nena! —Suelta una carcajada—. Si no hubieras sido amiga de Lucía no lo habría hecho. No me puedo creer que hayamos hablado y no supiera que eras tú; es lo que pasa cuando no tienes foto de perfil. —Niega con la cabeza—. Tendría que haberte llamado.

—Ten claro que no te lo habría cogido. Mi madre me enseñó que no hay que hablar con desconocidos.

—¿Y qué decía tu madre sobre no solo hablar con ellos, sino también subirse a su coche y hacer contorsionismo en él?

—Que las niñas de bien no hacen esas cosas. Por suerte para ti, yo no soy una niña de bien. —Esbozo una sonrisa y vuelve a besarme. Cuando noto que profundiza el beso, lo aparto—. Tengo que volver dentro a por mi abrigo y el bolso.

—Te acompaño. No pienso perderte de vista.

—¿Por si me escapo o por si me voy a Marte sin ti?

—Sí —contesta contundente, dejando claro que es la respuesta a las dos preguntas—. Tendremos que ir a tu casa, en la mía están mis hermanos en una sesión de cine.

—¿Y quién dice que quiera irme contigo? —bromeo entrando de nuevo al local.

Voy directa al guardarropa, donde recojo mis cosas y volvemos a salir. Cuando estoy en la puerta del copiloto del Saxo, me giro y me lo encuentro observándome con un deje de chulería, pero no hace amago de abrir el coche. Alzo una ceja y me cruzo de brazos como él.

—Has dicho que no querías irte conmigo —se queja fingiendo indignación—. No pienso abrir hasta que digas lo contrario.

—Entonces, llamaré a otro para que venga a ver mi habitación —lo desafío.

Cuando voy a sacar el móvil, recuerdo las palabras de Lucía y todo rastro de alegría y complicidad se esfuman de mí. Una sensación desagradable me invade. Alzo la vista para observarlo y su expresión también cambia a otra confusa.

—¿Qué pasa, nena? —susurra acercándose a mí con cautela—. ¿Estás bien?

—Lucía dijo que… —Por el rabillo del ojo la veo junto a Rocío, la directora de nuestro centro, que está medio muerta por la borrachera que lleva—. ¡Lucía!

Me acerco a ellas y me sonríe.

—Me la llevo a casa —me informa mientras la coge por la cintura. Noto la presencia de Juanma a mi espalda, aunque por suerte no me toca. Lucía desvía la vista hacia él—. Me alegro de que la hayas encontrado. Pensé que no sería posible, aunque podrías haberme dicho que eras tú el del Saxo.

—Pensé que me buscaban para ponerme una multa. —Me giro para mirarlo y se encoge de hombros. Clava sus ojos verdes en mí antes de hablar—: Mar, ¿qué es lo que te dijo Lucía?

—¿Yo? —Vuelvo la vista hacia mi compañera de trabajo.

—Me dijiste que ya había encontrado a la indicada —le recuerdo. Abre los ojos por la sorpresa y empieza a reírse.

—Sí, pero… ¡eres tú! —Frunzo el ceño. Lucía tiene tal ataque de risa que cuesta entenderla —. Quiero decir, Juanma me contó que había salido con una chica y, por la forma en que hablaba, me di cuenta de que había encontrado a la indicada, por eso dije eso. No tiene novia, Mar. Tranquila.

Suelto el aire que ni sabía que estaba reteniendo y me giro para encarar a Juanma, pero, a diferencia de lo que esperaba, solo tiene una sonrisa divertida en la boca. Bueno, mejor divertida

que enfadada, ¿no? «No cantes victoria todavía».

—Gracias, Lucía. Ya puedes irte a cuidar de la borracha, yo me encargo de ella. —Juanma posa su mano en el bajo de mi espalda y me guía hasta el coche. Esta vez lo abre, aunque no se separa de mí ni hace amago de entrar—. Pensabas que tenía novia.

—Sí —admito—. Lo siento, pero no me lío con hombres infieles.

—Me parece bien. —Se encoge de hombros—. Yo tampoco, ni con hombres ni con mujeres. —Sonríe y toda la tensión se esfuma. Se apoya en el capó del coche—. ¿Algo más que quieras aclarar antes? No tengo problema en contarte todo: me llamo Juan Manuel Rubio, aunque todo el mundo me llama Juanma. Eran los nombres de mis abuelos, a los que quería mucho, pero a veces me hubiera gustado que se llamasen de otra forma. Tengo tres hermanos: uno mayor y dos más pequeños. Los quiero con locura, aunque el noventa por ciento del día me lo paso diciendo que ojalá fuera hijo único. Trabajamos juntos en una empresa de reformas y yo me encargo de la carpintería y de la pintura. Trabajo mucho, algo que ya sabes, y el resto del tiempo me gusta estar en casa, pero si sale un plan, siempre soy el primero en apuntarme. No tengo pareja desde hace… *pff*, ni me acuerdo. No es algo que descarte tener, pero ya sabes, tengo mil taras. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres saber algo más, nena? ¡Ah, sí! En breve es posible que me vaya a Marte de viaje, nada importante.

—Un viaje de ida y vuelta, ¿no? —bromeo y asiente—. Muy bien, allá voy. Me llamo María del Mar González, aunque todo el mundo me llama Mar. Soy de Guadix y llevo trabajando aquí dos años; antes estaba en Huelva. Tengo plaza como profesora de educación especial en el mismo colegio que Lucía y por las tardes soy voluntaria para la asociación que gestiona el centro de día para niños y niñas con discapacidad intelectual. De ahí que haga más horas que un reloj. Corté con mi exnovio hace un año y medio y, aunque no busco pareja, de vez en cuando descargo aplicaciones para ligar que me llevan a tener citas horribles que me recuerdan que, sola, estoy mejor.

No añado que me prometí a mí misma que no volvería a tener una relación seria con nadie después de mi exnovio porque, la verdad, creo que es posible que con Juanma cambie de opinión, y ahora mismo no aporta nada a esta conversación. «Volverá a salir mal», me responde la voz pesimista de mi cabeza y la aparto a un rincón. No tiene por qué, solo tengo que conocerlo mejor, eso es todo. Espero no estar equivocándome de nuevo.

15



Soy consciente de que uno de mis grandes defectos es darle demasiadas vueltas a las cosas. No es algo nuevo, aunque sí ha ido a peor con los años. Por eso, cuando veo que entro en un bucle peligroso, llamo a Aitana o Juanma. Ellos dos me incitan a actuar y, aunque normalmente no es algo que me gusta, a veces agradezco que me den el empujón que necesito. Como, por ejemplo, el jueves, Aitana me instó a preguntarle a Sofía por qué no quería que estuviera cerca de su abuela. En realidad, me obligó a seguir con la conversación; yo hubiera dejado de contestarle en el momento en que me dijo que relegara la relación con Angelines a un mísero casera-inquilino.

Por suerte, respondí y pude entenderla. E imagino que ella a mí también, o estaría fulminándome con la mirada de nuevo. En cambio, me observa divertida por mi expresión de sorpresa. No sabía que hoy estaría en casa de su abuela. Había olvidado lo preciosa que es y, aunque reconozco que me gusta más cuando va enfundada en cuero, no ha perdido ni un ápice de atractivo con esos vaqueros y jersey negros.

—Tu abuela me ha invitado a tomar café —le informo.

—Lo sé. —Se aparta de la puerta para dejarme entrar y niega con la cabeza—. Ha tenido la deferencia de contármelo hace cinco minutos.

—Si te sirve de consuelo, a mí ni siquiera me ha preguntado si podía venir. Solo me ha exigido que viniera.

—No cedas o estarás a su merced para siempre. —Sonrío ante su tono sobrio.

—Creo que es demasiado tarde —murmuro y se le escapa una risa, una que provoca que algo se mueva en mi interior: definitivamente, no me odia.

—¿De qué te ríes, cariño? —le pregunta Angelines cuando entramos en el comedor, donde está sentada en la mesa dando buena cuenta de las galletas que le traje ayer. Nos sentamos con ella y Sofía alza una ceja, así que imagino que el tono dulce que ha usado su abuela no es algo habitual—. ¿Qué? Solo era una pregunta.

—No engañas a nadie con ese tono —suelta su nieta con un bufido—. Fer, no creas que mi abuela es dulce y tierna. Es como esas plantas carnívoras tan bonitas a las que cuando te acercas… ¡zas! Mordisco que te llevas. —Enfatiza el gesto cogiendo una galleta y dándole un bocado. Me río por lo bajo.

—¡Oye, niña! —la riñe Angelines—. Yo no muerdo. Fer, no la creas.

—Eras tú quien quería que lo conociera, yo solo le estoy avisando de lo que se le viene encima. —Sofía se encoge de hombros y yo sonrío: va a hacer el esfuerzo de conocerme—. Estas galletas están de muerte.

—Gracias. —Aprovecho para coger una. Tengo más en casa, pero no puedo ver cómo la gente come galletas y yo no hacer lo mismo.

—¿Las has hecho tú? —Me haría gracia su mirada atónita si no fuera por el matiz incrédulo en sus palabras. Mi expresión debe de mostrar incomodidad porque se disculpa un segundo después—: Lo siento, no quería sonar tan sorprendida. Es que doy por hecho que la gente de nuestra edad no sabe cocinar.

—¿Qué edad tienes? —Parece bastante más joven que Maite, aunque no podría jurarlo.

—Veintiséis.

—Bueno, yo tengo treinta y uno, igual en los cinco años que te faltan para alcanzarme consigues aprender a cocinar —bromeo y pone una mueca adorable que me dice que ni con veinte años más.

—Mi nieta no es capaz de freír un huevo sin quemar la cocina —me explica Angelines exasperada, rodando los ojos.

—Es que no es fácil freír un huevo —se defiende Sofía, y asiento; la primera vez que lo intenté acabó el suelo de la cocina lleno de aceite, así como mi camiseta—. ¿Ves? Fer me da la razón.

—Tampoco hacer café, imagino, ¿no?

—¡Mierda! —Sofía sale escopetada hacia la cocina y su abuela niega con la cabeza.

—Fer, ¿puedes ir a supervisar que mi cocina siga intacta, por favor? —me pide e intento disimular una risa. Sofía es igual de desastre en la cocina que Juanma y Óscar.

—Claro.

Cuando llego a la cocina, Sofía está mirando la cafetera italiana con una mueca extraña, hasta que detecta mi presencia y rueda los ojos.

—¿Te ha mandado a vigilarme?

—En realidad tú le das igual —bromeo y se le escapa una risa incrédula—. Solo quiere asegurarse de que su cocina siga intacta.

—En casa tengo una cafetera de cápsulas, cortesía de mi abuela. —Pone una expresión de derrota cuando me mira—. ¿Puedes comprobar si el café ya está hecho?

Me río por lo bajo mientras me acerco a los fogones, levanto la tapa de la cafetera y asiento. Suspira aliviada y me regala una sonrisa de disculpa. Tengo que darle las gracias a Aitana por obligarme a contestar el otro día. Sus sonrisas me están dando la vida.

—No te preocupes —le intento restar importancia cuando cojo un salvamanteles para llevar la cafetera al comedor y ella las tazas—. Yo también les regalé a mis hermanos una cafetera de cápsulas para su piso; tampoco saben usar la italiana.

—Bueno, en mi caso no es la cafetera solo, es todo —me explica y se nota la frustración en sus palabras—. Para el cumpleaños de Magda intenté cocinarle pasta. ¡Pasta! Que piensas: solo tienes que ponerla a hervir y fin. Pues no sé cómo lo hice, pero acabó siendo una masa dura e incomible. Tuvimos que tirar la olla. De vez en cuando aún me lo recuerda.

—¿Magda es tu pareja? —Me doy una palmada mental por lo casual y desinteresada que ha sonado mi pregunta. Se empieza a reír, «¡joder! me encanta su risa».

—Ojalá, pero no es mi tipo. Si fuera Magdo igual… —Su abuela bufa y doy un respingo. Por un momento me había olvidado de que estaba con nosotros—. No empieces, abuela.

—Solo digo que eres demasiado mujer para alguien como Magda. Te la comerías con patatas y te quedarías con hambre. —Sofía me mira y rueda los ojos, por lo que deduzco que no es la primera vez que le dice algo así. No debería gustarme tanto que me haya buscado para hacer ese gesto de protesta ante lo que le ha dicho su abuela—. Esa niña necesita a alguien tan dulce como

ella.

—¿Estás diciendo que no soy dulce? —Sofía finge indignación y su abuela alza una ceja incrédula; reprimo una risa—. Está muy feo que me insultes, abuela, y más delante de los invitados.

—Fer no es un invitado. —Ahora es mi turno de fingir indignación y Angelines le resta importancia con la mano—. Eres amigo de la familia.

—Te ha dejado entrar en su cocina, eres más que un amigo —me explica Sofía con un punto de envidia en su voz—. Su cocina es su templo.

—Es que él sabe para qué sirve una sartén —le replica su abuela y no puedo evitar la carcajada que sus palabras me causan. «¡Qué bien me lo estoy pasando!»

—Si me vas a seguir insultando, me voy. —Sofía no parece ofendida, pero su tono es duro.

—No es un insulto cuando es verdad. —Niega con la cabeza y me mira—. Discúlpanos, Fer, no solemos ser así normalmente.

—Mis hermanos son peores, no hay nada que pueda asustarme o sorprenderme. —De hecho, prefiero a las familias que son así y no cuando fingen que todos se llevan bien. No me parece natural.

—¿Cuántos hermanos tienes? —se interesa Sofía.

—Tres. Juanma, Óscar y Maite. Soy el mayor de los cuatro, todos nos llevamos un año con el siguiente. Mis padres pararon cuando nació la niña. —No le pregunto si tiene hermanos porque Angelines ya me ha explicado su árbol genealógico de pe a pa.

—Estoy deseando conocerlos —suelta Angelines.

—No creo que sea bueno para tu tensión. —Sofía se ríe por lo bajo de mi réplica—. Aunque quizá pasadas las navidades podamos preparar algo.

No es que no quiera presentárselos, pero mis hermanos no están pasando su mejor momento y prefiero aplazarlo. Me gustaría que cuando los conozca, viera lo mismo que veo yo cuando los miro y, ahora mismo, es imposible.

—¿Conoces a su novia? —le pregunta Sofía a su abuela y casi me atraganto con el café.

—¿Qué novia? —me mofo después de limpiarme con la servilleta.

—Oh, perdona. —Esboza una mueca de «tierra, trágame» muy tierna—. Di por hecho que la chica de tu foto de Whatsapp era tu pareja.

—¿Quién es? —se interesa Angelines con una sonrisa divertida en la boca.

—Es Aitana, mi prima. —Saco el móvil y le enseño la imagen.

—Entonces, puedo ahorrarme todas las preguntas de si va a vivir contigo, ¿no?

—¡Sofía!

—¿Qué? ¿De verdad pensabas que no iba a preguntar? Parece un buen chico, pero sigue siendo tu inquilino. —Supongo que después de una primera impresión tan nefasta, me lo puedo tomar como un cumplido, ¿no?

—Tranquila —le digo con una sonrisa—. Si mi situación cambiase, cosa que dudo, te lo haría saber. —Asiente. Varios mechones de su pelo negro azabache se le ponen en la cara y estoy tentado de apartárselos—. De momento, no tengo intención de vivir con nadie.

—Perfecto, gracias. —Se gira hacia su abuela—. ¡Ves! No era tan malo. Solo me preocupo.

—Demasiado —le acusa su abuela—. No va a pasar nada.

—Bueno, Angelines, yo creo que tu nieta tiene razón y derecho a preguntar todo lo que quiera —la defiendo y, contra todo pronóstico, mi vecina esboza una sonrisa. Tanto Sofía como yo nos miramos confundidos—. Eso ha sido raro, ¿no?

—Sí, mucho. Abuela, ¿por qué sonríes?

—Cosas mías. —Amplía la sonrisa—. Y ahora, ¿quién de los dos se va a encargar de fregar las tazas?

16



Hay algo increíble en encontrar a una pareja compatible a nivel sexual, pero se convierte en algo único cuando también sois compatibles fuera de la cama. Juanma y yo llevamos toda la semana quedando cada día para cenar y acostarnos juntos. El sábado, cuando llegamos a mi casa, apenas hablamos; de hecho, ni siquiera conseguimos llegar a mi habitación. En cuanto le comenté que Lorena no estaría, me empotró contra la pared del comedor y no me dejó moverme hasta que mis piernas fueron incapaces de aguantar mi peso después de los dos orgasmos devastadores que me provocó; uno con la boca y otro entrando en mí tan duro que me da hasta vergüenza admitir lo poco que tardé en llegar. Por suerte, él me tenía tantas ganas como yo y se corrió justo después.

Después de eso, el maratón de sexo ha sido una constante. El domingo lo pasamos comiendo para reponer fuerzas y explorando nuestros cuerpos, y descubrí algo espectacular: Juanma también consigue que me ría a carcajadas en la cama, no solo fuera de ella. Creo que nunca me había reído durante el sexo, sí sonreído, sí había tenido cosquillas, pero no esa complicidad en la que puedes estar bromeando y, un segundo después, soltar un gemido ahogado porque sus dedos se han introducido dentro de ti. Y es tan espectacular como acojonante. Porque me gusta demasiado y eso me da un miedo atroz. «No te preocupes, cuando se canse de ti se buscará a otra». Suspiro a la pesimista que vive en mí, porque, por desgracia, tiene razón.

Soy consciente de que ahora mismo estamos viviendo lo que se llama «luna de miel», esa etapa en la que todo es genial, nada nos molesta y la respuesta a todas las preguntas es «sí». Pero llegará un día en el que eso cambie, y sé lo que ocurrirá: Juanma se largará de mi lado o yo lo echaré. No sé cuál de las dos opciones me gusta menos y, aunque no quiera pensar en ello, sé que pasará. Solo es cuestión de tiempo.

El sonido de una notificación me saca de mis pensamientos:

Juanma
Hola, nena, ¿cómo ha ido el día?

¿Te apetece quedar hoy?

Todos los días me ha preguntado si me apetece, nunca lo da por hecho, aunque no sé si simplemente es cortés o si, en realidad, no le importaría si un día le dijese que no. Por suerte, hoy no es ese día.

Mar
Hola, nene. Acabo de salir del colegio y voy a la asociación

Saldré sobre las 20 h y Lorena se ha ido a pasar el fin de semana fuera…

Juanma
Si lo que querías es que te volviera a empotrar en el comedor, lo has conseguido ;)

Si tu compañera no está… ¿quieres que te haga compañía el fin de semana?

Me da un vuelco el corazón ante la idea de pasar con él todo el fin de semana.

Mar
No sé, creo que tengo una cita con otro candidato para ir a Marte

Juanma
La cancelas ;)

Ahora es mi turno de ganarme el puesto

Mar
Tendrás que compensarme…

Juanma
Trato hecho, nena

Te paso a buscar a las 20 h por la asociación, ¿te va bien?

Mar
Perfecto :)

Nos vemos luego, nene

Juanma
Lo estoy deseando…

Se me escapa una risa tonta y espero que el calor que noto en las mejillas no se note mucho. Guardo el móvil justo antes de entrar al centro que tiene la asociación, voy a la zona reservada para los trabajadores y dejo las cosas en mi balda. Cojo la ropa que suelo usar aquí y me cambio en el baño; una vez estoy lista, me acerco a la sala donde suelo trabajar con mis fierecillas y preparo los balones de baloncesto que usaremos hoy. Luna, la directora de la asociación que también trabaja de educadora, me sonríe.

—¿Todo bien? Tienes un brillo especial en los ojos, incluso más que el que has lucido toda esta semana.

—Estoy teniendo una buena semana.

—Me alegro mucho. —Me guiña un ojo—. Ya me contarás quién es el causante.

En ese momento, mis fierecillas empiezan a entrar a la sala y se les ilumina la cara nada más verme. Vienen felices hacia mí y me abrazan como si llevásemos días sin vernos, pese a que vine ayer. Es una de las mejores cosas de este trabajo. «No puedes llamarlo trabajo si no te pagan». Respiro hondo para obviar esa voz insufrible de mi cabeza y les sonrío de vuelta. Luna me ayuda

a salir ilesa de entre sus brazos y doy una palmada para empezar a ejercitarnos.

—¡Venga, fierecillas! Hoy tocan pases. Poneos por parejas.

Luna busca a Jimena para emparejarse con ella, ya que a la niña no le gusta relacionarse con… bueno, con nadie, y el resto busca a su mejor amigo del alma. Hay alguna discusión breve, pero conseguimos empezar sin muchos incidentes. Al poco, cambiamos alguna pareja, ya que tenemos que controlar la fuerza de cada uno de ellos para que no se hagan daño, ni se frustren porque su compañero siempre se la lance floja o demasiado fuerte.

Por un momento, cuando todos están haciendo lo que les he pedido, sin quejas ni incidentes, observo sus rostros concentrados y divertidos, y una sonrisa tonta se me forma en la boca. Me encanta ser voluntaria en este centro, me encanta ayudar a ejercitar los músculos de estas fierecillas y me encanta el amor con el que siempre me tratan. No quiero dejar de hacerlo nunca. Jamás se me ocurrió ser «entrenadora» de niños y niñas con discapacidad intelectual, pero desde que llegué a Baza, hablé con la organización y me ofrecieron esta oportunidad, pienso que soy una persona muy afortunada.

Saco los balones medicinales, esos que tanto odian, y se los cambio a varias de las parejas, no sin antes escuchar sus quejas, claro. Le entrego a Luna uno rosa, ya que es el único color que Jimena tolera tocar, y continúo dando vueltas, intentando modificar alguno de los movimientos que hacen para que no se lesionen. Cuando saco los balones de fútbol, se oye un grito de júbilo y varios de ellos se olvidan de su pareja y del balón medicinal para venir a coger uno, aunque no les dejo hasta que recogen. Los gritos de alegría ahora son quejas y más quejas, pero lo hacen, siempre lo hacen.

Cuando acabamos los ejercicios y salgo a la calle, veinte minutos más tarde de lo previsto, lo hago con el corazón calentito y una sonrisa en la boca. Me encanta mi trabajo. Juanma me sonríe apoyado en el Saxo blanco que tanto me costó encontrar, y guarda el móvil en el bolsillo.

—Perdón por salir tarde —le suelto a modo saludo y él, lejos de inmutarse, posa su mano en mi mejilla y me besa de forma apasionada. Cuando nos separamos, me cuesta hablar—: Hola.

—Hola, nena. Recuérdame que venga a buscarte más a menudo, estás preciosa. —Su voz suena grave—. ¿Quieres pasar a por algo para la cena antes de ir a casa?

No le contesto, de hecho, ni siquiera me muevo, ladeo la cabeza para observarlo y frunce el ceño, confuso.

—He salido tarde —le informo y su rostro cambia a una mueca divertida.

—Soy consciente de ello.

—¿No vas a decir nada? —Ahora es mi turno de estar confundida, lo que le provoca un destello de ira que apenas dura un segundo.

—¿Has podido salir antes?

—No.

—¿Has estado perdiendo el tiempo para no venir conmigo?

—No.

—¿Tenemos prisa para ir a tu casa?

—No. —Mi confusión va en aumento y Juanma bufa.

—Entonces, ¿por qué coño iba a molestarme que salgas tarde? Estás trabajando con personas, es normal retrasarse. —Se encoge de hombros—. Además, yo mismo he llegado cinco minutos tarde. Por cierto, no esperes que sea una persona puntual, porque rara vez lo soy.

—Es bueno saberlo. —Sonrío y me dirijo hacia la puerta del copiloto. Una vez dentro, contesto a su primera pregunta—. Me parece bien pasar a por algo para cenar antes, mi nevera hace eco.

—¿Un kebab?

—Perfecto. —Arranca el coche sin decir nada más, pero me siento en la necesidad de explicarme—: No soy una empleada, estoy de voluntaria.

—¿Harías algo distinto de cobrar por ello?

—No.

—O sea, que saldrías tarde igual, ¿no?

—No siempre salgo tarde, pero no me voy corriendo cuando el reloj marca las ocho.

—Mar, ¿por qué me estás dando explicaciones? —Cuando me lo quedo mirando, continúa hablando—: Es decir, sé que eres voluntaria y, sinceramente, eso hace que me gustes aún más. No todo el mundo sacrifica su tiempo por los demás y eso, lejos de disgustarme como crees que hace, me hace admirarte.

—Ni siquiera sabes qué hago en la asociación. —Me río, porque lo que me acaba de decir es superbonito y, la verdad, no sé cómo gestionar cuando me dicen cosas bonitas. Así de triste es mi vida.

—Eso no le resta importancia a tu gesto altruista, nena. Que si me lo quieres contar, yo encantado de escucharte, como si me dices que prefieres no hablar de ello.

—¿De verdad quieres saberlo? —En ese momento, frena el coche y me mira como si lo que le acabase de preguntarle fuera la mayor chorrada del mundo.

—Mar, ¿qué clase de gilipollas has tenido de pareja?

Suspiro, si él supiera.

17



Mis hermanos dicen que soy impulsivo, que no tengo paciencia y que me dejo llevar por mis emociones. Quizás tengan razón, en parte. Porque si fuera así, no estaría sonriendo a Mar, como si no pasase nada, mientras aparco el coche en su calle para ir a pasar el fin de semana con ella. Le estaría exigiendo que me contase por qué no entiende que no me enfade que salga tarde del trabajo —perdón, voluntariado— o que quiera que me cuente su labor allí.

A ver, eso no quiere decir que me vaya a emocionar como ella por sus tareas, ni que me vaya a gustar lo mismo, pero cuando tienes a alguien en tu vida, es lo que haces, ¿no? Te interesas por lo que le gusta, lo que hace o deja de hacer. ¡Joder! Si hasta me fui a Madrid con Óscar a un concierto de nosequién para que no fuera solo. Y sí, sigo sin saber quién tocó, pero puedo decirte que Óscar lo disfrutó como un niño pequeño. Y, al final, eso era lo importante.

Pongo los kebabs que hemos comprado de camino encima de la mesa mientras Mar va a buscar platos y servilletas. Cuando está todo preparado, empezamos a comer en silencio, un silencio incómodo que nos lleva acompañando desde que le he preguntado por la clase de gilipollas que ha tenido de pareja antes, pese a que he intentado romperlo en varias ocasiones hablando de cosas triviales.

—Mi exnovio odiaba que fuera voluntaria en el centro —murmura y, aunque no alzo la vista para mirarla, veo como está con la cabeza gacha, como si fuera algo que le avergonzase—. Decía que si no me pagaban, por qué tenía que perder el tiempo allí. Que era tiempo que no pasaba con él.

—Puto egoísta. —Mi tono es tan bajo como el de ella, pero aun así, me escucha y esboza una sonrisa triste.

—Si salía tarde, ni que fuera un minuto, tenía que escuchar cómo me taladraba la cabeza con que no tendría que regalar mi tiempo a la asociación. Que si quería ir, que como mínimo me pagasen. Y si intentaba explicarle algo, aunque fuera un logro mío, volvía con la misma cantinela. Era algo que me molestaba, pero, tonta de mí, pensaba que me lo decía por mi propio bien, porque estábamos ahorrando para casarnos e irnos de viaje. —Suspira y bebe un poco de agua antes de continuar—: Un día tuvimos un incidente en el centro, nada grave, pero evidentemente no me iba a ir y dejarles con todo el follón. Cuando llegué a casa, que encima por aquel entonces vivía en Guadix, me derrumbé por todos los nervios vividos y ¿cuál fue su reacción? Decirme que dejase la asociación. Sin más. Le importó tres cojones que estuviera hiperventilando en el sofá o lo que hubiera pasado, para él lo único que importaba era que no cobraba por ello. Para culminar con el día de mierda que llevaba, cuando conseguí calmarme y

fui a la cocina, me encontré con que se había preparado la cena para él y no había pensado en mí.

—¿Y qué hiciste?

—En ese momento, nada. Llevábamos juntos más de ocho años, desde los veinte, por lo que para mí solo era una discusión más. Llamé a mi madre y le dio la razón, así que supuse, una vez más, que su actitud era lo normal. Sin embargo, dijo algo que me hizo darme cuenta de que, quizá, el problema era yo.

—¡Y una mierda! —siseo y me indica con la mano que la deje continuar.

—Expuso las palabras mágicas para que actuase. —Se aclara la voz para cambiar el tono—: «Hija, es que si queréis formar una familia, ¿qué piensas hacer? Tendrás que dejar ese lugar. Solo estás alargando lo inevitable, o ¿es que has vuelto a casa para seguir con la misma vida de antes?». Fue como si en mi cerebro alguien le hubiera dado a un interruptor. Me di cuenta de que esa vida que ella me planteaba y que parecía que debía tener sí o sí, no era la que yo quería. Al día siguiente no fui al centro, al salir del colegio fui a casa, hice las maletas y me largué sin mirar atrás.

—Bien hecho.

—Mi madre aún me lo echa en cara —reconoce con un suspiro—. De hecho, lo sigue invitando a las comidas familiares y a pasar las navidades con nosotros porque, y cito textualmente: «Algún día entrarás en razón y volverás con él, solo es una fase rebelde que estás pasando para hacernos sufrir a todos».

—Bueno, siento decirlo, pero tu madre no me cae bien —intento que suene a broma, aunque no lo es. Por suerte, me devuelve la mirada con una sonrisa—. Ahora entiendo tu reacción y, también, que por mucho que yo te diga que eso no va a pasar conmigo, tengas tus reservas.

—Sí, las tengo. Por eso me prometí no volver a tener pareja —confiesa, y esas palabras me duelen más que cualquier otra cosa que haya dicho.

—¿Sigues pensando lo mismo? Quiero decir, ¿hay alguna posibilidad de que cambies de opinión sobre ello? —Puede que Mar me guste mucho, pero no voy a seguir con ella si no hay un futuro posible. Yo no la veo solo como un rollo de unas pocas semanas.

—No lo sé. —Duda y suspira como dándose ánimo—. En realidad, sí lo sé, pero me da miedo. Aunque, por otra parte, no quiero que eso me paralice o me haga perder la oportunidad de conocerte.

—Es bueno saberlo, y ¿sabes lo mejor? Que no tenemos prisa. —Le muestro una sonrisa sincera—. Tenemos que conocernos, los dos, pero no tenemos por qué hacerlo con la presión de ser pareja.

—¿Quieres ser solo amigos?

—Dios, ¡no! —grito y se ríe ante mi reacción algo exagerada—. Lo que quiero decir es que yo no voy a ser distinto por tener o no una etiqueta que diga «novio», así que no hay necesidad de ponerla. Podemos tener una relación informal e irnos conociendo mientras. Que con el tiempo vemos que podemos formalizarla, lo hacemos, que no, pues oye, tal día hizo un año.

—¿Y si uno de los dos quiere formalizarla y el otro no? —pregunta dubitativa.

—Pues tocará romper un corazón. —Me encojo de hombros—. Somos adultos, si no funciona, no hay necesidad de forzarlo y si funciona para uno y no para el otro, pues oye, dolerá, pero sabes que lo superaremos. No creo que sea la primera vez, ¿no?

—¿Quieres tener hijos? —suelta a bocajarro y, por un segundo, me quedo aturdido por la pregunta tan directa, aunque supongo que tiene sentido. Si no estamos de acuerdo en esto, lo nuestro no tiene ningún futuro.

—No —me sincero, porque no es algo que puedas ir diciendo por ahí, la gente suele juzgarte.

Hay muy pocas personas que sepan esto—. Me encantan los niños, quiero tener mil sobrinos, pero no me veo como padre. Nunca he sentido ese instinto que se supone que debería tener. Me veo más como ese tío molón que les enseña a hacer perrerías. ¿Y tú?

—Tampoco. —De repente, se empieza a reír—. Es la primera vez que lo digo en voz alta. —Clava su mirada en la mía—. No quiero tener hijos.

—Y no pasa nada por ello. Es una elección, no una obligación.

—Como sigas diciendo esas cosas, me acabaré enamorando de ti —bromea. Creo.

—Eso espero, nena. Realmente quiero ir a Marte contigo.

—¿Ah, sí? —Su voz es aterciopelada, ahora que se ha quitado todo el peso de encima después de hablarme de su ex y su madre—. ¿Y qué vas a hacer para convencerme?

—Te voy a hacer ver las estrellas —contesto levantándome para ir hacia ella.

No sé cómo acabará esta relación informal que hemos propuesto, pero tengo claro que voy a disfrutar mucho descubriéndolo.

18



Hoy toca cena con mis hermanos y, pese a que estoy reventado, no me la perdería por nada del mundo. Me encantan nuestros martes de cena. Fue una norma que pusimos, bueno, que Maite y yo impusimos, cuando empezamos a trabajar juntos. Todos los martes, sin excepción, cenamos juntos, sin acoples. Ni siquiera nuestra madre puede venir, y eso que al principio lo intentó. El día a día nos mata y no siempre podemos sentarnos a hablar, así que esta rutina nos ayuda a conversar y a ponernos al día de nuestras vidas, pese a que callamos más de lo que contamos. No queríamos acabar siendo solo compañeros de trabajo, lo primero que somos es familia.

—Gracias, Vicente —le agradezco al dueño del local cuando nos sirve las tapas que hemos pedido, que siempre son las mismas. Juanma se quema el paladar por impaciente y nos reímos. Aprovecho para sacar el tema de las navidades, porque son la semana que viene—: Ya tengo el regalo de mamá, me debéis veinte euros cada uno.

—*Buah*, lo había olvidado —admite Juanma—. Gracias.

—Cada año te pasa lo mismo. —Maite niega con la cabeza—. ¿Has comprado el amigo invisible al menos?

—Sí —contesta con orgullo. Entre nosotros hacemos un invisible, que es más bien visible por culpa de Juanma, para no dejarnos un pastizal cada año—. Os va a encantar.

—Déjame dudarlo —murmura Óscar, y Maite y yo le damos la razón. Le ha tocado Maite, así que puede haber comprado cualquier cosa—. Fer, ¿has intentado volver a hablar con mamá sobre Paco?

—Sí. —Ruedo los ojos. Paco es el novio de nuestra madre, el mismo que nos intenta ocultar sin éxito—. Sigue con la misma cantinela: Paco solo es un amigo de la familia.

—¡Pero si nos enseñó una foto de ellos dos juntos! —Juanma bufa, exasperado, y le da un trago largo a su cerveza—. No puedo con la tontería que lleva encima.

—Pues es la misma que llevas tú —se mofa Óscar.

—Desde que follas, estás insoportable —le replica—. Por cierto, ¿nos lo vas a presentar estas navidades?

—¿Cómo lo hacéis para no cruzaros en el pasillo? —les pregunta Maite muy interesada en el tema—. Vivís juntos.

—A Juanma últimamente no hay quien le vea el pelo —desvela Óscar y pone una sonrisa pícara—. No es una queja.

—De nada —contesta este guiñándole un ojo—. El colchón de Mar es más cómodo que el mío y su compañera de piso apenas está en casa.

—¿Apostamos cuánto tarda Juanma en mudarse con Mar? —suelto, y el aludido pone los ojos en blanco.

—No todo el mundo quiere mudarse, Fer. Algunos lo odiamos, por culpa tuya, de hecho.

—César me ha pedido volver a casa —anuncia Maite y se hace un silencio sepulcral en la mesa. Vaya bomba acaba de soltar. Aunque por la cara de nuestra hermana pequeña, creo que estaba deseando decirlo desde que nos hemos sentado—. Aún no le he dado una respuesta.

—Hagas lo que hagas, te apoyaremos.

—Por supuesto —me respalda Óscar asintiendo—. Nunca lo dudes.

—Y si sale mal, le daremos una paliza. —Juanma se encoge de hombros y le saca una sonrisa a Maite.

—Independientemente de eso, el día de Navidad le contaré a mamá que hemos vuelto.

—¿Puede ser después de comer? —Miramos confusos a Juanma por esa petición—. Es que no tengo ganas de que se me indigeste la comida.

—¿Vendrá Mar ese día? —le pregunto y niega con la cabeza—. Lástima, tenía ganas de conocerla.

—Tenemos una relación informal. De momento, nada de familia. —No me pasa desapercibida la mueca de disgusto que le causan sus palabras, aunque solo dura un segundo. Sé que Óscar y Maite también la han visto, aunque ninguno decimos nada. Ya nos lo contará—. ¿Conoceremos a tu vecina en Nochebuena, Fer?

—No, se va a Granada con su nieta. —Pese a que intento disimularla, se me escapa una sonrisa tonta al pensar en Sofía. Nos hemos visto un par de veces más y cada cosa que descubro de ella hace que piense que me puede llegar a gustar de verdad. Pena que viva tan lejos.

—¿Habría que avisar a Adri y Aitana de que el día de Navidad será movidito? —pregunta Óscar con una sonrisa.

—Adri está avisado de lo de César —nos informa Maite—, y el tito pretende aliarse con mamá para que le ayude a convencer a la tita para mudarse a una casa más pequeña. ¡Ah! Y dudo que Cristo venga este año, que por cierto, está buscando piso para mudarse también.

—¿Siguen las cosas tensas con él? —me intereso. Cristo y Maite son mejores amigos desde que se conocieron en la escuela infantil, pero desde que Maite decidió perdonar a César, Cristo se ha distanciado. Quiere mucho a mi hermana, pero no está de acuerdo con su decisión. Lo entiendo, a veces es difícil hacerlo. Nosotros tres tampoco lo estamos, aunque no se lo digamos e intentemos apoyarla.

—Nos estamos acercando de nuevo —admite con una sonrisa—. No es como antes, pero hablamos más a menudo. Aun así, sigue fulminando a César con la mirada cada vez que se cruzan.

—Entonces, como resumen —empieza a enumerar Óscar—: la tita va a enfadarse porque le van a insistir para que se mude cuando ella no quiere, mamá va a enfadarse porque no sabía nada de que Maite y César han vuelto y su niño del alma, es decir, Cristo, no va a venir. Genial, simplemente genial.

—Estoy deseando que llegue el día de Navidad —ironiza Juanma—. ¿Podemos añadirle más drama al día? No sé, que Aitana diga que vuelve con el gilipollas de Felipe. —Los cuatro esbozamos una mueca de asco absoluto ante la mención del exmarido de nuestra prima—. O que Jessica aparezca de nuevo.

—¡Joder! —suelta Óscar riendo—. Qué mal escogieron pareja nuestros primos, ¿no? No me había dado cuenta hasta ahora.

—¿En serio?

—Bueno, Fer, no todo el mundo analiza cada cosa que pasa. —Se encoge de hombros—. Quiero decir, los dos están divorciados, pero no había procesado como tal que sus dos parejas han resultado ser escoria.

—Pues, por primera vez, y sin que sirva de precedente, le doy la razón a Fer. —Los tres miramos atónitos a Juanma. Odia tener que darle la razón a otra persona, con toda su alma. Es de los que cuando ven a dos personas discutiendo, echan gasolina al fuego para echarse unas risas —. Óscar, tío, hasta yo había hecho la asociación de que los dos habían elegido a despojos humanos como pareja. No digo que me guste, ni que no me gustaría volver atrás para que no tuvieran que pasar por ello, pero sí era consciente de ese hecho.

—Ahora va a resultar que Juanma es el que se entera de todo —dice Maite riendo—. Bueno, supongo que no hace falta que os diga que necesitaré vuestro apoyo con mamá.

—Por supuesto.

—Siempre.

—Llevaré la pistola de clavos.

* * *

Mientras observo cómo Maite entra en su casa, pienso en cómo podría ayudarla para que le fuera más fácil pasar por todo este proceso. Sin embargo, por mucho que me devane los sesos, soy consciente de que lo único que puedo hacer es estar. Aunque me joda, al final es algo que tiene que hacer por ella misma. No sé cómo César pudo hacerle eso, por muy borracho que estuviera, aunque tampoco se lo voy a echar en cara, bastante mal se siente él ya.

La llamada entrante de Aitana me saca de mis pensamientos y descuelgo antes de volver a poner en marcha el coche.

—*Hola, primito. ¿Ya habéis acabado con vuestra cena secreta?*

—No es secreta, todo el mundo sabe que vamos de cena.

—*Pero nadie puede ir.* —Me río porque la imagino haciendo un puchero—. *Ya me han llegado los tenis que querías para Óscar. Los tengo en mi casa.*

—Perfecto, mañana paso a buscarlos.

—*Seguro que le gustan. Son muy él.*

—Confío en tu criterio. —Yo elegí el modelo, Aitana el color—. Por cierto, Maite nos ha contado que tu padre piensa sacarle a tu madre el tema de mudarse y que se ha aliado con nuestra madre para que le apoye —le cuento y bufa.

—*Buena suerte con eso. A cabezona no la gana nadie.*

—Le dijo la sartén al cazo —me burlo y me pongo serio—. Lo más probable es que venga César.

—*¿Tu madre ya lo sabe?*

—Se enterará ese día.

—*Gracias por avisar.* —Oigo como da palmaditas y ruedo los ojos—. *Llevaré palomitas.*

—No seas cabrona. Maite necesita nuestro apoyo.

—*Tu madre lleva meses ocultando que sale con Paco* —me recuerda Aitana—. *Usa eso en su contra.*

—Me lo ha negado todas las veces que se lo he dicho.

—*Primo, te quiero, pero eres un pardillo.* —Estoy seguro de que ha rodado los ojos mientras lo decía—. *Hazle una encerrona. Además, Paco estará ese día, como cada año. Estaría feo que lo negase en su cara.*

—No lo había pensado.

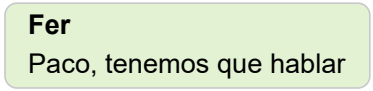
—*Pues claro que no, eres demasiado bueno para tu propio bien, Fer.* —Suspira—. *En fin, te dejo reflexionando mis palabras, voy a cenar.*

—Adiós, primita.

Cuando cuelga y el silencio me envuelve de nuevo, pienso en lo que ha dicho. No quiero hacerle una encerrona a mi madre, pero, por otro lado, sacarle el tema de Paco con él delante puede hacer que deje de ocultarnos que están juntos y eso aplaque un poco el disgusto que se va a llevar cuando se entere de que Maite y César han vuelto. Llevó muy mal su ruptura, sobre todo por cómo se produjo. En realidad, todos lo llevamos mal. César era uno más de la familia y confiábamos en él plenamente. Fue muy duro para todos, y aún más ver a Maite tan hecha polvo. Al menos ahora está más feliz; lo que dure ya es todo un misterio. A veces, cuando la miro, solo pienso: «¿Cuándo volverá a romperse?». Esta situación es una mierda.

Cuando llego a casa sigo dándole vueltas a cómo ayudarla para que el día de Navidad no sea un completo desastre. Puedo hablar con Paco, quedar con él y enfrentarlo, quizá él sí sea sincero. Sin embargo, por otro lado, el mejor amigo de mi padre no tiene la culpa de que mi madre no nos lo quiera contar. ¿Es posible que piense que está traicionando a nuestro padre? Pero murió hace siete años, tiene derecho a rehacer su vida y, sobre todo, a ser feliz con otro hombre, si es lo que ella quiere. Es cruel por mi parte hacerles una encerrona, pero no quiero que Maite pase un mal día, cuando no es la única que oculta cosas. A ver, realmente lo pasará de pena, aun así, puede ser menos malo, ¿no? Que todo salga a la luz ese día, en plan bombazo. Sigue siendo cruel.

Y con ese dilema, me meto en la cama, pero la indecisión no me deja dormir, así que, impulsado por las palabras de Aitana, escribo un mensaje:



19

Juanma

Maite
Ya he tomado una decisión: César volverá a casa

Me trago un suspiro cuando leo el mensaje de mi hermana. Quiero apoyarla, tanto como quiero que esta reconciliación salga bien, pero soy incapaz de olvidar el verano de mierda que ha pasado por culpa del hombre al que quise como a un hermano. Puede que Maite lo haya perdonado, sin embargo, yo no lo he hecho. Y no sé si seré capaz de hacerlo alguna vez. Soy una persona confiada, creo que todo el mundo es bueno hasta que se demuestra lo contrario, pero cuando cruzas esa línea, es imposible reparar lo que has roto, al menos para mí. Óscar lo comparó con romper un jarrón, por mucho que pegues los trozos, no volverá a ser el mismo. Así es como siento que son las relaciones para mí. Lo he heredado de mi madre.

Mamá. Otra que sufrirá cuando se entere de esta reconciliación. Se ha pasado todo el verano poniendo de vuelta y media a César; aunque no la culpo, yo he hecho lo mismo. Por desgracia, sé que solo le durará ese día y, después, fingirá que todo está bien. Pondrá buena cara, sonreirá y hará ver que le parece bien aunque por dentro solo quiera prenderle fuego a todo. Por desgracia, la entiendo perfectamente. El día que me enteré de que Maite había perdonado a César, estaba tan frustrado que me fui al estudio y empecé a mezclar colores y estamparlos en un lienzo en blanco hasta que me quedé sin fuerzas. El resultado de eso es el regalo de Maite por Navidad, que lo interprete como quiera. Mi madre se pasará horas cocinando y llenando nuestras neveras de táperes, así es como lo gestiona ella. El recuerdo de los días posteriores a la ruptura de Fer y Bego viene a mi mente.

Llegué a la cocina antes que nadie, cosa rara en mí, pero no le di importancia, hasta que la figura de alguien sentado en la mesa me pegó un susto de muerte.

—¡Joder, mamá! ¿Qué haces aquí?

—Esa boca… —me regañó y me miró por primera vez desde que había entrado. Creo que si no hubiera hablado, ni se hubiera dado cuenta de que estaba a su lado—. Estaba tomándome un café.

—¿Y papá?

—Durmiendo.

Me serví otro café y me senté a su lado. Ninguno dijo nada durante un minuto entero.

Demasiado tiempo para mí.

—¿En qué piensas?

—Estoy armándome de paciencia para cuando Bego vuelva a pisar esta casa.

—Eso es imposible —repliqué y se rio. Fer había cortado con ella ese fin de semana, después de enterarse de que le había puesto los cuernos con la mitad de la universidad.

—Es una posibilidad, Juanma, los dos lo sabemos, aunque estemos disimulando que no. Sé que lo ves igual que yo. —Después de pensar sus palabras durante unos segundos, asentí—. Tu hermano es como vuestro padre, perdona y olvida. Y eso, por muy bonito que sea, le llevará a hacer estupideces, como volver con Bego si ella se lo pide. Y yo, como su madre, tendré que apoyarle en esa decisión. Me guste o no.

—Esa es una postura muy cobarde.

—No he dicho que no me vaya a quejar o a decirle cuatro verdades cuando pase. —Suspiró antes de continuar—: Lo que estoy diciendo es que, pasado ese momento, tendré que tragar y aceptar lo que Fer quiera. Porque eso es lo que se hace por los hijos, aceptar sus decisiones y comerte tus opiniones.

—¿Incluso cuando están cometiendo el peor error de sus vidas?

—¿De verdad crees que me escucharía? —Se rio sin humor—. Además, no podemos inmiscuirnos en las decisiones que tomen los demás sobre su vida y mucho menos en temas de relaciones. Nadie sabe lo que hay dentro de una pareja, solo ellos.

—No estoy de acuerdo.

—Lo entenderás algún día.

—¿El qué?

—Que a veces tenemos que callarnos lo que pensamos si no queremos apartar a esa persona de nuestra vida. Porque eso es lo que pasa cuando no estás de acuerdo con una decisión vital de alguien, que te distancias, incluso aunque no quieras.

Y lo entendí, aunque nunca quise hacerlo. Ojalá nunca hubiera tenido que hacerlo. Me he callado todas y cada una de las palabras que pensaba sobre la reconciliación de Maite y César, para no perder a mi hermana, tal y como le ha pasado a Cristo. A veces me da la impresión de que solo estamos cerca para recoger de nuevo los pedazos de su corazón roto. Porque si lo hizo una vez, lo volverá a hacer. Estoy seguro de ello. Yo nunca le hubiera dejado volver a mi vida, aunque admito que nunca he pasado por ello. Fer me confesó borracho hace años que si Bego le hubiera pedido perdón, la hubiera perdonado. Soy incapaz de entenderlo. Bueno, en realidad, sí lo entiendo, por la forma de ser de mi hermano mayor, pero es algo que yo jamás haría. Mamá tampoco.

Maite está preocupada por el día de Navidad, por cómo lo va a pasar ella, pero no ha pensado en cómo será para nuestra madre enterarse de esta reconciliación. Todos los martes, sin excepción, después de nuestra cena, me llama para preguntarme cómo está, cómo se encuentra y cómo la veo. Sé que también le pregunta a Fer, pero él no le va a decir la verdad tanto como yo. Y me jode no haberle podido contar que han vuelto, se merece saberlo. Sin embargo, y esto sí tengo que valorárselo a mi hermana, entiendo que no haya querido decírselo hasta estar segura de que iban en serio. El día de Navidad será una mierda para las dos mujeres más importantes de mi vida, y lo que peor llevo es que no puedo hacer nada por evitarlo.

—Vale, gracias. Si me entero de alguien se lo hago saber. Sí, gracias.

La conversación seria de Mar me saca de mis pensamientos. Ni siquiera me había percatado de que ya había salido del centro. Suspira y mira un momento al cielo antes de fijar la vista en

mí.

—¿Todo bien, nena?

—No mucho, la verdad. —Suspira—. He hablado con Lorena esta mañana. Le ha salido un trabajo en Cádiz y se va del piso.

—Lo siento. —La atraigo hacia mí y la abrazo—. ¿Cuándo?

—Este fin de semana.

—Joder, qué rápido.

—Estaba hablando con la gestoría que lleva el alquiler —me explica haciendo un puchero adorable—. Dice que el dueño le había comentado alguna vez que si se quedaba una habitación libre, metería a su sobrino.

—Entonces, ¿ya está solucionado? —dudo, porque no parece muy contenta con el cambio de compañero, cosa que puedo entender, claro.

—¡No! Lo conocí el día que firmé el alquiler, porque vino con el dueño. Es un niñato gilipollas que se cree más que nadie y un machista baboso de cuidado. Nos preguntó a Lorena y a mí si nos bañaríamos juntas, ya que solo hay un baño en el piso. No le vomité en la cara de milagro.

—¿Y su tío no tiene otro piso donde ubicar a tal regalo para la humanidad?

—Se ve que no —murmura—. El de la gestoría me ha dicho que si encuentro a alguien antes de comunicarle que Lorena se va, podría intentar convencer al dueño, aunque tampoco es algo seguro, y me ha dado hasta el viernes. Tendré que buscarme otro piso, es imposible encontrar a alguien en dos días.

—Podría echar a Óscar del mío, pero estaría feo —bromeo y la abrazo más fuerte—. Venga, te invito a cenar. Seguro que encontramos una solución.

* * *

Sin embargo, dos horas después y con el estómago lleno, seguimos sin encontrar una solución. No conocemos a nadie que busque piso o que quiera mudarse, y Mar está a punto de echarse a llorar cuando entramos en su casa. Para mi sorpresa, está Lorena. No me había cruzado con ella desde que se me insinuó cuando vine a colocar la puerta. Siempre me iba antes de que llegase.

—Hola. —Lorena le dedica una sonrisa pícara a Mar, pero la pobre no está por la labor de contestarle—. Siento el desorden, mi tío vendrá con la furgoneta el sábado por la mañana para llevarse todo y las cajas no caben en mi habitación.

—No te preocupes. —Mar le sonríe, pero no le llega a los ojos—. Estaremos en mi habitación.

—Por mí no os cortéis. —Lorena nos guiña un ojo y cuando entro en la habitación de Mar esbozo una mueca de asco.

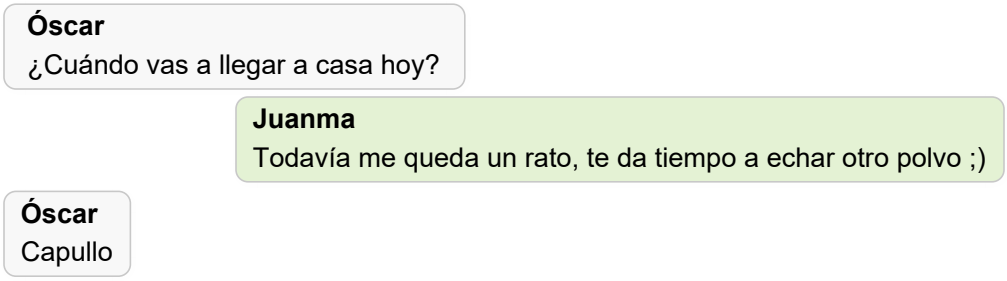
—Esa chica necesita un novio de forma urgente.

—Oh, tiene novio —me explica Mar—. Cuando me mudé aquí tuve que pedirle que, por favor, cerrasen la puerta y que chillasen un poco menos pasada la medianoche porque era imposible dormir. Es de las que les gusta decir guarradas a pleno pulmón.

—El día que vine a poner la puerta me la hubiera podido follar. —Me estremezco solo de pensarlo—. Estoy seguro de que si le hubiera propuesto un trío con Fer, habría aceptado.

—Tienen una relación abierta. —Se encoge de hombros—. O eso me dijo cuando le pregunté el día que intentó liarse con el pobre chaval pakistaní que le trae el butano a la vecina. Estoy segura de que se alegrará al saber que se muda. —Suspira—. Esto es una mierda.

La abrazo, pero me separo cuando me llega una notificación de mensaje y, al ver que es Óscar, entro a mirarlo:



Me río y niego con la cabeza. Porque por mucho que me haya insultado, me lo imagino con una sonrisa tonta en la cara, como cada vez que le llega una notificación de Cristo, por mucho que intente disimular. Sé que están disfrutando tanto como yo que no esté en casa. Justo en ese momento, caigo en la cuenta.

—Cristo busca piso.

—¿Ese quién es? ¿Es de fiar? No sé si me siento cómoda compartiendo piso con un tío, la verdad.

—¿Y si el tío fuera yo?

20



Está de coña. Tiene que estarlo. No puedo compartir piso con él. Porque no puedo, ¿verdad? Es decir, sería raro. Tenemos una relación informal. Nos conocemos desde hace un mes. «Tiempo suficiente para aprenderte cada parte de su cuerpo». Bueno, esta vez tengo que darle la razón a la voz de mi cabeza. Pero no es lo mismo. Aunque, por otro lado, los fines de semana que hemos compartido juntos han sido espectaculares. Y no tendría que irse después de follar. O sí, pero se iría a la habitación de al lado. «¿De verdad lo estás viendo como una posibilidad?». Sí, creo que sí.

—Puedes decir que no —bromea—. Te has quedado blanca.

—Es que apenas nos conocemos.

—Ya, perdona. Tienes razón. —Esboza una sonrisa culpable mientras se rasca la cabeza—. Es que mi mente ha ido más allá y no he pensado mucho la propuesta.

—Vaya, ¡qué cosas más bonitas me dices! —Finjo estar ofendida, pero ya me sabe cómo soy y que estoy bromeando. «Ya te conoce, nena. De aquí al matrimonio e hijos queda nada».

—No quería decir eso, quiero decir que no estaba pensando en nosotros, sino en mi hermano.

—Cada palabra que sueltas mejora la anterior. —Me río y bufa.

—Todos los días que he pasado aquí contigo, Óscar estaba con su *follamigo* en casa. Vale, voy a contarte algo que nadie sabe. —Se quita los tenis, se sienta en la cama y se apoya en el cabecero. Me insta a sentarme en su regazo, así que lo hago—. Mi hermano Óscar es gay.

—Eso ya lo sé —le interrumpo rodando los ojos—. Además, siento decirlo, pero no tiene nada de secreto, me lo contó Lucía antes de conocerte.

—Eso no es lo que nadie sabe. —Me aprieta la cintura para hacerme cosquillas—. Mi hermano supo que era gay gracias a Cristo, el mejor amigo de mi hermana.

—¿El que busca piso?

—Sí. No sé los detalles, porque es algo que nunca nos ha contado, pero los dos descubrieron que eran homosexuales a la vez. Desde entonces, se lían cuando están solteros. De hecho, ahora mismo están en mi piso juntos. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—¿Y nunca han sido pareja?

—Nadie sabe que Cristo es gay, ni siquiera mi hermana.

—Pero tú sí lo sabes —me mofo.

—Lo vi en su cara ese día. Jamás se lo he dicho a ninguno de los dos, pero ese día, estaban solos en el vestuario y, cuando salieron, supe que algo había cambiado. Dos días después, Óscar nos confesó que era gay.

—Pero ¿cuánto hace de eso? ¿Me estás diciendo que Cristo nunca ha salido del armario? E igualmente, ¿qué tiene que ver eso con vivir juntos?

—Si conocieras a la familia de Cristo, lo entenderías. Y Óscar supo que era gay con diecisiete; Cristo tenía dieciséis.

—¿Y llevan liándose desde entonces? ¿Cuánto hace de eso, once, doce años?

—Doce. —Sacude la cabeza—. Bueno, mi hermano ha tenido novios entre medio, pero sí, llevan desde entonces siendo *follamigos*.

—Y ahora que Cristo busca piso, quieres que se vaya a vivir con tu hermano para allanar el camino, ¿no? —deduzco, porque debe tener un sentido todo esto—. Y la única forma es irte tú del piso.

—Como te he dicho, ha sido un impulso al leer su mensaje, no lo he pensado mucho.

—¿Has considerado que igual tu hermano no quiere vivir con él? —me burlo. Es una idea muy loca. Casi tanto como él—. ¿O que Cristo no quiera vivir con tu hermano?

—No los has visto juntos. Son puro fuego, nena. Más que tú y yo. —Aprovecha para besarme y meter la mano por dentro del jersey—. Y eso que las veces que los he visto juntos ha sido con más gente y fingiendo que no son nada. Estoy seguro de que si ahora entrase en el piso lo tendría que hacer con un traje ignífugo.

—Exagerado.

—Quizá sea el empujón que necesitan. De hecho, no es un quizá, estoy seguro de ello.

—Y tú te mudarías aquí para conseguirlo —concluyo. Asiente y parece un niño al que le acaban de ofrecer un caramelo.

Me río y me quedo pensando un momento en su propuesta. Vivir con él es una locura, esa es una realidad, pero cada uno tendríamos nuestro propio cuarto. No se iría por las noches, ni tendría que negociar con mi nuevo compañero cuándo puede venir. No es un vago a la hora de hacer las cosas de la casa, aunque habría que dejar claro quién hace qué, las veces que ha estado aquí ha recogido la mesa o fregado los cacharros sin tener que pedírselo, ha salido de él incluso no estando en su casa. Me permitiría conocerlo más. «Y él a ti, nena».

Por otro lado, la única vez que viví con mi pareja, empezó a exigirme cosas por las que no estaba dispuesta a pasar. «Y ahí se terminará todo. Solo estás agilizando el proceso, porque pasará, tarde o temprano».

—Fer y Maite tienen habitaciones extra en sus casas —me explica, sacándome de mis pensamientos—. Si algún día necesitas espacio o ves que no funciona, puedo irme allí mientras buscas otra cosa o a otra persona.

—No me ayudas con tus argumentos lógicos —le reprocho y se ríe—. En realidad, no es mala opción. Aunque lo de ir sin prisa e irnos a vivir juntos es un poco incompatible, lo sabes, ¿verdad?

—Vamos a compartir piso, no a vivir juntos. —Pone una sonrisa burlona—. Aunque no descarto colarme en tu habitación por las noches.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro, nena. Yo no tengo prisa, Cristo no va a encontrar piso mañana.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Créeme, no va a pasar.

* * *

Al día siguiente, mientras me dirijo a la asociación y mi madre me llama, todavía no he tomado

una decisión sobre la propuesta de Juanma. Sin embargo, el tiempo se acaba y necesito a alguien o acabaré viviendo con el sobrino baboso del dueño hasta que encuentre otra cosa. Un estremecimiento me invade mientras descuelgo:

—Hola, mamá.

—*Hola, cariño. ¿Cómo estás?*

—He estado mejor.

—*El final de trimestre siempre es duro. Lo superarás, como cada año.*

—Gracias, aunque no es eso. O no solo eso. Lorena me dijo ayer que se iba del piso y tengo que buscar una nueva compañera.

—*Oh, cariño. Lo siento, sé que os llevabais bien.* —Mi madre entiende llevarse bien con no matarnos, así que supongo que sí, técnicamente nos llevamos bien—. *¿Te has planteado hablar con Jesús? Sigue viviendo en vuestra casa.*

—Mamá… —Mi tono es de advertencia, odio tener esta conversación—. Esa casa nunca fue mía. —Y es duro pensar eso, porque viví en ella mucho tiempo, pero no la consideraba mía ni siquiera entonces—. Era de sus abuelos, claro que sigue viviendo allí.

—*Dice que no la vende por los recuerdos que tiene en ella.* —Mentiroso. No la vende porque así no tiene que pagar casa.

—Problema suyo, no mío.

—*Ay, hija, cuando te pones así…* —Ruedo los ojos—. *Y ¿qué te han dicho en la gestoría?*

—Buscarán a alguien —miento, no pienso contarle mi drama particular. Es capaz de decirle a Jesús que alquile la habitación. Por suerte, mi ex era demasiado tacaño para ello—. Tendré que pagar el alquiler completo mientras tanto.

—Si necesitas algo, tu padre y yo podemos ayudarte. —Traducción: te dejaremos dinero, claro, pero pediremos muchas más cosas a cambio. No, gracias, prefiero vivir bajo un puente.

—Gracias, os lo diré si lo necesito. —Me va a crecer la nariz como a Pinocho.

—*Oh, ¿sabes quién se quería independizar? ¡Mari Cruz! Puedo comentárselo a tu tía…* —Mierda, ¿por qué le he contado a mi madre esto? No quiero vivir con mi prima. ¡Joder! No quiero vivir con nadie. «Tienes que compartir piso si quieres ahorrar». ¿En serio? «Tienes una buena opción y lo sabes, nena». Oh, joder, ya he tomado la decisión—. *Mar, ¿me estás escuchando?*

—Lo siento, mamá. Es que me ha entrado un mensaje. No le digas nada a la tita, ya tengo compañero de piso.

—*¿Compañero? Mar, no me siento cómoda con que vivas con un desconocido. ¿Te has planteado volver a casa? Tu habitación sigue intacta. Sabes que tu padre y yo estaríamos encantados con tu vuelta.*

Parece que lo de mentir viene de familia, aunque hoy he decidido sacarme un curso acelerado, porque me encuentro diciendo:

—No es un desconocido, es mi novio.

* * *

La carcajada de Juanma llena el coche y me cruzo de brazos mientras hago un puchero.

—No tiene gracia —me quejo.

—Claro que la tiene, nena, pero estás demasiado enfadada para verlo.

—Eso es porque tú no has tenido que lidiar con mi padre cabreado porque a mi madre se le ha caído el móvil en el fregadero y ha muerto.

—Tú no tienes la culpa de que le haya impactado tanto la noticia de que tengas novio. No lo podías saber.

—¡Pero es mentira! —vocifero. Me siento la peor hija del mundo.

—Eso es irrelevante.

—¿Qué voy a hacer? —Me cubro la cara con las manos. Soy lo peor.

—¿Comprarle un manos libres por Navidad? —bromea y juro que ahora mismo lo mataría, pese a la sonrisa que quiere formarse en mi boca.

—Eres lo peor.

—Entonces, menos mal que no soy tu novio —se burla. «No sale vivo del coche, lo prometo».

—¿Cómo se tomaría tu madre que le soltases que te vas a vivir con tu novia, una persona a la que no conoce de nada?

De repente, frena el coche y se gira para mirarme con una sonrisa de oreja a oreja que no augura nada bueno. «Oh, Dios mío, ¿qué he dicho?».

21



La cena de Nochebuena de este año la recordaremos como: «La cena con el elefante en la habitación». Esa es la forma con la que expresa Aitana la sensación de que hay un tema tabú que los presentes intentan disimular o ignorar pero que se sabe que existe. Hay algo en el aire que todos conocen que está pero nadie quiere sacar el tema. El nivel para evitarlo llegó a tal extremo que, nuestros tíos por parte de padre —con quienes cenamos siempre ese día— ni siquiera le preguntaron a Maite cómo estaba. De hecho, no me hubiera extrañado que tuvieran una lista de temas de los que no hablar. Nos llevamos bien con ellos, pero el hermano de mi padre era mucho más mayor que él y no tuvieron hijos, así que cada vez tenemos menos temas de los que hablar.

Aunque la prueba de fuego es hoy: el día de Navidad. Maite hará oficial que ha vuelto con César y que volverán a vivir juntos. Y Paco se declarará a mi madre. Con esto último aún estoy alucinando. El mejor amigo de mi padre interpretó mal mi mensaje y pensó que mi madre me lo había contado, así que llegó al café donde quedamos pidiendo perdón para, acto seguido, pedirme permiso para casarse con mi madre. Mi cara de perplejidad fue tan evidente que el pobre casi se va del local sin dejarme decir ni una palabra. Por suerte, lo frené a tiempo y hablamos largo y tendido de la situación.

Paco es como un tío para mí. Siempre ha estado en nuestra vida, era el mejor amigo de nuestro padre, trabajaban juntos y estaban muy unidos. De hecho, fue él quien me enseñó a usar el taladro y la radial. Nunca se casó, así que nos trataba casi como si fuéramos sus hijos y los cuatro lo queremos como parte de nuestra familia. Lo que no sabía hasta hace unos días era el motivo de su soltería: lleva enamorado de nuestra madre desde que la conoció, pero ella eligió a nuestro padre; así que se contentó con ser su amigo porque sabía que ella sería feliz con su mejor amigo. Sin embargo, desde que murió nuestro padre, se unieron más y, poco a poco, en mamá afloraron sentimientos hacia él. La cara de tonto enamorado que tenía mientras me lo contaba me dio hasta envidia. Mi madre será muy feliz a su lado.

Un saco de nervios llamado Maite se mete en el coche y me devuelve a la realidad. He pasado a buscarla para ir juntos a la casa de nuestra madre, donde pasaremos el día con mis tíos y primos. Unas navidades que creo que todos recordaremos.

—¿Cómo estás? —me intereso, porque no me ha dicho ni hola.

—No he dormido. Llevo un par de cafés en el cuerpo.

—¿Ni siquiera has comido?

—Tengo la garganta cerrada —admite—. He sido incapaz, y eso que César me ha traído ensaimadas.

—Todo irá bien —la tranquilizo y me fulmina con la mirada.

—Eso es mentira.

—Mamá lo entenderá… o acabará entendiéndolo.

—Lo dudo —murmura y gira la cabeza para mirar por la ventana. Supongo que la conversación ha terminado para ella.

Cuando llegamos a casa de mi madre, cargados con dos bandejas de comida, nos encontramos a Adri, Aitana y Óscar en la puerta y entramos todos juntos para toparnos con un torbellino al que llamamos madre yendo de arriba abajo sin parar. Nuestros primos interceptan a su madre para que se siente con ellos y Maite y yo, junto a nuestro tío, ayudamos a mi madre. En cuanto llega Juanma, tarde, como siempre, nos sentamos a comer.

Mentiría si dijera que es una comida tranquila. Maite tira una copa de vino en el mantel navideño que mi madre compró las primeras navidades de casada, Juanma está pendiente del móvil, Adri está más callado de lo normal y Paco no deja de mandarme mensajes para preguntarme cuándo puede venir. Para culminar la incomodidad del día, mi madre y mi tío no paran de insistirle a mi tía para que se mude a una casa de una sola planta, para evitar que esté todo el día subiendo y bajando escaleras. Tiene las rodillas fastidiadas desde hace tiempo, pero es muy cabezona y no quiere vender la casa donde crecieron sus hijos. En el momento en el que meto el dedo en la llaga y le digo a mi tía que, si la casa que compren requiere obra, haríamos todo lo posible para acabarla cuanto antes y sale corriendo a la cocina, le digo a Paco que ya puede venir. Esto ya no tiene arreglo, cuanto antes abramos la caja de Pandora, mejor.

Me escribe un último mensaje para decirme que está en la puerta y me empiezo a levantar para abrirle antes de que llame al timbre. Su sonrisa, pese a que tiene un toque de nerviosismo, es radiante. Sonrisa que se queda congelada al ver la cara de pánico de mi madre cuando ve las botellas de cava que lleva en la mano. La risa de Juanma, la cual intenta disimular con la servilleta, es lo único que rompe el silencio tenso que se ha generado. Eso y el sonido del timbre de nuevo. Esta vez es Maite la que se levanta a abrir y aparece medio minuto después con César de la mano, lo que transforma la cara de nuestra madre a una de perplejidad con un punto de dolor.

—Pasa, cuñado, y siéntate —rompo el silencio, pero no consigo que baje la tensión ni un ápice—. Paco, te hemos dejado un sitio al lado de mi madre. Imagino que es donde quieres sentarte, ¿no?

Mis palabras provocan que mi madre se ponga roja como un tomate, pero me da igual. Es absurdo que nos siga ocultando esta relación. Paco se sienta a su lado sin emitir ni una sola palabra ni mirarla. Mi tío nos observa curioso, esperando que alguien le dé una explicación de lo que está pasando, y mi tía mira a mi madre como si la viera por primera vez. El timbre vuelve a sonar y Juanma esboza una sonrisa de oreja a oreja. «¡Oh, no! ¿Qué ha hecho?».

—¡Ya estamos todos! —dice yendo a abrir.

Óscar me mira con la misma cara de confusión que yo. No tenía que venir nadie más, ¿no? Juanma entra al salón con una chica morena de la mano y una sonrisa que no augura nada bueno.

—Familia, os presento a Mar, mi novia. Por cierto, Óscar, mañana recogeré todas mis cosas de casa, nos vamos a vivir juntos.

Y el dique que estaba conteniendo toda la tensión, se rompe.

22

Juanma



El plan ha funcionado, aunque no contaba con que Fer tuviera otro as bajo la manga, así que nuestra madre está a punto del colapso mental desde que Paco ha hecho su aparición como si viniera a festejar la gran noticia de su noviazgo y no a tomar café el día de Navidad como hace cada año. Puede que se nos haya ido de las manos esto de ayudar a Maite y a mamá, solo espero que no acabemos en el hospital. Aunque no es la única que está impactada por la noticia: a Óscar se le ha caído el móvil al suelo, Maite y César tienen tan abiertos los ojos que parece que se les vayan a salir de sus órbitas y Fer está paralizado parpadeando como si le fuera la vida en ello. Por suerte, Aitana suelta una carcajada tan sonora que nos trae a todos de vuelta.

—¿Cómo que te vas a vivir con ella? —suelta Fer tan confuso como el resto. Pese a la pregunta, no hay reproche en su tono.

—¿Sin casaros?

—¡Mamá! —gritan Adri y Aitana a la vez. Mi tía en su línea, menos mal que avisé a Mar.

—¿Quieres hablar de ocultar cosas? —acusa Maite a nuestra madre, que le ha susurrado algo que no he alcanzado a escuchar—. ¿Sabes por qué está Paco aquí?

—Viene cada año. —Mis hermanos y yo rodamos los ojos ante su tono ofendido. Con lo fácil que hubiera sido si lo hubiera admitido hace meses, no estaría en esta situación. Aunque, por otro lado, se ha metido ella sola ahí y ya es mayorcita para salir del berenjenal en el que está.

—¡Basta ya, mamá! —le dice Fer—. Sabemos que estáis juntos.

—Eso no es verdad.

—Creo que lo mejor será que me vaya. —Paco se levanta, pero mi tío lo agarra del brazo y hace que vuelva a sentarse. El mejor amigo de mi padre es un buenazo, si a mí me insultasen de esa forma, nadie me impediría irme de aquí. ¿No ve mi madre que le hace daño con esas palabras? Si hubiera sabido que Fer iba a abrir la caja de Pandora, no habría traído a Mar, bastante tiene mi madre ahora mismo encima como para mentirle. Y eso sin pensar en la hipocresía que es que le pida la verdad y yo le mienta en la cara.

—Me parece que mis sobrinos no han acabado de hablar. —La voz de mi tío llena el salón, aunque sus ojos muestran una diversión que no se ve reflejada en el tono que ha usado—. Hermana mía, mientes fatal. Lo saben, admítelo de una vez, anda.

—Sí, vuestra madre y yo estamos juntos —confiesa Paco poniéndose en pie y Mar aprieta mi mano. Cuando me giro para mirarla, lejos de pensar que esto es una casa de locos, se está aguantando la risa—. Y no había sido tan feliz en mi vida. No os lo ha dicho antes porque yo se lo pedí. Sé que soy feo, pero aprecio mi cara tal y como es.

—No eres feo, cariño —dice mi madre levantándose para atraparle la cara entre sus manos. Bueno, vale, mi madre no lo ha hecho por ella, lo ha hecho por él; puedo concederle eso.

—¿En serio, Juani? —la acusa mi tía.

—Paco, puedes estar tranquilo, tu cara se va a quedar como está —añado mientras entro al salón, ahora que Fer ha dejado de estar congelado en la puerta, y me siento con Mar encima. Un plan es un plan, aunque el resto tenga otros—. Pero si quieres un arreglo siempre nos puedes llamar.

—Que Maite te agende, que vamos hasta arriba últimamente y parece que tenemos varias mudanzas que hacer —aporta Óscar recogiendo su móvil del suelo y mirándome con reproche. Podría haber hablado con él antes, pero, para ser justos, hasta ayer tarde no tuvimos la confirmación del propietario y Mar me pidió que fuera a su casa después de la cena de Nochebuena para aliviar tensiones. Mi hermano no era la prioridad en ese momento.

—Al menos por una vez no es de Fer —bromea Maite y parece que parte de la tensión se esfuma.

Aprovecha ese momento para disculparse con nuestra madre y poner todas las cartas encima de la mesa. A mamá le va a costar asimilarlo todo, sobre todo el no saber nada desde septiembre, pero hablaré con ella luego para tranquilizarla. Paco la abraza y la apoya en su pecho. Me alegro por él, nunca me lo ha contado, pero solo un ciego sería incapaz de ver que estaba loco por ella desde siempre. Y dice mucho de él que jamás intentase nada mientras nuestro padre estuvo vivo; incluso cuando tuvieron una crisis muy mala, Paco les ayudó a volver juntos. Es un gran hombre, se merece ser feliz con la mujer que ama. Nos observa a los cuatro, buscando nuestra aprobación, como si realmente tuviera miedo de nuestra reacción; bueno, hace bien, le quiero mucho, pero si le hace daño a mi madre es hombre muerto. Me da la impresión de que Fer asiente y a Paco le cambia la cara, como si acabase de tomar la decisión más importante de su vida. Se separa de mi madre, lo suficiente para poder arrodillarse delante de ella y cogerle la mano. El grito de sorpresa que se oye envuelve todo el salón. «¡No me jodas!».

—Sabes que llevo enamorado de ti desde que te conocí. Nunca podré sustituir a Fernando, ni lo pretendo, pero me harías el hombre más feliz del mundo si me concedieras estar a tu lado para cuidarte y amarte todo lo que me quede de vida. Juani, ¿quieres casarte conmigo?

Saca un anillo del bolsillo mientras mi madre llora desconsolada y asiente con fervor. Paco se levanta y se lo pone, para finalmente fundirse en un beso mientras el resto aplaudimos felices.

—Por favor, dime que puedo venir todos los años en Navidad a tu casa —me susurra Mar al oído—. O sea, me flipa. ¿Tú lo sabías?

—No —admito con una mueca—. Es cosa de Fer.

—Tu madre parece muy feliz, aunque él más.

—Vamos a felicitarlos.

Maite y mamá se abrazan mientras se susurran cosas al oído. Puede que nuestra madre acepte esta reconciliación antes de lo que esperaba.

—¿Tanto se notaba? —pregunta mi madre a las palabras de mi hermana, fueran cuales fueran.

—Mucho, mamá —añado apartando a Maite para abrazarla—. Pero mucho.

—¡Felicidades! —Casi ruedo los ojos ante la reacción de mi madre a la felicitación de Mar, que lejos de darle las gracias, se pone a evaluarla. Aunque, teniendo en cuenta que la he presentado como mi novia, tiene cierto sentido que lo haga. Siempre lo hace. Dice que es para probarlos, si se asustan, es que no son dignos de ser nuestras parejas. Sin embargo, no me preocupa, Mar puede con esto y mucho más, así que ni siquiera la avisé. En cuanto mi chica

ladea la cabeza, mi madre sonríe. Prueba superada.

—No sé si conoces la reputación de mis hijos. —Mar asiente divertida, Lucía la informó debidamente después de vernos fuera de la discoteca—. Cualquiera pensaría que ese afán por proteger a los que quieren viene de su padre, pero no es así, viene de mí. Hazle daño y te arrepentirás toda la vida.

—Lo tendré en cuenta —contesta Mar sosteniéndole la mirada. «¡Joder! Es que es perfecta».

—Me gusta —me dice mi madre mirándome para, acto seguido, girarse y abrazar a Mar, pillándola totalmente desprevenida—. Bienvenida a la familia.

—Gracias —murmura. César se acerca a hablar con mi madre y saco a Mar de la línea de fuego, por si acaso.

—Desde luego, hacía tiempo que no lo pasábamos tan bien en Navidad —se mofa Aitana y su padre se ríe—. Si alguien me pregunta por un organizador de eventos, lo mandaré a ver a los hermanos Rubio.

Le saco el dedo del medio y nos reímos. En ese instante, Fer aparece con las botellas de cava que había traído Paco y brindamos por todos los cambios que están por venir. Vuelvo a sentarme, aunque esta vez dejo que Mar use una silla, ya no hay necesidad de fingir que estamos ultraenamorados, después hablaré con mis hermanos y se lo contaré todo. En ese momento, me llega la conversación de Óscar con Maite, aunque no he escuchado la pregunta:

—Sí, estaba buscando compañero de piso ahora que parece que me quedo solo. —Me mira con reproche y me encojo de hombros. No tengo que olvidar que esto también lo hago por él.

—¿Y ya lo has encontrado? —se interesa Adri, y Óscar asiente mientras escribe un mensaje y guarda el móvil en el bolsillo.

—¿Nos vas a decir quién es? —se burla César.

—Cristo. —Reprimo una sonrisa triunfal y bebo de mi copa. Mar me mira con una expresión exactamente igual que la mía. Sí, el plan ha funcionado a la perfección.

23



He vuelto a casa dando un paseo, en parte para bajar todo lo comido y bebido hoy; en parte para asumir todo lo que ha pasado en casa. Mi madre se casa, la relación de Maite y César ya no es un secreto para nadie y Juanma y Óscar van a dejar de vivir juntos. Esto último aún me tiene en *shock*.

Pese a que acuso a Juanma de ser impulsivo, soy consciente de que suele pensar las cosas, aunque mucho menos de lo que lo hago yo, pero no por ello no lo hace. O eso quiero pensar. Me da igual que al salir nos haya explicado que van a compartir piso y que han fingido lo de la relación para que mi madre no atacase a Maite; conozco a mi hermano, se va a enamorar de esa chica hasta las trancas, eso si no lo está ya. Lo he visto claro en el mismo momento en el que Mar ni ha parpadeado ante la mirada de nuestra madre y Juanma la ha examinado con orgullo. Va a caer con todo el equipo y ella busca algo informal. A ver, que no quiere decir que ella no pueda enamorarse de él, ojalá sea así, pero, por desgracia, las cosas nunca salen como uno quiere.

Pero lo peor de todo es la sensación que tengo en el pecho y que me jode mucho: todos están avanzando menos yo. Sé reconocer la envidia, no voy a avergonzarme por ello, como también sé que la única forma de cambiar la situación es actuando, el problema es que no sé cómo hacerlo. Probé las aplicaciones de citas, pero no son para mí; me parece demasiado frío que la primera vez que veas a alguien sea en una cita, y la sensación de estar pasando un examen con cada cosa que dices me causa demasiado malestar. Lo de salir de fiesta tampoco me vale, básicamente porque no me gusta el ambiente, y si conozco a alguien así, lo más seguro es que a ella sí le guste, por lo que no seremos compatibles. Mi círculo de amistades no es tan grande, así que tengo pocas ocasiones para conocer gente nueva y, a esta edad, la gran mayoría están en pareja, así que tampoco me sirve de mucho. Además, la única chica que he conocido en el último año es Sofía que, pese a que me parece muy interesante y divertida y que podría ser una opción, vive en Granada, a cien kilómetros de aquí, por lo que tener una relación así es complicado, por no decir imposible. Suelto un gruñido frustrado, odio sentirme así.

—¡Joder! —Oigo un grito a mi lado y, al girarme, veo a Sofía con una mano en el corazón—. ¡Fer, qué susto me has dado!

Cuando me fijo en mi alrededor, me doy cuenta de que estoy en la puerta de su casa y que, por lo que deduzco, ella salía en ese momento. Estaba tan absorto que ni siquiera era consciente de dónde estaba. Parpadeo un par de veces, pero todo sigue igual. Cuando respira hondo y se endereza, reacciono.

—Perdona, no pretendía asustarte.

—Parece que se te da de vicio eso de ir atemorizando a todos los miembros de esta familia de noche —bromea, aunque sigue respirando de forma entrecortada—. Pensaba que eras un perro.

—¿Hubieras preferido que fuera un perro?

—¡Dios, no!

—¿Te dan miedo? —me burlo. Vale, no debería, pero ha sido gracioso cómo lo ha dicho.

—No, pero si estoy saliendo de casa y gruñen, pues me dan respeto. —Se cruza de brazos—. No todo el mundo tiene un cuerpo enorme, ¿sabes?

—¿Te gusta mi cuerpo? —Me apoyo en la pared y me cruzo de brazos, imitando su postura —. Si necesitas que te proteja o te escolte hasta el coche, puedo hacerlo.

—He dicho que tienes un cuerpo enorme, no que me guste —dice alzando la barbilla. Voy a fingir que no veo el rubor de sus mejillas, que le da un aire inocente adorable.

—*Auch*, ¡eso ha dolido!

—Te lo tienes bien merecido, ¡por listo! —bromea y nada queda de esa chica que me fulminó con la mirada el primer día.

—Te pareces a tu abuela. —Me río y su expresión se relaja—. Pensaba que se quedaría más días contigo en Granada.

—Me han cambiado un turno y me toca trabajar mañana por la tarde, así que la he traído. —Rueda los ojos—. Odia estar en mi piso. Dice que me muevo mucho al dormir y que la cocina es minúscula.

—Cualquier cocina lo es si la compara con la suya.

—¡Exacto! Se lo he dicho miles de veces, pero no me escucha. —Suelta un suspiro resignado, aunque parece más un resoplido, pero, acto seguido, sonríe. Una sonrisa tierna—. Tampoco puedo culparla, a mí tampoco me gusta salir de mi zona de confort.

—Se llama así por algo, no entiendo la manía de la gente de sacarte fuera de ella.

—¿Verdad? Opino igual. —Ladea la cabeza—. Es la primera vez que coincido con alguien. Parece que la sociedad te obligue a tener que salir de ella o eres raro.

—En mi caso no es la sociedad, son mi hermano Juanma o mi prima Aitana. —Niego con la cabeza—. Da igual las veces que les diga que no a algo, si quieren que lo haga, lo acabaré haciendo. Me guste o no.

—No se los presentes a mi abuela o dominarán el mundo.

—Acabará pasando, cuanto antes lo asumamos, mejor.

—Sabes que no tienes que hacer todo lo que mi abuela te diga, ¿verdad? —Se ríe—. En fin, debería irme o se hará tarde.

—¿Quieres un café antes? —suelto sin pensar, porque, si lo hago, no se lo diré. Quiero conocerla más, me apetece seguir hablando con ella. Y, por primera vez en mi vida, no he pensado en las consecuencias, solo he hablado.

—¿No tienes que madrugar mañana? —Mira el reloj—. Bueno, son las nueve, no es tan tarde.

—¿Eso es un sí? —Si nota el punto de esperanza que hay en mi tono, lo ignora.

—Pero solo si lo preparas tú —dice cerrando la verja de casa de su abuela y empezando a andar hacia la mía.

—No pensaba dejarte entrar en mi cocina.

—¿Ni siquiera si te lo pido? —bromea.

—Lo siento, no eres tu abuela. —Suelta una carcajada y, la verdad, es el mejor sonido del mundo. ¿Por qué no vive aquí? Sería mucho más fácil. Podría invitarla a tomar algo siempre que

quisiera, nos haríamos amigos y… quién sabe. No sé, tener una posibilidad, aunque yo no le guste.

—¿Abres? —pregunta delante de la verja, porque me he quedado embobado mirándola.

Carraspeo mientras aparto la vista de ella y abro. Una vez dentro, dejamos los abrigos en la percha y le indico que vaya al comedor mientras yo voy a la cocina a preparar el café.

—¿Prefieres otra cosa? Tengo refrescos. Te ofrecería un *whisky*, pero tienes que conducir. —Al ver que no contesta, me acerco a ver qué pasa y me la encuentro atónita observando la pared del comedor—. Lo pintó Juanma.

—Joder —murmura, porque he vuelto a asustarla, y se gira para mirarme—. Es precioso. Mi abuela no me ha dicho nada de esto.

—No lo sabe —admito—. Lo pintó hace un par de semanas, quería asegurarme de que estuviera perfecto antes.

—Es una pasada. Las rosas negras son mis favoritas. —Traza el contorno de una de ellas con la yema de los dedos y me estremezco, pese a que nos separan varios metros y no me está tocando a mí.

—Le di libertad a Juanma para que pintara lo que quisiera —le cuento—. Dice que es como yo.

—¿Oscuro y peligroso? —bromea con una sonrisa.

—No le pregunté. —Me encojo de hombros—. No hago preguntas cuya respuesta no quiero escuchar.

—Es una buena filosofía de vida. A mí me puede la incertidumbre.

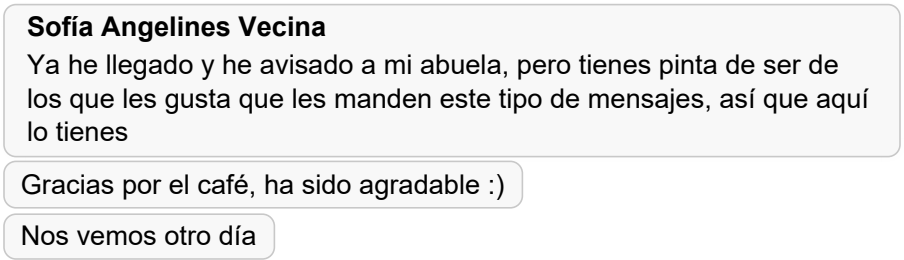
—Puedes preguntarle cuando lo conozcas, estoy seguro de que estará encantado de contarte por qué. —Aunque no sé si quiero que Sofía sepa algo tan personal, o sí. No estoy seguro—. ¿Café o prefieres otra cosa?

—Prefiero café.

—¿Con leche y azúcar? —Creo que interrumpo cuando lo va a añadir, pero no se molesta, solo sonríe y asiente.

Hablamos un poco más sobre su abuela y las cosas que ha pintado Juanma antes de que se vaya. La conversación fluye sin silencios incómodos, y solo dice de irse cuando se da cuenta de que son más de las diez de la noche.

Me he sentido muy a gusto con ella y me ha ayudado a quitarme la congoja que tenía antes de cruzarnos. No puedo evitar pensar que, si nos hubiéramos conocido en otra circunstancia, quizá podríamos ser algo más, pero tengo claro que es algo que no va a suceder. No viviendo en ciudades distintas. Aun así, no puedo obviar la sonrisa que se me forma cuando me manda un mensaje una hora después:



24



La capacidad de los hermanos Rubio para hacer mudanzas me ha dejado alucinada. Si les va mal en la construcción, deberían dedicarse a ello. En menos de doce horas han vaciado la habitación de Juanma y traído todas sus cosas aquí, como si solo tuviera un par de trastos y no un sinfín de cajas que ahora decoran el salón. Uno podría pensar que al condensar tu vida en una habitación en un piso compartido se tendrían menos pertenencias, pero esa es una de las grandes mentiras de la humanidad.

Suspiro mientras observo el techo y vuelvo a revisar que la puerta de mi habitación siga entreabierta. Juanma prometió que se colaría en ella, pero aquí llevo más de media hora esperando a que lo haga y nada. Al final tendré que ponerme el pijama y dormir. «¿Qué esperabas, nena, que fueras su prioridad?». Trato de ignorar a la voz de mi cabeza, aunque cada minuto que pasa le doy más la razón. Quizá se ha dormido después del trote de todo el día moviendo cajas. «O quizá no tenga ganas de ti, nena». Respiro hondo y me resigno. A la mierda, tengo sueño. Justo cuando me levanto para ponerme el pijama, me llega una notificación:

Juanma
¿No vas a venir a estrenar mi cama nueva?

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja y me dirijo a su habitación con ansia, aunque me freno justo en la puerta. Apoyo la espalda en el marco mientras observo cómo me come con la mirada desde su cama, donde está sentado y recostado en el cabecero.

—Joder, nena. ¿Por qué has tardado tanto? —se queja mientras se muerde el labio inferior—. ¿Cuánto tiempo llevas así vestida? Si es que a esa bata semitransparente se le puede considerar ropa.

—Me prometiste que te colarías en mi habitación. —Me encojo de hombros—. Solo estaba esperando a que lo hicieras.

—No volveré a cometer dicho error. —Esboza una sonrisa de medio lado y me indica con el dedo que me acerque—. Ven aquí, nena. Este colchón no va a estrenarse solo.

—¿Cómo se piden las cosas?

—Si no vienes ya, iré a por ti.

Muevo las caderas de forma exagerada mientras me dirijo al borde de la cama, andando lo más lenta posible, pese a que solo son cuatro pasos de distancia. Sacudo los hombros para dejar caer la bata de encaje que me cubría y suelta un jadeo cuando me subo a cuatro patas a la cama y voy gateando hasta él. No se mueve, espera impaciente a que llegue para cogerme la barbilla y

besarme desesperado. En cuanto sonrío, pierde toda la contención.

Me alza para tumbarme y me sigue alucinando que sea capaz de manejarme como si no pesase nada. Su peso no me molesta, aun así, se sostiene sobre sus codos para no chafarme. Cuando se harta de saquearme la boca, baja por mi cuello dejando un rastro de saliva allá por donde pasa. Se centra en mi tetas, las cuales mima, lame y succiona hasta que me deja sin aliento y, cuando creo que ya no puedo más, noto sus dientes en mi pezón a la vez que introduce dos dedos en mi interior. El jadeo me seca la garganta.

—¡Joder! Qué *sexy* eres, nena.

Sus palabras hacen que me humedezca más, y eso que nunca pensé que fuera posible. Siempre había tenido problemas de lubricación, pero desde que conocí a Juanma he descubierto que no era cosa mía. ¡Bendito hombre y bendita su labia!

Me folla fuerte con los dedos mientras me besa con la misma intensidad, hasta que nota que estoy a punto y tira de mi pezón con los dientes, lo que me provoca un orgasmo tan bestia que hasta me marea. Se coloca un condón y se introduce en mí sin dejarme recuperarme. Me alza una pierna para encontrar el punto exacto y empieza a embestirme sin prisa pero sin pausa, aumentando el ritmo con cada empuje. Noto un segundo orgasmo que se está formando o puede que fuera el anterior que no se quiere ir, da igual, en cuanto mis paredes se contraen, Juanma pierde el control y, dos segundos después, se corre apretando fuerte mis caderas para, acto seguido, caer sobre mí.

Cuando consigo volver a mover las manos, empiezo a acariciarle el pelo de forma suave. Lo lleva recogido, así que paso las yemas por su nuca y noto cómo se estremece. Me encanta la sensación de su cabeza en mi pecho mientras le doy mimos después de follarnos como si nos fuera la vida en ello.

—Joder, nena, me encanta vivir contigo. ¿Podemos quedarnos en la cama para siempre? —Alza la vista para mirarme con una sonrisa.

—Podemos, pero no deberíamos.

—Ese es un problema para el futuro. —Besa mi pecho y sé que en breve estará listo otra vez para mí—. Espero que no eches mucho de menos tu cama, porque esta noche duermes aquí, y ya veremos si te dejo salir mañana.

—No tengo planes hasta el viernes por la mañana que iré al campeonato de balonmano con mis fierecillas —le explico—. Hasta entonces, soy toda tuya.

—Joder, nena. Eres perfecta.

Y pese a que es una relación informal, no puedo evitar emocionarme cuando me dice esas cosas. «Solo lo dice porque está cachondo». Por suerte, Juanma vuelve a besarme y acalla la voz odiosa de mi cabeza.

* * *

Nunca pensé que diría esto, pero: necesitaba salir de la cama y dejar de follar un rato. Claro que nunca había hecho un maratón como el que me ha proporcionado Juanma desde que se mudó el martes. Llevamos desde ese día encerrados en su habitación; solo hemos salido para devorar la comida que nos traía algún repartidor y beber agua. Estoy segura de que tardaré unos días en poder andar bien, solo espero que no se note que tengo las piernas como si fueran de gelatina.

Juanma ha decidido acompañarme al campeonato de balonmano porque quiere ver lo que hago con mis fierecillas; y no sé si es porque mis niveles de dopamina están por las nubes, pero ahora mismo me abrazaría a él como un koala y no lo soltaría jamás. «Cambiará, pero podemos

dejarlo seco hasta que llegue ese día». Bueno, al menos a la voz de mi cabeza empieza a gustarle más Juanma, algo es algo. «Siempre me ha gustado, solo constataba un hecho. Querrá atarte en corto para tenerte a su merced, solo es cuestión de tiempo». Esas palabras me trasladan a algún momento de estos días atrás cuando Juanma sacó unas esposas y jugamos con ellas. Primero me dejó a mí atarlo, con la condición de que él tendría el doble de tiempo para hacer lo mismo. Estoy deseando volver a usarlas. Ese pensamiento hace que cierre las piernas y Juanma me observa de reojo.

—¿Todo bien? Si necesitas ir al baño, aguanta un poco. Estamos a un par de minutos del pabellón.

—Gracias.

No puedo decirle el motivo por el cual he reaccionado así, o sería capaz de colarse conmigo en el baño; necesito un descanso. Además, en cuanto entre en el pabellón, estaré en modo trabajo. No puedo desaparecer sin más, por muy tentador que parezca.

Aparcamos al lado de un coche nuevo y Juanma empieza a observarlo por dentro con curiosidad. Cuando parece que ya se lo sabe de memoria, sale de su ensoñamiento, me sonríe y me coge de la mano para ir juntos al interior del pabellón.

—Es el coche nuevo de Lucía —me informa—. Estaba mirando si me había hecho caso.

—¿Y lo ha hecho?

—Por supuesto. —Me guiña un ojo y me hace reír.

Lucía es la que ha movido todos los hilos para que pudiéramos venir hoy aquí. Mientras comemos, hablamos mucho de mi trabajo en la asociación y sus entrenamientos, tanto los que imparte como en los que participa. Así que, cuando empezó a organizar este campeonato de balonmano junto a Adri, el presidente del club, me propuso darles una clase gratis a mis fierecillas. Se alegraron un montón cuando se lo conté. La verdad es que estoy muy agradecida de que lo haya hecho, otra persona no hubiera pensado ni siquiera en la posibilidad, pero Lucía no es cualquier persona. Con un poco de suerte, nos invitarán cada año.

Justo cuando nos faltan unos metros para entrar al pabellón, nuestra amiga sale de las instalaciones con una sonrisa, pero por el rabillo del ojo veo que llegan Luna y otros trabajadores de la asociación con mis fierecillas y, disculpándome con ella en la distancia, voy hacia allí. Todos están emocionados por jugar por primera vez al balonmano, menos Jimena, que mira a todos lados como si el peligro pudiera llegar en cualquier momento. A veces desearía tener el poder de curar todas las cicatrices emocionales de los niños y niñas que tengo a mi alrededor. Por suerte, puedo pasar tiempo con ellos para aligerar su carga. Hay que ser un cabrón para querer hacerles daño, pero más aún si encima tienen una discapacidad intelectual. Sacudo la cabeza para apartar los malos pensamientos y pongo la mejor de mis sonrisas. Hemos venido a divertirnos.

Nos adentramos en el pabellón y las voces animadas de los que se encuentran dentro nos llenan de felicidad. Hemos quedado con Adri, que no solo es el presidente del club, también es muy amigo de Lucía y el primo de Juanma. Según me contó cuando concretamos los detalles, hoy iba a ser un día flojo, así que mis fierecillas podrían disfrutar del deporte sin gente frenética alrededor corriendo como un pollo sin cabeza. En cuanto me localiza, me saluda con una sonrisa, aunque no es ni de lejos tan radiante como la que tiene cuando viene los viernes a buscar a Lucía al colegio, pero «solo son amigos». Ajá. ¡Cuéntaselo a alguien que te crea, cariño!

Me saluda con un abrazo breve y llama a un par de adolescentes para que se acerquen, que van cargados con una bolsa de balones y varios conos. Parecen casi tan ilusionados como mis fierecillas, ya me caen bien.

—¡Bienvenidos! —saluda Adri a mis fierecillas cuando consigue que le presten atención—.

Estos son David y Hernán, os enseñarán todo lo que necesitáis saber para marcar un gol. ¿Estáis preparados?

Su entusiasmo me contagia y, al rato, me encuentro intentando marcar a Hernán, que se ha puesto de portero, aunque solo finge serlo y deja pasar muchos balones que podría parar sin problema. De repente, unos brazos me envuelven para cambiar mi postura y me dan un susto de muerte por la cercanía, hasta que me percato de que es Juanma.

—Voy a tener que darte clases particulares —me susurra y su risa ronca me eriza la piel—. Estás muy *sexy*.

—Estoy trabajando.

—No sé de qué hablas. Yo solo estoy modificando tu postura.

—Idiota —murmuro mientras intento disimular mi turbación por tenerlo cerca—. ¿Qué haces aquí abajo?

—Estaba con Lucía observando cómo te manejas y alucinando por lo espectacular que eres, hasta que me he dado cuenta de que os lo estáis pasando muy bien, pero balonmano, poco, la verdad.

—¡Oye! ¿Qué sabrás tú?

—Pues mucho, que jugué diez años —se burla y abro la boca sorprendida—. Pensé que Lucía te lo habría contado.

—La verdad es que no.

—No es importante. El caso es que David y Hernán parecen buenos chicos, pero están saturados y Lucía está ayudando a Adri. Así que he llamado a Fer y he pensado en echar una mano.

—¿En serio? —Estoy alucinando, sigo pensando que este hombre no es real. «Verás la hostia cuando te deje».

—¡Claro! Mira. —Señala a Jimena, que está con Fer, quien se ha agachado para estar a su altura, y le ofrece un balón rosa—. Lucía me ha explicado que solo quiere tocar cosas de color rosa, y me sonaba que teníamos un balón de ese color en casa de mi madre.

La niña se suelta de Luna, a la cual vive enganchada, y poco a poco se acerca a Fer. La verdad es que, pese a que es el más alto de los hermanos Rubio, es el que menos impone con esa sonrisa franca y ese aire de buena gente que tiene. Es la típica persona a la que le confiarías un secreto sin conocerlo, por muy peligroso que eso sea. Observo a Fer y es como si hiciera esto cada día: está quieto, sin forzar la situación y esperando a que sea Jimena quien dé el paso. La niña coge la pelota y la abraza para volver corriendo con Luna. Fer, lejos de ofenderse, le sonríe y le dice algo que no alcanzo a escuchar. Jimena asiente y este se posiciona a su lado y empieza a explicarle cómo lanzar el balón. La niña lo intenta, aunque no tiene fuerza para llegar a la portería, Fer le insta a seguir intentándolo. Cuando miro a mi alrededor, Juanma está con los niños más mayores del grupo, que se ríen a carcajadas de algo que ha dicho mi compañero de piso.

—Deberíais traerlos más. —La voz de Adri me sobresalta y doy un brinco—. Perdona.

—¿Qué decías?

—Que deberíais traerlos más.

—Se intentó hace tiempo, pero dijeron que no tenían hueco. O eso me han contado.

—Eso son chorradas. —Niega con la cabeza—. Tengo un hueco los miércoles por la tarde, una hora. Si os interesa.

—Pero yo no tengo ni idea de balonmano —me quejo.

—Tú no, pero mis primos sí. —Esboza una sonrisa de medio lado mientras observa a Juanma

y Fer con mis fierecillas—. ¿Te interesa?

—Me interesa.

25

Juanma



La vida es maravillosa…, nótese la ironía. Porque, si lo fuera, no estaría sentado en el asiento del copiloto de mi coche, de camino a comer en casa de los padres de Mar para pasar el día de Reyes juntos. Se suponía que esto era una relación informal, que solo fingiríamos durante unas horas el día de Navidad antes de revelar que todo era mentira, pero todo se fue a la mierda el día de Año Nuevo. A ver, que no ha sido culpa de Mar, ni tampoco mía, sino de la insistencia de su madre para que volviera con su exnovio. El tío debe de cagar oro, porque si no, no lo entiendo. Acepta que tu hija no quiere estar con él. Punto.

Al parecer, a la madre, el hecho de que se fuera a vivir conmigo, su novio, no le dio pistas suficientes para entender que Mar había olvidado a ese tal Jesús y lo invitó a comer con ellos el uno de enero. El tema de conversación de ese día: lo bonito que es dar una segunda oportunidad al amor —con él, claro, yo ahí no pintaba nada— y lo guapos que son los dos y los hijos aún más guapos que tendrían juntos —porque, claro, es de todos sabido que lo más importante en una relación es que los dos sean guapos, ajá—. Así que, en cuanto Mar llegó a casa y me lo explicó todo, le propuse que, fuera de casa, fingiéramos tener una relación formal, implicando familia y todo. Si con eso la dejan en paz, yo feliz. Tampoco es que me suponga mucho esfuerzo pasar tiempo con Mar.

—¿Estás seguro de que te parece bien? —Mar interrumpe mis pensamientos y me río—. No tienes por qué pasar por esto.

—Nena, es la quinta vez que me lo preguntas. Empiezo a pensar que a la que no le parece bien es a ti.

—No me gusta mentir —admite con una mueca—. Las mentiras tienen las patas muy cortas.

—No has contratado a un gigoló para que finja. Se lo has pedido a tu rollo informal con el que vives. Se podría decir que solo le has dado más importancia de la que tiene. No tienen por qué pillarnos.

—Yo no te pedí nada, fue idea tuya —me recuerda riendo—. Solo se te ocurren locuras, como lo del día de Navidad.

—En mi defensa, no sabía que Fer hablaría con Paco ni lo de la propuesta de matrimonio. Además, no está de más decir que la primera que me llamó novio fuiste tú cuando le dijiste a tu madre que ibas a vivir conmigo. Solo estamos siendo consecuentes con esa primera mentira.

—Tu capacidad para darle la vuelta a las cosas de forma que parezca que eres el bueno de la historia me alucina.

—Es un don —alardeo—. De todas formas, tu madre debería entender que no quieres volver

con tu ex, incluso aunque no tuvieras pareja. Así que, la primera culpable es ella. A grandes males, grandes remedios.

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad. Le puedes coger cariño a alguien, que fueron muchos años, pero ya está, ahí se acaba todo.

—Tampoco dice nada bueno de tu ex que se arrastre de esa manera, también te lo digo. Un poquito de amor propio, colega.

—Esa es la casa de mis padres. —Me la señala con la barbilla y se le oscurece la expresión —. Y ese es Jesús.

—¡Todos listos para la actuación final! —Mar se ríe de mi tontería, pero no rebaja la tensión de su cara ni un poquito.

Aparca frente a la casa y lo hace a la primera, pese a que está algo oxidada. Llevaba sin conducir desde que su exnovio decidió quedarse el coche que compartían, alegando que lo usaba más que ella, cosa que era mentira. Ella lo usaba entre semana, y él, sábados y domingos. «Cinco es mayor que dos, chaval». Maldito egoísta. Y, para completar la guinda del pastel al peor novio del lugar, si iban los dos, conducía él, siempre. Ni siquiera le preguntaba a Mar si quería hacerlo. Lo peor de todo es que ella no se dio cuenta de todas estas pequeñas cosas hasta que salió de la relación. No hay nada peor que la toxicidad disfrazada de costumbre. Ese es el motivo por el que le he dicho que conduzca ella hoy, es una muestra de poder. Sonrío de oreja a oreja cuando veo el ceño fruncido de su ex al verla salir del asiento del conductor.

—Hola, Mar —la saluda, ignorándome de forma descarada—. Estás preciosa hoy.

En eso le voy a dar la razón. De hecho, hemos llegado tarde porque cuando ha salido de la habitación con ese vestido rojo que le realza todas las curvas he decidido que el pasillo era un gran sitio para echar un polvo. Creo que era la única zona de la casa que aún era virgen, así que en realidad he matado dos pájaros de un tiro. Después de la media bronca por haberla despeinado y roto las medias, hemos conseguido salir de casa.

Mar evita a su exnovio pasando por detrás del coche y reuniéndose conmigo frente a mi puerta. Paso un brazo por sus hombros y ella me abraza la cintura. Ni siquiera me inmuto ante la mirada asesina de su ex. Que le den.

—Gracias. El vestido me lo regaló Juanma para Navidad —miente y lo hace con una naturalidad abrumadora. «Esa es mi chica»—. ¿Vienes a comer o a saludar?

—Tu madre me ha invitado a comer, me parecía feo rechazar la oferta. —Sé que no soy el más objetivo del lugar, pero este tío es gilipollas—. Por cierto, soy Jesús.

—Juanma. —Extiendo la mano para estrechársela. Justo cuando lo hace, añado—: El novio de Mar.

En un vano intento de sentirse superior, aprieta mi mano y, como no consigue nada, me estruja con todas sus fuerzas. Tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no rodar los ojos y llamarlo patético. Cuando ve que no va a conseguir nada, afloja su agarre y aprovecho para ejercer fuerza sobre su mano. Su mueca de dolor me provoca una sonrisa socarrona. Ni siquiera he apretado de verdad. Mar esconde su cara en mi pecho cuando Jesús se gira para entrar en la casa; cuando bajo la vista para observarla, está aguantándose la risa. «Es perfecta, joder».

En el último chequeo que me hice, mi médico no me evaluó tanto como los padres de Mar. En lo primero que se ha fijado su madre ha sido en mi pelo recogido en un moño que, por mucho que haya intentado disimular, no le ha gustado nada. He estado tentado de decirle que soy como Sansón y que mi pelo me da la fuerza para hacer feliz a su hija, pero creo que no se lo hubiera tomado bien. El padre ni siquiera ha tenido la decencia de fingir que no era de su agrado, en cuanto me he quitado la chaqueta, remangado la camisa y mis tatuajes han salido a la luz, me ha

tachado de delincuente en su mente. La única mueca de aceptación que ha mostrado ha sido cuando le he estrechado la mano y le ha gustado el apretón. Va a ser una comida muy muy incómoda, y mira que pensé que era imposible superar la Nochebuena en casa de mis tíos o la Navidad con todos los secretos desvelados.

Maite tiene una teoría: la forma de conquistar a una madre es alabando su comida, y la forma de hacerlo es repetir, pero solo un poco, para que no quedes como un glotón. Pues ni siquiera con eso he conseguido que la madre de Mar deje de fulminarme con la mirada. Venía preparado para el interrogatorio, incluso Mar y yo nos hemos puesto de acuerdo con algunas respuestas, por si acaso, pero no para la indiferencia. Me han ignorado toda la comida y solo han hablado con Jesús, ni siquiera hacían caso a Mar cuando intentaba introducirme en la conversación. El nivel ha sido tan alto que, cuando he ayudado a recoger la mesa junto a Mar y su madre, ni siquiera me ha contestado a la pregunta de dónde dejaba los platos. Alucinante.

—Bueno, debería irme —suelta Jesús y me muerdo la lengua para decirle que no tendría ni que haber venido. Se ha pasado toda la comida hablando de lo maravilloso que es e intentando recordar los momentos vividos con Mar, por suerte ella no le ha hecho caso. Como ve que nadie le contesta, ya que la madre se ha perdido en algún lugar de la cocina, sigue hablando mientras mira a Mar—: Te he traído un regalo.

El hecho de que Mar ni se inmute con ese acto, me dice que debe de ser algo recurrente. «Tío, en serio, ten un poco de amor propio. Ella no quiere estar contigo, aprende a soltar lo que ya no tienes». Le entrega una bolsa pequeña de Pandora y, cuando Mar saca la cajita que contiene y la abre, veo un *charm* con la letra J. ¡No me lo puedo creer! ¿Esto es en serio? ¿Dónde está la cámara oculta? Nadie puede ser tan patético.

—Gracias —murmura Mar, visiblemente asqueada.

—Es para la pulsera que te regalé el año pasado —le explica el gilipollas, como si fuera lerda o algo. O puede que sea una forma de intentar pasar por encima de mí, no lo tengo claro.

Si la conociera, sabría que Mar no es una chica de joyas. Las odia, le incomodan y nunca jamás lleva. Ni siquiera hoy que se ha vestido para gustarse a sí misma y se ha arreglado más de lo habitual. No hay más ciego que el que no quiere ver.

Mar empieza a jugar con la cajita, como si no supiera qué hacer con ella, así que decido intervenir:

—¿Te la guardo, nena? —Y me acerco fingiendo que voy a susurrarle al oído, pero hablo lo suficientemente alto para que me oigan todos—: Juanma también empieza por J.

—Gracias —contesta entregándome la caja y apretando los labios para no reírse.

Cuando me mira, decido besarla. No lo hago para provocar, o al menos no solo por eso. No le he dado ni un solo beso desde que hemos llegado. Sonríe sobre mis labios y es todo lo que necesito.

—En fin, me voy. —Ignoro a su ex, igual que lo ha hecho él durante toda la comida conmigo y, pese a sus palabras, no se mueve.

Tanto a Mar como a mí nos suena el móvil y lo sacamos para mirarlo. Nos reímos al ver una foto de Fer en el grupo que hemos creado para las mudanzas estos días, con dos silbatos de color rosa y un comentario que pone: «Ya tenemos la equipación para los entrenamientos».

—Sabéis que no podéis usarlos, ¿verdad?

—Claro, solo es una broma. A mi madre le encanta tener miles de regalos bajo el árbol como cuando éramos pequeños, así que desde hace un tiempo ponemos regalos chorras o cosas que tengamos en casa envueltas. Óscar abrirá en breve una caja llena de bolsitas de kétchup.

—El año que viene tenemos que ir —me insta con ojos esperanzados.

—Claro, cuando quieras, nena. —Vuelvo a besarla y, por un momento, me olvido de dónde estamos.

—¿No vas a venir el año que viene para Reyes? —nos interrumpe su madre—. Nunca has fallado.

—Tendré que turnarme con Juanma y su familia, ¿no crees?

—Pero es el único día que Jesús puede venir y que lo celebramos en casa.

—Más motivos para no venir —murmuro y Mar aprieta los labios para no reírse.

—Es de mala educación cuchichear en la mesa —escupe Jesús y la madre de Mar asiente.

—Más de mala educación es ignorar de forma evidente a una persona en su cara y no os he visto a ninguno de los tres escandalizados por ello —rebate Mar. Su padre es el único que muestra algo de arrepentimiento.

—Es que no me creo que tengas novio —admite su madre sin despeinarse—. Esto lo haces para hacernos daño. Mira las greñas que lleva y esos tatuajes. ¿Por qué nos castigas así?

—A lo mejor te sorprende lo que voy a decir —intervengo, porque Mar se ha quedado callada ante la acusación tan absurda y gratuita de su madre—, pero tu hija no piensa en vosotros cuando toma una decisión. Y, de hecho, no debería hacerlo nunca si no es algo que os afecte. Es una persona adulta, responsable y capaz de tomar una decisión por sí misma. Si soy buen o mal novio, será algo que deba evaluar ella, pese a mis greñas y tatuajes. Por suerte, tuvo un ejemplo de todo lo que no piensa tolerar justo enfrente —sentencio señalando a Jesús.

Justo en ese momento, los tíos de Mar llaman a la puerta y la conversación se queda ahí. Jesús aprovecha para largarse de una puta vez y la madre de Mar no vuelve a dirigirme la mirada. Sus tíos y primas no me ignoran, me hacen todas las preguntas que esperaba contestar hoy, incluso el padre de Mar se interesa por mi trabajo pasado el rato. Cuando salgo de la casa, tengo la sensación de haber perdido cinco años. Mar tampoco está mucho mejor que yo y me pide que conduzca de vuelta; trayecto que hacemos en silencio.

¿No puedes causar una buena impresión a tus suegros siendo amable? Insúltalos. Estoy seguro de que acabo de ganarme el premio al yerno del año, nótese la ironía.

26



Estoy guardando un par de sudaderas en mi bolsa de viaje cuando me suena el móvil que, al parecer, me he dejado en el comedor. Por suerte, es un mensaje y no una llamada de mi jefe para que haga alguna sustitución. Realmente necesito desconectar e irme a casa de mi abuela, aunque solo sean cuatro días. No he podido volver desde Navidad, y de eso hace ya dos meses. Me encanta mi trabajo, pese a que a veces me sienta desbordada o la gente piense que es peligroso, pero de vez en cuando lo único que quiero es tumbarme en el sofá de mi abuela mientras me acaricia el pelo y me atiborra de mi comida favorita porque estoy demasiado delgada para su gusto.

—Es tu novio Fer. —La voz cantarina de Magda se filtra por la puerta y niego con la cabeza mientras me río—. Deberías contestarle.

—¿Me das mi móvil, por favor?

Magda me lo entrega con una sonrisa burlona y la ignoro mientras cierro la foto de perfil del vecino de mi abuela que, evidentemente, no es mi pareja. Ni siquiera puedo decir que sea mi amigo, pese a que hemos estado hablando desde el día de Navidad. Aunque debo reconocer que la ropa de esquí le sienta muy bien.

—¿Qué se cuenta hoy?

—Están a punto de acabar la reforma del baño de abajo y me pregunta cuándo voy a llegar por si me esperan o no.

—¿Para darte un besito de bienvenida? —Da besos al aire y le doy un pequeño empujón para alejarla de mí.

—Vete a la mierda.

—¡Oye! No me culpes por ilusionarme porque hables con un hombre.

—Solo es el vecino de mi abuela —le reitero por enésima vez.

—«Solo». —Hace las comillas con las manos—. También es su inquilino, cosa que olvidas con demasiada frecuencia. Además, no hablas con otros vecinos ni con los otros inquilinos que tuvo. Admítelo: te gusta.

—Sí, me gusta. —Suspiro resignada mientras mueve las cejas—. Pero no como tú quieres que me guste. Se porta bien con mi abuela. La cuida y me informa si le pasa algo. Me da tranquilidad que esté cerca para no tener que estar pendiente todo el día. Y, algo mucho más importante: ha conseguido que mi abuela ceda para reformar el baño, que es el primer paso para que se instale en la planta de abajo y no tenga que andar subiendo y bajando escaleras todo el día.

—Lo siento, pero hasta que no me confirmes que la reforma está hecha, no pienso creerme que eso sea así. Llevas años insistiendo a tu abuela para que quite la bañera e instale una ducha, y ese hombre lo ha conseguido en menos de seis meses. —Se queda pensativa y esboza una sonrisa picarona—. Claro, que yo tampoco le negaría nada a ese bombón.

—¿Te quieres venir conmigo y te lo presento?

—¡Ni de coña! No tengo nada que hacer a tu lado. —Ruedo los ojos, porque eso no es verdad.

Somos tan diferentes que nunca hemos sido competencia la una de la otra. De hecho, estoy segura de que Magda es más del tipo de Fer que yo, con su largo pelo rubio, esos ojos tan expresivos y su sonrisa permanente en la boca. Cuando la conocí pensé que me daría un subidón de azúcar solo por tenerla cerca. Por suerte, no fue así.

—¿Segura?

—Todo tuyo. —Me guiña un ojo—. Pero si te das el gusto, quiero que me cuentes todos los detalles, porfi.

—No va a pasar nada. —Últimamente me siento como un disco rayado.

—Porque no quieres.

—¡Exacto! Por fin lo entiendes: no quiero. —Que no digo yo que no sería toda una experiencia acostarme con Fer, pero solo complicaría las cosas. Primero, porque es el inquilino de mi abuela, no alguien a quien no vaya a volver a ver. Y segundo, porque tiene pinta de ser de los que buscan algo más que sexo esporádico.

—No te creo. —Lo dice de una forma tan contundente y seria que es difícil rebatírselo—. O no te entiendo, no estoy segura. Llevas mucho tiempo sin salir con nadie, deberías darte un homenaje.

—Eso no te lo niego, pero no será con el vecino de mi abuela.

—¿Y con quién, si no? —suelta, exasperada—. Solo trabajas, Sofía. Eso no puede ser sano.

—Ha sido casualidad. Ya sabes que en invierno hay más bajas.

—¿Y todas las tienes que suplir tú? Tu jefe se aprovecha de que no tienes vida para explotarte.

—Me compensa con días libres.

—Que nunca coges —me recuerda y se le escapa un suspiro—. Mira, sé que le tienes cariño a los chicos y que no te importa estar con ellos más allá de tu horario oficial, pero tienes que priorizarte. No puedes seguir así.

Sé que tiene razón, es algo que hemos discutido mucho. Es una de las desventajas de vivir con una psicóloga, que a veces le sale la vena profesional. Además, sé que me lo dice por mi bien, porque es cierto: solo vivo para trabajar. Soy educadora social en un hogar tutelado para menores de edad, así que, cuando me llaman para sustituir a alguien que no puede ir, siempre digo que sí. Prefiero eso a que una persona desconocida se presente allí y los altere, es una realidad, pero no por ello deja de ser una realidad un tanto solitaria. Sin embargo, a mí me gusta así.

—Tengo que irme, quiero llegar antes de que se vayan.

—Está bien. —Su tono suena resignado, como siempre que hablamos de mi inexistente vida personal—. ¿Sabes qué? Antes de irte quiero que me prometas algo.

—Miedo me da —murmuro y se ríe.

—Ya que te has tomado la molestia de enlazar cuatro días libres para estar con tu abuela, quiero que salgas de tu zona de confort.

—Me gusta mi zona de confort. Se llama así por algo. —Sonrío al recordar que Fer me dijo

lo mismo en Navidad.

—Vale, pues lo diré de otra forma: quiero que amplíes tu zona de confort.

—Sorpréndeme. —La verdad es que siempre me quejo de que haga este tipo de cosas, pero, la mayoría de las veces, le hago caso. No suele ponerme retos muy complejos de cumplir. El último fue darle una oportunidad a Fer y no ha salido del todo mal. El chico es majo. Mucho.

—Ve a tomar algo, lo que sea, un café, una copa, con Fer y, si puede invitar a alguien más, mejor. Y no, en su casa no vale, tiene que ser fuera, en un lugar público.

—Eres consciente de que me paso el día rodeada de gente, ¿verdad? Soy una persona social.

—No, eres trabajadora social, pero socializar, lo haces entre poco y nada si no es por obligación. Parece que el chico es de tu confianza, así que, espabila e invítale a un café.

—Lo va a malinterpretar —me quejo. Lo último que quiero es que se haga ilusiones y tener que romperlas; odio hacer sentir mal a alguien, incluso aunque no me guste la gente.

—Lo sé. —Esboza una sonrisa burlona y la fulmino con la mirada—. Es broma, dile que es para agradecerle que haya convencido a tu abuela. Lo tienes fácil. Venga, no seas cobarde.

—No prometo nada.

—¡Esa es mi chica!

* * *

Cuando llego a casa de mi abuela, no la encuentro por ningún lado, así que supongo que ha salido a comprar. Es algo que me cuesta entender, jamás habría salido de casa si hubiera alguien trabajando en ella, pero supongo que Fer no es un simple trabajador al que ha contratado, sino alguien de confianza. La verdad es que cuando me contó que había conseguido convencer a mi abuela para reformar el baño, no le creí. De hecho, estaba tan alucinado él también que, en lugar de enviarme un mensaje, me llamó. Me explicó que, nada más pronunciar mi abuela las palabras «Está bien, hazlo», agendó la reforma para la siguiente semana, para no darle tiempo a arrepentirse. Solo espero que eso no le ocasionara problemas con sus hermanos.

La conversación entre Fer y alguien más se filtra por el pasillo que da al baño y me quedo paralizada al darme cuenta de que hablan sobre mí:

—Deja de mirar el móvil, te ha dicho que salía hace una hora, estará al llegar.

—No estaba mirando eso —suelta Fer y parece molesto.

—Vale, vamos a fingir que no te mueres de ganas por ver a la nieta de la vecina.

—Solo me preocupo por que llegue bien.

—Ajá. Cuéntaselo a otro que se lo crea.

—La próxima vez me traeré a Juanma. —El tono de Fer es cortante y me sorprende, suele ser mucho más calmado.

—Eso no te lo crees ni tú —se mofa el que deduzco que es su otro hermano. No recuerdo cómo se llamaba. Los dos se ríen.

—Solo es una amiga, nada más —le aclara Fer.

—Voy a aparentar que te creo, porque realmente te veo mejor de ánimo desde Navidad. —¿Ha tenido problemas? La verdad es que el día de Navidad, cuando nos cruzamos, no tenía buen aspecto, pero lo achaqué al atracón de comer que nos damos todos ese día. Aunque, por otro lado, no nos conocemos casi y no tiene pinta de ser de los que van aireando sus problemas por ahí, así que no tendría por qué haberme enterado.

—Lo estoy. Hablé con Aitana del tema y me está ayudando a salir del bache.

—¿Ayudándote a salir o empujándote hasta que estés fuera?

—¿Acaso importa? —Los dos hermanos se ríen, lo que me provoca una sonrisa.

—Estoy aquí para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad? Sé que han sido dos meses un poco locos, pero solo tienes que descolgar el teléfono y allí estaré.

—Lo sé, no te preocupes. ¿Qué tal la convivencia con Cristo?

—Mejor desde que Juanma intervino. La verdad es que…

—Es de mala educación escuchar conversaciones a escondidas. —Me tapo la boca para no gritar a causa del susto que me acaba de dar mi abuela al susurrarme al oído—. Yo te he criado mejor que esto.

—No estaba cotilleando —miento y mi abuela alza una ceja, aunque la ignoro—. ¿Dónde estabas?

—He ido a comprar pan. Los he invitado a quedarse a comer.

—¡Genial! —Magda se tendrá que conformar con esto: una comida con una persona que no conozco de nada—. Voy a poner la mesa.

—Primero ve a saludar —me exige mi abuela, y juro que, cuando usa ese tono, vuelvo a tener diez años. Lo odio.

—Hola. —Me asomo por la puerta y Fer me regala una sonrisa de oreja a oreja, muy distinta a la expresión de su hermano, que es de sorpresa total.

—Hola, Sofía. Justo acabamos de terminar.

Observo el baño y la verdad es que tengo que reconocer que Fer tenía razón: era mejor cambiarlo todo. Una de las primeras opciones que puse sobre la mesa era limitarnos a cambiar solo la bañera por un plato de ducha, pero Fer me convenció para tirar todo abajo y eliminar todas las barreras arquitectónicas del baño. Ha quedado espectacular.

—Es una pasada.

—Gracias. —Fer parece avergonzado por el cumplido, aunque lo intenta disimular—. Por cierto, él es Óscar, mi hermano pequeño.

—Encantada. —Asiento con la cabeza y me devuelve el gesto—. Mi abuela me ha dicho que os quedáis a comer.

—Sí, pero no podemos entretenernos mucho, luego tengo entrenamiento —me explica Fer saliendo conmigo hacia la cocina, seguido de su hermano.

—No sabía que practicases ningún deporte. ¿No tienes bastante con la obra? —bromeo y Óscar se ríe.

—No lo hago, soy el entrenador. Estoy enseñando a unos niños y niñas con discapacidad intelectual a jugar a balonmano. —Me giro para mirarlo estupefacta—. Juanma entrena conmigo, pero está con fiebre en casa y le hemos prohibido salir. ¿Quieres venir?

Bueno, Magda no podrá decir que no salgo de mi zona de confort.

27



Suelo imaginar muchos escenarios en mi cabeza, sobre todo catastróficos. Es uno de mis grandes defectos, que a veces vivo de los «Y si…» en lugar de actuar y ver qué pasa. Aunque a veces también son deseos de lo que me gustaría vivir, pero nunca ocurre. Sin embargo, ni en un millón de años se me habría pasado por la cabeza que esta tarde estaría en el coche de Sofía, sentado en el asiento del copiloto camino al entrenamiento. No he podido evitar invitarla después de ver su cara de sorpresa —con un punto de curiosidad— en cuanto le he comentado que ahora soy entrenador. Ella ha ido directa a su coche y, cuando pensaba que iríamos cada uno con el nuestro, me ha preguntado si no me iba a dignar a subir. Debo decir que el todoterreno que tiene me parece una pasada, Juanma babeará en cuanto lo vea.

La verdad es que me encanta entrenar a niños, pero han pasado dos meses y aún me cuesta creer que lo esté haciendo. Cuando Adri nos lo propuso, fui reacio a aceptar: primero, porque hace muchos años que no juego al balonmano. Segundo, porque no tengo el título de entrenador, aunque esto fue algo que Adri ignoró. Y tercero, y más importante, no sabía si sería capaz de tratar con niños y niñas con discapacidad intelectual. No porque los vaya a tratar mal, claro, sino porque creo que se necesita una sensibilidad especial, como tiene Mar, y no pensé que yo la tendría. Además, no contaba con que Juanma aceptase. Me equivoqué en todo.

Juanma aceptó al momento, motivado por la ilusión de los niños a los que estaba enseñando en ese instante, y me vi arrastrado a hacerlo aunque no quisiera, como siempre que estoy cerca de mi hermano y nos proponen un plan. Aunque, por una vez, estoy feliz de haber dicho que sí. Esos niños y niñas me llenan de alegría e ilusión cada vez que estoy cerca de ellos.

—Vale, necesito preguntarlo. —Sofía rompe el silencio cómodo que nos envolvía desde que nos hemos subido al coche—. ¿Cómo acaba un obrero de la construcción entrenando a unos niños y niñas con discapacidad intelectual? Y que conste que no es una crítica, es curiosidad verdadera.

—Porque no sé decir que no a Juanma. —Se ríe ante mi respuesta y me insta a continuar—: En las vacaciones de navidad, Adri, nuestro primo y presidente del club de balonmano de Baza, organizó un campeonato de tres días para todos los equipos. En realidad son cuatro días, pero el último es más ir a pasar el rato porque todos los partidos ya se han jugado. El caso es que la pareja de Adri, Lucía, trabaja con Mar, la pareja de Juanma.

—Vale, espera —me interrumpe—. Necesito quedarme con los nombres. Adri, primo. Lucía, prima política. Juanma, hermano con fiebre. Mar, cuñada. Lo tengo.

—Lucía también es la mejor amiga de Maite, mi hermana pequeña.

—Así todo queda en familia —se burla—. Lucía, prima política, mejor amiga de Maite y compañera de trabajo de Mar. ¿Algo más?

—Sí, entrenadora y jugadora de balonmano.

—¡Lo tiene todo la chica! —Se ríe—. Venga, dejo de bromear. Sigue, por favor.

—El caso es que Lucía le habló a Mar del campeonato. Mar, además de maestra de educación especial en la misma escuela que Lucía, es voluntaria en la asociación para niños y niñas con discapacidad de aquí de Baza. Por las tardes va al centro que tienen y trabaja con ellos, sobre todo temas de psicomotricidad. Las dos pensaron que era buena idea que se acercasen el último día del campeonato, cuando no había tanta gente, y enseñar a los niños y niñas a jugar al balonmano. Juanma acompañó a Mar ese día, quería conocer de primera mano lo que hacía para la asociación.

—¿En plan controlador o bonito? —Se me escapa una risa ante la pregunta, porque cualquiera que conociera a Juanma sabría que la primera opción está descartada.

—En plan bonito, y un poco cotilla también, para qué negarlo. Se conocieron un mes antes de eso, en realidad, pero Juanma es de esas personas que te acompañan en tus pasiones, aunque a él no le gusten. Y a Mar le encanta su trabajo en la asociación.

—Parece un buen tío.

—La verdad es que sí. Juanma es un trozo de pan, pero negaré haber dicho eso.

—Tu secreto está a salvo conmigo —promete mientras me guiña un ojo.

—Bueno, sigo. El caso es que Juanma me llamó al rato de estar allí para que le llevase un balón rosa que teníamos en casa de nuestra madre. —Su cara de curiosidad es muy bonita—. Estaba con Lucía en las gradas observando a los dos adolescentes que estaban con los trabajadores de la asociación enseñando a los niños a lanzar cuando se dio cuenta de que una niña no quería hacer nada. Lucía le contó que solo toca cosas que son de color rosa.

—Por eso te has puesto esa camiseta rosa —deduce y se entristece—. Tiene pinta de tener un gran trauma.

—Sí, eso nos ha dicho Luna, la directora de la asociación, aunque no nos ha dado detalles, por razones obvias. De hecho, está bastante alucinada porque confíe en nosotros. No le gustan los desconocidos.

—Pobrecilla.

—La verdad es que sí. —Suspiro—. Total, me presenté allí con el balón rosa y le estuve explicando a Jimena cómo lanzarlo. Al vernos con los niños y niñas, mi primo nos preguntó si queríamos entrenarlos una vez a la semana, que tenía un hueco en la pista.

—Y Juanma aceptó —concluye por mí y asiento—. Sacándote de tu zona de confort.

—Más bien empujándome fuera —bromeo—. De todas formas, esta vez no pienso quejarme, lo estoy disfrutando más que ellos.

—Eso lo dudo.

—Tu abuela me contó que eres educadora social y que trabajas en un hogar tutelado. —Desde que tomamos café juntos y quedó claro que Sofía no me odiaba, Angelines se ha dedicado a explicarme mil cosas, pero quiero darle la oportunidad de que me dé los detalles por ella misma.

—Estoy totalmente segura de que mi abuela te habrá contado hasta la talla de mis bragas —suelta exasperada, y espero que no note el sonrojo que me ha provocado pensar en su ropa interior—. Perdona, no eres tú, es que no me gusta que explique mis cosas.

—También me comentó eso —digo con una sonrisa y al momento, añado—: Que no te gusta que me cuente cosas tuyas, no la talla de las bragas, claro. No tendría sentido que me hubiera

contado eso, y no me hubiera sentido cómodo tampoco. No es que no me interesen tus bragas, es que no creo que sea algo que deba hablarse. La ropa interior se llama así por un motivo. Tampoco me sentiría cómodo hablando de las bragas de tu abuela, ni de las mías. Bueno, yo no uso bragas.

—Fer, para, por favor —me pide mientras aprieta los labios para no reírse, y lo agradezco, porque no estoy seguro de lo que he dicho, me ha perturbado hablar de sus bragas—. Te había entendido. Es que no me gusta que explique mi trabajo.

—Si te sirve de consuelo, parecía muy orgullosa.

—¿Y también te ha dicho que odia que trabaje en Granada?

—¿No? —Me río cuando alza una ceja—. Lo que odia es tenerte lejos. Y, antes de que lo digas, también odia Granada, o el simple comentario de que ella se mude allí.

—¿Le has dicho a mi abuela que se mude a Granada? —pregunta estupefacta.

—Le dije que si tan poco le gustaba tenerte lejos, se podía ir a vivir a Granada más cerca de ti. No volveré a cometer el mismo error.

—Chico listo. —Suspira—. Aunque parece que a ti te hace más caso que a mí, has conseguido que reforme el baño.

—¿Sabes? Creo que solo aceptó para poder conocer a Juanma. Se la veía realmente decepcionada cuando le dije que mi hermano no pasaría por su casa por culpa del gripazo que ha pillado.

—Debemos retrasar ese momento lo máximo posible —bromea. Creo.

—Gira en esa calle, es allí —le indico y la conversación se centra en cómo llegar al pabellón.

Cuando salimos del coche, me fijo en nosotros dos juntos y tengo que apretar los labios para no reírme del contraste entre Sofía y yo. Mientras que yo voy vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta rosa de balonmano, ella lleva sus habituales pantalones de cuero negros, un jersey del mismo color y sus preciadas Martens que, según me contó su abuela, jamás se quita. Al entrar, va directa a las gradas, cosa que agradezco. No es que no me guste tenerla cerca, pero bastante nervioso estoy por tener que hacer esto solo como para que esté pegada a mí todo el rato. Además, no sé si a Jimena le haría mucha gracia.

Recojo el saco con los balones, en el que incluyo el rosa que Adri nos deja guardar aquí, y me preparo para el entrenamiento con algunos estiramientos. El primer día no los hice, ni al empezar, ni al acabar, pensando que no haría falta, y me desperté al día siguiente con tantas agujetas que no era capaz de moverme. Manda huevos que trabajando cada día en la obra no ejercite todos los músculos. Sofía no me quita ojo y reconozco que me sube el ego cuando la pillo y gira la cabeza para disimular. Mi madre dice que soy el más guapo de mis hermanos, pero tengo la teoría de que nos dice lo mismo a los tres. Da gusto cuando una chica atractiva se fija en ti, aunque solo sea porque no conoce a nadie más aquí.

Un golpe en el abdomen me saca de mis pensamientos y acaricio la cabeza de Jimena, que me abraza con fuerza.

—Hola, preciosa. ¿Tienes ganas de meter muchos goles?

—Mis tiros nunca llegan a la portería —se queja con un puchero.

—Llegarán, solo tienes que practicar más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Con ese comentario, se va feliz junto a Luna, que ya la espera. Como Mar no está hoy, ya que se está recuperando del gripazo que después contagió a Juanma, me toca a mí dirigir los estiramientos. Intento recordar cómo lo hace ella y Luna asiente cuando le dirijo una mirada

interrogante, lo que me da confianza para seguir. Una vez hemos acabado, empezamos a practicar los tiros a puerta. La verdad es que podría enseñarles más cosas de balonmano, pero solo quieren meter goles, así que quién soy yo para quitarles la ilusión. Cuando Mar y Juanma ya estén por aquí, los pondremos por parejas y tendrán que evitar el gol del compañero. Tengo muchas ganas de ponerles un reto, ya que algunos de ellos ya dominan a la perfección el arte de meter goles.

Como caído del cielo, aparece Hernán con una sonrisa. Ha venido más días a echarnos una mano y lo cierto es que nos viene muy bien. Además, los que están a punto de entrar en la adolescencia lo ven como un igual, así que le hacen más caso que a mí, porque Hernán es su amigo, yo, su entrenador. Los distribuyo entre los que ya dominan los goles para que vayan con Hernán y se ponga de portero, y los que aún les falta un poco de fuerza de tiro. Cuando quiero darme cuenta, faltan diez minutos para despejar la pista y los llamo para estirar un poco antes de acabar. En ese momento, Sofía baja de las gradas y se acerca a Juan, uno de los trabajadores de la asociación.

—¿Te has perdido? —bromea el chico, que la saluda levantando la mano, en lugar de dos besos, pese a que es evidente que se conocen.

—He venido a ver a mi abuela y Fer me ha engañado para acompañarlo. ¿Cómo vas?

—Como siempre, ya lo ves. Bueno, a diferencia de que seré padre en un par de meses.

—¡Oh, felicidades!

—Están buscando a alguien para sustituirme durante la baja, por si quieres volver.

—No, gracias, estoy muy feliz en Granada.

—Bueno, si cambias de opinión, me dices. —Juan le guiña un ojo y se va hacia la salida donde le están esperando para irse con los niños.

—Ni se te ocurra decírselo a mi abuela. —Me señala con el dedo—. Como sepa que puedo conseguir trabajo en Baza, no me dejará tranquila hasta que lo acepte.

—Mis labios están sellados —le prometo, pese a que su abuela no es la única a la que le gustaría que ella viviera aquí.

28

Juanma

—¡Chicos, no! —grito para interceptar el tercer empujón del día—. Tenéis que bloquear el tiro sin tocar al oponente. Cambiad de compañero.

Resoplo mientras me giro para que no vean mi frustración y Mar me regala una sonrisa comprensiva. Llevamos ya varias semanas intentando practicar la defensa, pero siguen sin entender que deben bloquear a su oponente sin empujarlo o pegarle. Hoy está siendo un día especialmente duro en ese sentido. Igual no fue tan buena idea empezar con la defensa tan pronto; sin embargo, si queremos que el juego les guste más allá de marcar goles, tenemos que darle algo más o se aburrirán. Observo a Fer en la otra portería mientras practica con los que aún no tienen fuerza suficiente para lanzar el balón a la zona de gol, que cada vez son menos, y estoy tentado de pedirle un relevo.

—No te desanimes —me susurra Mar mientras me acaricia la espalda—. Acaban de volver de las vacaciones de Semana Santa. Los cambios de rutina siempre les cuestan.

—Me siento como si tuviera que estar alerta para apagar un fuego a cada segundo. Es agotador.

—Un día cualquiera para mí —se mofa—. Te acabas acostumbrando. —La observo con intensidad y alza la barbilla—. ¿Qué?

—Nada, que a veces se me olvida lo extraordinaria que eres.

—Pues no deberías, nene. —Me da unas palmadas en el brazo antes de ir a salvar un conflicto antes de que empiece. Saber que esto es lo que vive cada día solo me hace admirarla más.

La alarma suena, indicando que el tiempo de entrenamiento se acaba, así que los ponemos a estirar antes de despedirnos hasta la semana que viene. Intercepto a Mar justo cuando va a salir por la puerta.

—Oye, nena, cuando acabe aquí me iré al estudio a quitarme la frustración de encima.

—Ah, vale. —Noto que está incómoda, aunque no estoy seguro del porqué.

—¿Te quieres venir o prefieres ir a casa?

—¿Quieres que vaya? —Se sorprende tanto que sus cejas casi se juntan con el pelo.

—¿Por qué no iba a querer…? —Dejo la pregunta a medias. Después de todo lo que me ha explicado de Jesús ya nada me sorprende; aunque estoy seguro de que obvió muchas cosas—. ¿Te paso a buscar por la asociación cuando acabes y vamos juntos?

—Vale. —Y me regala una sonrisa de oreja a oreja antes de salir por la puerta.

—Yo también quiero ir —se burla Fer y le hago una peineta, lo que provoca que se ría—.

Oye, tenemos que pensar en un regalo de boda para Maite. Quedan diez días.

—¿No íbamos a regalarles la luna de miel?

—Sí, pero Cristo ha puesto casi todo el dinero. Sigue sintiéndose culpable por todo lo que pasó. —Suspira—. El caso es que Óscar me comentó que podríamos regalarle algo nosotros tres, pero solo a ella. Es nuestra hermana pequeña y la primera en casarse. Se lo merece después de todo lo que ha pasado.

—Pensaré en algo —le prometo, y, por primera vez, pienso cumplirlo. Ambos sabemos que hacer regalos no es mi fuerte. Las ideas geniales suelen salir de Maite o de él.

—Aún no me creo que se casen —admite mientras acabamos de guardar todos los balones una vez recogidos—. Ha sido todo tan rápido, que no me ha dado tiempo a hacerme a la idea. Ni el que César no engañase a Maite voluntariamente, ni que todo se haya solucionado ya por fin y que vuelvan a ser la misma pareja feliz de antes.

—Yo aún no me puedo creer que la loca de Carmen Mari drogase a César. No sé cómo Cristo se contuvo para no matarla.

—Yo se lo pregunté. —Sonríe—. Dijo que estaba tan en *shock* por lo que estaba pasando que no pensó en nada más.

—Pues yo creo que es porque es menos impulsivo que nosotros y más racional —reconozco a regañadientes—. Te recuerdo que la grabó asumiendo el delito.

—Es posible, sí. Bueno, al menos ya está la denuncia puesta y más le vale no volver por aquí nunca más.

—Las denuncias —le recuerdo mientras salimos del pabellón—. El padre de César también la denunció por robar dinero de la empresa. Casi treinta mil euros que se ha agenciado por la cara la muy cabrona.

—Hay que estar muy mal de la cabeza. —Llega hasta su coche y me hace un gesto con la cabeza—. En fin, nos vemos mañana. He quedado con Aitana para cenar.

—Salúdala de mi parte.

Me meto en el coche y me dirijo al centro de la asociación donde aparco para esperar a Mar. Aprovecho el rato para buscar regalos de boda y regalos originales entre hermanos, pero, o yo estoy teniendo un mal día, que puede ser, o todo es una mierda. Lo que le demos ese día tiene que ser tan especial como ella. Estoy tan absorto que Mar me pega un susto de muerte cuando golpea el cristal, lo que provoca que el móvil salga volando y a ella le dé un ataque de risa.

—Te he pillado con la guardia baja —se mofa nada más entrar y se agacha a recoger el móvil que se ha caído a los pies del asiento del copiloto—. ¿Qué hacías tan concentrado?

—Buscaba un regalo para Maite para la boda —le explico arrancando el coche y saliendo del aparcamiento—. Queremos hacerle un regalo a ella los tres solos, pero todo es una mierda. Desbloquea y verás.

—¿Y el vestido o los complementos para ese día? —propone mientras hace lo que le digo y empieza a ojear las páginas que he estado mirando—. Esto no son cosas que regalaría un hermano, más bien un invitado.

—Exacto. Y sobre lo que proponías: el vestido se lo compró mi madre en su momento. Las joyas que llevará son las mismas que llevó nuestra madre en su boda, que le valen de antiguo y prestado. Y el algo azul se lo regaló Lucía, aunque no nos quiso decir qué era.

—¿No ibais a hacerle un regalo vosotros tres en la otra boda? —me pregunta mientras sigue buscando cosas con mi móvil.

—No, la luna de miel nos pareció suficiente. —Suspiro—. Piensa que nosotros poníamos casi todo el dinero, pero Cristo ha decidido pagarlo él.

—Se siente culpable. —Niega con la cabeza—. Además, es el cuñado de la novia y su mejor amigo, ¿qué esperabas?

—No lo llames así, que al final se nos escapará delante de alguien algún día —le advierto con una sonrisa.

Mi plan para que Óscar y Cristo vivieran juntos tuvo un fallo: Óscar. El muy idiota le dijo a Cristo que nada de sexo mientras fueran compañeros. Por suerte, la reconciliación de Maite y César les dio el empujón que necesitaban para dejar a un lado esa tontería y volver a liarse. La única pega es que siguen ocultándoselo al mundo. Van a necesitar otro empujón.

—Te ha llegado un mensaje de una tal Claudia —dice al poco, con un tono monótono que nunca le había escuchado.

—¿Qué dice?

—Que tiene muchas ganas de verte en la boda de Maite. ¿Quién es?

—Una amiga de Maite del instituto que ahora vive en Almería —le explico mientras la observo de reojo, aunque no hay reacción por su parte, ni siquiera cuando sigo hablando—: Nos hemos liado alguna vez, cuando venía a visitar a sus padres, hasta que se mudaron más cerca de ella. No había caído en que igual a esta boda sí podía venir, para la anterior estaba fuera. Ya te la presentaré, es muy maja.

—A ti todo el mundo te parece majo —bromea, pero no es como cualquier otra broma, hay un deje en su voz. ¿Celos?

—Oye, nena, tú y yo estamos juntos —le recuerdo entrelazando su mano con la mía cuando aparco justo enfrente del estudio—. No tienes nada de lo que preocuparte, lo sabes, ¿no?

—Tenemos una relación informal, Juanma —me contradice, pero cuando voy a replicar, sigue hablando—: No pasa nada. Solo tenemos que fingir fuera de casa que es algo más serio y, si me apuras, solo cuando vamos a casa de mis padres.

—Está bien —cedo a sus palabras, porque tiene razón, es el acuerdo al que llegamos. Aunque algo en mi interior se revuelve inquieto al pensar en quedar con otra persona. Quizá tendríamos que volver a reevaluar nuestra relación. Sin embargo, fue ella la que pidió ir despacio, así que respetaré sus tiempos si es lo que necesita—. ¿Lista para ver mi estudio?

—Me muero de ganas.

Cuando entramos, el olor a pintura me envuelve y todos mis problemas bajan de intensidad al momento. Me encanta estar aquí, si por mí fuera, viviría aquí. Le enseño a Mar todos los recovecos del local, incluida mi primera pintura, que es horrible, pero que me recuerda cómo empecé. La dejo que merodee por aquí ella sola, observándolo todo, y me doy cuenta de que hoy no voy a necesitar pintar. Su presencia aquí, poder enseñarle algo tan personal, unirme más a ella, me ha ayudado a quitarme toda la frustración de encima.

—Me encanta este —dice señalando un cuadro que hay en el suelo y me acerco para abrazarla por detrás para contemplarlo con ella. Mi sonrisa se ensancha aún más.

—Eres tú. —Me mira como si me hubiera vuelto loco y me río—. Es lo que pinté la semana que estuvimos separados, cuando no tenía forma de localizarte.

—Crees que… —Se aclara la garganta—. Podríamos… Me gustaría tener ese cuadro en casa. ¿Me lo puedo llevar?

—¿En serio? —Mi sorpresa ante su petición le provoca un punto de duda en la mirada, pero enseguida le aclaro que no es por eso—. Me encantaría tenerlo en casa, ¿dónde habías pensado colgarlo?

—¿Qué te parece en el comedor, en la pared de detrás de la mesa?

—Creo que puede quedar genial. O encima del sofá. —La beso en la cabeza—. No tenemos

que decidirlo ahora, podemos mirarlo al llegar.

Separo el cuadro para dejarlo cerca de la puerta y me siento en la mesa mientras Mar vuelve a la carga, observándolo absolutamente todo. Cuando la conocí, me pareció una mujer decidida que no se asustaba por nada, pero cuando nos fuimos a vivir juntos, poco a poco empezó a expresar sus deseos de forma extraña. Como si fuera a juzgarla por ello o como si yo tuviera que ser partícipe de sus decisiones en cuanto a ellos. Hablé con ella y me confesó que ni siquiera era consciente de ello, así que la animé a cambiarlo cuando se diera cuenta de que lo hacía o, si no se daba cuenta, yo se lo haría saber para que, poco a poco, pudiera expresar lo que quiere sin más. Estoy muy orgulloso de que lo haya conseguido.

—¿Esta es la famosa pistola de clavos? —grita desde un rincón y me acerco a ella—. La de tu padre.

—Sí. —Miro con cariño a la herramienta, pese a ser un objeto.

—¿Qué historia hay detrás de la pistola? —me ruega con los ojos llenos de curiosidad—. Lucía me advirtió que meterme con la pistola sería mi sentencia de muerte.

—¿Y por qué te ibas a meter con Pisti, a ver?

—¡No sabía que tuviera nombre!

—Es que a mis hermanos no les gusta —refunfuño—. Solo yo la llamo así.

—¿Es tuya o de los cuatro?

—De los cuatro, pero la guardo yo. A veces me es útil por aquí.

—¿Nunca la habéis usado para trabajar? —me pregunta extrañada.

—No —le aclaro—. No es una herramienta que suela usarse, y Paco y mi padre no le encontraban utilidad.

—¿Y por qué la comprasteis?

—Es que no la compramos, es un regalo. —Me río—. Un verano vino un chavalín a trabajar con mi padre. Era americano y pensó que regalarle una pistola de clavos era un superregalo, pese a que no la usaron en ningún momento de los tres meses que trabajó con ellos. Mi padre no quiso romperle el corazón y se lo agradeció como si le hubiera comprado una radial nueva. —Sonrío al recordar a mi padre y Mar me abraza para quedarse apoyada en mi pecho—. Ese día se le hizo tarde para volver a casa y, como había bebido alguna cerveza de más, volvió andando. Un gilipollas drogado hasta las cejas intentó atracarlo y mi padre actuó por puro instinto y le clavó la mano a la pared con la pistola. Llamó a la policía y, cuando llegaron, le explicaron que llevaban días buscándolo. Se ve que había atracado a varias personas más y a todas les había pegado un navajazo después de quitarles todo el dinero.

—Esa pistola le salvó la vida a tu padre.

—Por eso es tan especial para nosotros, y por eso siempre la llevamos a todos los sitios.

—Sigo pensando que la despedida de soltero de Paco no era lugar para llevarla —me acusa.

—Es posible, pero a él no le molestó.

—Os adora y os tiene miedo a partes iguales, no os hubiera dicho nada.

—En eso tienes razón. —Suspiro—. Supongo que cuando nazca el primer sobrino o sobrina, habrá que pasarle el legado.

—¿Sabes eso que estabas buscando en el coche…? —empieza a decir Mar y se me ilumina la cara. Sí, acabamos de encontrar el regalo perfecto para Maite.

29

Sofía



Que alguien me mate, por favor, y gracias. Acabo de llegar a casa de mi abuela después de un turno de noche y, en lugar de irme a dormir, me está haciendo vestirme para ir a misa. ¡A misa! ¡Un sábado! Qué mal me tuve que portar en otra vida para semejante tortura. Si consigo no dormirme en la iglesia, puedo darme con un canto en los dientes. A veces odio cómo es capaz de pasar por encima de lo que deseo para que haga lo que a ella le dé la real gana. Aunque, pensándolo bien, es la primera vez que no me deja descansar al llegar. Estaba tan cansada que ni he preguntado el porqué, solo he replicado hasta que he visto que era imposible ganar y me he venido a mi cuarto a ponerme el vestido que tengo aquí para este tipo de ocasiones. Descarto las Martens y me decanto por unas Converse todas negras, ya que hoy hace un día de primavera de esos en los que el sol calienta la piel y la chaqueta estorba hasta en la mano.

Alguien llama a la puerta y mi abuela me pide que vaya a abrir. La mandíbula me llega al suelo cuando me encuentro a Fer de espaldas, vestido con un traje azul claro a cuadros mientras juguetea con las llaves de su coche en la mano. Si no supiera que me pillaría, le haría una foto para las fantasías de Magda, porque Madre. Del. Amor. Hermoso, ¡qué hombre! Debería estar prohibido ser tan atractivo, y más si tenemos en cuenta que va con un traje azul claro a cuadros. Es decir, nunca pensé que ese color en un traje podría hacer atractivo a alguien. Estaba totalmente equivocada. Por suerte, me repongo de mi turbación antes de que se gire y se sorprenda tanto como yo al verlo.

—¡Hola! —me saluda con una sonrisa radiante—. No sabía que venías. ¿Estáis listas?

—¿Mi abuela ya te ha liado para ir a misa? —me burlo apoyándome en el quicio de la puerta —. No deberías ceder a sus deseos.

—No vamos a misa, vamos a la boda de mi hermana. ¿Tu abuela no te lo ha dicho?

—Perdona, ¿qué?

—Oh, Fer, ¡ya estás aquí! Tan puntual como siempre. ¿Nos vamos?

Mi abuela le regala una sonrisa mientras coge una chaqueta fina que enrolla en su brazo. La verdad es que va guapísima con ese conjunto de blusa blanca y falda negra, mucho más arreglada de lo habitual, «claro, porque nos vamos de boda».

—Podrías haberme dicho que íbamos a una boda; me habría traído algo más adecuado de ropa —me quejo—. Y habría cambiado el turno para venir descansada.

En realidad, lo habría cambiado para no tener que venir, pero eso no se lo digo. Sabe de sobra que no me gusta estar rodeada de gente, y mucho menos de gente a la que no conozco de nada.

—Solo vamos a la ceremonia —le resta importancia mientras cierra la puerta con llave, tal como le tengo dicho que haga. Antes la dejaba abierta sin más—. Fer nos ha invitado para que conozcamos a su familia.

—¿Ya sabes lo que haces? —Me giro para preguntarle a Fer y no me pasa desapercibido el repaso que me estaba dando. Imagino que le ha gustado lo que ha visto, a juzgar por el fuego en sus ojos antes de parpadear y mirarme con una sonrisa resignada.

—Las tiritas, mejor de golpe. —Se encoge de hombros—. ¿Vamos?

—A mí me dejáis detrás, que voy más cómoda —comenta mi abuela y me freno de golpe.

—¿Vamos a ir en coche? —Rezo para que no se note el pánico en mi voz.

—Si queremos llegar a tiempo, deberíamos —me informa Fer y me mira extrañado—. ¿Prefieres ir andando? Puedo acercar a tu abuela si quieres.

—¿Cómo se va a ir andando? No digas tonterías.

Mi abuela se va directa al coche de Fer. Sin embargo, él me observa, esperando que sea yo quien decida. Mi abuela no lo sabe, pero nunca jamás me subo en coches ajenos, ni en el de Magda, esté ella o no. De hecho, ni siquiera soy capaz de subirme a un taxi sin que me dé un ataque de ansiedad. Tardé más de un año en sacarme el carnet de conducir por ese mismo motivo, le tengo pánico a los coches. Con mucha paciencia, sobre todo hacia mí misma, y muchos cursos de conducción después, he conseguido ser capaz de llevar mi propio coche, ese en el que me gasté más de dos años de sueldo para reforzarlo en caso de accidente. Conduzco un tanque, básicamente.

—Creo que es mejor ir en tu coche —me propone Fer con un tono casual, aunque su mirada me indica que es consciente de mi turbación—. Así os podéis volver a vuestro aire y no tenéis que esperarme.

—Voy a por las llaves.

Es raro tener a mi abuela en los asientos traseros del todoterreno, por lo general, se sienta de copiloto mientras parlotea sin parar, claro que no solemos ir con más gente en el coche. Hoy está especialmente callada mientras sonríe y mira por la ventana. Por muy decidida que sea, estoy segura de que está nerviosa por conocer a la familia de Fer y causarles buena impresión. Suelto todo el aire cuando me detengo en un semáforo y Fer me sonríe.

—¿Cansada?

—Mucho. He venido directa desde el trabajo y no he podido dormir.

—No tenías por qué venir.

—Eso cuéntaselo a ella. —Señalo hacia atrás, donde mi abuela finge que no nos escucha—. Ni siquiera me ha dicho que era una boda.

—Vas preciosa, no te preocupes.

—Gracias —murmuro mientras dejo que un rubor me tiña las mejillas. Por lo general lucharía contra ello, pero estoy demasiado cansada. Cambio de tema a uno más seguro—: ¿Llevan mucho tiempo juntos los novios?

—Desde los dieciséis. —Su sonrisa se ensancha—. Fue amor a primera vista; están hechos el uno para el otro.

—Eso es muy bonito. No es habitual que las parejas duren tanto hoy en día —admito, y Fer asiente. Se remueve incómodo; por suerte, la entrada del garaje al lado de la iglesia aparece y propicia otro cambio de conversación—: Ya hemos llegado.

A medida que nos vamos acercando a la puerta de la iglesia, voy siendo consciente de dónde me ha metido mi abuela. Esto está lleno de gente con vestidos de colores variados y trajes mientras se saludan con abrazos y ríen con ganas. En estos momentos, la alternativa de ir solo a

misa me parece un placer en comparación. Puedo aguantar a las amigas de mi abuela durante un rato, sin embargo, el escrutinio de personas desconocidas me incomoda, así como la charla banal. No me gusta la gente.

Nos acercamos a un grupo con tres hombres que no pueden ser más diferentes entre ellos, lo único que tienen en común es que son casi tan altos como Fer. ¿Qué les daban de comer de pequeños? Los tres nos observan con curiosidad en sus ojos y una sonrisa, aunque no de la misma manera. Mientras que el chico del pelo corto y castaño tiene una sonrisa sincera y calmada, el rubio con el traje verde tiene una chispa de picardía en ella. El más grande, que viste con un traje azul marino y lleva el pelo recogido en un moño, tiene una sonrisa divertida mientras asiente con aprobación sin quitarme la vista de encima. Aunque me sorprendo al darme cuenta de que no me incomoda su escrutinio como en otras ocasiones. Definitivamente, necesito dormir.

—Buenos días —saluda Fer con un tono educado, como si no fueran sus familiares—. Os presento a mi vecina Angelines y su nieta, Sofía. Ellos son mi hermano Juanma, mi primo Adri y Cristo, el mejor amigo de mi hermana. —Vale, este último es el único al que no tenía controlado. Adri es el presidente del club de balonmano y Juanma el hermano hostigador.

—Encantada. —Tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no soltar una carcajada por el tono dulce que ha usado mi abuela—. Madre mía, qué buena familia tienes, Fer. Son todos guapísimos. ¿Verdad, cariño?

—Sí, abuela —contesto con el tono más monótono que puedo. Como muestre el más mínimo interés, mi abuela es capaz de organizarme una cita. «No, gracias».

Desconecto de la conversación cuando se ponen a hablar de gente que no está aquí, aunque mi abuela pone todo su empeño en saber quién es quién e interesarse de todos los cotilleos posibles. Adri, el primo, parece el más prudente; Cristo el más avispado y Juanma, bueno, tiene pinta de ser de esas personas con las que sonríes solo por tenerlas cerca. Ahora entiendo que Fer sea incapaz de decirle que no a algo. Son tan diferentes que nunca hubiera dicho que son hermanos. De golpe, toda la alegría se esfuma mientras nos envuelve un silencio incómodo y todos se miran como si el mismo Satanás se hubiera personificado en mitad del círculo que hemos formado.

30



—Hola, chicos.

—Hola, Felipe —saluda Cristo con un tono tan frío que hasta yo contengo la respiración.

—¿Quién se casa? Vais todos muy guapos.

—Mi hermana —escupe Juanma con tanto odio que le provoca un respingo a mi abuela. No parece la misma persona que hace unos minutos se estaba riendo a carcajadas por una broma absurda que ha soltado Fer.

—Oh. —El tipo se sorprende, aunque parece falso, y Cristo confirma mi sospecha al rodar los ojos—. ¿Con César?

—Sí; y te agradecería que te fueras, Felipe. Aquí no eres bienvenido. —Cristo le da la espalda y nos quedamos en silencio esperando que se largue. El tipo no debe de ser muy listo, porque incluso duda antes de desaparecer, como si no hubiera entendido la hostilidad con la que lo han recibido. En cuanto lo perdemos de vista, todos respiran.

—Vaya. —Mi abuela rompe el silencio—. Creí que tendría que ir a por la chaqueta al coche. Habéis bajado la temperatura varios grados. ¿Quién era ese chico? Lo habéis tratado como al mismo diablo.

—Al diablo le hubiéramos tratado mejor, se lo aseguro —bromea Cristo.

—Es el exmarido de mi hermana —nos saca de dudas Adri.

—O como a nosotros nos gusta llamarlo: el cabrón infiel con el que se casó Aitana —dice Fer sin un ápice de burla en su tono, y me sorprende. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Podría pensar que es algo habitual en él, si no fuera porque mi abuela también se ha sorprendido.

—Hay que reconocerle que tiene huevos —comenta Cristo riendo—. Después de la paliza que le disteis, no sé cómo ha tenido agallas de acercarse a saludar.

—¿Le disteis una paliza? —le pregunto a Fer estupefacta. No tiene pinta de ser de esos que van pegando a la gente por la calle y, por lo poco que me ha contado mi abuela o yo he visto, parece un trozo de pan. «¿Tanto me he equivocado con él?».

—Solo fueron un par de puñetazos —le resta importancia Juanma, como si fuera lo más normal del mundo. ¿Perdona? La violencia nunca es la solución. Jamás.

—Un par de cada uno —les recrimina Adri negando con la cabeza. Parece que no me he equivocado con él, es el único que en estos momentos parece que tenga algo de sentido común.

—Le advertimos que dejase en paz a Aitana, él se lo buscó. —Fer se encoge de hombros y se gira para hablarme directamente—: Fuimos a decirle, por enésima vez, que no la molestase más, que no iba a volver con él, pero se puso gallito. —Suspira, como si el tal Felipe se lo hubiera

buscado. Pues, lo siento, pero esto tampoco lo justifica, por muy pesado que fuera.

—Llevábamos un mes turnándonos para ir a buscar a Aitana al salir del trabajo porque si no, aparecía a mitad de camino para suplicarle que volviera con él —continúa Juanma y en el muro que acababa de crear para distanciarme de Fer y su familia se crea una brecha. El acoso es un problema muy gordo, sobre todo cuando viene de exnovios que no aceptan la ruptura—. Y la policía no hacía nada porque no la tocaba. Nos cansamos de ver a nuestra prima muerta de miedo cada vez que tenía que salir de casa. Es una basura de persona que nunca debió cruzarse en su camino.

No me gusta la violencia, nunca debería ser una opción, ni siquiera la última, pero, por mucho que me duela, debo reconocer que hay personas que solo cambian de actitud cuando reciben una hostia. Y Juanma parecía bastante afectado por su prima. Por una vez, voy a hacer una excepción en mi propia regla, porque he vivido lo que es la impotencia de no poder ayudar a alguien en esa situación. Ojalá todas las personas que sufren acoso de este tipo tuvieran unos primos que las protegieran.

—Visto así, más fuerte tendríais que haberle dado —suelta mi abuela y nos saca una sonrisa a todos, incluso a mí. No tiene remedio—. Tengo ganas de conocer a Aitana, Fer habla mucho de ella.

—¿Estás seguro de querer juntarlas? —le pregunta Juanma a Fer señalando a mi abuela—. Pueden ser un peligro.

—Encontrará la forma de conocerla —claudica Fer y sonrío.

Este chico es demasiado bueno para su propio bien, incluso aunque vaya dando palizas por ahí. En serio, estoy impactada, no le pega nada. Supongo que por eso ya lo he perdonado, aunque intentaré averiguar un poco más sobre él y sus hermanos. No quiero que mi abuela se junte con quien no debe, yo no puedo protegerla desde Granada.

—Chico listo. —Mi abuela le da unos golpecitos en el brazo a Fer y le susurra algo, pero pierdo el hilo cuando veo que Juanma se tensa de nuevo mirando a alguien por detrás de mí. Avisa con un codazo a Cristo, que tampoco parece muy contento.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? —saluda alguien y me giro para saber de quién se trata.

Es una pareja agarrada del brazo, aunque sus expresiones son muy dispares. Mientras que él tiene cara de no tener ganas ni de vivir, ella esboza una sonrisa radiante, aunque debo admitir que parece bastante falsa, o puede que solo sea el contraste con su acompañante. Fer se tensa y gira la cabeza hacia otro lado. Qué raro. ¿Serán invitados? No van vestidos como tal, pero bueno, yo tampoco, así que no pienso juzgarlos por ello. Aun así, Fer parece incómodo con su presencia y Adri lo mira con un punto de pena. ¿Quién será esta mujer? ¿Otra ex?

—Pues ya nos ves, Bego, a punto de celebrar una boda —contesta Juanma con la mejor de sus sonrisas, aunque hay algo sutil en ella, algo que no consigo ver—. Pero solo puede venir la familia y gente que apreciamos; de lo contrario te habríamos invitado a unirte.

¡Vaya! Más claro, agua. Me queda cristalino que no la quieren cerca, aunque el más afectado es Fer, que aprieta el puño. No la están tratando como al Felipe ese, pero bien, tampoco; aunque cuando la observo mejor, lo entiendo. No me gusta esta mujer, tiene algo que me indica que debo correr en dirección contraria. Mi instinto nunca me ha fallado, así que me fío de él.

Me vuelvo de forma sutil para observar al grupo. Hay hostilidad en el lenguaje corporal de todos, pero, sobre todo, hay una necesidad de proteger a Fer. Todos, sin excepción, han modificado su postura. Como parece que no es de las que pillan que no la quieren aquí —hoy debe de ser el día de no entenderlo, visto lo visto—, me muevo de forma que mi cuerpo hace de barrera entre ella y Fer. El motivo por el cual hago esto ya lo analizaré cuando esté más

descansada, ahora solo quiero que se vaya de aquí.

—Tú siempre tan agradable, Juanma. —Oh, es de las que deben tener la última palabra, una joya de mujer. No me extraña que no la quieran cerca. Me tenso cuando se fija en Fer mientras me ignora de forma deliberada—. Vas muy guapo, Fer.

—¿Verdad que sí? —contesto con una sonrisa radiante rodeando a Fer por la cintura y cogiéndole de la solapa de la americana para enfatizar mis palabras. Ni siquiera lo he pensado, solo me he dejado llevar. Como me deje vendida, voy a pasar más vergüenza que en toda mi vida, pero me sorprende abrazándome por la espalda con una pequeña sonrisa, lo que me anima a continuar, pese a que la tal Bego me esté fulminando con la mirada—. Cuando fuimos a comprarlo dudó, pero si alguien puede llevar un traje tan extremo es él. Está *sexy* se ponga lo que se ponga, ¿no te parece? Por cierto, no nos han presentado. Soy Sofía, su pareja. —Vale, me he venido arriba, improvisar no es mi mayor cualidad, pero a lo hecho, pecho, así que extiendo mi mano sin soltar el agarre de Fer y le sonrío a la chica que me quiere muerta—. ¿Y tú eres?

La chica coge con fuerza el brazo de su acompañante y se va pateando el suelo. Fer me aprieta contra él y, cuando alzo la cabeza para mirarlo, esboza un «Gracias» que solo yo veo. Su rostro aún refleja tensión y estoy tentada de suavizarle la expresión con mis dedos. Por suerte, Juanma suelta una carcajada tan fuerte que me devuelve a la realidad y me separo de golpe de Fer, sonrojada hasta las orejas.

—Lo siento —susurro.

—Chapó —me dice Juanma aplaudiendo—. Sutil, eficaz, bonito. De verdad, me has cautivado.

—¿Pregunto? —Hasta mi abuela se ha dado cuenta de que es un tema tan delicado que no puede cotillear directamente. Cristo niega con la cabeza en respuesta—. Desde luego, con vosotros no hay quien se aburra.

—Acaba de llegar César —nos informa Adri y todos se mueven.

Fer acompaña a mi abuela hasta un asiento y yo me quedo en la parte de atrás de los bancos, apoyada en una de las columnas. Las amigas de mi abuela no entienden que no me siente con ella en los bancos cuando, en raras ocasiones, la acompaño a misa. Por suerte, mi abuela es consciente de que hago un esfuerzo por estar aquí. Hay muchísima gente, todos sonrientes y felices, y una punzada de dolor me recorre, así que respiro hondo para paliarlo. He aprendido a no vivir en el pasado, pero eso no hace que los recuerdos desaparezcan. En esta iglesia se llevó a cabo la misa por la muerte de mis padres y, aunque me alegro de estar hoy aquí por otro motivo más feliz, no puedo evitar pensar en ello. Juanma aparece con una sonrisa y apoya las manos en el banco que tengo justo al lado.

—No somos unos matones —suelta sin perder la sonrisa y alzo una ceja—. Mira, esa es mi prima Aitana —dice señalando a una chica morena que se está riendo con ganas por algo que le ha dicho Fer mientras se acercan a mi abuela—. ¿Ves esa sonrisa tan preciosa? La perdió por completo. Y no fue por el divorcio, fue por el acoso de después.

—No tienes que justificarte. Lo hecho, hecho está. —Niego con la cabeza—. Además, conozco las consecuencias del acoso, así que te creo. —Asiente y se queda pensativo unos segundos observando a todas las personas que están aquí hoy.

—La mayoría de los invitados te dirán que sí que somos unos matones —reconoce encogiéndose de hombros y frunzo el ceño. Vaya forma de hacerme cambiar de opinión—. Esa es nuestra fama y nunca nos ha molestado, pero si me preguntas, te diré que todos los que piensan eso deberían largarse de aquí, porque no nos conocen en absoluto.

—¿Por qué me cuentas esto? No te he pedido ninguna explicación.

—Te he visto la cara cuando hemos contado lo de Felipe, te has horrorizado. Y no digo que no tengas razón, la violencia nunca es la solución, hasta que es la única solución. ¿Sabes lo que quiero decir? —Asiento—. Tenemos fama, pero nada más. No quiero que pienses lo que no es con Fer.

—No he pensado nada —miento.

—Eres buena mentirosa —me alaba y hago una mueca extraña—. A Fer le importa tu abuela y tuvisteis un mal comienzo, pero te aseguro que no hay mejor persona en el mundo que él. Nunca pierde los papeles.

—Hasta que los pierde.

—He visto cómo lo has protegido antes —dice encarándome—. Si hubieras estado ahí ese día con Felipe, hubieras reaccionado igual. —Suspira—. Solo dale una oportunidad, te aseguro que no te arrepentirás.

—Ya lo he hecho y me he encontrado con un tipo que va pegando palizas por ahí.

—Al que has protegido minutos después —me recuerda y aparto la mirada—. Sé que ves cómo es en realidad y que es demasiado bueno para su propio bien. Todos tenemos derecho a tener un mal día, a reaccionar de forma exagerada por un hecho que nos consume por dentro o a pegar un par de hostias al acosador de tu prima y que no se nos encasille por ello.

—¿Por qué? —Esboza una sonrisa y mira a su hermano, que sigue hablando con Aitana y mi abuela, aunque se ha unido también Cristo y una chica morena que no reconozco.

—Porque se merece ser feliz, y creo que podría serlo contigo.

31



Me siento como una impostora. Estoy en esta boda, rodeada de la familia y los amigos de Maite y César, fingiendo ser alguien que no soy y no me gusta. Juanma y yo tenemos una relación informal, algo desenfadada, pasamos el tiempo juntos, disfrutamos y nada más. «Porque tú lo quieres así, nena». Arg, cada vez soporto menos la voz pesimista que vive en mi cabeza. La odio con todas mis ganas. «Eso es mentira, me adoras. No paras de mentir. Mentirosa». No puedo con esto, no es justo. Nadie se merece que le mientan, aunque sea algo tan banal como el grado de formalidad de una relación.

Me levanto para ir al aseo; necesito refrescarme, y no precisamente por el calor que hace aquí. Juanma me guiña un ojo y sigue hablando con Fer ajeno a mi turbación. Mejor, no quiero fastidiarle el día, no se lo merece.

—Espera, Mar, voy contigo. —Lucía se levanta y me agarra del brazo mientras esboza una de esas sonrisas tan bonitas que tanto la caracterizan. Toda ella es bonita, tanto por dentro como por fuera—. ¿Te lo pasas bien? No esperaba que hubiera tantos invitados, teniendo en cuenta lo rápido que lo han organizado todo.

—Está siendo una boda genial, sí.

—¿Y por qué parece que no la estás disfrutando? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Solo estoy cansada —miento—. Me he pasado la mañana de arriba abajo para que Juanma no llegase tarde ni se dejase nada.

—Esa es una tarea complicada, sí —se burla y se aproxima para susurrarme al oído—: Hacéis muy buena pareja. Me alegro mucho de que os encontraseis en esa cita horrible que acabó tan bien.

El recuerdo de esa noche me hace sonreír. Fue la mejor noche de mi vida, es una realidad. «Porque era una relación informal, sin compromiso. Ni siquiera erais la cita del otro. Si te conociera de verdad, se alejaría». «Ya me conoce, igual que yo a él», le rebato a la voz pesimista, me tiene harta. «Si eso es lo que crees…».

—¿Puedo confesarte algo? —le pregunto justo en la puerta del baño y nos apartamos en un rincón para que nadie nos oiga—. Juanma y yo tenemos una relación informal, no somos pareja.

—Pero ¿estáis bien juntos?

—Sí, mucho —contesto rápido para quitarle esa expresión de preocupación que mis palabras le han provocado—. Con Juanma es fácil estar a gusto. Es solo que no sé si estoy preparada para tener una relación formal, o si realmente quiero tenerla.

Lucía desvía la mirada a nuestra mesa, así que hago lo mismo. Juanma me sonríe y le

devuelvo el gesto antes de que se ría a carcajadas junto a Aitana, a la que casi se le cae el vaso. Amplío mi sonrisa ante la imagen y vuelvo a centrarme en mi acompañante, que me observa con perspicacia.

—Ese hombre que ves ahí es Juanma —sentencia—. No va a cambiar, nunca. Se muestra tal cual es siempre. No tengas miedo a lo que puede darte, él no es de los que buscan su media naranja para moldearte a su lado; es de los que te deja ser una manzana si es lo que quieres.

—Eso dicen todos.

—Lo conozco desde que me defendió de su propia hermana con cinco años —me recuerda —. Créeme cuando te digo que puedes confiar en él.

—Nos va bien como estamos, solo te lo he contado porque no quería seguir mintiéndote. Eso es todo. —Observo a Juanma, feliz con su familia, y sonrío. Me gusta nuestra relación tal y como es ahora, no quiero que nada lo altere.

—¿Sabes? Una etiqueta no va a cambiar nada.

—Lo cambia todo —sentencio.

—Si tú lo dices… —Me agarra del brazo para entrar en el baño, dando la conversación por finalizada—. Oh, me he dejado el bolso. Ahora vuelvo.

Me mojo la nuca y observo mi reflejo en el espejo. Hace cinco meses que conozco a Juanma, podría parecer poco tiempo si no fuera porque hace cuatro que vivimos juntos. Es un gran hombre, divertido, cariñoso y nos entendemos a la perfección, entonces, ¿por qué no soy capaz de quitarme la etiqueta «informal» de la cabeza? «Porque sabes que, cuando sea tu novio, empezará a exigirte cosas. Ahora estáis viviendo la luna de miel. El tiempo me dará la razón. Mejor sola que mal acompañada». Sí, ese es un gran motivo. Creo que lo único que me molesta en realidad es estar mintiendo a la gente que aprecio, pero eso se puede arreglar. Lucía ha reaccionado bien, mañana hablaré con Juanma. Hoy no es el día para tener esta conversación, no quiero estropearle el día. También llamaré a mis padres para decirles la verdad. El resto de las personas ya se irán enterando.

Entro a uno de los cubículos justo cuando la puerta se abre, aunque no me fijo en quién es. Imagino que será Lucía con su bolso. Juro que no quiero escuchar la conversación, pero no puedo evitarlo.

—¿Has visto qué guapo está Juanma? Dios, me lo comería enterito. —Podría pensar que se refiere a otro chico con el mismo nombre, si no fuera porque distingo perfectamente la voz de Claudia, la chica que le mandó el mensaje el otro día y que me han presentado al salir de la iglesia.

—Pensaba que habías quedado con él ayer justo para eso —bromea otra chica que no sé quién es. Contengo la respiración, Juanma ayer estuvo todo el día fuera, preparando cosas para la boda. ¿Era mentira? «Tienes una relación informal, no puedes echarle en cara nada».

—Ya, yo también, pero me dijo que estaba liado.

—Ha venido con pareja —le recuerda la otra chica y me alivia el nudo que se me había formado en el pecho.

—¿Y? Es Juanma. ¿Lo has visto con pareja alguna vez? —Juanma me explicó que nunca había tenido novia formal, al menos ninguna tan formal como para que la gente se enterase. Yo soy la excepción. «Porque estáis fingiendo, tonta»—. Un par de bailes y lo tendré entre mis piernas antes de que acabe la boda.

Las lágrimas amenazan con desbordarse por mis mejillas. Por muy informal que sea, me duele pensar en la posibilidad de Juanma con otra chica. El pecho se me comprime e intento respirar para que no noten que estoy aquí. «No hablasteis de exclusividad». Cierto, no lo

hicimos, lo di por hecho. «No es adivino, no puede saberlo», la voz tiene un matiz distinto, otro tono, no me lo echa en cara como siempre, me recuerda algo que ya sé: lo que no se habla, se enquista. «Esta es mi chica valiente». Vuelvo a respirar y, por un momento, ya me encuentro mejor.

—No sé, ¿has visto cómo la miraba? —¿A mí?—. Yo creo que esta vez va en serio, si no, no la hubiera traído a la boda de su hermana.

—Tonterías, conozco a Juanma. —El tono soberbio que usa me provoca un punto de ira, uno que casi me empuja a salir y hacerle comerse sus palabras—. Sé cómo engatusarlo.

Se escucha la puerta de nuevo y la conversación se corta. Respiro hondo antes de salir del cubículo y me encuentro el baño vacío cuando lo hago. Mejor, no tenía ganas de enfrentarme a ella y montar un escándalo en la boda de Maite; aunque me hubiera gustado verle la cara al darse cuenta de que he escuchado todas y cada una de las palabras que ha dicho. «¿Y qué vas a hacer? No puedes prohibirle hacer nada. Es una relación informal en la que no habéis establecido exclusividad». No, no puedo prohibírselo, pero puedo ponerle trabas para que no lo consiga hasta que hable con él.

En cuanto salgo del baño, después de arreglarme el maquillaje, me topo con Juanma.

—Venía a buscarte —me explica—. ¿Estás bien, preciosa? Llevas un montón de tiempo aquí dentro, me he preocupado. Lucía hace rato que ha vuelto a la mesa.

—Sí, perdona, solo necesitaba estar a solas.

—Demasiada gente, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. Cuando tú y yo nos casemos, lo haremos a escondidas, aunque mi madre nos mate.

—La mía también nos mataría —bromeo, aunque escucharle hablar de nuestra boda me ha dado un pellizco al corazón muy distinto a lo que he sentido dentro del baño.

—Bueno, ya me odia, no creo que note la diferencia si lo hace un poco más. —Se encoge de hombros—. Vamos a darle el regalo y necesito a alguien cerca a quien mirar para no llorar.

—¿Y si lloro yo?

—Iré a consolarte. —Me guiña un ojo y me arrastra hacia la mesa.

El discurso es precioso y acabamos todos los invitados llorando. Poco después de repartir los regalos se inaugura el baile y, cuando empiezan los primeros acordes de la segunda canción, Juanma me arrastra a la pista y me envuelve con sus brazos. Apoyo la cabeza en su pecho mientras me dejo llevar.

—¿Estás bien? —me pregunta con un tono bajo que solo yo puedo escuchar—. Bien de verdad, quiero decir.

—Estoy cansada de fingir —confieso—. De mentir a todos los que aprecio.

—Ya, yo también. —Suspira—. ¿Y qué quieres hacer?

—Mañana llamaré a mis padres para decirles que tenemos una relación informal, así no tendrás que volver a ir.

—¿Estás segura?

—Sí, creo que es lo mejor. Me carcome por dentro esta sensación de que estoy mintiendo a todo el mundo. Cuando lo confiese, estaremos bien.

—Perfecto entonces. —Me aprieta más contra él y yo hago lo mismo—. Echaré de menos las miradas de odio de tu madre y la indiferencia de tu padre.

—La última vez habló contigo —le recuerdo y se ríe—. Vale, sí, fueron tres frases, pero algo es algo.

—Y si contamos el «hola» y el «adiós», son dos más —bromea—. Entonces, ¿estamos bien?

—Estamos bien. —Y, por primera vez en todo el día, lo digo de verdad.

32



Cuando Juanma me deja en la esquina de mi calle, los pocos metros que me separan hasta la puerta de casa se me antojan eternos. Estoy agotado, tanto mental como físicamente. La boda ha sido preciosa, pero el estrés acumulado de prepararlo todo deprisa y corriendo ha hecho mella en mí. Sobre todo en el momento en el que ha acabado y me he sentado en el asiento trasero del Saxo. Tampoco creo que ayuden las copas que me he bebido en la barra libre.

Arrastro los pies como un alma en pena sabiendo que nadie va a verme hasta que me doy cuenta de que la luz del porche delantero de la casa de Angelines está encendida. Al asomarme, me encuentro a Sofía leyendo un libro en el banco que tienen.

—Hola. —Pese a que lo susurro y he dado unos golpecitos a la verja, se asusta y me fulmina con la mirada cuando se da cuenta de que soy yo.

—En serio, Fer, tienes un don para asustarme.

—Lo siento. —Me apoyo en el marco de piedra donde está la verja de entrada al patio y le sonrío, puede que algo más sensual de lo que debería, pero he visto cómo me ha comido con los ojos esta mañana. Yo también me la quería comer—. ¿No puedes dormir?

—No. Cuando hemos vuelto he pensado: «Venga, me quedo despierta y así será más fácil para el cambio de turno del martes», pero hemos acabado de comer y me he sentado en el sofá. Ese ha sido mi error. —Suspira y cierra el libro—. Lo siguiente que recuerdo es despertarme de noche, tapada con una manta y mi abuela preparando la cena. Que le ha sabido mal despertarme, me ha dicho.

—Es que parecías muy cansada. —Y muchas otras cosas que mejor me voy a callar.

—Y lo estaba, pero ahora son las tres de la mañana y no tengo sueño. —«A mí se me ocurren muchas formas de pasar el tiempo». Vale, igual debería irme a casa antes de soltarle una burrada —. ¿Cómo ha ido la boda?

—Muy bien. Muy bonita. —Sonrío ante el recuerdo de Maite llorando con la pistola de clavos. Ha sido precioso.

—¿Se ha presentado algún ex más al convite? —se burla y me río. Me gusta conocer a esta Sofía más desinhibida. Cada vez que estoy con ella descubro algo nuevo que me empuja a querer saber más.

—¡Dios, no! Maite lo hubiera echado a patadas de todas formas.

—Y vosotros la hubierais ayudado.

—Por supuesto, ¿por quién nos tomas? Tenemos una reputación que mantener.

—¿La de ser unos matones? —se mofa con una sonrisa, y entonces recuerdo su cara cuando

se ha enterado de lo que le hicimos a Felipe y toda diversión me abandona.

—Oye, sobre lo de Felipe…

—No tienes que darme ninguna explicación. Lo hecho, hecho está —me interrumpe mientras se encoge de hombros. Al menos no parece tan molesta como antes.

—Realmente se lo merecía. No me siento orgulloso de ello, pero creo que si no lo hubiéramos hecho, habría acabado haciendo daño a Aitana y jamás me lo hubiera perdonado.

—La violencia nunca es la solución, hasta que es la única solución —dice y sonrío, Juanma siempre dice eso cuando nos acordamos de lo que hicimos ese día—. ¿Quién es Bego? ¿Tu exnovia?

—Sí. —Suspiro—. Gracias por eso, por cierto.

—¿Puedo confesarte algo? —Asiento, quizás más emocionado de lo que debería por este hecho en concreto—. Me ha caído mal desde que la he visto.

—No se ha notado apenas —ironizo—. A ella le has caído peor, de eso no me cabe duda. Estoy seguro de que si desbloquease su número ahora mismo tendría un mensaje suyo echándome en cara que no le haya contado que tengo novia. Que le den.

—Se nota que aún te duele. ¿Quieres hablar del tema? —me pregunta y juro que le daría cualquier cosa que me pidiera solo por tener su atención. Aun así, no sé si quiero contarle algo que lleva avergonzándome desde que pasó.

—¿En serio tienes ganas de escuchar los desamores de un borracho? —Intento que cambie de opinión, pero solo se ríe.

—Los borrachos siempre dicen la verdad, así que al menos sabré que es real lo que me cuentas.

—Está bien —cedo. Menos mal que no me ha pedido un riñón—. Al menos déjame entrar y sentarme, estoy muerto.

Se ríe mientras se acerca a abrir la verja. Lo hace con tanto ímpetu que no me da tiempo a apartarme de ella y tropiezo. En condiciones normales, me habría estabilizado solo, pero esta vez necesito agarrarme al cuerpo de Sofía para ello. Sus manos en mi pecho me frenan y siento el calor que me envuelve. Esto ha sido muy mala idea. Quiero que esas manos sigan tocándome, quiero que me desabroche la camisa y sentir el tacto de sus dedos recorriendo mi piel… Quiero irme de aquí antes de hacer una tontería como besarla.

—¿Necesitas que te lleve? —se burla—. Porque no sé si sería capaz de aguantar tu peso.

—Se me ocurre una forma de comprobarlo —susurro, y si me oye, finge no hacerlo mientras me acompaña al banco con su brazo en mi cintura y una mano apoyada en mi pecho. Por suerte, no es el lado del corazón, el cual tengo desbocado.

Me desplomo en el banco, apoyando la cabeza en la pared de detrás y Sofía se sienta a mi lado. Cruzo los brazos sobre el pecho para no tener la tentación de ponerle una mano en su rodilla. No sé si sería capaz de controlarme si la toco.

—¿Es muy reciente la ruptura? —Me estremezco con su tono dulce, quiero que siempre me hable así—. Te habrá dolido verla con otro.

—Hace más de trece años —admito girando la cabeza para mirarla con una sonrisa y parpadea como si no se esperase esa respuesta—. Y no, no me ha molestado verla con otro, ya sabía que estaba con él. Se casan en mayo.

—No te ofendas, pero ya va siendo hora de que te saques todo ese rencor de encima y pases página —me amonesta y su tono me hace reír—. ¡Trece años! Si parecía que solo hacía unos meses que lo dejasteis.

—Porque fui un idiota y me volví a acostar con ella hace unos meses. Incluso pensé que era

la vida dándonos una segunda oportunidad. —Mi voz es apenas un susurro mientras confieso algo que solo sabe Aitana, a la cual le prohibí hablar de ello, y fijo mi vista al frente para no ver su reacción. No quiero que me juzgue.

—Pero… ¿no has dicho que se casa en mayo? —pregunta confundida y asiento. Dejo que saque sus propias conclusiones mientras la observo de reojo. Frunce el ceño y va moviendo los ojos hasta que llega a la única conclusión posible—. ¡Qué cabrona! ¿Lo sabías? No, claro que no, no eres de esos. ¡Os engañó a los dos!

—¿No soy de esos? —bromeo, porque lo ha dicho de una forma tan contundente que me ha llenado el corazón.

—De los que se acuestan con alguien que tiene pareja. Vamos, no tienes pinta, pero claro, tampoco de ir pegando palizas por ahí —se burla y resoplo.

—¿Mis brazos no te dieron una pista? Soy muy fuerte. —Levanto el brazo para enseñárselo y le queda delante de la cara. No me pasa desapercibido que separa los labios y la respiración se me corta cuando se me cruza el pensamiento de probarlos.

—Sí, que serías capaz de cargar conmigo como si llevases una pluma —se sonroja, aunque intenta ignorarlo—, no que te dediques al boxeo callejero. Tienes más pinta de trabajador.

—Entonces, me muestro tal y como soy —digo guiñándole un ojo—. Nadie sabe lo que pasó hace unos meses, así que, por favor, guarda el secreto.

—¿Tus hermanos no lo saben? —Se sorprende—. He visto cómo te protegían de ella. Incluso Cristo y Adri lo han hecho. ¿Me estás diciendo que eso fue por lo que pasó hace trece años?

—Sí, pero en su defensa diré que lo pasé muy mal y me costó casi un año superarlo.

—Pero ¿qué edad tenías? ¿Veinte? Eras muy joven.

—Dieciocho —confieso—, pero para mí era la definitiva, con la que formaría una familia.

—¿En serio? ¿Tan joven?

—Estaba pillado hasta las trancas y pensaba que ella también. —Me encojo de hombros como si ya no doliera—. Teníamos planes de futuro, incluso posibles nombres para nuestros hijos. No fue solo la pérdida de mi pareja, que también, sino de todo mi plan de vida.

—Lo siento. Tuvo que ser duro.

—Mucho. Aunque lo peor fue darme cuenta de que no conocía a la persona con la que planeaba compartir mi vida.

—¿Qué quieres decir? —Suspiro, pero antes de hablar, me interrumpe—: No tienes que hablar de ello si no quieres.

—No pasa nada. —Le regalo una sonrisa que no me llega a los ojos—. Empezamos a salir con diecisiete, pero fue todo muy intenso y los dos sabíamos, o yo creía saber más bien, que sería para siempre. Llegó septiembre y ella se fue a Granada a la universidad mientras que yo me quedé aquí currando con mi padre. La idea era que cuando ella acabase la carrera volviera para irnos a vivir juntos y mientras yo ahorraba todo lo que ganaba para poder cumplir ese sueño. Me planteé seguir estudiando e irme con ella, pero ya hacía dos años que trabajaba con mi padre a la vez que estudiaba, y la verdad es que me gustaba tanto que preferí quedarme. Además, tenía dinero, coche y mucha más libertad que la mayoría de la gente de mi edad, que por entonces me parecía más importante. De todas formas, nunca me he arrepentido de mi decisión, pese a lo que pasó.

—Me alegra oír eso. Eres muy bueno en tu trabajo.

—Gracias. —Respiro hondo y continúo—: Viajaba siempre que podía a verla a Granada e intentaba pasar todos los fines de semana allí. Incluso a veces pagaba un hotel para no incomodar a sus compañeras de piso. Poco a poco empezó a pedirme que no fuera para poder estudiar y solo

iba una vez al mes. No me importaba, hablábamos cada día, podía vivir con ello, pese a que la echaba mucho de menos. Un día quise darle una sorpresa y me presenté en el bar donde sabía que estaría ese día sin decirle nada.

Cierro los ojos y doy una respiración larga para infundirme ánimo y trasladarme al peor momento de mi vida antes de la muerte de mi padre.

33



Mis hermanos no tienen todos los detalles, porque era incapaz de hablar de ello cuando pasó y, luego, no era importante. Aun así, nunca podré olvidar sus palabras ni su desprecio. Vuelvo a encontrarme en ese bar, con esa cerveza que dejé sin tocar encima de la mesa, con la vergüenza cubriéndome cada parte de mi ser, con las miradas de pena, con el chasquido que hizo mi corazón al romperse y que nunca se recuperó.

Noto la mano de Sofía entrelazarse con la mía y me aprieta, lo que me ayuda a continuar:

—Me senté de espaldas a su mesa, esperando el mejor momento para sorprenderla. Incluso le había comprado una rosa. Me había compinchado con una de sus compañeras, Vanesa, por eso sabía dónde estarían y ella me dijo que esperase para que no me viera. Bego me había comentado que saldrían a cenar y luego volverían a casa para madrugar y estudiar al día siguiente.

—Déjame adivinar: las dos mintieron. —Asiento con pesar.

—Vanesa le preguntó si pensaba salir y si había quedado con un tal Carlos. Bego contestó que no, que había quedado con otro, que Carlos era muy mono, pero que ya se lo había follado y que prefería probar mercancía nueva. En ese momento, me quedé petrificado pensando que había escuchado mal, pero Vanesa no se quedó conforme con ello y tiró a matar. Le preguntó por mí y se burló preguntándole si no me daba cuenta de que siempre faltaban condones. Y entonces Bego dijo las palabras mágicas para acabar de hundirme en la miseria: «Mi precioso novio paleto de pueblo no se da cuenta de nada. Me contoneo un poco y fin. De donde no hay, no se puede sacar, por eso no va a la universidad».

—¿En serio dijo eso? —susurra Sofía estupefacta—. Joder, si lo llego a saber…

—¿Hubieras fingido que eras mi novia para hacerle daño? —bromeo y asiente, todavía con la mirada perdida asimilando lo que le acabo de contar—. No merece la pena, pasó hace muchos años.

—¿Juanma sabe lo que dijo?

—No —confieso—. Bastante duro fue asumir que era el cornudo del pueblo como para, encima, hacer leña del árbol caído. Que lo supieran no iba a cambiar cómo me sentía, solo me haría tener más vergüenza.

—Lo imaginaba.

—¿Por qué? —La miro con una sonrisa.

—Porque Juanma la habría tratado mucho peor de saber eso. Es un poco mamá osa —dice como si fuera un secreto. Suelto una carcajada que alivia un poco cómo me siento y vuelvo a respirar. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho de forma superficial desde que

he empezado a contarle mi historia—. Y, a pesar de todo el dolor que te causó, la perdonaste e incluso lo volviste a intentar.

—Si piensas que soy gilipollas lo puedes decir sin problema, yo me digo cosas peores.

—Hay que tratarse bien —me reprende y ahora es ella quien se ha convertido en una mamá osa—. Somos la única persona que nos acompañará toda nuestra vida.

—Nos encontramos por casualidad, aunque luego me di cuenta de que no tuvo nada de casual, que me buscó. El caso es que yo había llegado a perdonarla y pasar página, por lo que me hizo hasta ilusión saber de ella —admito con una carcajada vacía. Niega con la cabeza, pero no me interrumpe. Empiezo a trazar círculos en su palma con mi pulgar, y lo más sorprendente es que no se aparta—. Me dijo de ir a tomar un café y me pidió perdón por todo lo que pasó. Lo achacó todo a sentir la libertad de vivir sola en una ciudad sin padres y, en parte, era algo comprensible. No sé, se la veía como una persona totalmente diferente, adulta. Han pasado trece años, todos hemos cambiado, aunque no queramos admitirlo, así que caí otra vez en sus redes. Sin embargo, ella seguía siendo la misma manipuladora que antes. Queda claro que, cuando se trata de ella, no estoy muy acertado.

—¿Y has conseguido perdonarte a ti mismo por lo que pasó o te sigues culpando?

—Por absurdo que parezca, este nuevo fracaso me ha dado el empujón que necesitaba para hacerlo; si es que eso tiene algún sentido. Sobre todo porque yo pensaba que estaba bien, pero cuando me dijo que solo era sexo y que se iba a casar, toda la culpa volvió a salir. Por suerte, se convirtió en ira. Jamás debí confiar en ella, pero ahora sé con certeza que nunca más lo haré.

—Y no se lo contaste a nadie porque no hubieran entendido que le dieras esa segunda oportunidad. El que menos, tu hermano Juanma.

—Lo has calado bien —bromeo y se encoge de hombros—. Sabía que no lo aceptarían, así que me callé. No me arrepiento de lo hecho, me ha ayudado mucho. Algún día se lo contaré.

—Me alegro. —Apoya la cabeza en mi brazo, con nuestras manos aún entrelazadas y me quedo quieto para que no cambie de postura. No sé si es consciente ni siquiera de lo que ha hecho—. Y me alegro de haberle hecho pasar un mal día. No se merece menos.

—Si aún me hablase con Vanesa, se lo contaría. Creo que se alegraría.

—¿La compañera de la universidad?

—Sí, seguimos en contacto después de eso. Me preguntaba cómo estaba y cómo me iba la vida. Hace años que perdimos el contacto.

—¿Y te dijo si lo había hecho como venganza o para quedarse contigo? Voy a jugármela a que un poco de las dos.

—¿Para quedarse conmigo? —pregunto con sorpresa y me empiezo a reír—. No, no, solo le sabía mal que me estuviera engañando y pensó que no le creería si me lo contaba sin más.

—¿La hubieras creído?

—No —admito sin dudar.

—Eso pensaba. Y sí, Fer, a esa chica le gustabas, por eso hizo eso y por eso siguió luego en contacto contigo.

—¿No crees que era buena gente sin más?

—No —sentencia con contundencia—. Para empezar, porque no era amiga tuya, sino de ella. Además, la lealtad está por encima de los principios a esa edad. Y para acabar, no me creo que no seas consciente de lo que despiertas en las mujeres —dice incorporándose para mirarme a la cara.

Le retiro un mechón de pelo rebelde y se lo pongo detrás de la oreja. No sé qué he hecho para terminar al lado de esta mujer preciosa esta noche, pero no quiero que se acabe nunca. Una mujer

que me ha defendido cuando me ha visto en apuros. Si no hubiera estado interesado en ella desde antes, ahora lo estaría del todo.

—¿También en ti? —susurro y se encoge de hombros a la vez que se sonroja. Vuelvo a acariciarle la palma con el pulgar y noto cómo se estremece—. Es bueno saberlo.

¿Debería besarla? ¿Le molestará? Ha dejado claro que no le soy indiferente, ¿verdad? No lo estoy malinterpretando. Aunque, que le guste no quiere decir que quiera algo más. No lo estará haciendo por lástima, ¿verdad? El pobre tonto que no se dio cuenta de que su novia le ponía los cuernos en la universidad. No puede ser eso, he visto cómo me miraba esta mañana. Ella ha entrelazado sus dedos con los míos.

—Creo que deberíamos irnos a dormir —murmura y trago saliva.

—Sí, creo que será lo mejor.

Pese a nuestras palabras, tardamos unos segundos en cortar el contacto visual y otros más en movernos. Aprieto su mano antes de soltarla definitivamente y me acerco a la verja. Cuando estoy saliendo por ella, me llama:

—Fer, eres un gran hombre. Estaba muy equivocada contigo.

Asiento y me voy a mi casa, antes de cometer una estupidez como besarla y demostrarle que puedo ser algo más que un gran hombre.

34

Juanma



Tamborileo la mesa, nervioso, mientras observo la puerta por la que debería haber entrado Cristo hace más de cinco minutos. Esta es la razón por la que nunca llego puntual: la gente no lo es. Aunque debo reconocer que no todo mi cabreo se debe a la impuntualidad del mejor amigo de mi hermana. Estoy enfadado conmigo mismo, o frustrado, o acojonado; no estoy seguro. Lo que sé es que no estoy bien.

Cristo entra por la puerta y se queda sorprendido al verme. Sacude la cabeza y se ríe antes de sentarse frente a mí, tras pedir una cerveza. Pese a ello, tiene un aspecto de mierda, el mismo que tiene Óscar desde la boda. Algo pasó entre ellos esa noche. No tengo todos los detalles, pero estoy seguro al noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de que es culpa de mi hermano. Margen de error del cero coma cero uno.

—¿Se acaba el mundo? —bromea—. Has llegado puntual por una vez en tu vida.

—Sí, cosa que tú no.

—En realidad he llegado pronto. Te dije de quedar quince minutos antes para no tener que esperarte.

—¡Serás cabrón! —Tiene la osadía de reírse y estoy tentando de tirarle la cerveza a la cara—. Me entran ganas de largarme.

—En realidad no. —Me regala una sonrisa burlona y se apoya en el respaldo de la silla—. ¿Qué querías?

—¿Cómo estás? Y, por favor, no nos insultes a los dos diciendo que bien, sabes perfectamente por qué estoy aquí.

—En la mierda —admite mientras se encoge de hombros—, pero no voy a revolcarme en ella, estoy actuando en consecuencia. ¿Te lo ha contado él?

—No, nunca lo ha hecho, pero siempre lo he sabido.

—¿Cómo? Estoy convencido de que he sido discreto.

—Y lo has sido, y mucho, pero yo soy el mejor. Y no, no voy a contarte cómo lo supe. Un mago nunca revela sus trucos.

—¿Has hablado con él? —pregunta en un susurro y no me pasa desapercibido que no ha dicho su nombre en ningún momento—. ¿Cómo está?

—Peor que tú. Casi se carga la vajilla de Adri y Lucía esta mañana durante la mudanza. —Suspiro, porque si no llega a ser por Fer, todavía estaríamos barriendo resto de platos por el suelo —. Pero no, no he hablado con él, le estaba dando margen para que fuera él quien diera el paso. Empiezo a pensar que no lo hará. ¿Quién tomó la decisión?

—Él. Llegamos a casa después de la boda y me soltó la bomba. No le culpo.

—Pues yo sí, mi hermano es idiota, aunque crea que lo hace por tu bien. —Estoy seguro de que malinterpretó lo que hablamos en la boda, le dije a Óscar que fuera sincero con sus sentimientos con Cristo, en lugar de eso, le dejó. Entiendo que Óscar piense que no puede obligar a Cristo a hacer algo que no quiere, pero podría haber hablado con él o algo antes de tomar una decisión definitiva.

—En realidad, me ha dado el empujón que necesitaba para contárselo a mi familia. Se lo diré el domingo en la comida familiar.

—¿En serio? —Esto sí que no me lo esperaba. La familia de Cristo no va a aceptar su homosexualidad, es un hecho, por eso nunca ha salido del armario. Es un gran paso para él.

—Estoy harto de esconderme, Juanma. Necesito cambiar mi vida y tomar las riendas de una vez, aunque eso implique alejarme de aquí.

—¿Te vas? —No, joder, no puede irse y dejar aquí a Óscar, acabaría de romperse del todo. Definitivamente, tengo que hablar con mi hermano.

—Es muy probable, sí —admite con pesar.

—¿Y mi hermano? —Se encoge de hombros en respuesta—. Prométeme que, antes de irte, hablarás con él. Al menos os debéis eso.

—Lo haré. —Apura su cerveza y pide otra antes de mirarme fijamente.

—¿Qué? —escupo.

—¿Me vas a obligar a preguntar? —Alza una ceja.

—No sé si quiero hablar del tema contigo.

—No seas imbécil, ¿qué te pasa?

—Me prometí a mí mismo, y a Mar, que le daría tiempo hasta que estuviera preparada para pasar de tener una relación informal a una de verdad, pero empiezo a impacientarme y a pensar que ese momento nunca llegará. Me da miedo perderla.

—Tu hermano me contó algo de que estabais fingiendo por la familia de ella o algo así. La verdad es que no lo entendí, ¿qué diferencia había?

—Solo mentimos en lo formal que era nuestra relación. Para sus padres, vivimos juntos, no compartimos piso. El resto de las cosas han sido reales en verdad.

—Entonces, nada era fingido. —Suspira—. Te diría que le echases huevos, que Mar es una tía cojonuda y que os merecéis tener la relación que queráis. Sin embargo, antes de eso, tienes que pensar hasta dónde estás dispuesto a ceder. Es decir, entiendo que tú quieres cambiar la etiqueta de vuestra relación para que deje de ser informal a formal, ¿no?

—Sí, en realidad, no es que lo quiera, es que creo que lo necesito, por muy desesperado que suene eso. No quiero que aparezca un día con otro tío o que diga: «Me he cansado de ti, adiós muy buenas». Me da igual seguir teniendo habitaciones separadas si es lo que necesita, o no pasar todo el tiempo juntos. Solo quiero la sensación de pertenencia, poder decir: «Ella es mi novia», sin que sea mentira. Más que nada porque, todas las veces que lo dije, para mí eran verdad.

—Entonces, mi consejo es que se lo comentes así. Bueno, un poco más bonito y con mejor cara… puede que incluso con otra ropa —bromea y le hago una peineta—. Quiero decir, sé sincero con ella. Y, por favor, no empieces la conversación con un «tenemos que hablar». Es demasiado cliché hasta para ti.

—Creo que hablaré con ella hoy —digo, decidido, mientras me levanto para pagar.

—Suerte.

—Tú también, la vas a necesitar.

* * *

Un par de horas más tarde, estoy sentado en el sofá esperando a que llegue Mar de la asociación para hablar con ella. Podría posponerlo, pero ¿de qué serviría? Las cosas hay que hablarlas lo antes posible para que no se hagan una bola en la cabeza. Grita un «¡Hola!» cuando cierra la puerta que le devuelvo, pero toda su sonrisa se apaga en cuanto entra al comedor y me ve sentado en el sofá, vestido con ropa de calle y con la tele apagada.

—¿Todo bien? —balbucea e intento restarle importancia al momento con una sonrisa, pero no lo consigo.

—Me gustaría que hablásemos, si te va bien. —Le indico con la mano que se siente en el sofá y nos giramos para quedar cara a cara. Se muerde el labio, impaciente, así que no lo dilato más—: Cuando empezamos dijimos que, si en algún momento cambiaba cómo nos sentíamos con la relación, lo hablaríamos; así que, Mar, lo siento, pero no quiero tener una relación informal, quiero que seas mi pareja.

—Sí, vale, lo entiendo… Espera, ¿qué? —Sus ojos están llenos de lágrimas, así que me acerco para limpiárselos.

—Que quiero que seas mi novia —le repito con una sonrisa—. Si quieres, claro.

—¿En serio? ¿Por qué? —Parece consternada y me entran unas ganas locas de besarla, pero lo primero es lo primero.

—Sinceramente, de todas las preguntas que pensé que me harías «por qué» no estaba en la lista —admito riendo—. Nena, eres perfecta, sin más. Podría decirte millones de cosas que me gustan de ti, como tu sentido del humor, tu valentía o tu generosidad, pero «perfecta» lo engloba a la perfección.

—Pero eso lo cambiará todo —susurra y baja la vista mientras juguetea con sus manos.

—Yo no lo veo así. Nuestra relación es perfecta tal y como está, solo que cuando vayamos a casa de tus padres, no tendrás la sensación de estar mintiendo. Cuando te presente como mi novia, no sentiré un pinchazo en el corazón porque no sea verdad. Aparte de eso, no veo ningún otro cambio. Podemos seguir teniendo habitaciones separadas si te sientes más cómoda así, al menos hasta que estés preparada. Soy consciente de que igual necesitas más tiempo, no tengo problema en esperar.

—¿En esperar a qué? —Hay reproche en su pregunta.

—A que dejemos de compartir piso y vivamos juntos. En realidad, la única diferencia será que no tendremos las cosas en dos habitaciones, ni dos camas. Por cierto, nos quedamos la mía, es mucho más cómoda —bromeo, pero Mar no sonríe. La sensación de estar perdiéndola es demasiado grande. Suspiro y le cojo las manos—. Solo es una etiqueta.

—Nunca es solo una etiqueta, si no, no me estarías pidiendo cambiarla. —Alza la vista para mirarme y no me gusta lo que veo. No quiere esto, y a mí me parte el corazón pensar que es posible que este sea nuestro final.

—Es cierto, no lo es. Mar, te quiero. Te metiste bajo mi piel desde el mismo momento en el que te conocí, y quiero compartir mi vida contigo. Quiero que seamos esos tíos guais a los que nuestros sobrinos vengan a pedirnos que les compremos cerveza porque los sosos de mis hermanos no lo hagan, o les demos chuches a escondidas. Quiero viajar o pasar el fin de semana entero en pijama viendo películas. Y quiero todo eso contigo a mi lado. Nada de lo que he dicho es distinto a lo que teníamos ayer, pero necesito saber que vamos en la misma dirección, aunque yo vaya en un Ferrari y tú andando. No me importa esperarte, siempre que llegues.

—Juanma, yo… No lo sé. No sé si estoy preparada ni si lo estaré. —Su sinceridad acaba por

romperme, me duele sentir que no quiere esto tanto como yo—. Necesito pensarlo.

—No te preocupes, ya me imaginaba que dirías eso. —Suspiro y me levanto, aunque me cuesta horrores dejarla aquí sola, cuando se nota claramente que no está bien, es lo mejor para los dos—. Me iré unos días a casa de Fer, creo que nos vendrá bien a los dos estar separados. Llámame si necesitas cualquier cosa o hablar o contarme tu día, siempre estaré a tu lado.

—Gracias por entenderlo.

—Siempre.

Beso su cabeza y voy a mi habitación a buscar la mochila con ropa que me he preparado hace un rato. Esto podía salir bien, mal o fatal, así que me he cubierto las espaldas. Mar se encierra en su habitación antes de que salga, así que, hecho un último vistazo a su puerta antes de irme. Solo espero que esto sea un *impasse* necesario y no un adiós definitivo.

35

Juanma



Fer está en el quicio de la puerta, sonriendo al móvil, cuando llego a su casa. Le he avisado antes de salir y supongo que ha preferido esperar ahí. No he cogido el coche, no estoy en condiciones de hacerlo, pese a que es un trayecto corto. En cuanto repara en mí, guarda el dispositivo y me regala una sonrisa apenada. Odio esto. No quiero dar pena. Solo quiero poner una película de acción y olvidarme de todo.

Nos damos un abrazo y me invita a entrar. Dejo la mochila tirada de cualquier manera en la entrada de su casa y me dirijo al salón para lanzarme sobre el sofá. Sonrío cuando me encuentro en la mesa de centro dos cuencos enormes de palomitas y una película pausada en la tele. Fer aparece con dos cervezas en la mano.

—He pensado que lo necesitarías.

—Es justo lo que quería, gracias. —Suspiro y me acomodo mejor en el sofá mientras lanzo mi móvil a la mesa, por si Mar me llama—. ¿Va a venir Óscar?

—No le he dicho nada, con un corazón roto en casa tengo bastante —dice con una mueca de disculpa.

Fer no tiene los detalles, solo que Óscar lo ha dejado con su *follamigo* y que no está bien. Aunque esto último no me ha hecho falta decírselo, solo tiene que ver el alma en pena en la que se ha convertido nuestro hermano pequeño.

—Bien hecho.

—¿Quieres hablar de ello? —me pregunta con cautela.

—No.

—Pues dale al *play* mientras voy a por unas aceitunas picantes —contesta con resignación.

—¡Eres el mejor! —le grito a su espalda.

Justo en ese momento, suena un mensaje y me lanzo a coger el móvil, pero no es el mío el que suena, sino el de Fer. El nombre de Sofía aparece en pantalla con varios emojis de risa. «¡Vaya! Qué calladito se lo tenía mi hermano mayor». Me alegro por él, solo espero que no se frene pensando como hace siempre. Desbloqueo su móvil para cotillear y ruedo los ojos al ver la conversación: solo hablan de su abuela. Tomo una decisión en el tiempo que escucho como Fer vuelve al salón.

—¿No has puesto la película? —pregunta extrañado y mira mi mano, en la que aún sostengo su móvil. Su sonrisa se ensancha—. ¿Te ha escrito Mar? ¿Te vas?

—Es tu móvil —le informo y se lo devuelvo cuando se sienta a mi lado.

Su gesto de ilusión ahora es una mueca de decepción que no debe de ser muy diferente a la

mía. Mar llamará, estoy seguro de ello, como también lo estoy de que no será hoy, aunque la esperanza me diga otra cosa.

—Nunca debimos comprarnos el mismo modelo —se queja con un suspiro—. He perdido la cuenta de las veces que he bloqueado el teléfono de Óscar intentando poner mi contraseña en lugar de la suya. La cual, nunca comparte.

—Ni lo hará, te lo aseguro. —Yo la sé, por supuesto, pero no es algo que quiera que se sepa. Un mago nunca revela sus trucos—. He visto que te escribes con Sofía.

—¿Sabes? Cuando haces estas cosas, estoy tentado en ponerme una contraseña de desbloqueo que no conozcas.

—La adivinaría —digo con tono indiferente—. Eres muy predecible.

—¿Te abro las puertas de mi casa y tú me insultas?

—No era un insulto, era una descripción —suelto como si fuera lo más obvio del mundo. Rueda los ojos y sonrío; sacar de quicio a Fer es mi mayor virtud—. Solo habláis de su abuela.

—¿Y?

—A ver, entiendo que es una buena forma de iniciar la conversación, pero luego cuéntale algo de ti, explícale una anécdota de tu día, no sé, algo que haga que te vea como Fer, no como el vecino de su abuela. Sobre todo si quieres ligártela.

—No he dicho que quiera hacerlo —miente y pongo todo de mi parte para no rodar los ojos.

—Pues deberías practicar tu cara de póker, porque en la ceremonia te la comías con los ojos.

—Eso no es… —Alzo una ceja y suspira—. Iba muy guapa.

—No era un reproche. La chica es espectacular, no te lo niego —admito con una sonrisa—. Aunque reconozco que esperaba algo más de rosa y mucho menos de negro.

—Y eso que no llevaba las Martens ese día —bromea—. Me gusta, pero no estoy seguro de que… —Niega con la cabeza—. No sé, da igual.

—¿No estás seguro de qué? —insisto. Si no puedo arreglar mi vida amorosa, al menos puedo arreglar la de mis hermanos, ¿no?

—Preferiría hablar con Óscar sobre esto, la verdad —se sincera y, aunque me duela, lo entiendo. Actuamos de formas muy distintas, Óscar es el punto medio, por eso siempre recurrimos a él—. No siempre entiendes mi punto de vista.

—Pues te jodes, solo estoy yo. Y como necesito hablar de otra cosa que no sea mi día de mierda, te ha tocado. Así que, desembucha.

—No estoy seguro de saber si me gusta porque me gusta o porque no tengo otra opción —admite girándose para coger uno de los boles de palomitas y así no tener que mirarme. Aprovecho para agarrar mi cerveza y darle un trago—. Ni siquiera sé si tiene sentido.

—¿De verdad crees que no tienes más opciones?

A veces me alucina lo ciego que está mi hermano. ¿No tiene espejos en casa o qué? Se me queda mirando y conozco esa expresión, mi pregunta no era lo que quería oír y acabo de volarle la cabeza. Óscar le hubiera dicho otra cosa totalmente distinta. Bueno, pues bienvenido a la terapia de choque de Juan Manuel Rubio.

—Sí —confiesa con pesar—. Sé que no lo comprendes, pero en mi cabeza yo ya tendría que estar casado y con hijos. Y sigo soltero, como he estado los últimos trece años.

—¿Qué te dijo Óscar? —Finjo que pienso dándole golpecitos con el dedo al botellín—. ¡Ah, sí! Que no tienes ninguna tara, Fer. Solo has sido selectivo con las personas con las que querías mantener una relación y, después de cómo fue todo con Bego, no te culpo.

—¡No lo entiendes, joder! —grita exasperado lanzando varias palomitas fuera del bol; me sorprende que se exalte tanto. Parece que esto le afecta más de lo que pensaba—. No hay

personas con las que ser selectivo, Juanma, solo está Sofía. Ese es el problema, no quiero que me guste porque es mi única opción. Quiero elegirla entre mil opciones porque es la que me gusta.

—Mar es mi elegida entre un millón de opciones —reconozco por primera vez delante de mi hermano y el corazón me da un pellizco ante el pensamiento de perderla—. Así que, sí, sé cómo te sientes.

—Tú has tenido mil citas, tío —bromea sin ganas—. No es lo mismo.

—¿Por qué crees que es la única opción? —Prefiero volver al tema principal, porque creo que está tan cegado que no ve la realidad.

—¿Cuánto hace que no conozco a una chica? —Suspira y sigue hablando sin percatarse de que iba a contestarle—: Cada vez me parece más complicado ligar y todo el mundo a mi alrededor tiene pareja, por lo que, si conozco a alguien nuevo, suele estar ya con alguien. No soy tú, Juanma, no me gustan las citas a ciegas, ni con desconocidas en las que paso un examen constante o solo quieren sexo. Sofía es la primera persona que aparece en mi vida después de tanto tiempo y no sé si mis ansias o necesidad de estar en pareja y cumplir mi sueño de formar una familia me están haciendo verla más adecuada de lo que es. ¡Joder, que vive en Granada! Ni siquiera es una opción real y me estoy aferrando a ella como a un clavo ardiendo.

—Un año —contesto cuando suelta un suspiro y da por finalizado su monólogo.

—¿Qué?

—Un año es el tiempo que hace que no conoces a una chica, al menos que yo sea consciente. Una que, además, estaba interesada en ti, si mal no recuerdo.

—¿De qué hablas? —Me mira como si le acabase de decir que me voy a vivir a Marte. Ese pensamiento hace que se me encoja el estómago.

—¿Marta? ¿Magda? ¿Marcia? Joder, no me acuerdo de su nombre. La hija de aquella pareja tan adorable a la que le reformamos la cocina el año pasado.

—¡Ah, sí! Me acuerdo de ellos. Nos regalaron a los tres un masaje relajante por las molestias —recuerda con una sonrisa tierna. Lo de mi hermano con las personas mayores es digno de admirar. Las adora por encima de todas las cosas—. Maite se quedó el mío.

—¿Y te acuerdas de su hija?

—Nadia, sí. Pero no entiendo a dónde quieres llegar.

—¿De verdad me estás diciendo que no te diste cuenta de que estaba más que interesada en ti? —Mira, de verdad, alucino con Fer ahora mismo. ¿Cuántas veces le habrá pasado esto?—. Te pidió una cita, Fer.

—Me invitó a una cena de agradecimiento por el buen trabajo —me dice como si fuera algo que hacen todos los clientes. De repente, frunce el ceño—. La cual se canceló cuando le comenté de ir los cuatro.

—Mira que eres tonto —suelto negando con la cabeza—. ¿Sabes por qué te pidió Aitana que dejaras de ir a buscarla a pilates?

—No —admite—. No hago preguntas…

—Cuya respuesta no quiero escuchar —acabo por él—. Ya, ya. Pues yo sí lo sé: sus compañeras querían ligar contigo, estoy seguro de que hasta las que estaban casadas. No paraban de preguntarle por ti y de pavonearse delante de ti cuando ibas. Al final, Aitana se cansó de que se quejaran de que nunca las invitaras a una cita y te pidió que dejases de ir. ¿Te fijaste alguna vez en alguna?

—Eran majas, pero no, ninguna llamó mi atención.

—Crees que, si estuvieras tan desesperado por tener una familia, ¿no te habrías fijado hasta en las alumnas de otras clases?

Fer se me queda mirando estupefacto. Es posible que Óscar hubiera sacado la misma conclusión que yo, pero con palabras bonitas y diciéndole a Fer que no hay nada malo en él. Sin embargo, Fer no necesita eso en este instante. Necesita actuar, darse cuenta de que, si se queda quieto como hasta ahora, solo verá la vida pasar.

—Tienes razón —murmura y, podría regodearme con ello, pero no lo haré. No hoy—. Sofía insinuó algo parecido el otro día… ¿Cuántas veces me habrá pasado?

—Infinitas, Fer, infinitas —suelto con un suspiro—. Así que he decidido intervenir.

—No, por favor —me pide, y le regalo una sonrisa de oreja a oreja que no me llega a los ojos.

—Tarde —canturreo. Suelta un suspiro exasperado y me indica que continúe—. He guardado el número de Sofía en mi móvil y he cambiado la contraseña de desbloqueo para que no puedas borrarlo —miento sobre esto último—. Si no te pones las pilas y empiezas a ligar con ella, pero de verdad, no a hablar de su abuela, le escribiré yo para explicarle que estás interesado en ella. Y bueno, los dos sabemos que la diplomacia y la autocensura no son mis mayores cualidades.

—¿Sabes? Por una vez te voy a hacer caso. Me he perdido muchas cosas en la vida por pensar.

—Hasta que no lo vea, no te creeré.

36



Echo mucho de menos a Juanma. Muchísimo. No quería que se fuera, pero no podía darle una respuesta, no en ese momento. Tampoco estoy segura de tenerla ahora, ni si la tendré pronto. De lo que estoy segura es de que no quiero que se vaya nunca más, y eso que no ha pasado ni un día. Levantarme esta mañana y no verlo me ha roto por dentro, mucho más que anoche, cuando me di cuenta de que lo perdía, pero era incapaz de pronunciar las palabras que lo hubiera retenido a mi lado. «Yo también quiero ser tu novia para siempre», no eran tan complicadas; sin embargo, nada salió de mi boca, solo reproches. ¿Por qué no soy capaz de salir de este agujero? Solo quiero poder ser feliz con mi pareja. Con Juanma.

Tamborileo los dedos en el volante, porque sí, Juanma se fue, pero me dejó las llaves del Saxo con una nota que decía: «Úsalo si lo necesitas». Porque así es él, todo amor, incluso cuando no he sido capaz de decirle que yo también le quiero. Observo la casa de mis padres desde donde estoy aparcada, pero no tengo ganas de entrar. No quiero estar aquí, por muy cumpleaños de mi padre que sea. Además, odia las celebraciones y estar con gente, ¿por qué seguimos fingiendo que no? «Porque sois todos unos mentirosos». Bueno, ahí le voy a dar la razón.

El sonido del móvil me asusta, pero me relajo al ver que es Lucía quien me llama. Al menos no es mi madre preguntando desesperada dónde estoy.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? ¿Cómo va ese primer día en tu casa nueva? —Intento sonar casual para que no note mi estado de ánimo.

—*Bien.* —Su tono no es tan alegre como me esperaba, estaba muerta de ilusión por mudarse con Adri—. *Te llamo porque ha venido Fer hace un rato a revisar una cosa y, bueno, me ha contado que Juanma está en su casa, así que la pregunta sería: ¿cómo estás tú?*

—En la mierda. —¿Para qué mentir? Lucía se ha convertido poco a poco en una amiga más que una compañera de trabajo.

—*¿Qué ha pasado? ¿Es por lo de mentir?*

—No, es porque quiere una relación formal y yo no sé si estoy preparada para tenerla.

Suspira y se genera un silencio tenso durante unos segundos antes de que Lucía lo rompa:

—*¿Has pensado en hablar con Cristo de esto? Acuérdate de que es psicólogo. Quizá él pueda ayudarte más y será neutral. Yo no puedo decirte más de lo que te dije en la boda: Juanma no cambiará.*

—Cristo es amigo de Juanma.

—*Se soportan, como mucho* —bromea—. *Ahora en serio, llámalo, te vendrá genial. Tiene algo que hace que te sientas bien solo con escuchar su voz.*

—No lo he llamado nunca, ¿no será raro? —dudo. Es cierto que cuando nos hemos visto he tenido esa sensación que comenta Lucía.

—*Le acabo de enviar un mensaje para avisarle y dice que lo llames, así que adiós.*

Me deja con la palabra en la boca cuando me cuelga y recibo un mensaje en el que me insiste en que llame a Cristo, así que lo hago.

—*Imagino que la conversación con Juanma no fue como él esperaba* —dice a modo de saludo. Su voz no suena como siempre, se nota que está tan roto como yo.

—¿Te lo contó?

—*Ayer tuvimos una tarde de terapia grupal* —me explica y suspira—. *Os he visto juntos, así que sé que sientes lo mismo que él y, por favor, no nos insultes a los dos intentando negarlo, que te recuerdo que soy psicólogo. Así que dime: ¿qué te impide dar el paso?*

—El miedo a que todo cambie.

—*¿Por qué? Ser su novia no te ata a él para siempre, no vivimos en el siglo pasado. Si ves que no estás bien en la relación, lo mandas a paseo.*

—No es el miedo a eso. Es a no verlo y quedarme atrapada en esa relación perdiéndome en ella.

—*Mar, Juanma no es tu ex.*

—¿Cómo sabes eso?

—*Siempre hay un ex.* —Se ríe sin ganas—. *Ese miedo que tienes suele venir por malas experiencias. Es normal, pero, aunque suene repetitivo: Juanma no es él. Negaré haber dicho esto, así que no se lo cuentes. Juanma es una de las mejores personas que conozco, si no la que más. Nunca te haría daño de forma intencionada y siempre procurará estar pendiente de no hacerlo de forma involuntaria.*

—Lo sé, joder. —Me paso las manos por el pelo y me entran ganas de tirar de él—. ¿Por qué me cuesta tanto?

—*Porque es difícil volver a confiar en alguien de esa manera. Mira, a ver si esto te ayuda: Lucía y yo seremos tus anclas. Si vemos que haces algo impropio de ti, como dejar la asociación o llevar un abrigo de piel de zorro* —bromea y me ayuda a aligerar el nudo que tengo en el pecho—, *te haremos una intervención. Hablaré con Lucía, que te conoce mucho más y es tu amiga, para que sepa detectar ciertas cosas y pueda levantar la mano cuando las vea. Y si el culpable es Juanma: adiós muy buenas.*

—¿Lo prometes?

—*Sí. Y, cuando esté más animado, buscaré en mis apuntes de la universidad para darte más herramientas que puedas ir implementando tú sola. Si es lo que quieres, claro.*

—Quiero, pero no por Juanma, por mí. Quiero sentirme libre.

—*Cuenta conmigo, nena* —se burla y me río.

—¿Cómo puedo ayudarte yo a ti? —Es absurdo fingir que no sé que está mal y más si ha hablado con Juanma, sabe que nos lo contamos todo. «Os lo contáis todo».

—*No puedes. Ojalá.*

—Lo siento.

—*No te preocupes.*

—Cristo, Óscar te quiere y tú a él, encontraréis la manera.

—*Eso espero.*

Con esas palabras se despide y vuelvo a mirar la casa de mis padres. Joder, no quiero estar aquí, quiero irme con Juanma. Me resigno y me prometo que me quedaré poco tiempo. He avisado a mi madre de que Juanma no vendría porque no se encontraba bien, así que puedo fingir

que tengo que ir a comprarle algo a la farmacia o a cuidarlo. «Mentirosa…». El domingo no los llamé para contarles que les había mentido, pensé que era mejor hacerlo en persona. «O quizá pensaste que no querías una relación informal, porque no la quieres». A veces no entiendo la voz de mi cabeza, ella es el motivo por el que no estoy ahora mismo con Juanma. La que me frena recordándome que todo cambiará. «Él te quiere y vas a tener dos anclas, quizás no sea mala idea darle una oportunidad». Oh, esa no la esperaba. «De nada, nena».

En cuanto entro en la casa de mis padres, me arrepiento. Jesús está aquí, con esa sonrisa petulante que una vez pensé que era *sexy*. Odio esto, lo odio con todas mis fuerzas y hoy no estoy de humor para aguantar sus tonterías. Quizá estoy siendo muy egoísta cuando cojo el teléfono y llamo a Juanma, pero es que necesito que esté aquí conmigo ahora mismo. Es eso o irme por donde he venido.

—*Hola, ¿estás bien?*

—No mucho. Estoy en casa de mis padres, ¿puedes venir?

—*¿Ha pasado algo?*

—Ha pasado que estoy harta de que desprecien a mi novio.

37



El cómo Juanma ha conseguido llegar en menos de media hora a casa de mis padres, cuando es un trayecto de cuarenta minutos mínimo, lo analizaremos otro día, seguramente mientras paguemos las mil multas que le habrán puesto por ello. Pero, por una vez, no pienso decirle nada: lo he llamado y ha venido. Si eso no es una demostración de lo mucho que me quiere, pese a que yo no se lo haya dicho, nada lo es. «Deja de mirarlo como si fuera una visión y abrázalo, idiota». El tema de lo mal que me trato a veces también lo dejaremos para otro día.

Me lanzo hacia él y me envuelve entre sus brazos, apretándome fuerte contra su cuerpo. ¿Cómo es posible que hubiera echado de menos esto, si no ha pasado ni un día? «Porque le quieres y estás enamorada de él». Sí, total y completamente enamorada de este hombre perfecto, lleno de tatuajes y con una sonrisa capaz de desarmarme. Me separa lo suficiente para observarme mientras me coge la cara con las manos.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Me pongo de puntillas para besarlo y me recibe con una sonrisa a la vez que me acaricia las mejillas con el pulgar. Un carraspeo nos obliga a separarnos, pero envuelvo su cintura con mis brazos, no quiero despegarme de él.

—Me alegra que te encuentres mejor, Juanma —dice mi padre y me mira—. Tu madre va a sacar el pastel.

—Luego hablamos —le prometo a Juanma y asiente con una sonrisa.

Nos dirigimos al comedor, donde nos esperan mi madre y Jesús. Este último pone una mueca de desagrado poco disimulada cuando ve a Juanma y exploto:

—Si no te gusta lo que ves, ya sabes dónde está la puerta.

—Mar, por favor, solo ha venido a felicitar a tu padre —me interrumpe mi madre—. No hace falta que te pongas así.

—Sí, sí que hace falta. ¿Qué pinta aquí, mamá? —le reprocho. Y si he tenido que casi perder a Juanma para armarme de valor y dar un paso adelante, que así sea—. No es nadie de la familia. No quiero verlo, te lo he dicho un montón de veces, pero tú no paras de invitarlo.

—Porque sigo pensando que fue un error que lo dejarais.

—¡El error fue perder ocho años de mi vida a su lado! —vocifero, porque, por mucho que lo diga, parece que mi madre no lo entiende. Noto que Juanma me aprieta más contra él y me da fuerzas para seguir hablando—: ¿Eres consciente de lo insultante que es que no aceptes mi decisión o que lo invites cuando tengo otra pareja?

—Juanma no iba a venir hoy.

—¿Pero tú te escuchas cuando hablas? ¿Crees que voy a cambiar de opinión? ¿De verdad crees que quiero volver con ese despojo humano que no paraba de despreciarme y fingía que lo hacía por mi bien? —Suspiro—. Aunque no sé de qué me sorprendo, tú haces exactamente lo mismo.

Mi madre intenta sostenerme la mirada, pero sé que no es capaz de aguantar todo el reproche que hay en la mía. Se gira para mirar a mi padre, que nos observa con los brazos cruzados apoyado en la mesa.

—¿Y tú no piensas decir nada?

—Nada de lo que ha dicho tu hija es mentira, llevo años diciéndotelo. —Se encoge de hombros y me mira—. Me alegra verte de vuelta. Esta es mi chica valiente.

Abre los brazos y voy corriendo hacia él para fundirnos en un abrazo que se siente como cuando tenía cinco años y me había raspado las rodillas.

—Siento no haber hablado contigo en su momento cuando me di cuenta de que habías perdido tu luz —me susurra—. Tu madre me dijo que era normal porque habías crecido y llevabas mucho tiempo fuera de casa, pero en el fondo sabía que eso no era verdad. No volverá a pasar.

—Gracias. —Me limpia las lágrimas que ni había notado que estaba derramando mientras me sonríe. Es un gruñón y un hombre de pocas palabras, pero siempre me animó a luchar por lo que quería. «Y te ayudará a mandar a Juanma a paseo si cambia».

—Con él brillas —dice señalando a Juanma con el mentón, que está en mitad del salón mirándonos con cariño—, pese a que esté lleno de tatuajes.

—Papá…

—Ya, ya. —Le lanza una mirada a Jesús que hace que se mueva incómodo—. ¿Se puede saber por qué sigues aquí? ¿No tienes amor propio o qué? Lárgate de mi casa.

Jesús atraviesa el comedor como alma que lleva el diablo, y entonces me doy cuenta de que mi madre ha desaparecido también.

—Se ha ido hacia las habitaciones —me informa Juanma.

—Debería ir a hablar con ella —suelto con un suspiro.

—No tienes por qué —me recuerda mi padre.

—Entonces, no sería ella misma —le rebate Juanma y mi padre asiente a regañadientes.

Dejo atrás a los dos hombres más importantes de mi vida y me dirijo hacia las habitaciones. Me sorprendo al encontrar a mi madre en la mía, me apoyo en el quicio de la puerta mientras lo observo todo. Sigue exactamente igual que antes de irme a la universidad. Qué mal gusto tenía entonces.

—Siempre te has llevado mejor con tu padre —empieza a hablar mientras mira un marco de fotos que no sé de dónde ha sacado—. Daba igual el tema, tu padre siempre te daba la razón. Siempre. Era muy frustrante. Casi haces la comunión con un vestido de flores, ¡por el amor de Dios!

—Hasta que decidí que no quería hacerla —le recuerdo, aunque esa decisión pareció aliviarle más que enfadarle, supuse que para que nadie me viera con un vestido que no era «lo que tocaba».

—¿Sabes? Eso me pareció bien, si no querías hacerla, pues fin. —O no—. Lo único que yo quería era que, si decidías hacer algo, lo hicieras bien. Nunca me he interpuesto en tus decisiones vitales. —Alzo una ceja, aunque no me vea—. Bueno, no lo hacía. Hasta que te fuiste a la universidad y empezamos a hablar más y parecía que, pese a que nuestra relación no era perfecta,

al menos no tenía la sensación de sobrar.

—Nunca has sobrado, y papá se ponía a tu favor más veces que al mío, te lo aseguro. —¡Qué diferentes pueden ser los recuerdos de una misma vida dependiendo de la perspectiva desde la que se cuente!

—Cuando te fuiste a la universidad tuve miedo de que no volvieras. Que te fueras a vivir a Madrid o a otra ciudad grande, como siempre habías querido. Te echaba mucho de menos, aunque no te lo dijera. —Suspira—. Pero entonces, el último año, empezaste a salir con Jesús y planeabais una vida aquí, cerca de nosotros. Luchaste hasta conseguir una plaza cerca de casa y, aunque no pudo ser aquí en Guadix, al menos fue en Baza. Cuando lo dejaste con él, pensé que retomarías tu sueño de irte a vivir a una ciudad grande y volvería a perderte. Me aferré a lo que te hizo estar aquí y pensé que si volvías con él, no te irías.

—Tuve suficiente con vivir los cuatro años de la carrera en Granada para darme cuenta de que lo de vivir en una ciudad grande es una mierda —le explico—. Hay demasiada gente. Lo sabrías si hubieras preguntado. Jesús no tuvo nada que ver con mi decisión de venirme más cerca de casa.

—Nunca quise que te perdieras en esa relación, pensaba que habías madurado, que formaba parte de la Mar adulta que estaba creciendo. Las cosas que decía Jesús no eran tan descabelladas, pero tendría que haberme percatado de que no casaban contigo.

—Yo también llegué a pensar que se trataba de madurez, pero él quería una vida y yo otra. Nunca fuimos compatibles. Mientras vivíamos separados, era fácil engañarse y aplazar todos esos planes. Sin embargo, cuando me mudé aquí, me bastaron seis meses para darme cuenta de que no era lo que yo quería. Nunca lo fue.

—Estoy muy orgullosa de la mujer que eres y del trabajo que haces. Incluido el de la asociación. Solo pienso en que puede interferir en tus planes vitales, y es algo que tienes que saber. No digo que lo dejes mañana, solo que lo tengas en cuenta.

—Mamá, yo no quiero tener hijos; y no, no voy a cambiar de opinión —digo, anticipándome a su posible réplica. Es la primera vez que se lo digo, no espero que lo entienda, solo que me respete por ello—. Trabajo cada día rodeada de niños y niñas maravillosos a los que adoro con toda mi alma, pero, a las cinco vuelven con sus padres y yo a la vida perfecta que quiero junto al hombre que quiero.

—Tu padre odia sus tatuajes.

—Pues que se aguante.

—Tendré que hacerme a la idea de que no tendré nietos —susurra mientras se levanta y deja el marco en lo que solía ser mi mesita de noche. Es una foto de los tres, mis padres y yo, en mi cumpleaños número seis—. Pero es tu decisión, aunque me duela.

—Gracias. Entiendo que ese sea tu sueño de vida, pero no el mío. —Asiente con pesar y se limpia las lágrimas de la cara mientras viene hacia mí.

—Y siento lo de Jesús. No volverá a pisar esta casa —afirma cuando salimos de la habitación —. Por cierto, ¿sigue en el comedor?

—Papá lo ha echado.

—Tu padre lleva deseando echarlo desde que entraste la primera vez en casa con él.

—Ojalá lo hubiera hecho —murmuro.

Creo que mi madre va a replicar, cuando se escuchan gritos desde el salón. Al asomarnos, vemos a mi padre y Juanma chillando al televisor por alguna jugada de un deporte que no había visto en mi vida. ¿Eso es *lacrosse*?

—Pues ya se ha ganado a tu padre —se queja mi madre.

—A lo mejor, no sé, si te hubieras dado la oportunidad de conocerlo, tú también te habrías enamorado de él.

—Seguramente me odie por cómo os he tratado y no le culpo.

—Solo tienes que disculparte. No digo que vaya a ser tu mejor amigo, pero por algo se empieza. —Asiente y suspira.

—Y que sepas que me ganó el día de Reyes, lo que pasa es que estaba demasiado enfadada incluso para verlo.

—¿En serio?

—Te defendió de mí el día que nos conocía, en lugar de intentar quedar bien. Claro que me gustó, incluso aunque no necesites que te defiendan. —Me sonríe y le devuelvo el gesto—. ¿Os quedáis a cenar?

—No. Creo que todos necesitamos pensar en todo lo que ha pasado hoy.

Asiente y me da un beso antes de irse para la cocina. Voy en busca de Juanma, que está discutiendo con mi padre sobre un corredor de MotoGP, aunque cesa en cuanto me ve y le digo de irnos. Estoy deseando estar a solas con él en nuestro piso.

Cuando vamos a salir, nos damos cuenta de que está lloviendo, así que le robo un paraguas a mis padres y vamos corriendo a los coches. Juanma se detiene justo cuando llegamos al lado del Saxo para mirarme y me acaricia la mejilla con una sonrisa.

—Te quiero, Juanma. Y siento haber tardado un puto día eterno en decírtelo, pero tenía miedo. Aun así, quiero intentarlo, aunque me tropiece, aunque me caiga, quiero estar en el mismo camino que tú y trazar nuestra vida juntos.

—Te prometo que nunca te soltaré de mi mano. —Las lágrimas se me acumulan en los ojos y me las limpia—. ¿Estás bien?

—No —admito—. Porque me gustaría estar en mi casa con mi novio mientras le digo y demuestro lo mucho que le quiero y él me promete que nunca jamás de los jamases volverá a irse de casa, y no aquí debajo de la lluvia.

—Y ese hombre tan afortunado, ¿quién es? —pregunta con voz sugerente mientras me acerca apretándome a él con el brazo en mi cintura.

—Mmm… Aún no lo tengo decidido, pero si me sigues de vuelta a casa, puede que te lo cuente.

—¿Hasta Marte?

—Hasta donde tú quieras llevarme.

38



Hoy estamos de celebración. Después de pasar por una boda con preparación exprés, una ruptura de una pareja secreta y una casi ruptura de una pareja que era, pero no era, por fin todo se ha asentado y podemos respirar tranquilos. César y Maite están mejor que nunca, claro que yo también lo estaría si me hubiera pasado dos semanas en Nueva York con el amor de mi vida. Óscar y Cristo no tienen que esconderse y este último, además, ha conseguido el trabajo de sus sueños; lo de su familia ya es otro cantar, aunque, por suerte, no parece muy afectado. Y Mar y Juanma… Bueno, ¿qué voy a decir? Han llegado tarde porque se les ha complicado un tema. Ajá. Aun así, no puedo dejar de sonreír por ellos, por lo felices que se les ve.

Sofía
¡Que vaya genial la celebración!

Fer
¡Gracias!

Sofía
¿Cómo vais?

Fer
Estamos a punto de empezar a comer, en cuanto Cristo nos dé permiso

Sofía
Al final no iré hoy a casa de mi abuela, tengo que sustituir a un compañero de la tarde que ha tenido una urgencia familiar (aunque, entre tú yo, creo que se lo ha inventado; siempre tiene urgencias familiares los sábados)

Así que, a priori, iré mañana por la mañana para allí

O puede que esta noche al salir si no estoy muy cansada, aún no lo tengo claro

Fer
He preparado pastelitos de limón

Esos que tanto te gustan y por los que me odia tu abuela

Sofía
A eso se le llama chantaje

Fer
Hay quien lo llamaría motivación

Sofía
Si llego hoy… ¿Podré comerlos?

Fer
Eso depende

Sofía
¿De qué?

Fer
De la motivación

Sofía
¿Me vas a pedir algo a cambio de los pastelitos?

Fer
Eso depende

Sofía
¿De qué?

Fer
De lo que pueda pedir

Sofía
Tus pastelitos no están tan buenos

Fer
Como quieras…

Sofía
¡Está bien! Puedes pedir algo que te guste tanto como a mí tus pastelitos

O mejor no, menos, mejor menos

¡Está bien! Puedes pedir algo, pero tengo derecho a veto

Mierda, ¿cómo se borran los mensajes anteriores?

Fer
Tarde, ya lo he leído todo

Sofía
¡No puedes hacer eso!

Es injusto que utilices la comida como chantaje, cocinas muy bien

Fer
Motivación

Sofía
¿Motivación para qué?

Fer
Lo tengo que pensar…

Sofía
Pero lo de los pastelitos, sigue en pie, ¿verdad?

Fer
Ven esta noche y lo verás…

Sofía
¡Eres malo!

…

Allí estaré, pero más te vale que vayan acompañados de alguna de esas cremas dulces que haces

Fer
Hecho

Sofía
¡Eres el mejor!

Bueno, no, tú no, que me haces chantaje

Tus pastelitos son lo mejor

Y tus cremas con nombres impronunciables

Fer
Crema chantilly

Sofía
Lo que sea, eso no es bíblico, tío

Suelto una carcajada sin poder evitarlo y es en ese instante cuando me doy cuenta de que todos me estaban observando mientras hablaba con Sofía. Cotillas entrometidos. Me despido de ella rápido y guardo el móvil antes de que Juanma venga a comprobar si su chantaje surtió efecto o no, como lleva intentando hacer las últimas tres semanas desde su amenaza. La verdad es que no fue eso lo que me hizo lanzarme a hablar más con Sofía, fue darme cuenta de todo lo que había pasado delante de mi cara sin que yo apenas me diera cuenta. Puede que fuera el alcohol el que me motivara a preguntarle a Sofía el día de la boda si para ella tampoco era indiferente, pero fue el empujón de Juanma, o la hostia de realidad, lo que me hizo actuar, por una vez en mi vida.

Me los quedo mirando a los seis con la esperanza de que ignoren lo que acaba de pasar, pero, por desgracia, tengo a Juanma como hermano.

—¿Con quién hablabas? —canturrea con recochineo. Ahora mismo le lanzaría el jarrón que tengo a mi espalda, si esta fuera mi casa.

—Con una amiga —contesto cortante y Juanma rueda los ojos mientras el resto se ríe por lo bajo—. ¿Comemos ya?

—Hace cinco minutos que he dicho que podíamos sentarnos —me explica Cristo burlándose —, pero estabas demasiado ocupado con el móvil.

—Perdón, ya podemos comer.

—Ah, no —dice Maite negando con la cabeza—. Tú no puedes comer hasta que no nos digas con quién estabas hablando. El nombre.

—Con Sofía —murmuro a regañadientes y Mar alza los brazos en señal de victoria.

—¡Os lo dije! ¡Chupaos esa y soltad la pasta!

Le lanzo a Juanma una mirada que lo acusa de tramposo y se encoge de hombros mientras besa a Mar para felicitarla. No creo que haya dos personas en el mundo que encajen más que ellos dos. Por fin nos sentamos a comer y espero impaciente a que mi hermana empiece con el interrogatorio. Contra todo pronóstico, espera hasta el postre.

—¿Y Sofía ha probado ya tus pastelitos de limón o le has guardado alguno para que los pruebe? —Finge que es una pregunta casual mientras se come su tercer pastelito.

—Yo creo que Fer prefiere que se coma otra clase de pastelitos —murmura Juanma, aunque lo escuchamos todos a la perfección. Cristo se atraganta con el café por culpa de la risa; se lo merece.

—Los ha probado —contesto y no añado nada más. No les voy a contar que el único motivo por el que hoy los están comiendo es porque los he hecho para ella. No pienso darles munición.

—¿Y qué más cosas ha probado? —César se une a la conversación tras un codazo de Maite muy poco sutil.

—No hace falta que te limites solo a las cosas de comer, si ha probado otras, nos lo puedes contar. —Un día mataré a Juanma y el juez me dará la razón cuando le diga que se lo había ganado con creces.

—Gracias —suelto en modo sarcástico y Juanma esboza una sonrisa. Yo también sé jugar—. No las recuerdo todas.

—Esa te la has ganado —bromea Cristo y, cuando fija la mirada en mí, sé que no me va a gustar lo que me va a decir—. Un día la podrías invitar y así la conocemos mejor.

—¡Esa es muy buena idea! —le anima Mar y todos asienten. «Mierda»—. Invítala también el día que pintemos el local de la asociación. Juan me dijo que era la mejor de su promoción y que le encantaría tener a alguien como ella en la plantilla, igual podemos convencerla de que se mude de vuelta aquí.

El vuelco que me da el corazón al escuchar esas palabras no es ni medio normal. No es mi pareja, no es ni siquiera un rollo casual, solo una chica a la que estoy conociendo y que cada día me gusta más. No quiero hacerme ilusiones. O mejor dicho, no puedo. Por muy tentador que sea.

—Eso, Fer, díselo —dice Juanma con un tono que me deja claro que, si yo no lo hago, lo hará él.

—Se lo comentaré, pero no creo que venga.

—¡Ese es mi chico!

* * *

He vuelto de casa de Cristo y Óscar antes de lo que tenía previsto, pero es que entre las preguntas sobre Sofía y verlos a todos acaramelados, he llegado a mi límite. Estoy muy feliz por ellos, de verdad; sin embargo, eso no implica que no les tenga envidia. Mis tres hermanos han encontrado

a su compañero o compañera de vida y yo, que encima soy el mayor, sigo soltero, cuando, de los cuatro, siempre he sido el que más claro tenía que quería vivir en pareja. Aunque, después de la revelación de Juanma hace casi un mes, la sensación de ser un estúpido ha ganado a la envidia.

Aprovecho para poner una lavadora y recoger un poco el piso de arriba mientras espero a que llegue Sofía, si es que al final se ha decidido por venir hoy y no mañana. Mañana es su cumpleaños, por eso le he hecho los pastelitos de limón. Por eso y porque quiero volver a ver la cara de placer que puso la primera vez que se llevó uno a la boca. Me provocó tal erección que cuando llegué a casa tuve que irme directo a la ducha. Desde entonces he soñado varias veces con esa imagen, todas con el mismo resultado que cuando la contemplé en directo.

Miro el reloj una vez más y me pregunto si al final vendrá. No me ha escrito cuando se supone que sale de trabajar, hace una hora y media, por lo que no sé si ha cambiado de opinión o si estaba tan cansada que ha caído redonda a la cama sin más. La desilusión me envuelve y me recuerdo a mí mismo que no tiene por qué escribirme, ni para decirme que iba a venir —cosa que sí ha hecho otros días—, ni para decirme que se quedaba en casa. Pasados cinco minutos decido que las doce es mi tope de espera y subo a ponerme el pijama. Me estoy lavando los dientes cuando llaman a la puerta.

Al abrir, me encuentro con Sofía enfundada en unas mallas negras y una camiseta ancha del mismo color, muy distinta a las prendas ajustadas y, por lo general, de cuero que suele llevar, esbozando una sonrisa, hasta que se fija en mi atuendo y abre mucho los ojos y la boca.

—¿Te he despertado? ¡Mierda, perdona!

—No, tranquila. Me acabo de cambiar —la tranquilizo—. Como no habías dicho nada, pensaba que no venías.

—Te he mandado un mensaje para decirte que salía y que quería mis pastelitos. Me ha extrañado que no me respondieras, pero no le he dado más importancia.

—No sé a quién se lo habrás mandado, pero a mí no —me burlo—. De todas formas, pasa. Ahora mismo saco los pastelitos.

—¿Seguro? Puedo volver mañana.

—¿No quieres entrar porque te sabe mal de verdad o porque no quieres tener que deberme algo? —bromeo mientras me apoyo en el quicio de la puerta y me cruzo de brazos. No me pasa desapercibida la mirada que me echa.

—Me sabe mal de verdad, si no, te aseguro que ya habría entrado y me habría comido la mitad de la bandeja. He tenido una tarde de mierda que encima no me correspondía; y, cuando volvía a casa, vomitada de pies a cabeza, para ducharme y venir aquí lo antes posible, he visto al compañero que tenía que estar en ese turno con un chico en lo que claramente podríamos llamar una cita. Así que, si el pago por acabar bien el día es deberte algo, que así sea.

—Que así sea —repito apartándome para dejarla entrar. Una vez que estoy a su espalda, me agacho para susurrarle—. Por cierto, feliz cumpleaños.

39



Me estremezco nada más escuchar su felicitación en mi oreja. No recuerdo que alguna vez me hayan felicitado de una forma tan sensual o, al menos, mi cuerpo nunca había reaccionado de esta forma. Maldito traicionero. Es el mismo que se ilusiona cuando ve su nombre en la pantalla del móvil o cuando espera, apoyado en el quicio de la puerta, a que le abra para entrar a tomar café con mi abuela y conmigo. Esa sonrisa ladeada que pone debería estar prohibida.

Una vez llego al salón y me siento a la mesa, reviso mi móvil y contengo una carcajada cuando me doy cuenta de que he avisado a Juanma, y no a Fer, de que ya salía. En mi defensa diré que los dos tienen la misma foto de perfil: una imagen de los cuatro hermanos en la boda de Maite con una pistola de clavos en la mano. Desconozco el motivo, lo cierto es que me ha dado miedo preguntar el porqué. Como si lo hubiera invocado, me contesta en ese momento:

Mamá osa (Juanma)
Me he asegurado de que mi hermano tenga pastelitos para ti, pero creo que deberías avisarle a él

Solo es una sugerencia

Aunque no me cabe duda de que te estará esperando igual

Uh…, si tu mensaje es de hace más de una hora, igual ya estás con él

Bueno, que disfrutes mucho de mi hermano

Y no, no me he equivocado, lo he escrito bien ;)

Ruedo los ojos y guardo el móvil sin contestarle. Da igual lo que le diga, he aprendido en estas últimas semanas desde que empezó a escribirme que Juanma va por libre. Llega, suelta lo que tenga que decirte y se larga sin esperar respuesta alguna. Igual que hizo en la boda. «Porque se merece ser feliz y creo que podría serlo contigo». Lanzó la bomba y se largó, sin darme tiempo ni a replicar ni a preguntar. Me dejó tan turbada que ni siquiera se lo conté a Magda. O puede que sea porque no quiero escucharla, una vez más, insistirme en que me dé el gusto con Fer. Es demasiado fina y delicada para decirme que me lo folle, pero no por ello menos persistente. Por suerte, Juanma es más sutil, aunque sé que el objetivo es bastante similar.

Recorro con la mirada el espacio que solía ser mi hogar y ahogo un suspiro. Ya no queda nada de lo que era y, aunque lo agradezco, me fastidia haber olvidado la distribución original. Al menos ahora puedo estar en este lugar sin ponerme a llorar. Me gusta cómo lo tiene Fer: las

paredes blancas contrastan con los muebles gris oscuro, y el sofá granate aporta un toque de color muy elegante. Aunque lo que más me fascina de toda la estancia son las rosas negras que tiene pintadas en la pared, cortesía de Juanma. Le pregunté por qué, pero solo me contestó: «Pareces una chica lista, lo acabarás descubriendo» y, acto seguido, añadió: «Hay otra pintura en su dormitorio, por si también quieres descubrirla ;)». Con Juanma también he averiguado que me encanta enviar el emoji de la peineta.

De repente, se va la luz. O no, solo se ha ido en el salón, porque vislumbro las luces de la cocina. En el mismo instante en el que me voy a levantar, Fer aparece con una pirámide de pastelitos con una vela encendida encima. Dios, no pensé que existiera una visión más *sexy* de él que la que me regaló la noche de la boda cuando me puso el pelo detrás de la oreja y estuve tentada de besarlo, pero estaba equivocada. Fer en pijama con la cara iluminada por la luz de una vela es una pasada de bonito. ¿O será que cada cosa que descubro de él me hace verlo aún más atractivo?

—¡Feliz cumpleaños! —exclama con una sonrisa dulce nada más poner delante de mí el montón de pastelitos—. Perdón por tardar, la pirámide ha sufrido problemas de estructura un par de veces.

—Gracias.

Pienso en un deseo, algo que quisiera tener, conservar o no perder, y mis ojos se desvían durante un segundo al chico que me sonríe mientras espera paciente a que sople. Mi cuerpo traicionero vuelve a hacer de las suyas y, antes de poder pensar en otra cosa, apaga la vela.

—¡Ya puedes comer! —celebra encendiendo la luz—. Voy a buscarte la crema y un plato.

Regresa al poco con lo que ha dicho y, como había prometido, me como más de la mitad de la bandeja. He cenado algo antes de coger el coche, pero he dejado todo el hueco para los pastelitos, que se han convertido en mi nueva obsesión. Ojalá supiera hacerlos y ojalá Magda no me hubiera mandado a la mierda cuando le dije que debería aprender a prepararlos. «Si quieres pastelitos, se los pides a Fer». Si no la conociera, pensaría que está celosa, pero lo más seguro es que sea otro de sus intentos por hacerme ampliar mi zona de confort.

Hablar con Fer es fácil, saltamos de un tema de conversación a otro sin problema. Me encanta escucharle hablar de sus hermanos, se nota no solo que los adora, sino que también son una piña. Me hubiera encantado tener hermanos, de hecho, me hubiera conformado con tener primos o primas, pero mis padres eran hijos únicos y querían lo mismo para mí. Lo cierto es que nunca me sentí sola hasta que murieron.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —me pregunta Fer preocupado poniendo su mano sobre la mía, lo que me sobresalta.

—¿Qué?

—Es que te estaba contando lo del entrenamiento del miércoles y te has puesto triste de golpe. ¿Estás bien?

—Sí, perdona, estaba pensando en mis padres. —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar, y agradezco que no diga palabras vacías que suele decir la gente, como la mierda de «ha pasado mucho tiempo».

—Yo me siento peor en las navidades —admite—. A mi padre le flipaban y decoraba la casa el dos de noviembre, pese a las quejas de mi madre. No pensé que celebrar tu cumpleaños te afectaría, lo siento.

—No, no me afecta. —Niego con la cabeza para darle más énfasis a mi afirmación y se me escapa un mechón de pelo que Fer vuelve a colocar detrás de mi oreja. Me encanta que haga eso —. Al menos ahora no. Pasé mucho tiempo fingiendo que era un día más, hasta que Magda me

obligó a ir a comer con mi abuela a un restaurante y no me sentí mal, así que lo convertimos en una tradición. Creo que mi abuela quiere tanto a Magda debido a ese gesto.

—Yo cogí el testigo de mi padre con la locura navideña para que mis hermanos no lo notaran tanto, aunque creo que lo hice para que, si ya íbamos a estar tristes esos días, como mínimo tuviéramos algo que nos recordase que él siempre estaría con nosotros. —Suspira—. ¿Te apetece hablar o cambiamos de tema?

—Cambiamos de tema, por favor. —No debería parecerme tan tierno que me dé la opción de elegir, pero la verdad es que lo hace. Me aprieta la mano antes de soltarla y el frío que siento en ella no tiene nada que ver con la temperatura de la estancia.

—Pues, si quieres, puedo darte tu regalo ahora —comenta mientras se rasca la nuca nervioso.

Fer de normal es adorable, pero el Fer nervioso es un amor. «Madre mía, me levantaría y le daría un abrazo». Yo misma me quedo impactada por ese pensamiento. Una cosa es querer besarlo cuando lleva un traje que le sienta espectacular y te mira como si no existiera otra mujer en el mundo; otra, querer darle un abrazo amoroso. Me quedo tan petrificada que Fer lo interpreta como si fuera una reacción por su sorpresa, así que se levanta para coger algo del mueble que hay al fondo. Vuelve con un paquete cuadrado envuelto en papel de regalo y un ramo de rosas negras que ni siquiera había visto.

—Son preciosas —murmuro tocando el pétalo de una de ellas.

—Se supone que no mueren —me explica, no muy convencido—. La florista me dijo que estaban preservadas o algo así.

—Tenía alguna así, pero no negras. Gracias.

Beso su mejilla y me alejo cuando me doy cuenta de que me hubiera gustado que me rodeara con su brazo y me besara con pasión. «Pero ¿qué me pasa?». Me centro en las flores para no mirarlo y me acerca el otro paquete, el cual abro al momento. Una sonrisa de oreja a oreja se me forma en la cara cuando veo un cuadro de rosas negras como las que tiene Fer en la pared.

—Juanma me ha pedido una foto tuya con el cuadro como pago o doscientos euros, así que me vas a permitir que te robe un posado.

—¿Es broma?

—Ojalá —dice con resignación—. Puedes taparte la cara con el marco si quieres.

—No, no pasa nada. No tengo nada en contra de las fotos. —Y es verdad—. ¿Te pones conmigo?

No sé lo que se habrá tomado el adolescente que me ha vomitado hoy encima, pero, desde luego, los vapores de la sustancia me han tenido que afectar al cerebro, porque no entiendo qué me está pasando esta noche con Fer. O puede que no me esté pasando nada más allá de que estoy conociendo a un hombre maravilloso. Drogada, definitivamente estoy drogada.

Se acerca a mí y nos hace un par de selfis donde, queda mal que yo lo diga, pero, salimos muy guapos. Me manda las dos fotos y hace lo propio con su hermano.

—¿No es un poco tarde para que le mandes un mensaje ahora? —le pregunto porque estoy viendo en el móvil que es la una pasada.

—Que se joda. —Su móvil suena y se ríe—. Está despierto, dice que felicidades.

—Dile que gracias. —Un bostezo enorme sale de mi boca en ese mismo momento—. Creo que debería irme a dormir.

—¿Te acompaño para que no te pierdas? —bromea.

Niego mientras me dirijo a la puerta. Sigue en pijama, aunque se ha puesto una sudadera negra y estoy tentada de decirle que donde quiero que me acompañe es al dormitorio. Vale, tengo que salir de aquí antes de hacer una tontería.

Se queda apoyado en el quicio de su puerta mientras me observa salir de su casa para dirigirme a la de mi abuela, pocos metros más allá. Antes no había un muro que las separara, lo construimos cuando mi abuela no quiso vender y se abrió la opción de alquilar la casa que era de mis padres. A Fer le sería mucho más fácil venir sin él. Sacudo la cabeza y me despido con la mano antes de entrar. Con un poco de suerte, mañana se me habrá pasado el efecto de la droga que seguro que llevaba el vómito.

Noto varias vibraciones en el móvil y, cuando lo saco para mirarlo, veo que tengo mensajes de Juanma y de Fer:

Mamá osa (Juanma)
Felicidades, reina mora

Espero que te acuerdes de mi hermano cada vez que veas el cuadro

Y si lo usas para tocarte pensando en él, ten en cuenta que esa pintura no está diseñada para que respete la piel ;)

¡La madre que lo parió! Entro en la conversación con Fer, aún sonrojada por las palabras de su hermano.

Fer
Buenas noches, preciosa

Descansa, mañana tienes mucho que celebrar :)

¡Ah! Y creo que ya sé lo que quiero a cambio de los pastelitos de limón

Sofía
¿Y me lo vas a decir?

Fer
Otro día

¡Que sueñes bonito!

Y, como si lo hubiera planeado, sueño con él.

40

Juanma



Me arrastro por el pasillo que me lleva hasta la puerta de casa, y los pocos metros que me separan de ella se me antojan eternos. Estoy muerto. Llevamos toda la semana para derribar un muro de piedra que nos ha dado por culo más de lo que esperábamos. Al menos, ya está hecho y mañana es viernes. Eso sí, los tres hemos salido de allí como si hubiéramos hecho una guerra de cemento. Si no fuera porque ir al estudio me relaja, hoy me quedaba en casa sentado en el sofá con una cerveza hasta que llegase Mar.

Cuando abro la puerta, me llega su voz desde el salón, así que voy hacia allí para comprobar que no le haya pasado nada; debería estar en la asociación. Me la encuentro hablando por videollamada con su amiga Irene, la cual vive en Suecia, y con los ojos rojos.

—Ei, nena —le digo poniendo una mano en su hombro en un vano intento de que no se asuste. Los auriculares que tiene puestos salen volando y se lleva una mano al pecho—. Perdón. Hola, Irene.

—Juanma, ¿qué haces aquí? —Me observa como si fuera lo más raro del mundo encontrarme en mi casa, aunque, seguramente sea así, y de repente se percata de que estoy blanco—. ¿Te has peleado con un saco de cemento?

—Algo así —bromeo—. Voy a ducharme, ¿vale?

Asiente y recoge los auriculares para seguir con la videollamada. Para cuando vuelvo al salón de nuevo, limpio y vestido con un chándal que suelo ponerme para ir a pintar, ya ha terminado de hablar. Sonrío al ver que me espera con dos cervezas y un plato de patatas fritas de bolsa.

—¿Estás bien? ¿Por qué llorabas? No sueles llorar cuando hablas con Irene, al menos, no así. ¿Por qué no estás en la asociación? ¿Ha pasado algo? ¿Por qué no me has llamado? —Las preguntas salen disparadas de mi boca sin darle tiempo a responder. Se ríe y se sienta en mi regazo para envolverme con los brazos antes de darme un beso corto en los labios.

—Hola —saluda con una sonrisa—. Estoy bien, bueno, no estoy mal. No estoy en la asociación porque he tomado la decisión de no ir los jueves.

—¿Desde cuándo? ¿Y eso? —La asociación es importante para ella, no quiero que la deje si no es lo que desea. De hecho, hasta hace un instante, nunca pensé que escucharía de su boca que no quiere ir; ya le jode bastante tener claustro los lunes y no poder acercarse.

—De manera oficial, desde hoy. Pero lo llevo pensando desde el fin de semana que hablé con Cristo.

—¿Te ha dicho que la dejes? —Me sorprende que Cristo haya hecho algo así y me relajo cuando Mar niega con la cabeza.

—He decidido ir a terapia —confiesa con un deje de vergüenza bajando la cabeza, y se la alzo con la mano. No hay nada malo en ello, no tiene que avergonzarse.

—Me parece una gran decisión. Y no lo pienso solo porque dejarás de tener miedo a nuestra relación, estoy seguro de que te irá genial a ti como persona.

—Yo también. —Sonríe y el resto del mundo deja de existir—. Cristo ha movido sus hilos y me ha conseguido hora con una psicóloga especializada. No te lo había contado porque ni siquiera me había hecho a la idea cuando me ha llamado a mediodía para decirme que tenía hora esta tarde. Pensaba explicártelo cuando llegases.

—Me da igual que no me lo hayas contado. Lo que me hubiera dolido es que no lo hubieras hecho por otro motivo, como que pensaras que no iba a apoyarte o entenderte. —La beso en los labios cuando niega con una sonrisa—. ¿Y a qué hora saldrás de la consulta?

—Sobre las seis de la tarde, son cuarenta y cinco minutos y está muy cerca del colegio. Es genial porque así no tengo que ir corriendo.

—Pues a partir de ahora yo también me cogeré libre los jueves por la tarde para estar contigo si lo necesitas.

—No tienes por qué hacerlo.

—No, no tengo, es que quiero hacerlo. Pintar está sobrevalorado.

—O podemos ir a pintar los dos —propone con un gesto que me indica que haremos muchas cosas, pero no pintaremos.

—Te recuerdo que la última vez tardaste tres días en quitarte toda la pintura del cuerpo y que te picaba.

—Y, como te dije esa la última vez, cambia de pinturas —me exige acercándose más a mí.

—Quizá lo valore —le susurro mientras cuelo una mano debajo de su sudadera y gimo al darme cuenta de que no lleva sujetador—. Eres malvada.

—¿Yo? —Pone una cara inocente que no engaña a nadie y le pellizco un pezón, lo que la hace soltar un jadeo—. No sé de qué me hablas, todas las tardes que estoy en casa voy sin sujetador.

—Me gusta más cuando vas desnuda —confieso besando su cuello y haciendo que se estremezca—. Aunque odio que esas cortinas no tapen una mierda y tengas que cubrirte ese cuerpo que me vuelve loco.

—Cuando vivamos en una que sea nuestra, compraremos las cortinas más tupidas del mundo —afirma mientras se sienta a horcajadas encima de mí—. No a todos nos gusta ser unos exhibicionistas como a ti.

—¿Me estás proponiendo que nos compremos una casa, nena? Dime cómo se llama esa psicóloga tuya, pienso hacerle un regalo —bromeo.

—¿Quieres? —Su confusión me hace reír.

—¿De verdad me estás preguntando si quiero pasar el resto de mi vida con la mujer que amo? Por supuesto, nena.

—Es algo que ya habías pensado —me acusa y me encojo de hombros—. No me lo habías comentado nunca.

—No he dicho que quiera empezar a buscar casa mañana, pero sí que es algo que ya me había planteado. No quiero vivir de alquiler para siempre, y menos ahora que he encontrado a mi compañera de vida. Sin embargo, no tengo prisa. Sé que es un gran paso en nuestra relación, lo daremos cuando estés preparada.

—Molaría que pudieras tener tu propio estudio en ella, con un gran ventanal para que entre luz natural.

—Y tú un despacho con una mesa enorme para cuando tienes que hacer tus informes y con sitio de sobra para todas esas manualidades que empiezas y nunca acabas.

—¡Oye! —Me da un manotazo en el pecho mientras nos reímos—. Nunca había dejado nada a medias, hasta que empecé a vivir con un hombre que no para de atacarme por el pasillo.

—¿Es una queja?

—¡No! —Se aferra más a mí y tengo que controlarme para no hacer precisamente eso y olvidarme de que estamos teniendo una conversación seria—. ¿Crees que existirá una casa así?

—¿Así como?

—Perfecta para nosotros.

—Nena, si no existe, la construimos. Tú dame tu lista de deseos y yo los haré realidad.

—Hagámoslo.

—¿La lista de deseos? —pregunto esperanzado, aunque no quiero hacerme muchas ilusiones. Es un gran paso para ella—. Porque yo con que tú estés desnuda por la casa me conformo.

—Busquemos una casa para vivir juntos —afirma con convicción; y, joder, ahora mismo la quiero más que nunca por lo valiente que está siendo—, pero si me canso de ti, pienso quedármela.

—Eso no va a pasar —sentencio y alza la barbilla, desafiándome.

—¿Y eso por qué?

—Porque no pienso permitir que te canses de mí.

41



Cuando pienso que Fer no puede ser más adorable, me sorprende gastando su carta de «Puedes pedir lo que quieras» para invitarme a pasar la mañana con sus hermanos para rehabilitar y pintar una parte del centro de la asociación. Y no solo es adorable porque vaya a hacerlo de manera altruista, que también, sino porque ha pensado en algo que a mí también me haría ilusión.

Llego al salón con la mochila de fin de semana preparada para despedirme de Magda, que está viendo una película romántica que se sabe de memoria, mientras le escribo a Fer para informarle de que saldré en diez minutos. Responde al momento para desearme buen viaje y decirme que vaya con cuidado. Siempre me contesta lo mismo y… me parece adorable.

—¿Qué se cuenta Fer? —suelta Magda pausando la película—. Dale recuerdos de mi parte.

—No he dicho que estuviera hablando con él —me defiendo, no sé muy bien por qué.

—A no ser que hayas conocido a otro hombre en los quince minutos que has tardado en preparar esa mochila, él es quien te acaba de escribir. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Solo le he avisado de que ahora saldría.

—Ajá. —Su cara de incredulidad me hace rodar los ojos—. ¿Y pasarás por su casa antes o después de ver a tu abuela?

—No voy a ir a su casa.

—¿No? Pues deberías. Estás tardando mucho en darte el gusto.

—Eres inaguantable. —Bufo mientras me dirijo a la puerta—. Volveré el lunes por la tarde, ten cuidado.

—¿Sabes? Llevas unas semanas en las que no me dices que no quieres a lo de darte el gusto con Fer. —Me asomo por la puerta para mirarla con odio y me regala una sonrisa de oreja a oreja —. Solo constato un hecho.

—¡Adiós!

—¡Hazlo, y luego cuéntamelo todo! —Son las últimas palabras que escucho antes de cerrar la puerta.

Tiene razón, he dejado de decirle que no quiero y eso se debe a que soy incapaz de mentirle. Desde mi cumpleaños no he dejado de pensar en él, en cómo sería verle perder el control; si es de los que les gusta dominar o dejarse hacer, o si lleva bóxer o *slips*. Tengo un problema. Sobre todo porque yo pensaba que lo que me pediría a cambio de los pastelitos sería algo más íntimo, entre nosotros, no rodeados de todos sus hermanos. O puede que solo sea mi desilusión la que habla.

No nos hemos vuelto a ver desde entonces, pero no hemos dejado de hablar ni un solo día.

Mi abuela ha dejado de ser el tema de todas las conversaciones para centrarnos en nosotros. Me da la impresión de que yo también podría llegar a interesarle, pero la invitación me ha dejado un poco descolocada. O puede que solo sea Fer siendo Fer, es decir, adorable a más no poder, y esté esperando a que yo dé el paso. Que puedo hacerlo, no tengo problema con eso, lo único que espero es que no piense que busco algo más que darme el gusto; lo último que quiero es hacerle daño. Pensó que formaría una familia con su primera novia, queda claro que es de los que buscan algo más. Por otro lado, si dejamos claro antes lo que esperamos cada uno, no debería ser un problema, ¿no?

Con ese pensamiento rondándome la cabeza durante todo el camino llego a Baza, donde me encuentro a Fer hablando con mi abuela en el banco del jardín como dos viejos amigos que se reúnen para rememorar batallitas. Me los quedo mirando desde la verja con una sonrisa en la boca, hasta que Fer repara en mí y me guiña un ojo.

—¿Cuánto hace que nos espías? —me acusa y mi abuela gira la cabeza para verme.

—Acabo de llegar, no quería interrumpir.

—Fer me estaba contando a dónde vais mañana —me explica mi abuela—. Es muy bonito lo que vais a hacer.

—Sí, la verdad es que sí —admito.

—Bueno, yo me voy dentro ya, que ha empezado a refrescar. —Alzo la ceja ante la tontería que acaba de decir mi abuela, pues hace bastante calor para ser las ocho de la tarde, pero se mete en casa como si le fuera la vida en ello.

—Eso ha sido raro, ¿no? —comenta Fer levantándose—. Hace dos minutos se quejaba del calor que tenía.

—Habrá querido dejarnos solos, como cuando vienes a tomar café y se va a echar la siesta a su habitación, como si fuera algo que hace habitualmente, cuando los dos sabemos que se duerme en el sofá con su novela de fondo.

—No se duerme, descansa la vista —se mofa Fer llegando hasta donde estoy y abriendo la verja—. ¿Te ayudo con la maleta?

—Solo llevo una bolsa, gracias. —Paso por su lado y estoy tentada de darle un beso, pero eso sería raro, ¿verdad?—. ¿A qué hora hay que estar allí mañana?

—Sobre las diez, pero si te pregunta Juanma, le dices nueve y media, o llegará a las once —me informa saliendo hacia la calle.

—Perfecto. —Cuando estoy a punto de abrir la puerta de la casa, me giro para consultarle la duda que me ha estado rondando todo el camino y le pillo de forma descarada mirándome el culo —. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Qué opinas de las relaciones esporádicas?

—Que si las dos personas están de acuerdo, el tipo de relación que tengan no debería importarle a nadie —contesta, extrañado ante mi interrogatorio.

—Me refiero a ti. Es decir, tenerlas tú.

—He tenido alguna. —Se encoge de hombros—. Por lo general se acaban porque una de las partes quiere más. Es más fácil si lo limitas a uno o dos encuentros y cortas ahí. Es la forma de que nadie sufra o se haga ilusiones. ¿Y tú?

—Es la única clase de relación que he tenido —confieso. Asiente, como esperando algo más que no llega—. En fin, nos vemos mañana.

—Hasta mañana. —Nada más oír el sonido de la puerta al abrirse, me llama—: Sofía, ¿lo has preguntado por algún motivo en concreto?

—No lo sé —admito y, de repente, me envuelve una vergüenza como nunca antes. No debería ser tan difícil, ¿no?

—Cuando lo sepas, me gustaría saberlo. —Y con ese comentario, se va a su casa y me deja sonrojada hasta las orejas y con la convicción de que deberíamos darnos el gusto.

42



Nunca había sido consciente de cuánto espacio podía llegar a ocupar una persona en un coche hasta que Fer se ha subido en el asiento del copiloto. O puede que sean los nervios por lo que quiero proponerle los que me hacen ser consciente de toda su envergadura. Me ha dejado sin respiración cuando he salido de casa y me lo he encontrado apoyado en mi coche, con una pierna en la rueda y escribiendo un mensaje con una sonrisa tonta en la boca. Y, por supuesto, el estómago me ha dado un vuelco cuando el móvil ha vibrado y me he dado cuenta de que esa sonrisa era por mí. Definitivamente, tenemos que darnos el gusto antes de que esto vaya a más. Nos sacamos la espina y tan amigos. Es la mejor opción.

Intento no mirarlo de reojo, pero fracaso de forma estrepitosa cuando llegamos a un semáforo. Fer, con traje azul claro, está para comérselo; con vaqueros y camiseta, para lamerlo hasta dejarlo seco, y con pijama, para suplicarle que te acompañe a la cama. Pero ¿Fer con ropa de trabajo? Está para montarle un altar y rezarle para que te haga todo lo innombrable que conozca. No voy a salir viva hoy, moriré de combustión espontánea.

Por suerte, llegamos al centro de la asociación más rápido de lo que pensaba, y me bajo del coche como si me fuera la vida en ello, respirando tal bocanada de aire que casi me ahogo. Aun así, el olor de su colonia me sigue acompañando cuando llamamos a la puerta. Nos abre una chica alta, con unas curvas de escándalo y un rollo *pin up* que me flipa. Pienso que podría caerme bien, hasta que veo cómo le sonríe a Fer.

—Hola, Luna. ¿cómo estás? —la saluda Fer con un abrazo que dura más de lo que el decoro permite. Entramos y nos adentramos en el lugar, me pego a él para no perderme. Cuando cruzamos la primera esquina, busca mi mano y la agarra mientras sigue hablando con la chica *pin up*—: ¿Ha llegado alguien ya?

—Juanma y Mar llevan aquí dos minutos, pero tu hermano dirá que son más. —Rueda los ojos y se ríe. No me gusta la familiaridad con la que habla con él—. Se ha enfadado cuando se ha enterado de que habíamos quedado a las diez.

—Que se joda —se burla Fer—. Por cierto, Luna, ella es Sofía, una amiga.

—Encantada. —Su sonrisa es sincera, y sé que es irracional que me caiga mal, pero lo hace. Tan irracional como que me haya molestado que haya dicho *amiga*, si es lo que soy—. Eres la colega de Juan, ¿verdad?

—Compañeros de universidad —rectifico y se ríe.

—Dijo que dirías justo eso. ¿Te comentó que estamos buscando personal?

—No me interesa, gracias —sentencio antes de que añada nada más. Fer aprieta mi mano y,

cuando lo miro, me sonríe.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos. —Me guiña un ojo y no insiste, cosa que agradezco, y que hace que gane algún punto extra a mi primera opinión de ella—. Fer, desde aquí ya sabes llegar. Llámame al móvil si necesitáis algo.

«Te llamará Juanma, no él», quiero decirle, pero me callo, porque estos celos que estoy sintiendo no son para nada racionales. Para empezar, porque Fer y yo no tenemos nada, como mucho nos acostaremos una o dos veces y fin. Y para acabar, Fer puede hacer lo que quiera con quien quiera porque, pues eso, que no tenemos nada.

Fer me aguanta la puerta para que pase y pone una mano en mi espalda cuando nos adentramos en una sala enorme, con el suelo de parqué rollo pista de baloncesto. En la pared del fondo está Juanma, con una chica morena con rizos que le rodea el cuello con los brazos y los dos sonríen como si el resto del mundo no existiera.

—Hemos venido a trabajar, no a hacer manitas —se burla Fer y Juanma, sin mirarle, le saca el dedo del medio y aplasta a la chica contra él antes de darle un morreo que ni en las películas. Fer rueda los ojos—. No estoy solo.

—Hola, Sofía —me saluda Juanma con una sonrisa de oreja a oreja cuando se despega de la morena como si no acabaran de comerse el uno al otro—. Ella es Mar, mi novia.

—Venga, a trabajar —les insta Mar a Juanma y Fer, y, acto seguido, llega hasta donde estoy yo—. Tú te vienes conmigo.

—Pero ¿no vamos a ayudar? —le pregunto cuando me arrastra a una especie de sofá que hay en el otro extremo de la sala y que no había visto hasta ese momento. Mar se ríe con ganas.

—Oh, no, cariño. Nosotras hemos venido a disfrutar de las vistas —suelta lanzándose encima del sofá como una reina y da unos golpes a su lado para que haga lo propio.

¿Para esto me ha traído Fer? ¿Para mirar? ¿Vamos a estar cada uno a un lado de la sala? Todo el calor que me ha acompañado en el cuerpo mientras veníamos, y que no tiene nada que ver con la temperatura del exterior, me abandona para dejarme una sensación agridulce. «¿Qué pinto aquí? ¿Para qué me ha invitado? ¿Los hombres trabajan y las mujeres miran? ¿De verdad pensaba que disfrutaría con esto? No entiendo nada».

El cabreo va aumentando a medida que pasan los minutos y más preguntas y reproches llenan mi cabeza. Estoy a punto de levantarme e irme cuando aparecen Óscar y Cristo por la puerta por la que hemos entrado Fer y yo. Se dan un beso y el primero se dirige a donde están sus hermanos, mientras que el rubio viene hacia nosotras.

—Hola, preciosas —saluda Cristo y se sienta a mi lado. En ese momento me doy cuenta de que lleva dos bolsas de la compra del supermercado donde ha empezado a comprar mi abuela, llenas hasta arriba—. ¿Me he perdido algo?

—Aún no ha empezado el espectáculo —dice Mar decepcionada—, pero no tardará. Juanma se ha cabreado por lo de la hora.

—Déjame adivinar: ha llegado tarde y cuando ha aparecido no había nadie.

—Por supuesto —se mofa Mar—. ¿No conoces a tu cuñado o qué?

—Perdonad —los interrumpo—, pero ¿no vamos a ayudar o algo?

—Oh, no —contesta Cristo horrorizado—. Créeme, no quieres estar en medio del fuego cruzado.

—No puedes meterte en medio de los hermanos Rubio cuando trabajan —complementa Mar —. En serio, tú relájate y disfruta.

No sé si sus comentarios me relajan o me ponen más tensa. Sin embargo, los tres nos olvidamos de con quién estamos cuando Óscar, Juanma y Fer se quitan la camiseta. Sus espaldas

musculadas son un espectáculo para la vista y ahora entiendo lo que querían decir.

—Cristo, tío, deberías cortarte con los chupetones. Se ven desde aquí —le acusa Mar riendo.

—También las marcas de tus uñas en la espalda de Juanma y no te digo nada —se defiende Cristo. Los tres hermanos empiezan a discutir sobre algo, sobre todo Fer y Juanma; Óscar media entre los dos. Cristo los señala mientras llama mi atención—. A eso nos referíamos, Sofía. Son insufribles cuando están juntos, y más si es en el trabajo.

Están discutiendo mientras mezclan una especie de pasta blanca que no sé lo que es. Juanma dice que necesita más agua y Fer, que no es un pantano. En un momento dado, sueltan la mezcla para ir a mirar el paquete, y Óscar les intercambia las cubetas, de modo que, cuando vuelven a cogerlas, Juanma tiene la de Fer y Fer, la de su hermano. Siguen con el mismo argumento hasta que Óscar les confiesa lo que ha hecho. Los dos se callan y, refunfuñando, se ponen a tapar agujeros con la pasta.

—Son como niños —se queja Mar.

—Unos niños muy *sexies* —comenta Cristo con una sonrisa de medio lado comiéndose con los ojos a Óscar.

Maite y César aparecen en la sala y, tal como ha pasado antes, se despiden con un beso y se separan, solo que esta vez es César quien se acerca y Maite la que va con sus hermanos. Se pone a decirles que no lo están haciendo bien, con las manos en las caderas, y comienza a señalarles las imperfecciones que deben tapar. Sus hermanos la ignoran, le contestan o le sacan el dedo del medio, mientras ella sigue con la misma retahíla. Entonces, la separación no son hombres y mujeres, son hermanos Rubio y parejas. «Parejas».

—Hola, chicos. —César se lanza al sofá y me doy cuenta de que era más grande de lo que parecía en un primer momento. Se incorpora para mirarme y me tiende la mano—. Eres Sofía, ¿verdad? Creo que no nos conocemos, soy César.

—¿Y si ahora no fuera Sofía y fuera Tamara? —le interpela Mar—. No puedes presentarte así.

—Ya, claro, como si Fer fuera a traer a otra persona —le rebate César rodando los ojos y bajando la mano que nunca le he estrechado. Una pequeña llama vuelve a encenderse en mi interior, sutil, pero poderosa—. Cristo, ¿has traído algo de picar? Me muero de hambre.

—¿Por quién me tomas? —Cristo empieza a sacar bolsas de patatas, palomitas y pipas, que le tiende a Mar—. Tu novio me ha pedido esto expresamente para ti.

—Oh, luego se lo agradeceré —dice Mar cogiendo la bolsa y dándole un repaso a Juanma con la mirada. Como si lo hubiera notado, este se gira y le lanza un beso.

—Pensaba que Maite trabajaba en la oficina —murmuro. Les está dando órdenes a sus hermanos mientras estos la ignoran.

—Y lo hace —me contesta César mirando a su mujer con un cariño infinito. ¡Qué bonito tiene que ser que te miren así!—. Pero le encanta dar por saco a sus hermanos.

—Fer me dijo que estas eran tus favoritas —me indica Cristo tendiéndome una bolsa de 3D's. Asiento mientras la cojo, aunque no la abro—. Por cierto, Alberto está encantado con tu abuela. Dice que siempre que va a llevarle la compra le da algo de comer. Está enamorado de sus galletas de canela.

—¿Alberto? ¿Llevarle la compra? —pregunto, confundida.

—Alberto es uno de nuestros empleados, uno de los mejores, si me preguntas.

—Eso solo lo dices porque es tu cuñado —lo acusa Mar, riendo.

—Ya lo pensaba antes —se defiende Cristo.

—Entonces, es porque es tu mejor amigo —le rebate César llevándose una patata a la boca.

—Como iba diciendo —suelta Cristo con cara de «idos todos a la mierda»—, Alberto es el repartidor de nuestro supermercado en Baza y le lleva la compra a tu abuela. Nos la manda por mensaje y nosotros se la preparamos.

—La convenció Fer —me informa Mar ajena a mi sorpresa.

—Tu abuela solo accedió a las cosas que pesan —añade Cristo—. Pero aprende rápido, así que ahora viene, compra y le pone ojitos a Alberto para que se la lleve a casa antes que a nadie.

—Eso suena mucho a mi abuela, sí —admito riendo—. No domina el mundo porque no quiere.

En ese momento, Fer baja de la escalera donde estaba subido y se pone al lado de Maite, pasándole un brazo por los hombros; su hermana lo agarra de la cintura. Óscar se une al lado de su hermana y Juanma junto a Fer, apoyando el brazo en su hombro. Los cuatro están mirando la pared que acaban de alisar, dejándola llena de parches. Deben de estar susurrando porque no se les escucha hablar. Es una visión muy bonita; se nota que se quieren un montón.

—Cuando están así son tan adorables… —murmura Cristo—. Aunque negaré haber dicho eso.

—Dan ganas de mimetizarse con el entorno para no romper el momento —admite Mar en el mismo volumen que el rubio.

—Pena que les dure poco —se queja César—. ¿Cuánto tardarán en hacer una apuesta?

—Maite sacará el monedero de las apuestas en tres, dos… —Cristo no llega al número uno cuando Maite saca una especie de monedero pequeño con cremallera—. Ahí está. Son demasiado predecibles.

—Venga, vosotros —dice Juanma señalándonos—. ¡A trabajar!

—¡Eh, yo he venido a mirar! —se queja Mar, aunque se pone en pie—. Si haces apuestas, es tu problema.

—Aquí el único que tiene bula papal es Cristo, porque no sabe hacer la o con un canuto —le contesta su novio. Miro al acusado, que se ríe, pero parece que no le ha molestado el comentario —. Así que moved el culo. César, tú también, serás el encargado de que Maite deje de dar por culo.

—¡Oye!

—Compro —añade Óscar—. Hermanita, no eres papá, no sabes tanto como tú te crees. Y eres igual de útil que tu mejor amigo.

—Cuando esta noche me pidas la cena, te pienso decir lo mismo. —Cristo se hace el ofendido, pero no parece para nada afectado—. Sofía, no creas nada de lo que te digan estos desgraciados.

—Yo estoy aquí de observadora —me defiendo levantando las manos—. No voy a opinar nada.

—De observar nada —me dice Fer, y me insta a ir con él con la mano. Mi cuerpo ya se ha incorporado antes incluso de haber procesado el gesto—. Nos toca pintar.

Me acerco a él a la vez que Mar se va junto a Juanma, que está en una de las paredes laterales, Fer continúa delante de la que acaban de alisar. César y Maite también se acercan a ellos y Cristo se queda sentado en el sofá mirándonos como si fuera un rey. Óscar lo coge del brazo y lo levanta como si no pesara, y se lo lleva a la pared que tienen detrás.

—¿Estás bien? ¿Te diviertes? —me pregunta Fer mientras me pone un mechón rebelde detrás de la oreja—. He pensado que te gustaría más esto que poner masilla por toda la pared.

—Has pensado bien —admito con una sonrisa sincera—. Por un momento me dio la impresión de que no ayudaríamos.

—Es que queríamos valorar el trabajo que nos llevaría primero —me explica—, así es más fácil organizarnos. Nosotros iremos pintando las paredes de blanco mientras ellos van tapando todas las imperfecciones, así nos dará tiempo a dar dos capas de pintura antes de irnos a comer y, después, dejaremos que Juanma haga su magia.

—Nunca he pintado una pared —confieso.

—Tú tranquila, princesa, yo te enseño. —Me guiña un ojo y bajo la cabeza para que no vea cómo me he sonrojado por que me haya llamado princesa. Me ha gustado más de lo que estoy dispuesta a admitir—. No te preocupes si cae pintura al suelo, está todo protegido.

Me fijo en el plástico que tengo en los pies, el cual ni siquiera había notado cuando llegué, y asiento. Abre un cubo enorme de pintura blanca y vuelca parte en otro rectangular con una especie de rejilla en diagonal, después de mezclarla con un palo. Me reiría si no fuera porque estoy intentando no babear por cómo se le mueven los músculos de los brazos mientras hace todo el proceso. Saca dos rodillos con dos palos, uno que debe de medir lo mismo que yo y otro aún más alto que Fer. Me tiende el corto y me insta a acercarme.

—La voy a liar —me quejo mientras miro el rodillo y la pintura.

—¿Le tienes cariño a esa ropa?

—No, es bastante vieja, la verdad.

—Entonces, no hay problema, pero asume que acabará en la basura —se mofa—. Ven, ponte aquí delante. —Pega su cuerpo al mío y noto el calor que emana. Esto es muy muy mala idea—. Tienes que hundir el rodillo en la pintura, así. —Pone sus manos sobre las mías para que agarre bien el palo y hacemos el movimiento—. Una vez lo tengas bien empapado, lo pasas por la rejilla para quitarle el exceso de pintura y ya puedes empezar con la pared.

—Genial —susurro, pero no me muevo.

Estoy intentando que no se note que estoy respirando de forma entrecortada porque lo tengo pegado a mi espalda, y cuando ha dicho: «Una vez lo tengas bien empapado», mi mente se ha ido a otro sitio mucho más oscuro y placentero. Al final saco fuerzas y alzo el palo para estampar el rodillo contra la pared. Fer me insta a subir y bajar hasta que casi no queda pintura.

—Fácil, ¿verdad? Lo harás genial.

Me da un beso en la mejilla desde atrás antes de separarse y coger el otro palo, pero parece que se lo piensa mejor y, antes de eso, se pone la camiseta. Estoy tentada de decirle que no lo haga, aunque, pensándolo mejor, lo prefiero, o no pintaré nada. Ahora entiendo por qué Mar quería estar en el sofá mirando en lugar de ayudando. Lo echo de menos. Fer me regala una sonrisa de oreja a oreja cuando hunde el rodillo en el cubo y se dispone a pintar la zona más alta. Hago lo mismo mientras lo observo de reojo. Tengo que hacerle la propuesta, hoy, porque ahora que he visto algo de lo que hay debajo de la ropa, tengo ganas de ver más, mucho más.

43



Me limpio el sudor de la cara mientras escucho cómo la lluvia golpea los cristales de la sala que acabamos de pintar. Bueno, que Juanma acaba de pintar. Le ha quedado espectacular, en cada una de las paredes ha dibujado detalles de las estaciones y ha añadido balones por aquí y por allá, así como otros objetos que usa Mar en sus ejercicios de psicomotricidad; lo ha hecho de tal forma que todo está integrado, y el resultado es simplemente una obra maestra. Estoy deseando ver la cara de los niños y niñas cuando la vean el lunes. Hemos quedado con Luna en que vendremos un poco antes de que lleguen, por la mañana, y entraremos a trabajar más tarde; ventajas de tener tu propia empresa. Merece la pena perder unas horas de trabajo por esto.

—No os preocupéis por el olor —oigo que Luna les dice a mis hermanos. Hace poco nos enteramos de que no es una trabajadora más, también es la directora de la asociación—. Mañana vendré y abriré para que ventile.

—Te lo agradezco —le contesta Juanma, que tiene a Mar cogida por la cintura—. Estoy deseando ver sus caras cuando lo descubran.

—Yo también —admite Mar con una sonrisa, mirando a su novio—. Gracias por hacerlo posible.

—Un placer, nena.

—Nos vamos —declaro como si no estuviéramos todos en la puerta para salir—. Gracias, Luna, por dejarnos aportar.

—Siempre que queráis. —Me guiña un ojo e instintivamente busco la mano de Sofía. El porqué lo hago, lo analizaré en otro momento. He hecho lo mismo cuando hemos llegado y sigo sin saberlo. También prefiero no pensar qué significa que me deje hacerlo con tanta facilidad. Por suerte, a Luna ni siquiera le molesta el movimiento—. Nos vemos el lunes.

Como está lloviendo, César nos espera en la puerta con varios paraguas que no sé de dónde ha sacado. Nos tiende uno a cada pareja, antes de rodear a Maite por los hombros y llevarla directa al coche mientras él se moja la mitad del cuerpo por cubrirla en exceso. Óscar y Cristo también se van corriendo hacia el Audi del segundo y, cuando me giro para despedirme de Juanma y Mar, me encuentro a mi hermano babeando frente al todoterreno de Sofía.

—¿Crees que lo manchará? —bromea Sofía a mi lado, aún no hemos salido de debajo del portón que nos está protegiendo de la lluvia.

—¿Quieres tenerlo a tu merced y comiendo de tu mano? Prométele que le dejarás conducirlo.

—Es algo a tener en cuenta —admite con una sonrisa y su semblante se pone tenso—. No lo ha conducido nunca nadie.

—Entonces, que mire y babee. —Le guiño un ojo y abro el paraguas—. ¿Vamos?

Asiente y la acompaño hasta su puerta antes de dirigirme a la del copiloto. Su abuela me explicó que le costó muchos años de terapia cruzar la calle sin tensarse después del accidente en el que murieron sus padres, ya que ella iba en el coche con ellos. Lo que deduzco que su abuela no sabe es que no quiere subirse en coches de desconocidos ni dejarle el suyo a nadie. Lo entiendo, tiene que ser muy traumático, ya me parece extraordinario que sea capaz de conducir tranquila como lo hace. Aunque supongo que tener un tanque por coche ayuda.

Me ha gustado mucho que me acompañase hoy y creo que ha disfrutado, o al menos eso espero. Yo, desde luego, lo he hecho. A veces me planteo qué pasaría si viviera en Baza, si mi vecina fuera ella y no su abuela; o las dos. Si pudiera invitarla a tomar café a mi casa siempre que quisiera o prepararle pastelitos de limón. Pero todo esto no sirve de nada pensarlo, ya ha dejado claro que no quiere trabajar aquí. Tendré que conformarme con ser su amigo, por muy atraído que me sienta por ella.

Aun así, no he olvidado la pregunta de las relaciones esporádicas. ¿Querría proponerme algo? Y, lo más importante, ¿sería suficiente para sacarla de mi cabeza? He vivido los dos lados de ese tipo de relación: he sido el que ha querido más y he sido el que solo buscaba sexo; si no se frena a tiempo, siempre sufre alguien. Aunque, si tengo que ser sincero conmigo mismo, estoy seguro de que esta vez me decantaría por la primera opción. Por lo que, ¿sería buena idea que nos acostásemos aunque solo fuera una vez? Podría ser la mejor y la peor de las ideas y, lo que más me frena de todo es que no lo sabré hasta que ocurra, por muchas vueltas que le dé. Y, por primera vez en mi vida, no estoy seguro de querer vivir con la incertidumbre de no saberlo, pese a que eso luego me destroce por dentro.

Hacemos el trayecto envueltos en un silencio cómodo que contrasta con todo el ruido que hemos vivido antes cuando pintábamos o nos metíamos con Juanma mientras creaba su obra de arte. Una vez que ha aparcado, me percato de que ahora llueve mucho más fuerte que cuando hemos salido del centro. Me bajo primero para ir a por ella con el paraguas abierto; pero cuando voy a dirigirme a la verja de la casa de su abuela, me frena.

—Podríamos ir a tu casa un rato —propone con una sonrisa, que pierde cuando ve mi cara de sorpresa—. Bueno, si quieres, claro.

—Sí, me parece bien. Sí. —Intento que no se note el ansia en mi voz. Me da la impresión de que esta visita será diferente a las anteriores, o puede que solo sean mis ganas de que lo sea. Estamos tan pegados debajo del paraguas que, si respirase hondo, tocaría su pecho.

—Antes de ir, quería comentarte algo —murmura mirando el suelo y trago saliva mientras asiento. No sé si me ve o no, pero sigue hablando—: Creo que hay mucha tensión entre nosotros, o bueno, yo la noto, y eso no es sano. He pensado que lo mejor sería que la rompiéramos y así poder seguir siendo amigos.

—¿A qué te refieres? —pregunto cuando se queda callada y me doy cuenta de que no va a seguir hablando. Quiero estar seguro de que se refiere a lo mismo que estoy pensando antes de hacer nada.

—A que deberíamos acostarnos. —Antes de que pueda decir algo, continúa alzando la vista —. Una vez. Para quitarnos las ganas y que esto no se convierta en una bola que no se pueda deshacer.

—¿Me tienes ganas? —insinúo cogiéndola por la cintura con la mano que tengo libre y acercándome más a ella hasta que no cabe ni un alfiler entre nosotros. Sería absurdo negar que me muero por ella y, aunque con una vez es posible que me quede con ganas de más, coincido con Sofía en que deberíamos darnos el placer de dejarnos llevar y limitarlo solo a una vez.

Mañana ya lidiaré con las consecuencias de mi decisión.

—Las mismas que tú a mí —suelta alzando la barbilla para clavar su mirada en la mía.

—Oh, princesa, eso es imposible —susurro antes de estampar mis labios contra los suyos.

44



Cuando sus manos se enredan en mi pelo y su lengua busca la mía, me olvido de dónde estamos. La calle y la lluvia dejan de existir. Mis manos quieren tocarla, embriagado como estoy por su sabor dulce. La atraigo más hacia mí —si es que eso es posible— y amaso su culo mientras mi otra mano asciende por su espalda, haciendo que se estremezca. Cuando llego a su pelo, ese del que tantas ganas tenía de conocer su tacto, noto que está mojado y es cuando me doy cuenta de que he lanzado el paraguas al suelo y que nos estamos empapando.

—Creo que deberíamos entrar —hablo sobre sus labios y se ríe a la vez que asiente.

Recojo el paraguas y lo cierro mientras corremos hacia la puerta. Nada más entrar, vuelvo a estampar mis labios contra los suyos y me trago un suspiro de puro alivio que se le escapa, o puede que fuera mío. La alzo por el culo y nos dirijo al piso de arriba, sin dejar de besarnos en ningún momento. Nos devoramos el uno al otro como si nos necesitáramos para vivir, como si llevásemos tanto tiempo deseando esto que, ahora que hemos abierto la veda, nos dé miedo que se acabe. Cuando voy a dejarla sobre mi cama, donde he soñado tenerla tantas veces debajo de mí, cambio de opinión y nos meto en el baño.

En cuanto sus pies tocan el suelo, tira de mi sudadera y camiseta hacia arriba y me las quito de un tirón. Su mirada de admiración a mi cuerpo me provoca una sacudida en la polla y se pone aún más dura, cosa que no pensaba que sería posible. Dejo que me explore con las uñas y me las clave mientras traza un camino sin retorno hasta el botón de mis pantalones, donde es imposible disimular mi erección. En cuanto llega, la freno.

—Esto no está compensado —me quejo con un susurro grave que hace que sus pupilas se dilaten.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —me reta y pierdo el control.

Su camiseta desaparece, junto al sujetador deportivo que se intuía cada vez que se le escurría la camiseta por el hombro y que me ha estado volviendo loco todo el día. Con el mismo ímpetu, le bajo los pantalones, llevándome con ellos las bragas, y todo se queda enroscado en sus tobillos. Beso su cuello alternando con lametones y pequeños mordiscos mientras me regala suspiros de placer que llenan todo el baño. Empiezo a bajar, ignorando sus tetas de forma deliberada y ganándome un bufido por ello. Me río, pero no me paro mientras recorro su vientre y, cuando llego a sus rizos, me despego de ella para quitarle los tenis y toda la ropa que le estorba, dejándola totalmente desnuda frente a mí.

—Esto no está compensado —se queja con el mismo tono con el que lo he hecho yo antes.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —la insto con una sonrisa ladeada y, esta vez, cuando

me agarra del pantalón, la dejo hacer mientras me quito las botas de una patada.

Nos contemplamos sin tocarnos, envueltos en nuestras respiraciones. Estoy nervioso, lo reconozco, y no solo porque hace meses que no me acuesto con nadie. Tengo la sensación de que todo va a cambiar a partir de esta noche, pero ya no hay marcha atrás. Tenemos que quitarnos las ganas, como bien ha dicho Sofía. Abro la mampara y me meto dentro de la ducha para encender el agua. Cae helada de golpe sobre mi espalda, ayudándome a centrarme, mientras me giro para observar a Sofía, que me mira con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Está preciosa.

—¿Te apetece una ducha? —le propongo sacando la mano fuera para instarla a entrar conmigo.

—¿Me estás diciendo que huelo mal? —Se ríe mientras entra y la estrecho entre mis brazos.

—He pensado que después de trabajar todo el día y empaparnos hasta la ropa interior, nos vendría bien relajarnos bajo el agua caliente, ¿no te parece? Además, has dicho que será solo una vez, pero no cuánto debía durar esa vez.

Le regalo una sonrisa traviesa antes de volver a besarla con las mismas ganas que la primera vez; que me responda de la misma manera me está volviendo loco. Nos metemos debajo del rociador efecto lluvia y noto como su cuerpo va entrando en calor. Me separo lo justo para mojarme el pelo y echo el suyo para atrás mientras cierra los ojos y me deja hacer. Me lleno la mano de gel y empiezo a enjabonarle el cuerpo. Esta vez sí le hago caso a sus tetas, tan redondas y perfectas que me caben en la mano. Sus suspiros y jadeos, además del agua cayendo, nos envuelven y, cuando se retuerce de placer, continúo trazando el camino de su vientre con espuma.

Cuando llego a sus rizos, me enjuago las manos y paso un dedo por sus pliegues. Jadeo al notar que está empapada y no tiene nada que ver con el agua que nos moja los cuerpos. Me lanzo de rodillas al suelo, le levanto una pierna para ponerla encima de mi hombro y la saboreo con un lametazo que la hace estremecerse entera. Se coge a la agarradera que tiene detrás y aprovecho el movimiento para levantarla por completo, pasando la otra pierna por mi otro hombro. Su jadeo nada tiene que ver con lo que le hace mi lengua poco después. Coloco mis manos en su culo y espalda para sostenerla y, cuando estoy seguro de que no se caerá, empiezo a devorarla.

Sus gemidos me excitan e incitan a seguir. La lamo y succiono con ganas mientras se deshace en mis brazos. Cuando me doy cuenta de que está a punto de correrse, mordisqueo su clítoris a la vez que succiono con fuerza. El gemido ronco que emite retumba por todo el baño, y tengo que sujetarla fuerte para que no se caiga cuando sus manos dejan de tener apoyo. Sigo lamiendo con parsimonia hasta que no es más que un cuerpo totalmente relajado que se deja caer sobre mí. La agarro con fuerza mientras me levanto y la envuelvo entre mis brazos para que se recupere.

—Me toca —anuncia tirándose al suelo de rodillas y agarrando mi polla con ganas.

—Eso no es necesa… ¡Oh, joder!

Las palabras mueren en mi boca cuando se la mete de golpe hasta el fondo y succiona con ganas. Todo pensamiento coherente me abandona y solo existen Sofía, su boca y mi polla. Ni siquiera yo soy importante en la ecuación. Le aparto el pelo de la cara y lo recojo en mi puño, sin apretar. Alza la vista para observarme desde abajo mientras sonríe con los labios rodeando mi polla y esta da tal sacudida que la freno para no correrme. Decide ignorarme.

—Princesa, como no pares me voy a correr ya —gimo y, cuando creo que va a hacerlo, succiona con más fuerza y empieza a moverse hasta que inevitablemente me precipito en su boca. Me limpia hasta la última gota mientras respiro para recuperarme y se levanta con una sonrisa de oreja a oreja—. Eres malvada.

—¿Vas a fingir que no te ha gustado? —se mofa y coge el gel para empezar a enjabonarme.

—No he dicho eso, pero me deja en mal lugar si tardo tan poco.

—O a mí en un buen lugar por conseguirlo, ¿no crees?

—Eso es verdad. —La rodeo con los brazos y beso su cuello—. Eres magnífica.

Cuando acaba de enjabonarme, le lavo el pelo, aprovechando el momento para darle un masaje que incluye sus hombros. Una vez que hemos acabado de darnos caricias, le envuelvo con una toalla mullida y empiezo a peinarla mientras observo su reflejo en el espejo.

—Eres una caja de sorpresas —admite con una sonrisa—. Y que conste que no es una queja, me encanta que me peinen.

—Cuando quieras, princesa —bromeo, pero una sombra nos atenaza a los dos cuando recordamos que esto solo pasará una vez, aunque no por ello lo pienso disfrutar menos.

Para cuando volvemos a la cama, las ganas vuelven a envolvernos y nos devoramos mientras me adentro en ella una y otra vez, llevándonos a caer en el precipicio. Una y otra vez, porque parece que, por mucho que lo hagamos, no acabamos saciados. Una y otra vez lo intentamos, hasta que las fuerzas nos vencen y caemos rendidos en el colchón, sudados y exhaustos pero aún con ganas, demasiadas, pese a que hemos llegado a casa hace más de tres horas.

—Creo que debería irme o mi abuela se acabará preocupando —dice mirando el techo con la respiración aún entrecortada.

—Es posible, sí —consigo decir. No quiero que se vaya, pero no puedo hacer nada, sabía que en algún momento pasaría.

Se dirige al baño y sale poco después vestida, mirando el suelo. La espero sentado en el borde de la cama sin saber muy bien qué decir. Me he puesto el pantalón del pijama para que fuera menos incómodo, pero lo está siendo igualmente.

—Gracias —susurra acercándose y dándome un beso en la mejilla—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, princesa —susurro mientras observo como sale de mi habitación y me quedo mirando el lugar hasta que escucho el ruido de la puerta.

Me tumbo en la cama y suelto un suspiro. Acabo de tener la mejor noche de mi vida con una mujer maravillosa y, para mi desgracia, no volverá a ocurrir. Desde luego, esto ha sido muy mala idea.



Apoyo la espalda en la puerta de casa de mi abuela para infundirme ánimos y me digo a mí misma que he hecho lo correcto saliendo de allí. Es mejor dejarlo en una sola vez, o un único encuentro, porque he perdido la cuenta de los orgasmos que me ha provocado. «Es la decisión correcta», vuelvo a repetirme, pero sigo sin creérmelo. Ahogo un suspiro y me dirijo a mi habitación en silencio para no despertar a mi abuela. Acabo de tener la mejor noche de mi vida con un hombre maravilloso y, para mi desgracia, no volverá a ocurrir. Desde luego, esto ha sido

muy mala idea.

45

Sofía



En cuanto saco el móvil para darle los buenos días a Fer, y decirle que ya he salido de mi turno de noche, el corazón me da un pinchazo. Le echo de menos, y no tiene nada que ver con que tenga ganas de volver a meterme en su cama. O, al menos, no todo es por eso. Nuestra relación se ha enfriado y ni siquiera puedo echarle la culpa a él, ha sido cosa de los dos.

Seguimos hablando, claro, pero de la misma manera que habíamos conseguido relegar a mi abuela a un segundo plano de la conversación, ahora es el centro de ella. De hecho, no hablamos de otra cosa. Sobre todo desde el día que me comentó que iba a ir a cenar con Luna. Sufrí tal ataque de celos irracionales que estuve todo el día sin contestarle, incluso sabiendo que Juanma y Mar también iban con ellos. Y que no tengo ningún derecho a decirle nada. Absolutamente nada, porque fui yo la que planteó lo de limitarlo a una sola vez.

Aun así, no soy tan idiota como para negarme que lo que siento por Fer no es solo atracción sexual, como pensé en un principio. Por eso, este distanciamiento es necesario. Cuando se me pase la tontería, podremos volver a ser amigos y hablar de cualquier cosa, como lo hacíamos hace tres semanas, antes de que le propusiera acostarnos y lo mandase todo a la mierda. Que lo volvería a hacer, por supuesto. No me arrepiento, en absoluto. Pero las consecuencias de esa decisión me están doliendo más de lo esperado.

Doy un respingo cuando el móvil me vibra en la mano y me extraño cuando el nombre de Fer aparece en la pantalla. Un segundo después, descuelgo, temblando como una hoja al pensar que le ha podido pasar algo a mi abuela.

—¿Hola?

—*Hola. Tu abuela está bien* —afirma con ese tono sereno que sería capaz de calmar a una selva entera—, *pero no se encontraba bien, estaba como mareada, y le están haciendo algunas pruebas en el hospital.*

—¿Qué quieres decir con que no se encontraba bien? ¿Mareada? ¿Se ha desmayado? ¿Por qué no me ha llamado? ¿Dónde está? ¿Qué pruebas le están haciendo? —Las preguntas se me agolpan en la garganta y mi visión se nubla por las lágrimas no derramadas mientras el pánico me invade todo el cuerpo.

—*No te ha llamado porque no quería preocuparte, ya la conoces* —me explica con un tono que demuestra que no está nada de acuerdo con esa decisión—. *No se ha desmayado en ningún momento, la he vigilado toda la noche hasta que a las cinco ella misma me ha pedido que la trajese porque seguía con la misma sensación, pero ya está bien. Ahora mismo se la han llevado para hacerle un electro. Le ha echado la bronca al pobre celador porque ha cogido un pequeño*

bache con la camilla al llevársela, así que sí, está bien.

—Tengo que ir para allí. —Esta afirmación me la digo más para mí que para él—. Llegaré en un par de horas o así, me vas diciendo si hay novedades, ¿vale?

—Está todo gestionado para que puedas venir, tranquila. —¿Qué?—. *Magda te ha preparado una mochila y ha hablado con tu jefe, tienes una semana libre para estar con tu abuela. Y te he mandado a Juanma para que no tengas que conducir.*

—Eso no era nece… —Me interrumpe con un suspiro.

—Mira, sé que no quieres que nadie conduzca tu coche ni subirte en otro coche que no sea el tuyo, pero estoy seguro de que ahora debes de ser un manojo de nervios y en esas condiciones no puedes conducir, Sofía. No es seguro. Y ya estoy bastante preocupado por tu abuela como para estarlo también por ti.

—¿Por qué estás preocupado? ¡Me has dicho que estaba bien! —le grito, aunque él no tiene la culpa.

—Sofía, está bien —me promete—, *pero están haciéndole pruebas. Claro que estoy preocupado, igual que tú.* —Se escucha como respira hondo—. *Juanma te está esperando en tu casa, yo no pienso moverme del hospital hasta que vengas. Cuando te sientas cómoda, coged el coche y venid.*

—No sé si seré capaz —admito. ¿De qué exactamente?, no lo sé. ¿No seré capaz de ir en un coche en el que yo no conduzca? ¿No seré capaz de aceptar que mi abuela tenga alguna enfermedad que me haga perderla?

—Lo sé, y Juanma también. —Lo dice de una forma que parece que sepa que no hablo solo de conducir—. *No vas a estar sola, Sofía. Yo siempre estaré a tu lado y, por desgracia, eso incluye a Juanma.*

—Qué suerte la mía —bromeo, y el nudo que se me ha formado en la garganta me aprieta cuando meto la llave en la cerradura de la puerta del portal—. Acabo de llegar a casa, hablamos luego. Y, por favor, ve diciéndome cómo está.

—Por supuesto. Estate tranquila, yo cuido de ella hasta que tú llegues.

En cuanto entro en casa, Magda me abraza y me lleva hasta el sofá, donde está Juanma sentado con un café en la mano. No me mira con pena, como lo hace mi amiga, sino con una mirada comprensiva que me indica que puedo contar con él para lo que necesite. El contraste con todas las otras veces que nos hemos visto es tal, que me provoca un sollozo y me abrazo a Magda en busca de consuelo. No puedo perder a mi abuela, no estoy preparada.

—Tu abuela está bien —afirma Juanma y suelta un resoplido que parece más una risa extraña —. Le ha echado la bronca a Fer en cuanto se ha dado cuenta de que nos mandaba aquí para venir a buscarte.

—¿Nos? —pregunto descolocada mirando alrededor, pero solo están ellos dos.

—¿De verdad pensabas que iba a dejar mi coche aquí? —Lo dice tan horrorizado que nos hace reír a Magda y a mí—. Me ha traído Óscar y se ha largado a trabajar por los tres.

—Pobre —dice mi amiga y Juanma rueda los ojos.

—El cabrón estaba encantado. —Clava la mirada en mí antes de continuar con un tono serio —: Tu abuela está bien, Sofía. Seguramente su malestar se deba a que han subido las temperaturas y que no quiere poner el pingüino que le instalamos de forma provisional porque gasta mucho. —Rueda los ojos—. Es una cabezona. De hecho, ni siquiera quería ir a que la mirasen. La ha obligado Fer.

—Eso me cuadra más. —Respiro hondo y me limpio las lágrimas con la manga—. Voy a darme una ducha rápida y nos vamos, ¿vale?

—Yo no tengo prisa —espeta Juanma con una sonrisa de oreja a oreja dando un trago a su café—. Hoy no trabajo.

—Lo siento.

—De lo siento nada —suelta como si le hubiera ofendido—. Para eso está la familia. Ahora vete a la ducha, tienes una pinta horrible, como si hubieras estado trabajando toda la noche. —Me guiña un ojo y su broma hace que la congoja se aligere un poco.

Me dirijo hacia el baño acompañada de Magda, quien me abraza y me promete que todo irá bien.

—¿En serio has llamado a mi jefe? ¿Se puede saber de dónde has sacado el número?

—Me lo diste hace años por si pasaba algo, ¿no te acuerdas? —Rueda los ojos ante mi negativa—. Le he recordado todas las veces que le has salvado el culo, además de todas las horas que te debe, antes de decirle que te ibas a tomar una semana para estar con tu abuela. No le he dado opción a negarse.

—¿Por qué no me has llamado antes? ¿Por qué Fer te ha llamado a ti antes que a mí y por qué tiene tu número?

—Lo ha cogido del teléfono de tu abuela. Como sabía que estabas trabajando, ha pensado que yo sabría mejor cómo manejarlo, no estaba seguro de poder llamarte si estabas allí. Y no te hemos avisado antes porque no había nadie que pudiera relevarte del turno y hubiera sido peor que estuvieras allí comiéndote la cabeza cuando solo quedaba una hora para salir —admite, y tiene razón; vamos muy justos de personal ahora en verano y todos quieren vacaciones—. Tu abuela no está grave, si no, hubiera sacado a tu jefe de la cama para que fuera él a sustituirte.

—Te creo. —Me río aunque no me llena el corazón, que se ha convertido en una piedra que me pesa y me impide moverme—. Hasta que no la vea, no estaré tranquila.

—Pues claro que no —dice como si fuera lo más evidente del mundo—. Venga, dúchate. Te voy a preparar algo de comer para que no te vayas con el estómago vacío.

46



Una vez me he duchado, más rápido que en toda mi vida, y me he vestido con ropa cómoda para estar en el hospital, cojo la mochila que me ha preparado Magda sin mirar lo que hay dentro y salgo al salón, Juanma está sentando en la mesa comiendo como si no hubiera un mañana. Sonrío ante su cara de niño que nunca ha roto un plato.

—¿La podemos adoptar? —pregunta señalando a Magda—. Cocina de puta madre.

—Tu hermano cocina mejor —susurro—, pero no se lo digas, que se pone celosa.

—¡Te he oído! —grita Magda desde la cocina y aparece con un plato con un par de tostadas con tomate, huevos revueltos y embutido, además de una taza de café. ¿En serio pretende que me coma todo eso?—. Come, que la comida del hospital es una mierda y, conociéndote, solo irás a la máquina. También te he preparado un táper para tu abuela.

—Sabes que allí le van a dar comida, ¿verdad? Y seguramente tenga que seguir una dieta.

—Una dieta que ignorará —afirma Magda rodando los ojos—. Mi comida la hará feliz.

—Estoy de acuerdo —le da la razón Juanma, señalándola con el tenedor.

Consigo, forzándome mucho, comer más de la mitad del plato, y Juanma coge mi mochila para bajar a buscar mi coche. Aún no he decidido si quiero conducir o no. No sé qué me pone más nerviosa, si hacerlo temblando y preocupada por mi abuela o que sea otra persona quien lo haga y más cuando ni siquiera sé cómo conduce. Juanma me abraza por los hombros cuando estamos en la calle y nos dirigimos al coche.

—Fer me ha contado que no te gusta subirte en coches ajenos. Lo entiendo, a mí tampoco me gusta, la gente no sabe conducir —suelta como si fuera algo obvio y sabido por todos—. Estoy aquí para acompañarte, como piloto o copiloto, pero si es como lo primero, quiero que sepas que pararé todas las veces que lo necesites y me lo pidas, aunque tenga que hacerlo en mitad de la autovía. Y, que ahora decidas una cosa, no significa que no puedas cambiar de opinión. No me voy a ofender.

—Me da la impresión de que es muy difícil ofenderte.

—No tanto, Fer lo consigue varias veces al día —bromea—. Ahora en serio, lo que necesites. Magda me ha dicho que te hable mientras conduzco para que te relajes, así que prepárate para una hora entera de lo que he titulado: «Por qué Fer es la mejor pareja del mundo y tú aún no te has dado cuenta».

—¡Dios, por favor, no!

Decido dejarle conducir, con la promesa de que parará si lo necesito. En cuanto arranca, intento respirar con los ojos cerrados, pero es peor que si los llevase abiertos. Me atrevo a

observar la calle, Juanma conduce tranquilo, con una sonrisa, e inicia varias veces distintos temas de conversación, los cuales ignoro mientras controlo el ataque de ansiedad que se está formando dentro de mí.

—¿Crees que un poco de música te iría bien? —pregunta al poco—. ¿Música animada o relajante? ¿Esos audios de ruiditos que a la gente tanto le apasionan? Estás de suerte, porque por ti haré una excepción y escucharé cualquier cosa que elijas.

—Me gustan los pódcast de crímenes reales —le cuento y me mira de reojo como si estuviera pirada.

—¿Para distraerte o para documentarte?

—Idiota —murmuro, lo que provoca que se ría, aunque no me pasa desapercibido que esa broma me ha aligerado un poco la ansiedad por no estar conduciendo—. Y los audios de ruiditos me ponen muy nerviosa.

—A mí también. A Mar le encantan. —Suspira—. Hasta se pone los vídeos en la tele de casa. A mí me parece que ver esas cosas es de tener un fetiche muy chungo.

—Yo creo que existen fetiches peores.

Cuando miro por la ventanilla, me doy cuenta de que ya estamos en la autopista y aún no me he puesto a hiperventilar. ¿Será porque es mi coche? O puede que sea porque mi mente solo piensa en mi abuela, pese a que no paro de escuchar a Fer diciendo que está bien. Necesito verla, necesito comprobarlo por mí misma.

—Te vas a librar de la conversación de Fer porque sé que tienes la mente en tu abuela —me dice pasados unos minutos en los que hemos estado en silencio—, pero me gustaría que me contestaras a una pregunta.

—Depende de la pregunta.

—¿Ha pasado algo entre vosotros después de que fuéramos a pintar el centro de día? El lunes cuando vinieron los niños parecíais un poco tensos los dos y Fer lleva un poco cabizbajo desde entonces.

—Solo… —¿Qué pretende que le conteste, si no me entiendo ni yo?—. La vida.

—Ya, eso pensaba —balbucea—. Y bueno, ¿esos crímenes reales que tanto te gustan, pasan en España?

Cuando me bajo del coche una vez llegamos al *parking* del hospital, aún no me puedo creer que haya conseguido hacer todo el trayecto sin que me diera un ataque de ansiedad ni parar a tomar el aire. Supongo que tener otra preocupación en mente me ha ayudado, y que Juanma me haya hecho reír varias veces comentando el capítulo del pódcast como si fuera un experto, también. Sigo a Juanma, que parece tener claro a dónde nos dirigimos, y vamos pasando varios puestos de enfermeras donde lo saludan con la cabeza hasta que llegamos a un box apartado de todo el bullicio de gente, en el que me encuentro a Fer sentado al lado de mi abuela en la camilla, mientras ella le enseña a hacer ganchillo. Me reiría de la escena si no fuera porque me tengo que sujetar a Juanma para no caer de bruces al suelo al invadirme un alivio brutal. Mi abuela está bien.

—¡Me has dicho que no iba a venir! —acusa mi abuela a Fer y este se encoge de hombros—. Y pensar que iba a compartirte mi receta de las galletas de canela.

—Lo siento, Angelines, pero volvería a hacerlo. —Le da un beso en la mejilla a mi abuela y se acerca hasta donde estoy. Pienso que me dará otro a mí, pero se mete las manos en los bolsillos, dejando al menos un metro de distancia entre los dos—. Han dicho que seguramente solo ha sido una pequeña bajada de tensión por culpa del calor; si le vuelve a pasar, hay que venir de nuevo.

—Tonterías —espeta mi abuela cruzándose de brazos.

—Estamos esperando el informe del alta —sigue hablando Fer, ignorando a mi abuela—. Si estás bien para conducir de vuelta a casa, nosotros nos vamos.

—Sí, creo que sí. —Enfatizo mis palabras afirmando con la cabeza—. Gracias, Fer.

—Siempre que lo necesites.

Su tono no es el habitual en él, ahora entiendo lo que decía Juanma de que está cabizbajo, suena apático. Quiero decirle algo, lo que sea, pero no me da opción. Sale del box y Juanma me lanza una mirada apreciativa antes de despedirse de mi abuela y desaparecer junto a su hermano.

Respiro hondo y me acerco a mi abuela, que me mira con el ceño fruncido.

—No tendrías que haber venido, estoy bien —refunfuña. Me subo a la camilla de un salto y la abrazo con fuerza. Está bien; mi abuela está bien—. Mi niña, estoy bien. No quería que nadie te preocupase.

—Ocultarme las cosas no hará que me preocupe menos. —En ese momento, me suena un mensaje en el móvil y me extraña ver el nombre de mi jefe, y mucho más el contenido del mensaje.

—¿Qué pasa, mi niña?

—Pasa que voy a quedarme unos cuantos días por aquí contigo.

—¿Cuántos son unos días? —Intenta fingir que le molesta, pero el brillo de sus ojos me indica que está encantada con la idea.

—Un mes.

47



Ver a Sofía me ha dolido más de lo que esperaba. Ignorar sus mensajes o contestar en horas en las que sé que tardará en responderme, para no tener que mantener una conversación banal, ha sido fácil, porque solo tenía que lidiar con una pantalla. Pero hacerlo en persona, cuando además he notado el alivio en su mirada en cuanto ha visto a su abuela, y contener las ganas de abrazarla fuerte y decirle que todo había pasado, me ha matado por dentro.

Había imaginado cómo sería la próxima vez que nos viéramos, pero no contaba con que fuera en el hospital, después del susto de saber que su abuela estaba allí. El domingo después de acostarnos, fui a tomar café a casa de su abuela y disimulamos bien. Alguien avispado, como estoy seguro de que es Angelines, notaría que había algo diferente entre nosotros, pero se podía atribuir a muchas cosas. El lunes, en el centro con los niños, esa tensión se incrementó, sobre todo porque me di cuenta de que no le hizo gracia que fuera en mi propio coche y no con ella, pero no dijo nada. La bajada en la frecuencia de los mensajes solo ha sido la culminación de lo evidente: todo cambió después de acostarnos y no podemos hacer nada para evitarlo. Esto es una mierda, pero es lo que hay. Sabía que tendría que lidiar con las consecuencias de mi decisión cuando me animé, por una vez, a actuar en lugar de pensar.

La palmada en la espalda de Juanma me saca de mi espiral autodestructiva y lo agradezco. Necesito pensar en otra cosa y dormir un rato, después de estar pendiente de Angelines toda la noche hasta que ha accedido a que la llevase a Urgencias. Desde que ayer por la tarde me confesó que no se encontraba muy católica, no me he despegado de su lado, incluso he dormitado en su sofá por si necesitaba algo. Hasta que, a las cinco de la mañana cuando se ha levantado para ir al baño, ella misma me ha dicho a regañadientes que podía acercarla. Cuando el médico nos ha explicado que no tenía nada grave y que se debía a una bajada de tensión, ha sido cuando he conseguido respirar.

—¿Te llevo a casa y descansas un rato? —me pregunta Juanma, y acepto lanzándole las llaves de mi coche. No puedo ir a trabajar en estas condiciones. Una vez me acomodo en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón, mi hermano sale del *parking* del hospital—. ¿Quieres hablar del tema?

—No —sentencio.

—Ya he quedado con Antonio. Nos hará un favor especial y vendrá a instalarle el aire acondicionado a Angelines el sábado por la mañana con su hijo —me explica y asiento.

—¿Te ocupas tú con Óscar? —le pido.

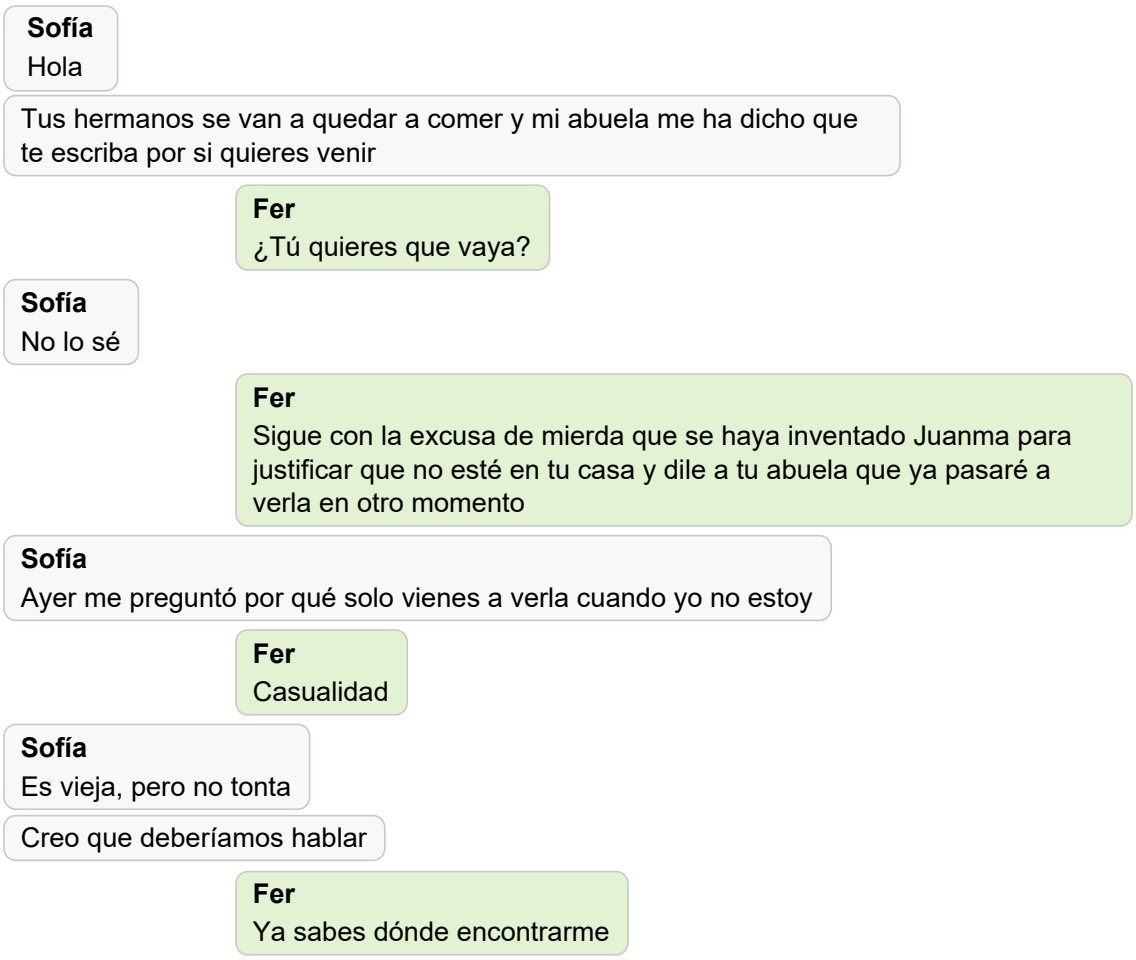
Puede que esté actuando como un cobarde, pero no tengo ganas de ver a Sofía. Ahora que se

me han pasado todos los nervios de ver a Angelines enferma, lo único que siento es el vacío de haber estado junto a ella y darme cuenta del abismo que nos separa. No quiero volver a sentirlo, aunque eso implique que tenga que esconderme o mudarme.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Y esta vez no hay ni un ápice de duda en esa afirmación.

* * *



Lanzo el móvil a la mesa frente al sofá y me apoyo en el respaldo mientras suelto un suspiro. Es la primera vez que me escribe desde que vino a ver a su abuela, y lo hace porque la ha obligado. «De puta madre». El cabreo solo ha ido en aumento desde el martes, cuando salí del hospital y me di cuenta de que la cagué al acostarme con ella. No, fue al fijarme en ella la primera vez. Al seguir yendo a casa de su abuela cuando sabía que ella se encontraba allí para conocerla. Al engañarme pensando que no sentía nada por ella, o no tan fuerte como para no soportar que desapareciera. Pero solo me estaba engañando a mí mismo. En cuanto consiguió lo que quería, empezó a crear una barrera entre nosotros, y yo me siento como un gilipollas que espera con un ramo de rosas en la mano a que ella baje el muro por mí.

Me sobresalto cuando escucho el ruido de la puerta y me levanto para encontrarme a medio camino con Juanma. Al menos ha tenido la deferencia de venir solo.

—Vístete —me exige—. Te vienes a comer.

—No.

—No era una pregunta.

—No quiero ir, Juanma. Y no puedes obligarme.

—No me pongas a prueba. —Sé que su amenaza no es vacía, aun así, le sostengo la mirada. Esta vez no voy a ceder—. Joder, Fer, deja de ser tan cabezota.

—No quiero verla, Juanma —le suplico—. Duele.

—Se va a quedar por aquí un mes —me informa, y ese dato me trastoca—. Magda movió los hilos para ello. No seas gilipollas y aprovecha la oportunidad.

—¡¿Y luego qué?! —vocifero y mi hermano se sobresalta—. Se volverá a ir y será peor.

—No le des la puta opción de irse —sisea mientras me agarra de la camiseta del pijama—. ¿Me has oído? Demuéstrale lo que yo ya sé: que eres el mejor hombre sobre la faz de la tierra. Y si aun así se va, entonces no merece respirar el mismo aire que tú.

—Yo no soy tú —espeto quitándomelo de encima de un empujón—. No puedo simplemente desconectar mi cabeza y fluir.

—Papá nunca vio ninguno de mis cuadros —suelta de golpe.

—¿Qué?

—Empecé a pintar antes de que muriera, pero no vio ningún cuadro porque no sabía cómo proponerle añadir al negocio esa parte. ¿Y si no le gustaban mis cuadros? ¿Y si la gente no lo pedía? O ¿y si la gente acababa solo pidiendo eso y os quedabais sin trabajo por mi culpa? Y ¿sabes qué pasó? Que un puto camión se quedó sin frenos. —Trago saliva al recordar ese momento. Aún duele, joder—. Y ¿sabes qué fue lo primero que pensé? Que hubiera preferido mil veces escucharle decir que mis cuadros eran una mierda a que se muriera sin saber que pintaba.

—Le habrían encantado —susurro dándole un golpe en el hombro con una sonrisa triste, igual que la suya. No tenía ni idea de esta historia. Yo pensé que mi padre nunca conocería a sus nietos, pero esto es peor, porque sí podría haber visto los cuadros de Juanma.

—Ese día me prometí que dejaría los «Y si…» en un rincón de mi cabeza y simplemente viviría, porque mañana podría ser yo el que acabase bajo tierra. —Suspira y se me queda mirando—. ¿Crees que no odiaba que mi relación con Mar fuera informal? ¡Joder, me enamoré de ella la primera vez que me sostuvo la mirada! Pero preferí mil veces eso que no tenerla, pese a saber que podría perderla. Le demostré que juntos éramos mejores y la ayudé a despejar su cabeza de demonios, porque la quería a mi lado. Porque el dolor de perderla iba a ser solo una ínfima parte del dolor de no tenerla. Si te gusta esa chica —dice señalando la pared que linda con la casa de Sofía—, si te gusta de verdad, deja de estar en el puto banquillo y sal a jugar.

Lo miro con determinación durante unos segundos que se me hacen eternos antes de subir las escaleras de dos en dos para ir a vestirme y comer a casa de Angelines. He tomado una decisión: tengo una conversación pendiente con Sofía.

48



La mirada que me lanza Fer nada más cruzar la puerta de mi casa me deja sin respiración. Es la misma que me atravesó justo antes de besarme la primera vez y cuando se puso de rodillas en la ducha. Una mirada que me dice que ha tomado una decisión y que piensa llevarla a cabo. Una mirada que me llena de incertidumbre y expectativa a la vez. Una mirada que me hace temblar como una hoja hasta que rompe el contacto visual para saludar a mi abuela.

He sido una cobarde, lo admito. No le he escrito desde que lo vi en el hospital porque, la verdad, no sabía qué decirle. O más bien cómo decírselo. Nunca he tenido que lidiar con este tipo de conversaciones. Nadie había conseguido llegar tan al fondo de mi ser. Y estoy acojonada por si él prefiere quedarse en el pasado. En ese «solo una vez» que fui tan idiota de proponerle. Porque, muy en el fondo, sabía que no me bastaría, aunque tuviera la esperanza de que sí.

Esta mañana, cuando han llegado sus hermanos con el técnico del aire acondicionado y han dicho que Fer no podía venir, se me ha caído el alma a los pies y he llamado a Magda:

—*¿Ya me echas de menos? Mucho has tardado. Y no, no puedes volver, te vas a quedar todo el mes allí* —ha soltado a modo saludo. La hubiera fulminado con la mirada si la hubiera tenido delante—. *Deja de fulminarme con la mirada, no estoy ahí.*

—Te odio.

—*En realidad me adoras.* —He bufado en respuesta—. *A ver si adivino: te has cruzado con Fer, habéis mantenido las distancias y te odias por no haberle cogido de la camiseta y comido los morros.*

—No. Bueno, no es exactamente así.

—*Rectifico: te cruzaste con Fer en el hospital, mantuvo las distancias y lo has utilizado de excusa de mierda para alejarte de él porque no eres capaz de lidiar con el hecho de que te guste tanto.*

—Él tampoco…

—*Excusas, excusas…* —ha canturreado—. *¿Por qué no me dices para qué me has llamado ya?*

—No sé cómo empezar la conversación —he admitido en un susurro.

—*Hola, Fer. Mira, ¿sabes aquello que dije de «solo una vez»? Pues he cambiado de opinión. ¿Me llevas en brazos a tu habitación otra vez, por favor, y gracias?*

—Eres de gran ayuda —he ironizado rodando los ojos.

—*Siempre se lo puedes poner en un mensaje. Si te deja en visto, pues ya sabes que no quiere repetir.*

—No sé ni para qué te llamo.

—*¿Cómo llevas estar en Baza?* —me ha preguntado preocupada, ignorando la conversación anterior—. *¿Has vuelto a tener pesadillas?*

—No, la verdad es que no. Aunque tampoco he dormido mucho entre vigilar a mi abuela y pensar en Fer.

—*¿Se ha vuelto a marear Angelines?*

—No, porque he tenido el pingüino puesto, pese a sus quejas. De hecho, acaban de llegar los hermanos de Fer con el técnico del aire acondicionado.

—*Y Fer no ha ido. Por eso me has llamado.*

—Sí.

—*Estas vacaciones vas a salir mucho de tu zona de confort.*

—No, por favor, no.

—*Lo primero que vas a hacer es hablar con Fer* —ha seguido hablando mientras me ignoraba—. *Lo segundo es que quiero que salgas a pasear por Baza. Que vayas a tomarte algo o cenar, al menos, dos veces a la semana. Sola o acompañada, me da igual. Y lo tercero, es que vayas al centro de día de la asociación a preguntar por los puestos de trabajo que tienen.*

—No me voy a mudar a Baza.

—*Claro que lo vas a hacer, lo que pasa es que no te has dado cuenta aún.*

Sigo dándole vueltas a ese comentario en concreto. No me gusta Baza y no porque no sea una ciudad bonita, sino porque, cada vez que salgo, los recuerdos me golpean en el estómago y me dejan sin respiración. Por eso no vivo aquí, por eso quiero llevarme a mi abuela a Granada conmigo, porque llegará un momento en que me necesitará y yo no seré capaz de mudarme aquí. O sí, pero me quedaré encerrada en casa. No sé qué opción me parece peor. Por eso, de todo lo que me ha pedido, salir es lo que más miedo me da. No obstante, confío en Magda, así que si ella me ve preparada para probarlo, es que puedo hacerlo, aunque me duela. Sé que si vuelven las pesadillas, me dejará parar.

—¿Sofía?

—¿Qué? —Vuelvo a la mesa donde estamos comiendo y me doy cuenta de que todos los ojos están puestos en mí.

—Estábamos diciendo que esta noche iremos a tomar algo, que si te querías apuntar —me explica Juanma—. También vendrá Luna.

—No sé si…

—Irá —contesta mi abuela y alzo una ceja en su dirección—. Llévate el mando del aire acondicionado si así estás más tranquila, pero no vas a estar el mes entero encerrada en casa.

—Pues parece que sí que iré —suelto con sarcasmo y Fer me lanza una mirada que soy incapaz de descifrar.

El resto de la comida transcurre entre preguntas de mi abuela a los hermanos de Fer, mientras este me observa con una intensidad que empieza a ser sofocante. Apenas habla, aunque está atento a la conversación y contesta cuando se dirigen directamente a él, no como yo. Por suerte, dejan de hablarme de forma directa la tercera vez que me tienen que repetir la pregunta.

Cuando acabamos, me levanto para hacer el café, pero mi abuela nos echa a todos alegando que quiere echarse la siesta aprovechando el fresco que se nota ahora en la casa. En el momento que me ve despedirme, me apunta con el dedo:

—Tú también te vas.

—¿Qué? —La miro confundida—. Abuela, es mi casa también. ¿Estás bien? Soy yo, Sofía.

—Sé perfectamente quién eres —espeta como si la hubiera ofendido y empieza a subir las

escaleras hacia el piso de arriba—. No pienso olvidarme de mi única nieta jamás, por muy lejos que viva. Magda me ha dicho que tienes que salir, así que ¡largo!

—Abuela —me quejo como una niña pequeña—. Hace un calor para morirse ahí fuera.

—¡Y no quiero que vuelvas hasta bien entrada la noche! —grita desde lo alto de la escalera, ignorando mis súplicas. En realidad, puedo quedarme aquí si no hago mucho ruido. Como si me hubiera leído el pensamiento, suelta—: Si intentas engañarme, lo sabré.

—¡Nosotros la adoptamos! —La voz grave de Juanma retumba por toda la casa mientras me arrastra fuera con una mano en la espalda. Una vez cierra la puerta, me lanza hacia Fer sin que pueda frenarme, lo que lo obliga a agarrarme para no irme de morros al suelo—. Toda tuya. ¡Adiós!

Y, sin más, sale corriendo, dejándome a solas con Fer.

49

Sofía



—Sutil —murmura Fer aún con sus brazos rodeándome, negando con la cabeza. Suspira y fija la mirada en mí, aunque no me suelta—. Hola.

—Hola. —Esbozo una pequeña sonrisa—. Me alegra verte. Fer, yo…

—¿Te parece si vamos a mi casa y hablamos allí? —me pregunta poniendo un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Estoy tentada de agarrarlo por la camiseta y besarlo, pero creo que será mejor hablar primero, así que asiento. En cuanto me suelta, siento frío, y eso que estamos a más de treinta grados. Odio y adoro esta sensación de necesidad que me evoca, pero sobre todo, me asusta, porque nunca había sentido esto por nadie. Cojo su mano, posando la otra en el antebrazo para… no sé, creo que solo lo hago para tocarlo, y me regala una sonrisa que hace que mis nervios se monten en la montaña rusa sin parar.

Para cuando me siento en el sofá, estoy temblando como una hoja y me abrazo a uno de los cojines, subiendo las piernas para tenerlas cruzadas encima. Fer pone dos vasos de agua en la mesa de delante y se sienta girado, de tal forma que estamos encarados.

—Te he echado de menos —admite—. Y no me refiero solo a estos días en los que no me has escrito, hablo desde que te fuiste de esta casa de madrugada. No quiero que te vuelvas a ir.

—Yo tampoco me quiero volver a ir. —Los dos sonreímos y toda la tensión inicial se esfuma —. Siento haberte ignorado y haber pasado de ti, no sabía cómo gestionar lo que estaba sintiendo.

—Yo también lo siento. Pensé que era mejor alejarme. Dijiste muy segura lo de «solo una vez».

—¿Verdad? Me lo creí hasta yo —bromeo—, pero no fue suficiente. O, en realidad, creo que ahora que te he probado, no quiero dejar de comerte.

—¿Soy como un pastelito de limón? —Aunque está de broma, su mirada me está quemando.

—No, los pastelitos están más buenos. —Respiro hondo y me pongo seria antes de continuar —: No sé lo que puedo ofrecerte. Quiero decir, llevo catorce años apartando a la gente de mi lado y, pese a que lo he intentado también contigo, parece que estoy condenada a soportarte.

—¡Vaya, gracias! —Se ríe incrédulo—. Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca.

—¿Ves? Esto se me da fatal. —Me froto la cara con las manos—. Magda dice que busco excusas para alejar a la gente y, bueno, tiene razón, pero es que prefiero mantener las distancias.

—¿Por qué?

—Porque es más fácil no echarlos de menos si se mueren —admito en voz alta por primera

vez. Magda sabe que este es el motivo, aunque nunca lo hayamos hablado abiertamente; me conoce mejor que yo misma. Fer asiente, como si lo entendiera. Al menos no me mira como si estuviera loca.

—Es un mecanismo de defensa, aunque parece una vida muy solitaria.

—No es que fuera la más popular del colegio, así que no fue difícil. —Me encojo de hombros—. Mi bordería hizo el resto.

—Magda y tu abuela siguen ahí —me recuerda—. Yo sigo aquí.

—¿Crees que no lo he intentado? —Bufo—. Dile a cualquiera de las dos que se aleje y verás qué pasa. Una vez que entras en sus vidas, son como una mamá araña, te atrapan en su telaraña y es imposible escapar. Bueno, en realidad nunca me hubiera alejado de mi abuela, pero con Magda sí lo intenté. Es igual de cabezota que mi abuela, por eso se llevan tan bien. —Me mira mientras se aguanta la risa por mi indignación fingida—. Y sí, también me intenté alejar de ti, pero tienes algo que me atrae, como una polilla que busca su luz.

—Me encantaría ser tu luz —dice con voz suave, lo que provoca que me sonroje.

—Esto es muy mala idea —pongo de manifiesto porque estoy segura de que él también lo piensa—. Ni siquiera vivimos cerca.

—Muy mala idea —repite asintiendo—, pero es nuestra mala idea.

—¿Y qué pasará cuando vuelva a Granada?

—Que nos veremos menos —asume—. O igual habrás conseguido alejarme y seré un problema menos. —Nos reímos sin ganas—. Mira, puede que tú seas de las que ponen distancia con la gente, pero yo soy de los que la ponen con la vida. Me he pasado treinta y un años paralizado pensando en los «Y si…» y, la verdad, estoy harto. Tampoco digo que a partir de hoy vaya a vivir la vida loca, pero lo que tengo claro es que no quiero perder la oportunidad de conocerte de verdad solo por una mierda hipotética que no sé si pasará. ¿Será complicado? Sí. ¿Será a veces frustrante? Sí. ¿Habrá días que me coma la cabeza? También. ¿Valdrá la pena? No me cabe la menor duda.

—Prométeme que si alguna vez no estás bien o te estás comiendo la cabeza, lo hablarás conmigo. Si no hablamos, esto estará abocado al fracaso antes de empezar.

—Solo si tú me prometes lo mismo.

—Puedo prometerte que lo intentaré.

—Con eso me vale —dice con una sonrisa sincera y palmea sus piernas para que vaya hacia él, así que lo hago y me siento en su regazo. Me da un beso en el cuello que me eriza la piel mientras me abraza desde atrás—. Mucho mejor. Sé que estás asustada y yo también, pero te juro que haré todo lo posible para alejar tus miedos.

—¿Y quién alejará los tuyos?

—Tu sonrisa.

50



Hoy es un día agridulce para mí. Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre. Y aunque he disfrutado mucho de pasar la mañana con mis hermanos y mi madre, ahora me toca honrarlo a mi manera. Mientras estoy en la verja de casa de Sofía esperándola para irnos a cenar, no puedo evitar sonreír. Hace una semana que prácticamente vivimos pegados el uno al otro, cuando no estoy trabajando. Y es perfecto. No sé lo que pasará ni cómo lo viviremos cuando tenga que volver a Granada, pero ahora mismo solo quiero disfrutar del tiempo con ella.

Cuando sale de la casa, me quedo tan sorprendido que no soy capaz de articular palabra.

—Magda me ha obligado —se queja—. Hoy no podía vestir de negro.

—Estás espectacular —admito cuando salgo de mi ensoñamiento.

Se ha puesto un vestido morado, oscuro, eso sí, pero morado al fin y al cabo. Es la primera vez que la veo vestida de un color que no sea negro. Hasta cuando me roba camisetas para estar por casa me coge las que son de ese color.

—Me alegro de que te guste. —Me rodea el cuello con los brazos y la atraigo hacia mí para besarla—. Pero no te acostumbres, porque me veo rarísima.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto cogiendo su mano para ir al restaurante andando —. No creo que lo hayas comprado tú.

—Magda lo metió en la bolsa que me preparó. Pensé que se había equivocado o que se olvidaría de él, pero no.

—Tenemos que acordarnos de no presentarle nunca a Aitana. A saber de qué serían capaces esas dos juntas.

—Me ha echado la bronca por no estar cumpliendo con lo que me pidió —me explica con una mueca de desagrado—. Dice que ir a tu casa cada día no cuenta.

—Pero es un gran avance para ti no querer alejarme —la animo, porque lo cierto es que hay momentos en los que la veo luchando contra esa fuerza invisible que la frena, pero siempre gana.

—Dice que no es suficiente —refunfuña—. Aunque tiene razón. Tengo que ser capaz de moverme por Baza o, al menos, intentarlo.

—Ya te estás moviendo por Baza —bromeo señalando a nuestro alrededor y se ríe—. Vale, pues nuevo plan a partir de mañana: salir a pasear por las tardes. ¿A dónde quieres ir?

—A tu casa —suelta sin pensar, y cuando se da cuenta se sonroja hasta las orejas.

—Ese será tu premio por el esfuerzo —concluyo—. ¿Algún sitio en concreto?

—Imagino que debería ir a sitios a los que no he sido capaz de volver, como el colegio o el tanatorio.

—Al tanatorio yo no quiero volver —digo más serio de lo que debería; me ha salido solo.

—Perdona, lo he dicho sin pensar. —Me abraza la espalda y le sonrío—. ¿Cambiamos de tema?

—No, no hace falta. Lo que quiero decir es que no creo que Magda se refiera a ir al tanatorio. A ese sitio nadie quiere ir, pese a que no nos quede más remedio a veces. El colegio me parece un buen punto de partida.

—¡Mañana nos vamos de excursión! —bromea, pero se nota que está nerviosa—. Por cierto, ¿a dónde vamos a cenar? Pensé que hoy no querrías salir.

—Al restaurante favorito de mi padre. Es donde llevaba a mi madre en todos sus aniversarios. Lo hago cada año.

—¿En serio? ¿No es un día que te apetezca más olvidar que celebrar?

—Fue un consejo que nos dio Paco a los cinco cuando se acercaba el segundo aniversario de su muerte —recuerdo con cariño. El mejor amigo de nuestro padre nos ayudó mucho—. Él se iba con su madre a pasar el día al lugar favorito de su padre y era como si, por unas horas, volvieran a estar juntos. Nos gustó mucho, aunque cada uno de nosotros lo hacemos de forma distinta.

—A que lo adivino: Juanma se va por ahí con la pistola de clavos.

—Pues no. —Me río y le doy un golpe en la nariz por conseguirlo, pese al tema tan triste del que estamos hablando—. Se la queda Óscar, que se pega un maratón de las películas de *La jungla de cristal*, las favoritas de nuestro padre, con un bol enorme de palomitas con miel. Maite se pone un disco de Estopa a todo volumen mientras salta, canta y baila. Y Juanma sube al Calar Alto y se tumba a ver las estrellas durante horas.

—Y tú vas a cenar a su restaurante favorito.

—No solo eso, también pido lo que solía pedirse él.

—¿Y tu madre?

—Se levanta pronto, cocina el plato favorito de mi padre y saca la vajilla vieja de pajaritos.

—Esa también la tenía mi abuela. —Sonríe ante el recuerdo—. Me encantaba.

—Nosotros rompimos más platos de los que mi madre podía soportar, pero ahí siguen algunos que solo usamos una vez al año. Ese día no deja que vengan los agregados, solo nosotros cinco, como cuando éramos pequeños. De hecho, nos sentamos igual, sin ocupar la cabecera, y nos riñe por cualquier cosa. Por la tarde va al cementerio y le habla a nuestro padre de nuestra vida.

—Nunca he hecho nada de eso.

—No es obligatorio. —Me encojo de hombros—. De hecho, si te fijas, ninguno de los cinco hacemos lo mismo. Lo que nos va bien a nosotros no tiene por qué irte bien a ti.

—¿Y qué hace Paco?

—Por lo pronto, aceptar que su mujer le echa de casa ese día —bromeo, porque se ha esperado para vernos y darnos un abrazo a cada uno antes de irse—. Estaba construyendo una especie de cobertizo con mi padre y cada año pone una línea más de ladrillos.

—Creo que me gusta vuestra tradición, hablaré con mi abuela.

—Seguro que le encanta la idea —aseguro. Y no solo porque Angelines me haya contado que le gustaría poder hablar más de sus padres con ella, que también—. Por cierto, siguiendo con el tema de las cosas que te pidió Magda: tienes que solicitarle a Luna las ofertas de trabajo de la asociación.

—¿Sabes? A veces te odio.

—Eso es mentira —le digo atrayéndola hacia mí y dándole un beso corto en los labios que la hace reír—. Pero como sé que no te gusta mucho la presidenta de la asociación, se las he pedido

yo por ti.

—Nunca he dicho que no me guste.

—Ah, tranquila, tu cara lo decía todo —me burlo—. No es que seas la más disimulada del lugar.

—No me apasiona, lo admito. Pero es que te mira como si te quisiera comer.

—¿Celosa? —le susurro en el oído solo por el placer de ver cómo se estremece—. Yo solo tengo ojos para ti.

—Un poco, sí —dice a regañadientes—. Y me jode, porque podría haberla usado de excusa para alejarme, pero solo hizo que quisiera atarte a mí.

—¿Quieres atarme? —Me encanta cómo reacciona su cuerpo al mío, pero, como no pare ahora, no llegaremos al restaurante, la tiraré encima de mi hombro y me la llevaré a casa como un cavernícola—. ¿Sabes qué? No respondas. O no lo hagas aún.

—Vale. —Se ríe, pero enseguida se pone rígida—. ¿Ese es el restaurante al que vamos?

—Sí. ¿Pasa algo? —Veo que traga saliva e intenta acompasar su respiración, así que la abrazo—. ¿Nos vamos?

—No, deja que… —Respira hondo varias veces hasta que noto como se va relajando poco a poco—. No quiero que dejes de cenar aquí por mí, puedo hacerlo.

—¿Estás segura?

—Sí, pero no me sueltes, ¿vale?

—Nunca —sentencio cogiendo su mano y apretando—, yo siempre estaré a tu lado.

—Lo sé.

Entramos al restaurante y nos acomodamos en la mesa que había reservado. Está un poco apartada del resto, creo que eso ayudará a Sofía a calmarse, o eso espero.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Vine alguna vez con mis padres aquí —me explica, aunque ya había intuido que iban por ahí los tiros. Pone una mueca entre triste y de incomodidad—. Lo había olvidado. He olvidado muchas cosas de ellos, y lo peor es que lo he hecho porque he querido. Empiezo a arrepentirme.

—Es normal que lo hicieras, tenías doce años, Sofía. Lo bueno es que puedes recordarlos gracias a tu abuela.

—Sí, creo que hablaré con ella —dice con una sonrisa; la primera desde que hemos llegado que le llega a los ojos—. ¿Qué vamos a pedir?

—¿Estás segura de que estás bien? —le insisto, no quiero estar aquí con ella si no va a estar a gusto—. Podemos irnos, de verdad, no me va a molestar.

—No, estoy bien, tranquilo. Será como si estuviera presentándoles a mis padres a tu padre.

—Eso me gusta, aunque te aseguro que mi madre nunca hubiera dejado que eso pasase. Ella tiene que conocerte primero.

—Será nuestro secreto. —Me guiña un ojo—. Gracias, Fer.

—¿Por qué?

—Por estar aquí conmigo.

—Siempre.

51



Me encanta observar a mi abuela mientras cocina, me relaja un montón. Siempre lo ha hecho, pero es que además hoy está especialmente contenta. Feliz. Irradia una luz como nunca la había visto, y creo que se debe a dos cosas: está cocinando el plato favorito de mi padre y no voy vestida de negro. Bueno, y que hemos hablado, mucho, y llorado aún más. Siento que estoy sanando, pese a que ni siquiera era consciente de que tenía una herida que sangraba. Aunque de lo que me siento más culpable es de todo el daño que mi negativa le hacía a mi abuela, pese a que nunca se había quejado ni me lo ha echado en cara.

En cuanto le dije que quería hablar de mis padres, que me contase cosas de ellos, me abrazó, lloró y sacó un montón de fotos que tenía guardadas para que yo no las encontrase y me sintiera mal. Al día siguiente, reemplazó algunos de los marcos de la casa y añadió nuevos con imágenes de los tres juntos o incluso alguna con mis abuelos maternos, que murieron poco después de mis padres. También se ha empeñado en acompañarme al colegio y varios lugares que solía frecuentar con mis padres y de los que había huido tras el accidente. Pensé que me dolería más, pero lo cierto es que no; siento que me he reconciliado con esa parte de mí y estoy perdonando a la niña que fui y que lo perdió todo.

Tampoco han vuelto las pesadillas, cosa que le preocupaba a Magda, sobre todo porque según dice «me he pasado el juego» y, en lugar de ir poco a poco, me he tirado a la piscina de cabeza y sin saber nadar. Razón no le falta, pero, una vez empecé, no pude parar. Cuando le conté a Fer que el motivo principal por el que me aislé de todo fueron las pesadillas, solo me sonrió y me preguntó qué podía hacer si tenía una mientras dormíamos juntos. Es adorable.

Magda también me ha dicho que está muy orgullosa de mí y, como cree que me aburro en mis vacaciones, me ha mandado más deberes. Al menos esta vez los ha llamado por su nombre. Tengo que ir a hablar con Luna; lo de que Fer le pidiera las ofertas de trabajo que tenían no le ha válido. He quedado con ella esta tarde.

El móvil me vibra en el bolsillo y, al sacarlo y ver que es Fer quien me escribe, sonrío.

Fer
Disfruta de esa comida especial :)

Recuerda que hemos quedado con Luna luego

Magda me ha dicho que me hace responsable directo si no te presentas

¿Es que no sabe que te cae mal?

Justo en ese momento, me llega otro mensaje:

Mamá osa (Juanma)
¿Puedes decirle a Fer que nos haga caso? Nos está ignorando

Y no mientas, sé que está hablando contigo porque está llenando el suelo de babas

Oh, mira, si ha decidido levantar la vista del móvil

Bueno, no lo puedes ver porque no estás aquí, pero tú me entiendes

Dile a tu abuela que luego pasaré a por un táper

¡Que vaya genial con Luna!

Sería perfecto tenerte por aquí siempre, incluso si has decidido no vestir tanto de negro ;)

Y si no te gusta lo que te ofrece Luna, puedes venirte con nosotros a la obra

O no, porque dijimos que nunca meteríamos a las parejas dentro del negocio

Ya sabes, por eso que dicen que donde tengas la olla no metas la polla

Pero, entre tú y yo, yo creo que esa norma la puso Fer para no tener que soportar a César todo el día

¡Oh, ya sé! Puedes trabajar en el supermercado de Cristo

Ya no tienes excusa, reina mora

Te dejo, que al parecer ahora me esperan a mí para ir a comer

Yo creo que el uniforme verde neón del supermercado te quedaría divino

Fer seguro que tiene fantasías sexuales con él

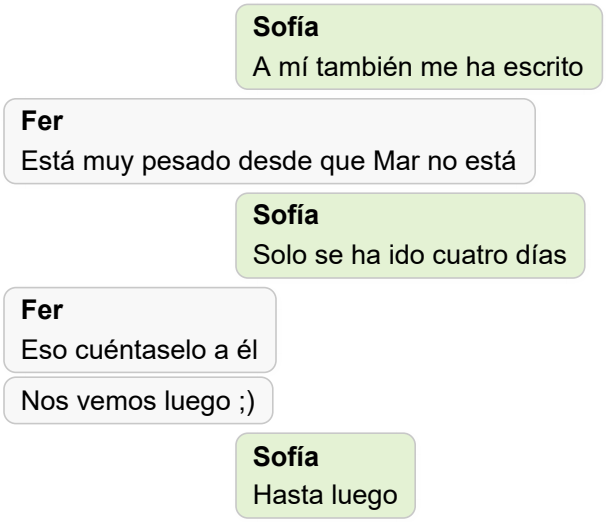
Suelto una carcajada mientras me sonrojo hasta las orejas. Le mando una peineta a Juanma como respuesta, como viene siendo habitual, y contesto a Fer:

Sofía
¡Que no me cae mal!

Además, Magda argumentó que eso no era un problema porque… como sería mi jefa, así ya tenía trabajo ganado (por aquello de que los jefes nos tienen que caer mal)

Fer
Es un plan sin fisuras

Te dejo, que Juanma me está dando por culo



Cuando levanto la vista del móvil, me doy cuenta de que mi abuela me está observando con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué?

—Que resplandeces —dice como si fuera evidente—. Me encanta verte así. Y no quiero quitarte mérito, pero creo que ese inquilino mío al que no querías que me acercara tiene mucho que ver.

—Puede.

¿Cómo se tiene este tipo de conversaciones con tu abuela? Es decir, nunca le he presentado a una pareja ni hemos hablado del tema, más allá de que alguna vez me ha dicho que podría salir con alguien en lugar de estar todo el día encerrada. Además, Fer y yo no le hemos puesto nombre a esto, aunque no creo que haga falta.

—¿Puede? —Suelta un bufido—. Puede, dice la niña… Gracias, se dice gracias. Si no fuera por mí seguirías dentro de esa coraza que te creaste. No te pude buscar a alguien mejor.

—¿Buscar? Fueron los de la inmobiliaria. En todo caso fue una bonita casualidad.

—¿Y quién te crees que les pidió que bajaran la edad de los inquilinos? Reconozco que pensé que no me quedaría con el primero que llegase, y los de la inmobiliaria me avisaron de que era posible que se fuera a los pocos meses de la casa. Sin embargo, cuando volvió el día de la firma a por la receta de las galletas supe que sería el chico perfecto para ti. Y más con esa familia tan numerosa y maravillosa que tiene.

—¿En serio, abuela? —Estoy flipando. Lo está contando como si fuera lo más normal del mundo y a mí no se me ha caído la mandíbula al suelo porque la tengo enganchada.

—Magda pensó que sería una buena idea también. No para pareja, pero sí para que conocieras gente. Dijo algo de la zona de confort, pero no la entendí.

—¿Y os lo habéis callado todo este tiempo?

—Bueno, es que podía no funcionar y tener que buscar a otro —se encoge de hombros—, pero Fer es perfecto y es justo lo que necesitabas. Ya no volverás a estar sola.

—Estaba sola porque quería, y os tenía a Magda y a ti.

—Aunque no lo parezca, tengo mis años, no voy a estar aquí siempre. —Me da un pellizco el corazón ante esa posibilidad, no estoy preparada—. Tenía que buscarte a alguien que te cuidase cuando yo no pudiera, y sabe Dios que Magda no era esa opción.

—Magda me cuida muy bien —reconozco—, pero sé lo que quieres decir. Ella no es familia, es amiga, aunque la quiera como tal.

—Y estoy segura de que, llegado el momento, te hubiera acogido en su ala, pero no es lo mismo. Fer estará a tu lado, siempre, y su familia también. No volverás a estar sola nunca más.

—Son muy ruidosos.

—Muchísimo.

—Y se meten los unos con los otros constantemente.

—Ah, pero no lo hagas tú, que te comen.

—Y son un amor. El día que fuimos al colegio me escribieron todos un mensaje para preguntarme qué tal o contarme chorradas.

—Son tu familia ahora.

—Sí, lo son.

* * *

Luna cada vez me cae mejor. Puede que se deba a que se ha reído a carcajadas por el beso posesivo que Fer me ha dado para despedirse de mí cuando me ha dejado en la puerta del centro de día. O puede que sea porque me ha estado preguntando por Magda cada poco, con un más que visible interés en su persona, no en su trabajo. Aunque, sí o sí es por todo el trabajo que hace para la asociación. Y no solo porque sea la presidenta. Se nota que le apasiona todo lo que hace y está cien por cien comprometida con el proyecto.

He disfrutado mucho de la visita y de todo lo que me ha contado, pese a que sigo sin verme trabajando aquí. Lo mío son los adolescentes, aunque me vomiten encima. Una vez no tenemos más que contarnos, me lleva a la sala que ayudé a reformar, donde Juan, mi excompañero de universidad, está sudando junto a los niños y niñas mientras hacen estiramientos. Fer me ha contado que a partir de septiembre volverán a entrenarlos Juanma y él, pero que durante julio y agosto tienen vacaciones. Y, como Mar se ha ido unos días a visitar a una amiga a Suecia, les ha tocado improvisar.

Jimena, la pequeña que solo quiere tocar cosas rosas, y por la cual hoy llevo una camiseta de tirantes rosa oscuro, se acerca a nosotras y me observa mientras se abraza a Luna. Le sonrío y me devuelve la sonrisa.

—Eres la amiga de Fer —afirma, no pregunta—. Te vi un día con él.

—Sí, me llamo Sofía. Tú debes de ser Jimena, Fer me habla mucho de ti. —Y es cierto, se nota que adora a la niña y la niña a él. Se le ilumina la cara.

—Luna dice que no puedo ser su amiga especial —comenta con un puchero y la presidenta de la asociación rueda los ojos.

—¿Te cuento un secreto? —le digo en confidencia agachándome para estar a su altura y Jimena se acerca a mí—. No puedes ser su amiga especial porque todas las personas que son nuestras amigas son especiales, pero estoy segura de que, para Fer, eres una de las que más quiere.

—Te quiere más a ti —se queja y sonrío.

—¿Te cuento otro secreto? —Asiente con fervor y se acerca aún más a mí, incluso me pone una mano en el hombro—. Eso es porque somos pareja.

—¿Fer es un buen novio? —me pregunta en un susurro.

—Sí que lo es, sí.

—El novio de mi mamá no era bueno con nosotras. Nos hacía daño.

—¿Y te sigue haciendo daño?

—No. Se fue y mi mamá también, para salvarme. Pero no volverá, porque ahora tengo

mucha gente aquí que me va a proteger. ¿Tú también me vas a proteger?

—Siempre que lo necesites.

—Lo sabía, porque Fer no tendría una novia que no fuera buena como él. —Me da un abrazo y se va corriendo a coger una pelota rosa que está suelta.

—¿Lo has preparado tú? —le pregunto a Luna cuando me incorporo.

—Depende, ¿ha funcionado?

—No. —Las dos nos reímos.

—Jimena va por libre —me explica—. Aún estoy sorprendida de que se acercara a Fer nada más verle el primer día. Y no es porque tuviera una pelota rosa, porque Juan le ha ofrecido mil cosas rosas y, como mucho, lo tolera.

—Es porque es Fer y tiene ese aura que te hace confiar en él nada más verlo. —Suspiro—. Sé de lo que hablo.

—Tú tienes la misma aura. Así que, si algún día te planteas lo de venirte a vivir a Baza, llámame. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Lo pensaré. —Y hasta yo misma me sorprendo de no haberle dado una negativa contundente.

52

Juanma



Adoro estar de vacaciones. La sensación de no tener nada que hacer. De despertarte cuando te lo pide el cuerpo y no el despertador. La de no tener que separarme de Mar en ningún momento. Es decir, vivir en el puto paraíso. Palpo la cama aún con los ojos cerrados, pero no la encuentro a mi lado. Me levanto de golpe y escucho el agua de la ducha. Sonrío mientras me dirijo hacia allí.

Me deslizo dentro de la ducha y la rodeo con mis brazos. Ni siquiera se inmuta, solo sonríe mientras el agua le cae en la cara. Subo una de mis manos hacia sus tetas y la otra la bajo hasta su entrepierna, a la vez que empiezo a besarla en el cuello. No creo que llegue a saciarme nunca de ella. Se apoya en mi pecho y jadea mientras se deja llevar por mis atenciones. Al menos hasta que noto cómo su mano rodea mi polla y aprieta. Siseo un «Joder» y nos dejamos llevar por las sensaciones que el otro le provoca. Nuestros movimientos se intensifican hasta que Mar llega al orgasmo con un gemido ronco y la sigo dos segundos después.

—Buenos días —digo cuando soy capaz de hablar.

—Buenos días, dormilón.

—Si me hubieras despertado, hubiera venido antes. —Suelta una carcajada.

—Te he despertado y me has mandado a paseo.

—Yo no recuerdo eso. —Y lo peor es que es verdad.

—Da igual, tenemos que darnos prisa, hemos quedado en menos de una hora.

* * *

En cuanto salimos del coche, frente a la casa que vamos a ver hoy, sé que esta visita será diferente. Y lo noto antes de girarme para ver la cara iluminada de Mar mientras la observa. Joder, podría pasarme la vida entera contemplando todas sus reacciones y sería el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Esta es la décimo tercera casa que visitamos y ninguna de las anteriores nos había encajado. Y eso que no es que pidamos gran cosa y nos da igual el estado en el que se encuentre. La chica de la inmobiliaria nos enseña la casa, que está hecha una ruina y tiene hasta trozos de techo caídos, pero en cuanto nos lleva a la parte trasera, donde hay una sala con una cristalera enorme que da al jardín, Mar y yo nos miramos y, sin necesidad de hablar, decimos a la vez:

—Nos la quedamos.

* * *

—Estoy muy nerviosa —admite horas después, en el sofá de casa, mientras revisamos el papeleo para hacer la paga y señal y hacer números—. Ha sido muy impulsivo.

—Nena, es perfecta para nosotros. En serio.

—¿Y si esperamos a que vuelva Fer de Granada y la vea? ¿O vamos con Óscar?

—Me sentiría insultado como profesional si no fueras tú. ¡Qué coño!, me siento insultado. ¿No confías en mi criterio?

—¡Claro que sí! Pero es la inversión económica más gorda de nuestra vida, tengo derecho a dudar.

—¿Qué te parece si vamos a la cama y lo consultamos con la almohada?

—¿Vas a follarme hasta que esté convencida?

—Me encanta cuando entiendes lo que quiero decir a la primera —reconozco guiñándole un ojo.

* * *

Mar tiembla como una hoja cuando salimos de la inmobiliaria y la abrazo por detrás, en un vano intento de calmarla.

—Ya queda menos, nena —la tranquilizo.

—Queda lo peor: el banco.

—Nos dijo que teníamos la hipoteca garantizada, pero que el proceso es lento. Solo queda esperar.

—Pues lo que te he dicho: lo peor.

—¿Puedo hacer algo para relajarte? —le susurro en el oído y se ríe.

—Esta mañana no te ha funcionado, ¿por qué crees que ahora sí lo haría?

—Por intentarlo que no quede. —Se gira entre mis brazos y me rodea el cuello—. Te quiero, nena.

—Lo sé, pero no dejes de decírmelo, por si se me olvida.

—Jamás.

* * *

—Juanma, vamos a llegar tarde —se desespera Mar desde el recibidor mientras acabo de atarme los tenis en el sofá—. ¿Qué haces? Llevo más de diez minutos esperándote y estás igual.

—No pasa nada si llegamos tarde. —La miro de arriba abajo mientras me la como con la mirada; qué *sexy* está siempre.

—No me mires así o no saldremos de casa.

—¿Es una promesa? —le pregunto acercándome a ella despacio para cogerla por la cintura.

—No, venga, que me apetece salir. Además, Fer nos necesita allí, hace dos semanas que no ve a Sofía. Le vendrá bien distraerse.

—Ya. —Chasqueo la lengua—. A ver qué tal les va ahora que ha pasado el verano y que tienen que volver a sus rutinas.

—Seguro que tienen sus momentos malos, pero lo conseguirán.

—Estoy deseando enseñarles a todos la casa pasado mañana —le digo cuando cojo las llaves

del piso y veo las de la casa.

—¿Estás seguro de que no quieres decirlo hoy o mañana? También estará tu madre.

—No, prefiero que sea un día tranquilo para disfrutar de la fiesta.

—No sé por qué, pero me da a mí que no va a ser un día tranquilo.

53



—Mi jefe me ha llamado hace cinco minutos —me explica Sofía enfadada cuando sale de trabajar esa noche—. *Tengo que hacer el turno de mañana, así que no puedo ir.*

—¿En serio? ¿No habías pedido el día?

—Sí, pero, al parecer, no hay nadie más. —Suelta un grito frustrado—. *Me tiene harta.*

—Bueno, no te preocupes —intento restarle importancia, pese a que me hacía especial ilusión que viniera mañana al Cascamorras conmigo. El trabajo es lo primero—. Luego tienes el fin de semana libre, ¿no?

—«Bueno, Sofía, si hay una baja, es posible que tengas que suplirla. Ya pasaste todo el mes de julio fuera mientras otros hacían tus turnos», eso me ha dicho. Como si lo de julio no hubieran sido mis vacaciones, o como si aún no me debiera las del año pasado y todos los turnos extras de este año. Y, cuando se lo he recordado, ha tenido los huevazos de indignarse. Mira, de verdad, eh.

—No te sulfures. Si te llama el fin de semana le dices que estás fuera y que no puedes ir y se acabó.

—Me sabe mal por los chicos —admite con un suspiro—. *Odio sentirme así. Y siento no poder ir al Cascamorras, sé que te hacía mucha ilusión.*

—A mí lo que me gusta es pasar tiempo contigo, da igual cuándo.

—Siento no tener un horario normal de lunes a viernes para poder vernos los fines de semana.

—Ya lo hemos hablado, no me molesta. Y no me importa escaparme para verte, solo estamos a una hora de distancia.

—El jueves por la noche estaré allí —me promete.

—Si ves que estás muy cansada, vente el viernes por la mañana tranquila.

—Es posible que me puedan las ansias de estar contigo —admite con un tono de voz dulce que me provoca una sonrisa tonta.

—Te echo de menos.

—Yo también. —Suspira—. *Acabo de llegar a casa, ¿qué haces?*

—Hemos venido todos a la feria. Estamos tomando algo.

—Entonces, te dejo que disfrutes.

—Prefiero hablar contigo.

—No estoy de humor, y si encima estoy pensando que tus hermanos te están esperando, me pondré peor. Hablamos luego, cuando llegues a casa.

—Es posible que vuelva tarde. Acuéstate cuando tengas que hacerlo.

—*Descuida. Buenas noches.*

—Buenas noches, princesa.

—*Me encanta cuando me dices eso.*

Vuelvo a la mesa, estoy sonriendo como un tonto, así que cuando se burlan, me da igual. Sin embargo, a medida que van pasando las horas, una sensación agridulce me empieza a invadir. Esta va a ser mi vida a partir de ahora: noches de cenas con mis hermanos y sus parejas, donde la mía es posible que no esté; viajes de coche fugaces para vernos unas horas y volver a la realidad; llamadas de cambios de planes o contratiempos. Solo espero que Sofía no lo use para alejarme.

Me da miedo que lo que hemos vivido este verano solo haya sido un espejismo y que, al volver a la rutina, me relegue a un lado. Quiero estar con ella, pero no voy a hacerlo bajo cualquier condición. No augura nada bueno que, el primer día que iba a venir, le hayan puesto un turno y lo haya cancelado. No voy a hacerle elegir entre su trabajo o yo. Sé que podemos encontrar un equilibrio, pero eso no hace que todas las dudas y miedos dejen de acosarme a cada rato. Y, justo ahora, me está costando mucho no dejarme llevar por ellos.

Mañana quería decirle que la quiero, cosa que, pese a que lo siento desde hace tiempo, no le he dicho aún. Quería presentarle a mi madre como mi novia y formalizar de una vez nuestra relación. Cuando hablamos de cómo irían las cosas, no lo hicimos por miedo y, aunque para mí Sofía es mi pareja, y para ella yo también, creo que va siendo hora de que lo hagamos.

Estoy llegando a casa cuando me llegan varios mensajes:

Sofía
Mi jefe me acaba de enviar por correo electrónico un nuevo cuadrante…

¿A que no adivinas quién trabaja todos los fines de semana de este mes?

Llevo un cabreo que flipas

Fer
No te preocupes, iré yo a verte

Y mientras trabajas, te prepararé comida para toda la semana

Sofía
Pero no esperaba que el primer mes fuera así de mal :(

Estoy muy enfadada

Fer
Es normal que estés enfadada, yo también lo estaría

Hablaré con mis hermanos para poder coger algún día entre semana para estar juntos, no te preocupes ;)

Sofía
No quiero que tengas que hacer eso

Fer
No me lo estás pidiendo, lo estoy haciendo porque quiero

Sofía
Lo siento

Fer
No es culpa tuya

Sofía
Eso no hace que no me joda igual

En fin, voy a dormir

Mañana estaré mejor

Fer
Seguro, descansa

Cuando me tumbo en la cama, suelto un suspiro largo. Esto va a ser mucho más difícil de lo que esperaba. Cojo la cajita que tengo en la mesita de noche y la abro para contemplar el colgante que le he comprado a Sofía. Tiene una rosa negra de metal enroscada en un corazón rojo de cristal. Nada más verlo tuve que comprarlo. Quería regalárselo mañana, pero tendrá que ser en otro momento. No pasa nada, podemos con esto. Estoy seguro, pero…

* * *



Estoy muy cabreada. Pero mucho. Yo no debería ir a trabajar hoy. Tendría que estar en Baza, con Fer y sus hermanos, disfrutando de las fiestas por primera vez en muchos años. Llevando a mi abuela a la feria para que se divierta con sus amigas mientras todas me dicen lo guapo que es mi novio. Eso es lo que quería. Deseaba conocer a la madre de Fer, presentarme como su novia, darle una sorpresa al usar ese apelativo por primera vez. Demostrarle que le quiero, decírselo. Pero estoy yendo a trabajar.

Tan enfadada estoy que no me fijo al girar una esquina y me choco contra alguien. Al alzar la vista para disculparme, me encuentro con el compañero que tengo que sustituir hoy junto a un chico cogido de la mano, los dos claramente borrachos. ¿Esto es en serio?

—¿Esta es tu emergencia familiar? —siseo y se queda blanco.

Con el mismo ímpetu con el que me había chocado, me doy media vuelta para dirigirme a mi casa y llamo de camino a mi jefe.

—*Sofía, ¿qué pasa?* —Suena como si le hubiera despertado. Que se joda.

—Lo siento, pero tengo una emergencia familiar y no puedo ir a trabajar —miento y me

aplaudo a mí misma por lo creíble que ha quedado—. Busca a otra persona que te cubra el turno.

—*Vamos, no me jodas. ¿Se puede saber qué ha pasado? Mucha casualidad, ¿no crees?*

—¿Perdona? ¿Estás cuestionando mi integridad laboral cuando acabo de encontrarme a Pedro borracho por la calle? —Como se queda callado, prosigo—: ¿A él también le has preguntado qué clase de emergencia familiar ha tenido o solo lo has hecho conmigo?

—*No te pases* —tiene el morro de pedirme.

—Como he dicho, tengo una emergencia familiar y no puedo ir a trabajar.

—*Si no te presentas en el turno, estás despedida* —lo dice con tanto odio que despego el móvil para mirar que no me haya equivocado de persona al llamar.

—¿Perdona?

—*Lo que has oído.* —Su tono pierde fuerza, pero sus palabras han sido claras. O paso por el aro o me voy a la calle.

Ni siquiera lo pienso cuando contesto:

—Muy bien, estaré en tu oficina en una hora. Espero que tengas los papeles del despido preparados y el cheque con mi finiquito, y más te vale que incluya todos los días que me debes.

54



Estoy cabreado. Y me jode mucho. Maite acaba de decirnos que está embarazada y no he podido disfrutar del momento tanto como me gustaría porque echo de menos a Sofía, y empiezo a asimilar que este va a ser mi estado de ánimo a partir de ahora. Sé que vendrán meses mejores, sé que tendremos días buenos y días perfectos, pero también sé que tendremos días de mierda y días en los que se nos haga cuesta arriba separarnos. Y también que habrá que tomar una decisión en algún momento que ninguno de los dos está preparado para tomar. Y lo que más me jode es que no paro de buscar excusas para que sea ella la que tenga que mudarse aquí y me siento como un puto egoísta.

—Pensaba que hoy podría conocer a Sofía por fin —dice Aitana apoyando su codo en mi hombro, no sin antes pasar su mano llena de pintura negra por toda mi camiseta blanca. Estamos en la plaza esperando la llegada del Cascamorras, aunque nosotros hace rato que ya vamos negros—. Ya sabes. Esa amiga especial que tienes.

—No va a venir —escupo y Aitana se pone recta.

—¿Ha pasado algo? ¿Te ha dejado?

—No, es solo que tiene que trabajar.

—Ah, eso es una mierda, sí. —Chasquea la lengua—. Es mejor ser rico. Pero bueno, ya sabes cómo va eso, no es tu primera relación a distancia.

—Y mira lo bien que salió —digo sin pensar y me arrepiento al momento. Sé que con Sofía no será así—. No me hagas caso, estoy frustrado con la situación.

—Múdate a Granada y manda a tomar por culo a tus hermanos.

—No creas que no lo he pensado —admito en un susurro, porque no quiero que mis hermanos lo sepan. Al menos de momento.

—¿Y qué te lo impide?

No contesto, porque la lista es interminable. Y, pese a ello, me lo he planteado. Mandarlo todo a la mierda por Sofía. Sin embargo, creo que es demasiado pronto para eso. O no, no lo sé. Primero tengo que quitarme de encima esta sensación que me embriaga, que me dice que me está apartando. Sé que no es así y que no se pueden tomar decisiones en caliente, así que me voy a dar tiempo. Aunque tenga que estar luchando contra mis pensamientos a cada segundo.

—¿Estás bien? —me pregunta Juanma, ahora que Aitana está hablando con Lucía y Maite.

—No tengo ganas de hablar.

—Lo acabaréis consiguiendo —me asegura con una sonrisa—. No será fácil, pero valdrá la pena.

—¿De verdad lo crees?

—Nunca te había visto tan feliz como este verano, así que no lo creo, lo sé. —Mira por encima de mi hombro y sonríe—. Mamá acaba de llegar.

Avisamos a Óscar y Maite para ir a llenar de pintura a nuestra madre. Esta es nuestra fiesta favorita desde que nuestro padre nos traía de pequeños y la que más disfrutamos. A mi madre le encanta que la persigamos para llenarla de pintura y quejarse por ello. Es nuestra tradición. Paco la distrae mientras nos acercamos por la espalda y, cuando menos se lo espera, los cuatro nos lanzamos hacia ella. Se retuerce, se queja y se ríe mientras la manoseamos y dejamos su camiseta como si fuera negra. En cuanto nos separamos, Mar, Cristo y César se lanzan y la manchan, aunque con menos intensidad que nosotros. El corazón me da un pellizco, pero lo trato de ignorar mientras disfruto del momento.

—Estos agregados son unos ingratos —suelta mi madre toda indignada, pero se le escapa una sonrisa cuando Cristo alza una ceja—. Eres un traidor, te has pasado al otro bando.

—Eso no es verdad —se defiende mi cuñado. Parece que va a decir algo más, pero se calla cuando se fija en alguien que está al lado de Juanma.

—Hola —saluda la recién llegada con su dulce voz y un deje de timidez, pero se acerca a mi madre con seguridad y se presenta después de carraspear—: Hola, soy Sofía. La novia de Fer.

Mi madre la mira atónita y empieza a alternar la vista entre Sofía y yo. Mis hermanos empiezan a mirarse extrañados, pero cuando voy a dar un paso hacia ella, mi madre abraza a mi novia con todas sus fuerzas.

—Así que tú eres la razón de que mi hijo sea tan feliz —dice cogiendo las mejillas de Sofía para mirarla, sin darse cuenta de que la está incomodando—. Estoy encantada de conocerte. —Y vuelve a abrazarla.

—No me parece justo —se queja Mar riendo—. A mí me hizo pasar un examen visual.

—Fue mucho más suave que el mío, te lo aseguro —añade César.

—A mí también me abrazó —se burla Cristo.

—Eso es porque te quiere más que a sus hijos —aporta Juanma y todos asentimos—. Si la empezaras a llamar mamá, nadie se extrañaría.

—Mamá —la llamo, creo que le está susurrando cosas a Sofía—. ¿Me la devuelves?

—Pero mañana la quiero en casa para comer —exige soltando por fin a mi novia.

—No sé si…

—Allí estaré —contesta Sofía con una sonrisa y viene hacia mí. La envuelvo entre mis brazos y la beso mientras me sonríe—. Hola.

—Hola. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Estoy genial, porque estoy donde tengo que estar.

Voy a preguntarle a qué se refiere, pero Juanma nos interrumpe:

—Cuñada, ¿a qué debemos este honor? ¿No estabas trabajando?

—Pues debería, sí, pero me han despedido —explica con una sonrisa de oreja a oreja que nos deja a todos alucinando—. Así que he recogido todas mis cosas, las he cargado en el coche y me he venido hasta aquí, que era donde quería estar.

—¿Sabéis que? Creo que deberíamos irnos a ver si viene el Cascamorras —dice Juanma y les insta a todos a dejarnos solos a Sofía y a mí.

—¿Estás bien?

—Estoy genial —repite con la misma sonrisa, que no ha perdido en ningún momento—. En serio, Fer. Me siento liberada. Además, ya tengo otro trabajo.

—¿De verdad?

—Esta mañana, cuando salí de casa, estaba muy enfadada, pensando en lo injusto que era todo y que no quería estar allí. ¿Y sabes qué ha pasado? Que me di cuenta de que no quería estar allí, y es la primera vez que me pasa. Es decir, jamás me ha importado ir al trabajo, aunque cayera granizo, siempre he ido feliz y contenta, y hoy no ha sido así. La gota que colmó el vaso fue que me encontré a mi compañero, al que iba a sustituir, borracho. Llamé a mi jefe y le dije que tenía una emergencia familiar y ¿sabes qué me dijo? Que si no iba, me despedía. Y le respondí que preparase los papeles.

—Pero… —No sé ni qué decirle. Es una gran noticia, pero me da miedo que no haya pensado bien las consecuencias.

—No me voy a arrepentir. —Se ríe—. He tenido una hora entera para pensar en la decisión que acababa de tomar. He vuelto a casa, me he tomado un café en el sofá mientras pensaba en los cuatro años que llevo en la empresa, y me he dado cuenta de que no lo echaré de menos. Claro que echaré de menos a mis chicos, pero no el trabajo. Lo que me gustaba era interaccionar con ellos, y eso también lo puedo hacer aquí.

—¿Te mudas? —La ilusión me llena el pecho y no puedo evitar esbozar una sonrisa tan radiante como la suya.

—Pues eso espero, porque tu casa está llena de cajas con mis cosas.

—Técnicamente es tu casa, yo solo la alquilo.

—Nuestra casa está llena de cajas porque vamos a vivir juntos —rectifica y me lanzo a sus labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Sabes? Ya he descubierto por qué Juanma pintó las rosas negras.

—¿Y por qué fue? —pregunto, quiero saber su respuesta.

Se acerca a mí y una sonrisa de oreja a oreja se me forma en la cara cuando me lo susurra. Quiero a esta mujer con toda mi alma.

Se ha creado el grupo: Bollo en el horno

César
¡Hola! Acabamos de salir de la ginecóloga: todo está bien y le han mandado un montón de pruebas a Maite

Ella os hablará cuando se le pase el cabreo

Juanma
¿A quién hay que matar?

Fer, ve a buscar la pistola de clavos, que vives más cerca de Maite

Sofía
Fer se ha ido a comprar con mi abuela

Cristo
Confirmo, están aquí

Angelines ha traído una bandeja de galletas para todos

Mi hermana dice que si puede adoptarla

Sofía
NO

Me alegro de que todo esté bien, pero ¿por qué se ha enfadado Maite?

Adri
¿Cómo te encuentras, Maite? ¿Has tenido náuseas?

Alba y Marcos os mandan saludos

Marcos dice: «Se vienen curvas»

Aitana
Marcos es un flojo

¡Primita! ¿Qué te han hecho?

Y lo más importante: ¿cómo vamos a ocultar el cadáver?

Juanma
Sofía tiene experiencia en eso, seguro que puede compartir su sabiduría

Fer
Cariño, ¿por qué mi hermano piensa que tienes experiencia en esconder muertos?

¿Sabéis qué? No quiero saberlo

Maite no coge el teléfono

César
Es que no lo encuentra en el bolso del enfado que lleva

Óscar
¿Y si la ayudas? ¿O solo sirves para rellenar el horno?

Lucía
¡Hola! Me encanta este grupo <3

¿Para cuándo una cena? ¡Podemos hacerla en casa!

Adri
Venga, ¿venís el sábado a cenar?

Juanma
O podéis ayudar con nuestra reforma y, cuando acabe, que Cristo nos cocine algo

Óscar
¿Puedes dejar de echarle morro y, no sé, aprender a cocinar?

Juanma
¿Has aprendido tú?

Cristo
No, pero es un pinche genial

Yo te cocino lo que quieras cuando me reformes la casa, Juanma

Juanma
Si no habéis elegido ninguna, niño pijo

Óscar
No todos vivimos por impulsos

Algunos pensamos antes de actuar

Mar
¿Ves, cariño? Me dan la razón

Juanma
¿Desde cuándo Fer le ha robado el móvil a Óscar?

Fer
A mí no me metas

Que a mí me gusta la casa que habéis comprado

Seguro que queda genial después de la reforma, Mar tiene muy buen gusto ;)

Mar
Gracias, Fer

¿Me haces pastelitos de limón?

Sofía
Hizo ayer… No quedan

Pediría perdón pero… es que no lo siento

Juanma
¿Os acordáis de cuando no le gustaba la gente y se alejaba?

Me gustaba más

Óscar
Ni siquiera te gustan los pastelitos de limón

Aitana
Ahora mismo estoy muy enfadada

¡¿Por qué no he probado esos pastelitos?!

Fer
Porque dijiste: «A mí no me van las cosas pequeñitas. A mí dame un pastel, no un pastelito»

Óscar
Eso suena muy a ti, prima

Aitana
Y de todas las tonterías que digo, ¿te quedas con esa?

Lucía
¿Maite ha dicho algo? ¿Sabemos por qué está enfadada?

Maite
¡JAMÓN!

Juanma
¡Yo quiero!

Mira, eso no lo tienes que cocinar, Cristo

Lucía
Me da a mí que no va por ahí

Fer
¿Quieres que compre, Maite?

César
Esperad, anda, que se le ha caído el móvil

Óscar
¿Y la vas a ayudar o tampoco?

Cristo
Cariño, ¿quieres dejar en paz a César?

Mar
Creo que a alguien le han dado una lista de todo lo que no puede comer estando embarazada

César, espero que solo quieras uno

Lucía
Espero que al menos se encuentre mejor que Alba

Juanma
Bueno, muy difícil no es

Maite
¡Me han prohibido comer jamón! ¡Y queso! Estoy muy enfadada

¿Qué clase de tortura china es esta?

Lucía
Venga, ¡solo son nueve meses!

Maite
Como vuelva a escuchar esa frase, no respondo

Sofía
Puedes comer queso pasteurizado, me informan por aquí

Maite
¡Cristo!

Cristo
¡Voy! Te lo mando con Fer

Bueno, ¿vamos a hacer cena o no?

Mi hermana dice que se viene

Juanma
Entonces tienes que cocinar tú, es lo mínimo

Óscar
Juanma, ¿por qué no vas a comprar? Estoy seguro de que tu nevera hace eco

Mar
Confirmo

Cristo
Angelines dice que vayamos a su casa, que nos prepara algo

Fer
Sofía, dice tu abuela que se lo digas a Magda y Luna

Aitana
¿Magda está por aquí? ¡Me apunto!

Juanma
Pero ¿no íbamos a ir mañana a casa de Adri y Lucía?

Óscar
¿Puedes dejar de acoplarte en las casas de otros?

Juanma
¡Hostia, Cristo! ¿Desde cuándo está tu padre saliendo con Paqui?

Aitana
¿Quién es Paqui?

Óscar
Nuestra vecina, la que venía a pedir sal en picardías

Cristo
¿Cómo sabes que están saliendo?

Juanma
Me los acabo de encontrar en tu rellano

Cristo
No tengo táperes en casa, Juanma

Deja de robarnos comida

Óscar
Ha venido a robar vino para llevarlo a casa de Angelines

Y para casa de Adri mañana

Maite
¿Por qué siempre usáis los grupos que creamos para vuestras mierdas?

Juanma
Estamos organizando una cena para que te sientas mejor, ¿no te parece guay?

Maite
Me lo parecería ¡si fuera real!

Como vea un trozo de jamón, no respondo

Fer
Tranquila, Angelines dice que todo estará cocinado

Y ahora dice que quiere bisnietos

Sofía
No la escuches o empezará con el chantaje emocional de que se hace mayor

Cristo
Tarde… Sofía, Fer te preña esta noche

Aitana
¡Un miniFer! Menos mal que ese niño o niña me tendrá a mí para que lo espabile

Maite
¿Y mi bebé no? :'(

Aitana
Maite, cariño, tu bebé no necesitará un empujón, más bien una correa

Lucía
Con el permiso de Maite, tenemos una cosa que decir

Aitana
¡No voy a dar abasto para malcriar!

Adri
¡Nos casamos en junio!

No, Lucía no está embarazada

Juanma
¡Felicidades, primo!

Nosotros nos encargamos de la despedida

Óscar
¡Felicidades a los dos!

Al menos a esta boda sí que nos invita

Fer
¡Felicidades!

Maite
¿Os habéis dado cuenta de lo que nos ha cambiado la vida desde que Lucía volvió a Baza?

Lucía
Hubiera pasado todo igualmente :)

Adri
Yo doy gracias todos los días por tenerla a mi lado

Juanma
Si no hubiera sido por ti, no habría encontrado a Mar

Cristo
Mola tenerla por aquí ;)

César
Fuiste un gran apoyo para nosotros :*

Sofía
A mí me estás ayudando mucho a adaptarme a mi vuelta :)

Fer
Fuiste el detonante de todas nuestras historias

Aitana
Mi vida sigue igual

Maite
Todo llegará, primita ;)

Epílogo

Paco

10 años después

Observo a todas las personas que tengo a mi alrededor ahora mismo y sonrío. Soy el hombre más afortunado del mundo. Nos hemos reunido todos para celebrar nuestro décimo aniversario de bodas. En realidad ha sido una sorpresa para Juani, el amor de mi vida, que he organizado junto a mis hijos de vida. Esos niños a los que he visto nacer, crecer y convertirse en personas maravillosas, y que siempre he considerado mis hijos, pese a que no sean de mi sangre. Pero son hijos de mi mejor amigo y de la mujer que me deja sin respiración cada vez que me mira, así que es un privilegio tenerlos en mi vida. Y más ahora que además me han hecho abuelo.

Gael, el mayor de todos mis nietos, está sentado en el regazo de Juanma jugando con el móvil de este mientras su tío grita emocionado cada vez que gana una carrera. El hijo de Maite y César refunfuña cuando le dicen que es el turno de su hermana Natalia, la cual cumplirá seis años el mes que viene.

Mar y Aitana están tiradas en el suelo jugando con los sobrinos mellizos de esta, Lara y Daniel, de ocho años, mientras sus padres, Adri y Lucía, las vigilan con un amor absoluto en su rostro y conversan con mi cuñado y su mujer. Desde que tienen nietos, parece que tengan veinte años menos.

Cristo le está enseñando a Ángela a hacer figuras de papiroflexia. De todos mis nietos, ella es la más calmada, se parece demasiado a su padre. La niña de siete años le enseña a su bisabuela Angelines una rana que ha hecho y la buena mujer la mira con un cariño infinito. Se le notan los años y cada vez le cuesta más moverse, pero dice que nadie la va a separar de sus princesas.

Óscar observa la escena con Berta dormida en su regazo. La hermana de Ángela, que acaba de cumplir tres años y que no se está quieta ni dormida, solo es capaz de relajarse con su tío o su padre, así que Fer aprovecha cuando está su hermano para relajar un poco los brazos.

Fer está acariciando la barriga de siete meses de Sofía mientras le susurra cosas a su mujer que la hacen sonrojarse. Es posible que esté intentando convencerla para ir a por el niño más adelante, ya que el bebé que esperan será otra niña que se llamará Carlota. Fer dice que quiere tener todo el abecedario, Sofía que es libre de buscar a otra mujer con quien hacerlo, que ella cierra la fábrica después del tercer bollo. Conociéndolos y, teniendo en cuenta que ya dijeron lo mismo antes de que naciera Berta, no me extrañaría que en un par de años tengan otro.

Unos brazos me rodean desde atrás y no necesito mirar para saber que es Juani. La reconocería entre un millón de personas.

—¿En qué piensas? —me pregunta besando mi mejilla.
—En que soy el hombre más afortunado del mundo.

¡Gracias por leerme! Si te ha gustado esta novela, por favor, deja una valoración en Amazon para ayudarme a llegar a más gente.
¡Disfruta de la lectura!

Ygritte

Nota de la autora

La serie *Siempre* llega a su fin y tengo sentimientos encontrados con ello. Por un lado, tengo muchas ganas de ponerme con proyectos nuevos que llevan meses rondando en mi cabeza, pero, por otro lado, no quiero decirle adiós a esta gran familia. Así que me quedaré con un «Hasta luego». Volveré a ellos, volveré a Baza y al balonmano. ¿Cuándo? Solo el tiempo lo dirá.

Quiero agradecer a todas las personas que me sostienen cada día y que no me permiten caerme, por estar a mi lado hasta cuando no me aguanto ni yo. Mención especial a mi marido y a María, que luchan junto a mí para que pueda cumplir mi sueño y no me dejan rendirme nunca.

Mil gracias por acompañarme en este viaje y por todo el amor que le habéis dado a esta gran familia.

Se os quiere.

Novelas de la Serie Siempre

¡Bienvenidos a la serie *Siempre*! Un romance deportivo lleno de emoción, amistad y segundas oportunidades.

Un grupo de amigos de Baza, Granada, unidos por su amor al balonmano, te llevará por historias donde el amor, los desafíos y el compañerismo se entrelazan de manera única. Con el deporte como telón de fondo y el corazón como protagonista, cada libro te hará sentir parte del equipo.

¿Estás lista para vivir una historia donde el romance y la amistad se juegan a partes iguales?

Siempre fuiste tú

Enamórate de Adri y Lucía, dos personas que desean estar juntas, pero que son incapaces de dar el paso.



¿Conseguirán dejar de lado sus miedos y vivir la historia de amor que tanto anhelan?

Lucía

¡Por fin he vuelto a casa! Después de diez años, he conseguido la plaza fija que tanto ansiaba. Con lo que no esperaba encontrarme nada más volver era con Adri, mi amor platónico de la adolescencia y el mejor amigo de mi hermano. Y mucho menos que decidiera que los viernes los íbamos a pasar juntos. Aunque supongo que es normal, al fin y al cabo, siempre me ha visto como su hermana pequeña.

Adri

¡Joder, Lucía ha vuelto! No esperaba que aún tuviera la capacidad de robarme el aliento con cada sonrisa, pero lo

cierto es que nunca he dejado de pensar en ella. Sé que no es buena idea pasar todos los viernes a su lado, sobre todo porque lo único que consigo es hacerle daño a mi maltrecho corazón. Sin embargo, no quiero evitarlo. Si ser su amigo es lo máximo que voy a conseguir, tendré que conformarme con ello.

Empieza a leer pulsando en el título Siempre fuiste tú o escaneando el QR:

Siempre volveré junto a ti

¡Conoce la historia de dos de los hermanos Rubio: Maite y Óscar!



¿Qué harías si la persona en la que más confías te traiciona de la peor forma posible? ¿Serías capaz de perdonarlo? ¿Crees en las segundas oportunidades?

César

La había cagado, y mucho. Jamás me perdonaría por ello, pero, por alguna extraña razón, Maite sí había conseguido hacerlo. Contra todo pronóstico me había otorgado otra oportunidad y no pensaba desperdiciarla. Volveríamos a trazar el camino de lo que un día fuimos y me encargaría de despejarlo de dudas, demonios y todos los escombros de nuestro amor derruido, esos que yo mismo me había encargado de poner ahí. Volvería a conquistarla y demostrarle que para mí solo había una mujer que quisiera en mi vida: ella.

* * *

¿DEJARÍAS ENTRAR EN TU CORAZÓN A UNA PERSONA QUE NO TE PERMITE ENTRAR EN EL SUYO?

ÓSCAR

A Juanma le encantaba decir que un clavo saca otro clavo y nunca le había creído hasta que lo experimenté. El problema fue que ese segundo clavo empezó a clavarse en mi corazón y era la última persona que debía hacerlo. Él había construido una muralla a su alrededor que lo aislaba del mundo y solo me dejaba ver un atisbo de todo lo que era. Aunque tampoco es como si pudiera quejarme, al fin y cabo, solo éramos *follamigos*.

EMPIEZA A LEER PULSANDO EN EL TÍTULO SIEMPRE VOLVERÉ JUNTO A TI O ESCANEANDO EL QR:

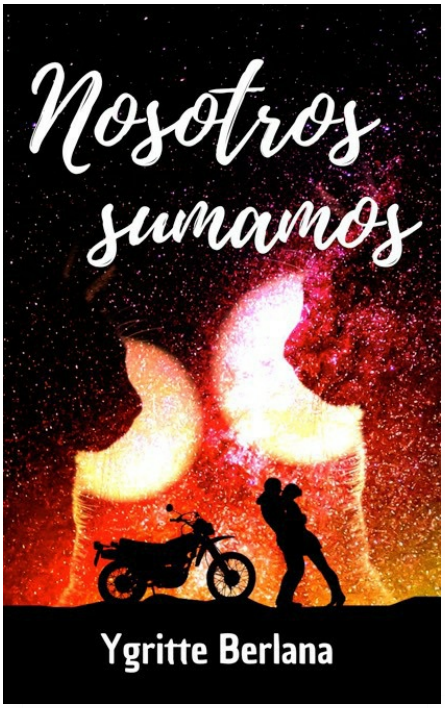
Mis libros de Romántica contemporánea
Ygritte Berlana

SERIE NOSOTROS

Si te gustan las historias que te tocan el corazón, donde el amor sano, las emociones sinceras y la superación personal se entrelazan, ¡esta es tu serie!



Empieza a leer pulsando en el título Lucha por nosotros.



Empieza a leer pulsando en el título Nosotros sumamos.

Mis libros de Romantasy
Ygritte B. Starfrost

BILOGÍA FUEGO Y HIELO

¡La bilogía de ***romantasy*** que estabas esperando, llena de guerreros, profecías, magia y, sobre todo, **amor**!





Empieza a leer pulsando en el título Winter, la última guerrera fae.

* * *

BAJO LA PIEL CAMBIANTE

¡Adéntrate en estas historias de fantasía romántica urbana llena de cambiantes!



Empieza a leer pulsando en el título Nuestra mejor casualidad.



Empieza a leer pulsando en el título Nuestra mejor navidad.

Ygritte Berlana



Escribo para dejarte el corazón calentito y una sonrisa en la boca. Novelas de romance contemporáneo y fantasía romántica llenas de amor sano, protagonistas fuertes y segundas oportunidades.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, estaré encantada de hablar contigo a través de mi cuenta de Instagram o TikTok: @ygritte.berlana, donde también encontrarás curiosidades de la historia y novedades.

Y por último, pero no por ello menos importante, si no quieres perderte ninguna de mis novedades y enterarte antes que nadie, entra en mi web y suscríbete a mi newsletter: https://ygritteberlana.com/

¡Gracias por leerme!